BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

LS.C
N937E

BIBLIOTECA DE 33 AUTORES MEXICANOS

NOVELAS CORTAS

DE

VARIOS AUTORES

TOMO I

JOSÉ JOAQUÍN PESADO,
IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN,
J. M LAFRAGUA, J. R. PACHECO,
M. NAVARRO, ETC.

400638
27.2.42

MÉXICO

IMP DE V. AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4.

1901

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Al emprender la publicación de esta *Biblioteca*, nuestro propósito no ha sido solamente el de salvar del olvido las obras de autores mexicanos, hoy perdidas ó ignoradas de la generalidad, sino también acopiar materiales que algún día puedan servir para formar la historia de la literatura mexicana.

Por esta razón comenzamos en el presente tomo la serie de novelas cortas, escritas por algunos autores que florecieron desde el segundo tercio del siglo XIX, y las cuales pueden considerarse como los primeros ensayos en un género lite-

rario, hoy enriquecido con las notables producciones de López-Portillo, Delgado y otros.

Las novelitas contenidas en este primer volumen, vieron la luz pública en el *Año Nuevo* (1837-1840) y en el *Calendario de las Señoritas Mexicanas* (1838--1843) publicaciones ambas de que fué editor D. Mariano Galván. La intitulada "Un rasgo de la Vida de Trujillo" se publicó en *El Museo Mexicano* (1843).

Desgraciadamente, no todas aparecieron con el nombre de su autor; y por esa circunstancia las hemos agrupado bajo el título de "Anónimos," cosa que haremos en los tomos siguientes con las que se encuentren en el mismo caso.

DON JOSE JOAQUIN PESADO.

El Inquisidor de México.

I

Era el mes de Mayo de 1648, cuando en el pueblo de Jalcomulco, situado á poca distancia de Jalapa, había una concurrencia de gente mayor que la que todos los años se reune allí de aquella villa y de Veracruz, á tomar los baños á que convida la estación de los calores. Debíase lo extraordinario del concurso al arribo de una flota, cuyas mercaderías se vendían en Jalapa, y atraían un sinnúmero de personas de toda Nueva

España. El aspecto que presentaban el pueblo y el río que lo baña, era verdaderamente pintoresco. Veíanse por una parte los jacalones ó chozas de indios, graciosamente construidos bajo cedros, ceibas y otros árboles elevadísimos. Sus patios, cubiertos de una fresca y apacible sombra, cercados de carrizos, barridos con esmero y regados á trechos de flores, convidaban al descanso. Aquí y allí se movían en varias direcciones las hamacas, que colgadas de los gruesos troncos, ofrecían recreo á los niños, entretenimiento á los mozos, solaz á los viejos, y tal vez ocasión á los amantes para tomarse algunas licencias inocentes. Las márgenes del río estaban llenas de enramadas, colgadas de frutas, de aves, de peces y de otras muchas cosas tan gratas á la vista, como deliciosas al paladar. El comercio había reunido en aquel punto las producciones de origen más distante. Brillaban alternativamente en los vasos lucientes de plata, en las copas de cristal y en las jícaras pintadas de los más vivos colores, las bebidas fermentadas del país ó los vinos de Europa. En un mismo recinto se miraba el humilde petate, donde una familia pobre comía sus rústicos manjares, y la mesa elegante, cubierta de limpísimos manteles y adornada de ricas vajillas, donde la florista y el comerciante, olvidados momentáneamente de sus negocios, se entregaban sin reserva á los placeres del campo.

La diversidad de concurrentes daba todavía mayor animación al cuadro; y entre la variedad de trajes y figuras, eran de ver los indios de ambos sexos, cuyas formas bien compartidas, tez bronceada y cabellos lacios y negros, resaltaban notablemente con sus blancos vestidos de algodón. Y para que ningún matiz faltase á esta reunión de castas y figuras, se hacían notar no pocos esclavos, negros como azabache, galanamente vestidos, y con collares de plata, en que, según la costumbre de aquel tiempo, estaban grabados el precio del esclavo y el nombre de su dueño.

Por último, las varias diversiones que allí había, daban no poco á qué atender, al que quisiera observarlas. En una parte mantenía la pelea de gallos á una multitud, en un silencio maravilloso: ni una palabra, ni una respiración fuerte se escuchaba, mientras los bravos combatientes se disputaban el triunfo; mas apenas la voz del pregonero declamaba la victoria de uno, con las palabras de estilo, de "se hizo grande ó se hizo chica la pelea," cuando resonaban los acentos de la música y comenzaban con más ó menos animación mil controversias acerca del lance que acababa de acontecer. En otra, apostaban no pocas personas, gruesas sumas á los juegos de azar. Quiénes pescaban en el río, quiénes paseaban en los bosquecillos vecinos. Y en tanto, el indio mesurado, al son del harpa, del tambo-

ril y el "teponaxtle," bailaba, adornado de plumas y con sonajas en la mano, la grave danza de Moctezuma, ó armado de espadas y con toscos broqueles de madera, remedaba con grosera pantomima, en otro baile marcial, las batallas más notables de la conquista.

Declinaba el sol al ocaso cuando en una de las chozas más lejanas del pueblo, y por lo mismo más distantes del bullicio, estaban retiradas dos personas, que por su edad y figura debieran llamar la atención del espectador más indiferente. Una hermosa doncella en la flor de sus años, se reclinaba medio desfallecida en los brazos de un mancebo que la contemplaba atentamente, y en cuyo rostro se veía vagar una sombra de inquietud, que revelaba los cuidados que en su interior abrigaba.

—¿Cómo es posible, decía la doncella, que en los momentos en que vas á unirte conmigo para siempre, te muestres tan pesaroso, tan inquieto, tan?...

—Eso mismo, replicaba el joven, eso mismo te manifestará algún día cuánto te quiero. Pues que voy á ser tu esposo, desearía hacerte feliz: mas la desgracia que me amenaza, va tal vez á comprenderte á tí.

—¿Qué desgracia? tú me hablas en un tono tan misterioso, tan enigmático..... ¡Ah! tú no me amas sin duda, ó por lo menos se ha disminuido tu afecto. ¿Qué te ha hecho Sara, para que así la abandones?

¡Pobre de mí! Yo pensaba que tú me amabas de veras. Todo mi afan era llegar á ser tu esposa, servirte, cuidarte, vivir á tu lado, afligirme cuado estuvieras triste, y alegrarme cuando te viera contento..... ¿Pero qué es esto? ¿Tú suspiras? Mira que me partes el corazón. ¿Qué tienes? Dímelo por tu vida.... dímelo....

—Estoy á punto de ser preso, de serlo mi padre, de serlo muchos de nuestros amigos, y probablemente también tú.

—¿Preso tú, preso tu padre? ¿Y por qué?

—¡Ah! porque en un país, donde existe un tribunal, que avasalla las conciencias, y se engrandece con las riquezas de los que llama sus enemigos, es imposible que éstos vivan seguros. Sobran espías y delatores; y aunque uno de sus ministros por favores particulares que ha recibido de nosotros, nos haya dado esta mañana un aviso secreto, ¿qué hemos de hacer? Mi padre quiere que huyamos esta noche; pero si no acertamos en este paso, somos perdidos. Quizá antes de darlo seremos presa del tribunal de la fe.

—¿Del tribunal de la fe?.... ¡Cómo es esto! ¿Ha habido algún pérfido que delate nuestras reuniones? ¡Qué! ¿ni el silencio de la noche, ni las reservas tomadas con tanto empeño, ni los caudales gastados con algunos amigos, han bastado á

ocultar nuestro secreto?.... Habla, que me haces temblar.

—Hemos sido vendidos; y si mis sospechas no me engañan, entiendo que Diego Lozada, despechado porque tú me preferiste para esposo, ha labrado nuestra ruina. Espera por este medio lograr tu mano, y apoderarse de una parte de nuestros bienes. ¡Ya! dirá para sí: "Perezca Jacobo Riveiro, perezca su hijo Duarte, y sea yo dueño de Sara."

—Perezca yo primero, dijo la doncella con viveza, mostrando en su fisonomía y en su acento una animación de que había carecido hasta entonces, perezca yo antes que casarme con él. Le aborrezco. Mira, salgamos inmediatamente de aquí, busquemos á tu padre, y vámonos hasta el fin del mundo si quieres: á todas partes te seguiré contenta. Perdámoslo todo, como yo no te pierda á tí.

—Esperemos á mi padre: él dispondrá lo más conveniente. Si estás dispuesta á seguirnos, si á pesar de lo que te he dicho te resuelves á ser mi esposa, no te apesares. Hace tiempo que mi padre empezó á poner aquí término á sus negocios con ánimo de mudar de residencia, y al efecto ha situado en Ginebra la mayor parte de su caudal. Gervasio Rodríguez es allí corresponsal nuestro, y nos avisa habernos tomado casa. Mi padre vacila entre Roma y Gine-

bra, y no se acaba de resolver á qué punto ha de ir á vivir.

—¿En Roma? ¿Pues no hay allí inquisición?

—Sí, pero no persigue á los hebreos.

—Pues vamos donde quieras: contigo en todas partes estaré contenta. ¡Oh, con qué gusto voy á seguirte! Vámonos, vámonos....

—Sí, pero aguarda que sea de noche, que venga mi padre y que se acabe de disponer todo lo que es necesario al intento. Si malogramos la primera tentativa, nuestra ruina es segura.

—¡Ah! no: verás como el Dios de nuestros padres nos favorece. El da la llaga y la medicina. Si libró á Josef del odio y venganza de sus hermanos, no dudes que nos librará también á nosotros de los inquisidores. Voy á pedirle nos libre del mal que nos amenaza.

Apenas dijo esto, cuando se desprendió de los brazos del mancebo, y arrodillándose en un rincón del jacale, se puso á orar en silencio.

Entre tanto se paseaba el mancebo con suma inquietud por el patio de aquella vivienda. Unas veces miraba con ahinco hacia fuera como quien espera algo: otras veces, vuelto á la puerta de la choza, fijaba la vista en Sara: otras se manifestaba distraído; y otras, por último, quedaba estático y pensativo. El sol había traspuesto los

montes vecinos, y sus últimos rayos bañaban la cara del joven. Al fin se retiraron del todo, y las tinieblas empezaron á enseñorearse de la tierra. Apenas se distinguían ya los campos y los bosques; las cúspides de las montañas formaban una línea negra y desigual sobre el horizonte. Esta era la hora en que el amante debía emprender la fuga, y no esperaba para ello más que la señal convenida.

Aguardábala con impaciencia, cuando oyó ruido detrás de sí, sintiendo de improviso que dos personas le agarraban fuertemente los brazos, y que puesto un hombre delante con una espada desnuda, con voz imperiosa le decía:—"Dése vd. preso al Santo Oficio." Luego se llenó la casa de gente armada. Bien quisiera Duarte desprenderse de sus enemigos, ó dar á entender á la doncella por medio de alguna seña que se pusiese en cobro; pero érale imposible. Al ruido salió Sara toda turbada, y no bien se presentó á la puerta de la choza, cuando fué también presa. El resto de la gente daba muestras de buscar con ansia otras personas, y el comisario que la dirigía no cesaba de exhortarla á cumplir con su obligación. Vuelto de cuando en cuando al segundo suyo, que estaba á su lado, le decía:—La noticia que tuvimos de la fuga que éstos preparaban, nos hizo anticipar su prisión; y me temo que Jacobo, el principal de ellos, se nos haya escapado.—Todo

es posible, respondía el otro; pero por lo que pueda acontecer, ya mandé á D. Crispín al punto señalado, para que aprese á ese patriarca, con cuantos estén en su compañía.—Dios lo haga, reponía el primero, y no permita que se nos escape alguno, con lo cual dejaríamos de ganar por entero las gracias que están concedidas á los que, como nosotros, dan ayuda al Santo Oficio, limpiando la tierra de herejes y judíos.—Su Divina Majestad, contestaba el segundo, nos conceda verlos á todos quemados.

II.

El salón en que la Inquisición de México celebraba entonces sus acuerdos, era una pieza grande y extensa, toda tapizada de damasco carmesí. En su testera había un magnífico dosel de terciopelo de igual color, y una mesa sobre unas gradas cubierta de lo mismo, todo adornado de flecos y galones de oro. Sobre los asientos de los inquisidores estaba colocado el escudo de armas del Santo Oficio, y al frente pendía una lámpara, de que se hacía uso cuando el tribunal se congregaba de noche.

Era el mes de Febrero de 1649 cuando se reunieron en este sitio los tres jueces y

el secretario. Antes de comenzar sus trabajos, vuelto el presidente á sus colegas, dijo:

"El deseo de cumplir con nuestros deberes, y desagraviar á Dios, estirpando la infidelidad y la heregía de los dominios de nuestro invicto y católico monarca el rey de España (aquí inclinaron todos la cabeza), nos hace apresurar el curso de las causas que tenemos pendientes, á fin de celebrar dentro de poco un auto solemne de fe tan lucido y ostentoso cual jamás se haya visto en estos reinos. En tal virtud, vamos, señores, á ocuparnos de este importante asunto, no separando de él nuestra atención, ni desviándonos á diestra ó á siniestra. Pidamos la luz de lo alto, y llenos de celo, apliquemos el cauterio y la cuchilla á la llaga inveterada de la herética pravedad, y del ciego y obstinado judaismo. Desaparezca el pueblo indócil israelita de la haz de la tierra. Insensibles á las sugestiones del mundo, escudados con la fe de las tentaciones del diablo, y sordos á los gritos de la carne y de la sangre, obremos como centinelas vigilantes, como soldados valerosos, como jueces severos. Separemos el trigo de la zizaña, arrojando ésta al fuego devorador, y á los ardores sempiternos. Venguemos á Dios de las injurias de los hombres. ¡Ministros del Altísimo, valor y confianza en el Señor! "Exurge, Domine, et judica causam tuam!"

Pronunció este discurso con un tono tan enérgico y fervoroso, que conmovió á los que lo escucharon, los cuales puestos en pie, ratificaron con un "Amén" cuanto acababa de decir su presidente.

La obligación de ser exactos, nos hace suspender aquí el curso de nuestra relación, para dar al lector una breve idea de quién era este personaje.

Don Domingo Ruiz de Guevara, natural de Castilla la vieja, hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, donde se distinguió, así por su talento y aplicación, como por la fuerza de su carácter, y la severa rigidez de sus principios. Al entrar á la edad de la bulliciosa juventud, no se descarrió en la senda de los placeres, ni se vió enredado en el inexplicable laberinto de los amores. No es decir tampoco que fuese insensible á los encantos de esta pasión; y la prueba fué, que casó con una señora, la cual por su modestia y recogimiento, hubiera podido servir de modelo á las antiguas "ricas-fembras" de Castilla. Siguió la carrera del foro en el empleo de fiscal del rey, distinguiéndose en él por su honradez, por su desinteresado manejo, y por el inflexible rigor de sus peticiones y alegatos. Su elocuencia era nerviosa, vehemente y concisa: tronaba contra el vicio, era el espanto de los criminales, y alguna vez de la inocencia desfigurada ó mal defendida. Habiendo enviudado á los po-

cos años, y sufrido después una pérdida que amargó el resto de su vida, abrazó el estado sacerdotal, desempeñaba la fiscalía de la inquisición de Sevilla. Su fama y su mérito lo elevaron al grado de inquisidor de México, destino que vino á servir con un celo digno de mejor causa. Persiguió infatigablemente á los pocos herejes, moriscos y judíos que pudo haber á las manos en estas tierras, y su rigor era tal, que pasaba en proverbio. Siempre tenía en la mano la espada de Elías, y nunca el bálsamo del Samaritano. Es verdad que su rigor procedía de su misma rectitud; pero nadie pondrá en duda que esta misma rectitud llevada al exceso, causa tantos males como los vicios.

Luego que D. Domingo acabó su discurso, y los jueces sus compañeros recobraron sus asientos, se abrió una pequeña puerta que estaba al frente opuesto de la sala, y salió por ella un reo á quien hizo el tribunal varias preguntas. No siendo las respuestas del desgraciado conformes á lo que los jueces querían saber de él, lo hicieron entrar al cuarto inmediato del tormento. En seguida compareció una joven: lo abatido de sus miradas, el desmayo de sus miembros, y su trabajada respiración, indicaban cuán grandes eran las angustias de su espíritu. En atención á su sexo y á su fatiga, la hicieron sentar en un banquillo sin respaldo, frente al tribunal. Dábale de lleno la luz de la lámpara, y al ver

el traje blanco que la cubría, y las negras y largas trenzas que pendían de su cabeza, la hubiera tomado cualquiera por una aparición. No menos eran de admirar las figuras de los inquisidores, cuyos bultos y formas rígidas se realzaban sobre el fondo obscuro de la sala, cual si fuesen labradas por la mano de algún célebre estatuario. En la estancia reinaba un pavoroso silencio.—Sara de Córdova, prorrumpió al cabo de un rato el presidente, con voz firme, grave y pausada; Sara de Córdova, acusada estás de judaísmo, y también convicta, aunque no confesa. Hoy te interroga de nuevo este piadoso tribunal: si dijeres verdad, usará contigo de misericordia: si faltares á ella, tú sola tendrás la culpa del mal que te sobrevenga. ¿Qué religión profesas?

—Señor, dijo la doncella saliendo de su abatimiento, ¿qué necesidad hay de que yo declare la fe que sigo?

—La de obedecer á este tribunal.

—Sólo á Dios manifiesto yo mi corazón.

—No te obstines, porque este tribunal tiene poder para castigar la ofensa que haces al cielo.

—Sólo á Dios toca la venganza de sus agravios.

—¿Es cierto que sigues la religión de Moisés?

—Si mi respuesta fuera afirmativa, sería el fundamento de mi condenación; y si negativa, de nada me pudiera servir. Esta

injusta desigualdad me hace elegir, como partido más prudente, el del silencio.

—Tu ceguedad es mucha, Sara. ¿Cómo podrás negar que tu familia celebra en Veracruz reuniones judaicas?

—Si soy delincuente, lo soy sola.

—¿Conoces á Jacobo Ribeiro?

—Le conozco y le debo oficios de padre. Habiendo quedado yo huérfana desde muy niña, me recogió en su casa, donde encontré en él amparo y abrigo.

—¿Conoces á su hijo Duarte?

—¿Si le conozco? ¡Ah, demasiado! Es mi esposo.

—¿Qué religión aprendiste en aquella casa?

—Señor, por última vez diré: Qué si el tribunal me considera delincuente, quiero que descargue sobre mí el castigo que guste, sin obligarme á dar respuestas que no han de salir de mi boca.

—¡Desacordada muchacha! ¿piensas tú burlar la autoridad del tribunal?

—Señor, estoy dispuesta á morir.

—Sí, pero antes revelarás cuanto sabes.

—Yo moriré.

Tocó el inquisidor una campanilla, y al punto salió un ministro de la estancia del tormento, dejando entreabierta la puerta tras sí.

—Dispón lo necesario para dar tormento á esa mujer, dijo el presidente.

—¡Yo sufrir tormento! exclamó Sara

¡Dios mío! ¿qué he hecho, para que se me trate de esa manera? Señores, compadézcanse usías de esta desdichada, que en nada los ha ofendido....

Uno de los inquisidores dijo entonces: Me parecen las respuestas de esta moza tan desnudas de artificio, que todas ellas equivalen á una declaración lisa y llana de su delito y de sus cómplices. No se resuelve á decir la verdad, ni tampoco se atreve á mentir. Yo sería de opinión que se omitiera el tormento.

—No permita Dios, respondió el presidente, no permita Dios que falte este tribunal á uno solo de los requisitos que exige la justicia en casos como el presente. Yo, señores, me guardaré muy bien de fulminar sentencia definitiva contra esta desgraciada, sin concederle antes todos los recursos que el derecho le franquea. Si persiste en no declarar quiénes son sus cómplices, aun en medio de la prueba que va á sufrir, confieso que no hay bastantes motivos, según lo alegado y probado, para condenar á muerte al mozo á quien se apresó en su compañía.

—Ni aun á ella misma, prorrumpió entonces el tercero de los jueces. Yo voto porque no faltemos en nada á lo que la justicia exige de nosotros.

El verdugo recibió orden de poner en práctica su oficio, y se acercó á Sara, mandándola con rudeza le siguiese.

El rostro de la doncella se demudó al escuchar este mandato, y la alteración de sus facciones expresaba sus angustias: volvía los ojos á todas partes como si pidiera socorro, y no encontraba más que muros insensibles y corazones más duros que el bronce: la representación de los dolores que la aguardaban, ocupaba vivamente su fantasía: su congoja era inexplicable. Iba, aunque en vano, á implorar la piedad de los jueces, cuando llega á sus oídos un ¡ay! prolongado que arrancaba la fuerza de la tortura al joven que la había precedido en el examen: conoce la voz de su amante, y no siendo capaz de resistir al tropel de sensaciones que la asaltaron, cayó en tierra de rodillas, diciendo con voz desfallecida: "Todo lo confesaré."

—¿Luego ciertos son los delitos de que se os acusa? dijo el inquisidor.

—Todo es cierto, respondió Sara.

—¿También lo es que Jacobo y Duarte Ribeiro son judaizantes?

Vacilaba la doncella en responder, cuando una nueva exclamación, que la tortura hizo exhalar á su amante, la hicieron decir apresuradamente: "También, también."

—Que se suspenda la diligencia mientras se carean los reos, mandó el inquisidor.

El verdugo entró inmediatamente á comunicar la orden que se le daba.

Al cabo de un rato salió Duarte con un

notario que daba fe de la diligencia. Venía el joven cubierto con una sábana, pálido como la muerte, y todo empapado en sudor frío. Habiéndole hecho tomar asiento, y dádole á beber un brebaje confortativo, dispuesto para tales casos, se le interrogó acerca de la existencia y circunstancias de las reuniones que habían motivado el proceso.

El joven guardó silencio, y urgido de nuevo, tuvo aún valor para permanecer negativo. Sara, llena de mortales inquietudes, clavaba unas veces en él los ojos, y otras los volvía á los jueces.

—Pues que insistes en negar obstinadamente lo que de tantos modos está comprobado, dijo el presidente, fuerza será que vuelvas á la prueba que se ha suspendido.

—No debe volver, que es inocente; yo soy sola la culpada, gritó Sara.

—Poco ha que confesaste el delito de ambos: si ahora te retractas, le acompañarás también en la tortura. Verdugo, conduce á estos reos al caballete.

—¡Condenada Sara al tormento! exclamó Duarte, ¡oh! no: soy el culpable y no ella. Desde luego me confieso delincuente.

Inútil sería cansar al lector con la serie de preguntas y respuestas que se siguieron á esta confesión. En virtud de ellas obtuvo el tribunal cuantos datos eran necesarios para cerrar el proceso, y fulminar á pocos días la sentencia á que se hicieron acree-

dores los reos en virtud de permanecer impenitentes.

III.

Apartemos los ojos de esta dolorosa escena, imputándola, no á la religión cristiana que es toda de caridad y mansedumbre, sino á las ideas y bárbara jurisprudencia que reinaba en aquella época; y trasladémonos por un breve rato á la morada de D. Domingo. Este hombre, á pesar de su natural dureza, había experimentado en el interrogatorio de Sara, una compasión que no le era común, la cual procuró sofocar cuanto pudo. Y no imputemos este afecto á alguna pasión bastarda, porque si bien la hermosura de la doncella era grande y su aflicción excesiva, siendo ambas causas, cuando están unidas, bastante poderosas para encender en el pecho más helado, el dulce fuego de una compasión amorosa; las emociones que entonces experimentó el rígido anciano, procedían de una causa más elevada. Un sentimiento puro y delicado habló en su corazón á favor de la afligida doncella, y aun al pronunciar después contra ella la última sentencia, tuvo que vencerse á sí mismo para firmarla.

Avergonzado de esta flaqueza, se vió en la necesidad de revelarla á un hombre doc-

to con quien solía consultar los asuntos más árduos. Fué éste de parecer, que no había en todo aquello más que una acechanza del diablo, para doblegar su constancia; y aconsejóle se armase de nuevo valor, á fin de burlar las insidiosas maquinaciones del enemigo común. Con esto reanimó su espíritu, y sofocó en su origen un afecto, que si hubiera tenido lugar de desenvolverse, habría producido felices resultados.

Dispuesto todo para el auto solemnísimo de fe, anunciado al público con extraordinaria pompa, se retiró el anciano la víspera en la noche á su gabinete, donde se puso á repasar algunas decretales, que eran su estudio favorito, al cual destinaba las horas que podía robar á sus quehaceres. Cuando estaba más enfrascado en su lectura, siente pasos en la estancia, y desde el enorme sillón que ocupaba, divisa un bulto que se le acerca. Arrugando las cejas, y poniendo una mano sobre ellas para hacerse sombra y aguzar la vista, advierte que un desconocido, embozado en una pomposa capa, llega cerca de él, y le saluda mesurado, añadiéndole que tiene que hablar un asunto reservado. Dale entonces asiento, con lo que pudo reconocerlo más de cerca, notando en él una fisonomía grave y triste, con ciertos asomos de fiereza. La edad de aquel hombre rayaba en los sesenta años: su complexión era vigorosa, y su aspecto y ademanes indicaban que era reservado,

meditabundo, tenaz en sus propósitos y capaz de llevar al cabo la resolución que una vez hubiese formado.

—Puede vd. exponer el asunto que lo ha traído á esta su casa, dijo el inquisidor.

—Antes de entrar en él, contestó el incógnito, quiero que usía me diga, como sacerdote, como teólogo y como inquisidor, ¿si el secreto natural obliga en todos casos?

—Respondiendo á lo que vd. me pregunta bajo tres aspectos diversos, debo decirle, que el secreto natural obliga de tal modo, que ni mandatos, amenazas, tormentos, ni aún la misma muerte, disculpan su violación.

—¿Y este precepto obliga á todos indistintamente?

—A todos los hijos de Adán, sean de la clase que fueren. El grande y el chico, el monarca y el vasallo, el Papa y el último de los fieles, todos sin distinción alguna están sujetos á este inviolable precepto.

—Cerciorado ya de esto, quiero hacer á usía otra pregunta. Si un caballero empeña alguna vez su palabra, ¿debe cumplirla?

—Sin duda ninguna; y el que no lo haga es un infame.

Pronunció el inquisidor estas palabras con un entusiasmo, que declaraba bien cuán

arraigados estaban en su pecho los sentimientos del honor.

—Pues bien, prosiguió el incógnito, yo tengo que revelar á usía un secreto, el cual no podrá descubrir antes de un año. ¿Me promete guardarlo con religiosidad?

—Sí lo prometo.

—¿Me promete también dar ayuda á un necesitado?

—Laudable cosa es socorrer al necesitado; pero sería imprudencia en el hombre obligarse á dar una ayuda, que no sabe en qué consiste, ni á qué fines se dirige.

—La que yo pido se dirige á proporcionar á un extranjero su salida de este reino, para que vaya al país que ha elegido para vivir.

—¿Y qué ayuda necesita?

—Sólo que se le guarde secreto, porque de lo contrario le va el honor y la vida.

—Si esto es lo que se me pide, prometo hacerlo.

—¿Como caballero?

—Sí como caballero.

—Pues entienda usía que ha concedido esta gracia á un infiel.

—¿A un infiel?.... no obstante cumpliré mi palabra á fuer de leal y de caballero: sí, la cumpliré.

—Yo, señor inquisidor, continuó el desconocido, llevando una mano al pecho, soy portugués de nacimiento, he vivido algún tiempo en Sevilla, y últimamente en Vera-

cruz, donde he sufrido un grave contratiempo. Quiero pasar á Italia: el auxilio que he pedido es para mí, y usía está comprometido á dármelo.

—Estoy comprometido, y cumpliré mi palabra: pero ¿quisiera saber quién es vd?

—Soy hebreo, y llamo Jacobo Ribeiro.

—¡Pérfido judío! ¿tú eres Jacobo Ribeiro? exclamó el inquisidor con voz alterada: ¿tú el cabecilla de los judíos de Veracruz? ¿Tú?....

—Usía, repuso Jacobo, poniendo un dedo sobre sus labios, y mostrando una entereza y una resolución á toda prueba, usía es depositario de un secreto natural.

—Tienes razón, malvado, contestó el inquisidor con voz más baja, soy depositario de tu secreto: no temas que lo revele, no.

—A más de esto, tengo que hablar á usía sobre otro negocio importante.

—¿Qué es lo que quieres? dilo....

—Que procure librar á Duarte y á su prometida esposa de la sentencia de muerte á que están condenados para mañana.

—Una proposición tan irracional no merece contestarse.

—Vea usía que el asunto es más grave de lo que parece, y que si la sentencia se ejecuta, el mal que venga de ella no tendrá remedio.

—No te entiendo.

—Pues óigame usía, y haga lo que le di-

go, porque de lo contrario se arrepentirá de ello, aunque tarde.

—¡Infiel! ¿tú me amenazas?

—Calle usía, y óigame. Yo jamás he tenido hijos. Duarte es mi sobrino, y habiendo quedado huérfano cuando todavía andaba en mantillas, le cobré un cariño extraordinario, el cual ha crecido con sus años y buenas prendas.

—¡Cuánto mejor habría sido que no le hubieras enseñado tus abominables ritos!

—Yo le enseñé lo que me enseñaron. Pero no perdamos tiempo, y vamos derechamente á lo que importa. Usía tiene medios con que suspender la sentencia de esos jóvenes desgraciados. Diré cuanto hay en el caso, y aun facilitaré cuantos caudales se necesiten....

—¡Infame judío! ¿tú te atreves á hablar en estos términos á un inquisidor, y sobre todo á mí?

—Sí, porque lo que pretendo es justo.

—¡Justo! Más te tengo por loco que por perverso. Parte, necio, donde quieras, sin temor de que yo revele tu secreto; no me irrites más con tu presencia.

Dicho esto, se levantó de su asiento con ánimo de retirarse.

Puesto en pie también el judío, le tomó de la ropa, y con aire de despecho le dijo: Sepa usía que le pesará mucho el no hacer caso de mis palabras. Oiga lo que voy á referirle....

—¡Calla, perverso! replicó el inquisidor: no agotes mi sufrimiento. Mirando con ojos airados al judío, dió la vuelta, y se retiró sin quererlo escuchar.

Este lanzó tras él una mirada amenazadora, y desplegando sus labios con una sonrisa sardónica, dijo en voz baja: ¡insensato, no sabes lo que se te espera! Tomó su sombrero, y con grave continente se salió de la casa.

El inquisidor pasó inquieto el resto de la noche, repasando en su memoria aquella extraña conversación, no poco sorprendido de la insolencia y procacidad de aquel miserable proscripto. Levantóse al día siguiente muy de madrugada, encaminándose con diligencia á la casa principal del Santo Oficio.

IV.

Serían las tres de la mañana cuando llegó á ella, reuniéndose á sus compañeros á fin de hacer conducir á los reos al teatro destinado á la celebración del auto de fe. Salieron por delante las cruces de las parroquias de Santa Catarina Martir, la Santa Veracruz y el Sagrario, precedidas de dieciseis familiares de vara, y acompañadas de sus respectivos párrocos y clero. Seguían sesenta y siete estátuas, veintitrés

cajas de huesos de muertos relajados, cuarenta reos vivos con velas verdes en las manos, condenados á diversas penitencias, y trece relajados en persona por impenitentes. Detrás caminaba el alcaide de las cárceles secretas, y un numeroso acompañamiento de ministros á caballo, custodiando una mula ricamente enjaezada, cubierta con un telliz de damasco carmesí adornado de franjas de oro, y llevada del diestro por dos lacayos con cordones de seda: en ella iban las causas y sentencias de los reos, guardadas en un precioso cofre de nacar lleno de embutidos del Japón, con cantoneras, llave y guarniciones de oro y plata. Cerraba la comitiva el Alguacil Mayor del Santo Oficio, seguido de una lucida cabalgata.

Tomó la procesión por la calle de la Encarnación á salir á las del Reloj y Seminario, hasta llegar á la plazuela del Volador, lugar destinado para celebrar el auto. Las calles del transito estaban ocupadas de un inmenso concurso. Un sinnúmero de luminarias disipaban las sombras, haciendo resaltar los objetos clara y distintamente. Y la tristísima plegaria que resonaba con pausados clamores en todas las torres de la ciudad, acompañada del ruido sordo y doliente de los atambores y pífanos, á cuyo compás marchaba en dos largas hileras la tropa destinada á la custodia de los reos, daba á aquella lúgubre ceremonia una so-

lemnidad imponente y taciturna. En ella ocupaban un lugar distinguido los dos jóvenes que sirven de asunto á esta relación. Sus pocos años, sus prendas personales y la circunstancia de haber sido presos poco antes de casarse, les habían grangeado mucha celebridad. Los ojos del concurso se fijaban en ellos, y no pocos corazones compasivos deseaban con ansia verlos libres de las llamas por medio de un sincero arrepentimiento.

Luego que acabó de salir la procesión de los reos, se dió principio al paseo de los señores. Salieron por delante á caballo una multitud de ministros y familiares de vara: seguíalos en la misma forma un ostentoso y lucido acompañamiento de nobleza y caballeros, con sus respectivas cruces, hábitos y veneras, todos con bastones dorados: detrás marchaba el consulado con su prior y dependientes: en seguida la universidad, cuyos doctores y maestros precedidos de sus bedeles y masas, caminaban silenciosos sobre mulas negras, con gualdrapas, borlas y capirotes del color correspondiente á sus respectivas facultades: después el cabildo eclesiástico, vestido de luto: luego el cabildo secular; y al fin los jueces que componían el tribunal, escoltados de muchísimos ministros y familiares, engalanados con el traje y divisas de su oficio. Tomó esta segunda procesión entre innumerable gente por las calles de San-

to Domingo, Empedradillo, Monterilla y San Bernardo, hasta llegar á la plazuela del Volador.

Habíase levantado en ésta un espacioso tablado circuido de una balaustrada de madera, y cubierto en lo alto con una lona que llenaba casi toda la extensión de la plazuela. Subíase á él por dos órdenes de gradas, colocadas en sus extremos laterales: por ellas debían entrar sin confundirse las dos referidas procesiones. En el centro se elevaba una vistosa cúpula, sostenida por ocho columnas corintias, bajo la cual estaba puesto un altar, con una cruz verde, de gran tamaño, en cuyo rededor se veían un gran número de candelabros y ramilletes de plata labrados á martillo. Ardían en torno un gran número de lámparas suspendidas en el aire, y cien cirios de extraordinaria grandeza, cuyas llamas ondulaban blandamente al suave impulso de la brisa. La comunidad de Santo Domingo había pasado allí toda la noche en cantar maitines, y la madrugada en decir misas sobre altares portátiles.

Serían las siete de la mañana cuando ambas comitivas llegaron á este punto. Echando pie á tierra los caballeros, entró cada una por el lugar que le estaba señalado. Los concurrentes ocuparon el lugar que les convenía: los inquisidores, bajo un elevado dosel de terciopelo negro, presididos en aquel acto por el Arzobispo: los se-

cretarios en un tablado inferior: y de uno y otro lado los tribunales, cabildos, audiencia, comunidades religiosas, empleados y personas distinguidas, todos convidados para dar solemnidad al acto. Detrás había unas jaulas corridas de madera, pintadas de verde, desde donde veían sin ser vistas las damas principales de México. Los reos estaban de pie en uno de los extremos, escoltados de una compañía de alabarderos: otros muchos de éstos cercaban el tablado. La plaza, los balcones, las ventanas, los elevadísimos tablados construidos contra las paredes y las azoteas vecinas, todo, todo estaba apretado de gente. La novedad del espectáculo y la pompa con que se había anunciado muchos días antes, atrajeron á México una concurrencia asombrosa.

Hecho el juramento de estilo, y predicado por el Obispo de Cuba un sermón análogo á la solemnidad, se procedió á la relación de causas y sentencias, leyéndolas alternativamente los dos secretarios en voz alta, sobre dos púlpitos puestos al intento al lado del altar.

Serían las cuatro y media de la tarde, cuando concluida la lectura, se levantó de su asiento el Alguacil Mayor del Santo Oficio, y viniendo al lugar donde estaban los reos, hizo entrega formal de ellos al Corregidor de México, á quien tocaba ejecutar las sentencias. La miserable Sara y el

infeliz Duarte, eran del número de los relajados en persona y condenados al suplicio del fuego, en virtud de permanecer impenitentes, esto es, de rehusarse á abandonar la religión de Moisés y abrazar el cristianismo. Era Duarte, en la corta edad que tenía, uno de los hombres más doctos de su tribu: así es, que aferrado á sus doctrinas, fueron vanos cuantos argumentos se le hicieron para hacerle mudar de propósito, y prefirió la muerte á cambiar de creencia. Sara era también bastante instruida, y se mantuvo firme en los principios que le habían enseñado desde niña, ayudada por otra parte del amor y de la devoción; elementos que, combinados en un corazón sensible y apasionado, cual es por lo común el de las mujeres, son bastantes para hacerlas acometer las más arriesgadas empresas, ó sufrir con resignación todo género de males, y aun la misma muerte. Grande era la compasión que excitaban estos infelices. Aguardábalos en vez de tálamo, la hoguera. A los regocijos de la boda, á los cánticos y enhorabuenas de las doncellas y mancebos de su pueblo, á las guirnaldas de rosas y á las blandas caricias del amor, se substituían la afrenta, las llamas y la muerte. Lloraba Sara como la hija de Jepté su belleza malograda, y lamentaba su desgraciada suerte con estas palabras:

"Desde lo alto metió el Señor fuego en

mis huesos y me ha escarmentado: tendió una red á mis piés, y me volcó hacia atrás. Me ha dejado en todo este tiempo desolada y consumida de tristeza....

"Sión extiende sus manos; pero no hay quien la consuele. El Señor ha convocado á los enemigos de Jacob para que le cerquen....

"En medio del ardor de su ira ha reducido á polvo todo el poderío de Israel: retiró atrás su derecha auxiliadora así que vino el enemigo; y encendió en Jacob un fuego que con su llama devora cuanto hay en contorno...."

El corazón humano es naturalmente compasivo; así es que no había casi ningún espectador que no sintiese vivamente la desgracia de aquella tan hermosa como desolada doncella. Pero quien daba mayores muestras de dolor, era una pobre anciana que la seguía á lo lejos. Al llevar los reos al quemadero, situado entonces en la plazuela de San Diego, no pudo contenerse, y en una parada que hizo la comitiva en la segunda calle de Plateros, penetró ella entre la turba que rodeaba á Sara, y echándose á sus piés se los besaba, diciendo entre gemidos:—"Hija mía, hija mía, ¿quién me "dijera que te había de ver en este trance?" Acudieron los soldados y alabarderos á separarla, asestándole sus armas; pero los sacerdotes que estaban presentes los contuvieron, ya por compasión, ya movidos de la

novedad de aquel encuentro. Entre tanto la pobre anciana seguía con sus lamentos. Sara, entre la turbación de que iba poseída, conoció que la que estaba á sus piés era su nodriza. Habiendo quedado huérfana desde muy niña, no había conocido más madre que aquella mujer, á quien consagró sus afectos filiales. Existía entre ambas un amor íntimo y tierno, no obstante la diferencia de religión y de calidad que mediaba entre ellas.—"Hija mía, proseguía la anciana; mira cómo te hallas por no haber seguido mis consejos. ¡Oh, si hubieras escuchado lo que yo te decía! pero no hiciste caso, y ahora vas á pagar, inocente, lo que esos malos hombres te enseñaron. ¡Desgraciada de mí! yo tengo la culpa, por no haber dado parte á los señores inquisidores, de lo que pasaba en tu casa, cuando tú eras niña. Entonces hubiera tenido remedio el mal, que ya no lo tiene."

Aunque Sara estaba preocupada con el temor de la vecina muerte, no pudo dejar de conmoverse al escuchar las lágrimas de su nodriza. Puesta ésta en pie, reclinó sobre uno de los hombros de ella su hermosa cabeza.

—¿Es posible, exclamaba la anciana estrechándola cariñosamente entre sus brazos, es posible que no hagas aprecio de mí? po de que enmiendes tus errores. ¡Ah, con cuántas veras he pedido á la Virgen que se apiade de tí!

Al pronunciar estas palabras la cubría de besos, y la bañaba de lágrimas.

—Mírame, hija mía, aunque pobre, soy tu madre, pues que te crié. ¡Ojalá muriese yo, porque tú no te condenases! ¡Tan hermosa, tan linda, y perderse para siempre....!

Sara callaba, agitada de encontrados sentimientos. Al verse tratar con tanto amor después de tantos días pasados entre cadenas y rudos tratamientos, su pecho sentía un movimiento, una dulce expansión que la hizo prorrumpir en una fuente de lágrimas. Combatido de nuevos afectos, fluctuaba su corazón, como la barquilla en la mar impelida de los vientos. Tal vez si se la diera tiempo, fuera este encuentro el principio de su conversión.

Esta escena humilde y tierna era sin duda más interesante que la lucida pompa de por la mañana. Los que la vieron, no pudieron menos que acompañar en su llanto á la desgraciada Sara.

No debiendo detenerse más la ejecución de las sentencias, siguieron caminando los reos á su destino, y la vieja nodriza fué detenida para hacerla comparecer ante el inquisidor principal. Ella misma en los arrebatos de su dolor se había confesado sabedora de las reuniones judaicas de la casa de Sara, sin haberlas denunciado, y esto bastaba para someterla á juicio.

V.

En tanto que en la calle de Plateros sucedia lo que acabamos de referir, pasaba en un rincón obscuro de Portacoeli otro acontecimiento diverso. Apenas habían salido los reos para el patíbulo, y quedaba el tribunal en la plazuela del Volador, ocupado, entre el lucido cortejo que lo acompañaba, de arreglar algunos puntos menos importantes, pertenecientes á los reos penitenciarios, cuando se presentó un familiar ante el inquisidor general, y puso en sus manos una carta, diciéndole que la acababa de recibir con el carácter de muy urgente. Abrióla el inquisidor, y vió que le decían en ella: "Un asunto ejecutivo, del servicio de Dios y de interés de usía, hace al que escribe esta carta, suplicarle le oiga una declaración sin pérdida de momento, á cuyo fin lo espera en la celda núm.... de este convento."

Creyó Don Domingo que se trataba de algún asunto concerniente á su oficio, y viendo que su presencia no era allí absolutamente necesaria, pues que el tribunal quedaba presidido por su visitador el Arzobispo, partió con diligencia á ver qué se le quería. Descendió del tablado, pasó al convento, atravesó los claustros, y llegó por fin á la estancia designada, que era la última y más recóndita del edificio. Apenas

entró en ella, cuando la persona que lo aguardaba cerró con velocidad la puerta, se echó la llave en la bolsa, y sacando un puñal buido, lo puso al pecho del inquisidor diciéndole con voz turbada, pero bronca y amenazadora:—"Usía morirá, y yo también me mataré á mí mismo si arroja un grito, en virtud del cual acuda gente y sea yo descubierto."

Alzó el inquisidor la cabeza todo conmovido, y vió con espanto á la escasa luz que entraba en aquella pieza por una estrecha ventana, abierta junto al techo, que al que tenía delante de sí era Jacobo Ribeiro. Un movimiento involuntario manifestó el horror que le causaba su vista; pero el ademán resuelto del agresor, y su semblante encapotado y sañudo, helaron de pronto su sangre y agarrotaron sus miembros. Mal recobrado apenas de la primera impresión, dijo con palabras cortadas:—"¿Qué me quieres? Si es mi vida, estoy pronto á darla en defensa de mí.

—Lo primero que pido es silencio y serenidad, contestó Ribeiro: oigame usía.

—Habla, que ya te escucho.

—Así me hubiera escuchado anoche: hoy no recibiría el golpe que le espera.

—No comprendo tus palabras misteriosas, y sea cual fuere su significado, sabe que estoy resignado á todo.

—Vuelva la vista usía al rededor de sí, y observe que estamos solos dentro de es-

tas cuatro paredes, usía, yo y mi venganza. Los dos primeros moriremos, pero la última, yo aseguro que sobrevivirá á nuestras cenizas.

—¡Judío! nada será para mí más glorioso que el martirio.

—No es el martirio sino la justicia divina la que usía debe esperar. El cielo dispone que la venganza del perseguido judío sea terrible. Sin embargo, ¡cuán costosa es también para mí! ¡cuánto diera yo por evitarla!....

—Acaba de revelar ese misterio....

—Usía fué fiscal de la Suprema, y en ella fué causante de la muerte de mi hermano Jaime Ribeiro, y de mi esposa Leonarda Núñez.

—No lo tengo presente.

—Yo sí lo tengo. Ya dije á usía anoche que Duarte no es mi hijo, aunque lleva el nombre de tal, sino sobrino mío, hijo de ese mi hermano.

—Algo de eso me referiste.

—Sara, su prometida esposa, vino á mi poder muy niña: la recibí al principio como un instrumento de mi venganza; pero después la he cobrado tanto cariño, que hoy siento de veras su desgraciada suerte.... ¡ah!...

Las lágrimas se asomaron á sus ojos dando señales de un vivo sentimiento.

—Acaba, hombre, acaba, dijo con impaciencia el inquisidor.

—¿Usía fué casado alguna vez? preguntó Ribeiro.

—Sí lo fui, contestó Don Domingo, no dejando de extrañar tal pregunta.

—¿Conoce á quién perteneció esta joya que le presento? Al decir esto, sacó el judío una cadena de oro, de la cual pendía una cruz de filigrana con una cifra.

Al verla con despacio el inquisidor, prorrumpió con espanto:—¡La conozco, la conozco: fué de mi esposa!

—¿Y dónde se perdió esta cadena?

—¿Dónde?.... ¿dónde?.... déjame recordarlo, contestó aun más sobresaltado.

—¿Conque no recuerda usía quién traía esta alhaja al cuello el día que se perdió? repuso el judío con doliente sonrisa. Pues á fe que era prenda que le tocaba bien de cerca.

—¿Qué dices, hombre? tú me haces estremecer.

—Esta cadena y esta cruz adornaban á una niña, hija única que tuvo usía en su matrimonio, la cual robó en Sevilla hace diecisiete años una gitana, y me la vendió á mí.

Lanzó el inquisidor un grito agudo, y mirando con inquietud á su adversario, le dijo: ¡Bárbaro! ¿dónde tienes á mi hija?

—¿Dónde tiene usía á mi esposa, á mi hermano y á mi sobrino?

—¡Ah cruel! tú has quitado la vida á mi hija Leonor.

—Si tal hubiera hecho, ¿no sería muy justa mi venganza?

Sintió el padre que le faltaban las fuerzas. Desfallecido y suplicante decía al judío:—Jacobo, si mi hija vive, yo te perdono; vuélvemela, y pide cuanto quieras. Mis bienes, mi vida, todo es tuyo.

—Nada de esto es necesario: la hija de usía está en su poder.

—¿En mi poder?

—Sí, y en el camino del quemadero, con el nombre de Sara de Córdova. He aquí la venganza del judío.

Dijo, y abriendo la puerta, desapareció como un relámpago.

Don Domingo quiso seguirlo; bajó apresuradamente la escalera, descendió al patio, y ya no le vió. Encaminóse á la puerta de la calle á la sazón que entraba por ella un tropel de gentes; eran los que conducían á su presencia á la nodriza de Sara. A su pesar se vió rodeado de personas que atajaban su marcha: todas le hablaban á un tiempo: todas querían referirle el suceso. Al fin llegó á imponerse de él con no poca impaciencia: hizo á aquella mujer con rapidez varias preguntas, y sus respuestas le confirmaron en la verdad de que Sara era su hija. Sin detenerse más, rompió por enmedio del concurso, y se encaminó con cuanta presteza permitían sus años al quemadero. Su ansiedad sólo era comparable con la que habían padecido las víeti-

mas que le antecedieron en el mismo camino.

Descubre el lugar del suplicio á tiempo que anochecía: la luz del incendio le da en los ojos: la algazara del populacho lo llena de espanto: llega al brasero, y ve envueltos en las llamas á muchos de los condenados á ellas: Duarte exhalaba los últimos suspiros: pregunta por Sara, y la ve amarrada al poste fatal, sobre una haz de leña medio encendida: el humo que la circundaba la hubiera hecho desfallecer, á no volverle el sentido las chispas que tocaban á su rostro y brazos, levantadas por los verdugos que atizaban el fuego: la llama había quemado la orla de su vestido, el cual por ser de lana no ardía solo á la vez: sus piés eran presa del fuego: no pudiendo sufrir aquellos ardores, lanzaba entre el estallido de los maderos, el ruido de las llamas y las voces de los circunstantes, gritos agudos que apenas se percibían.

—Suspended, bárbaros, esa ejecución; clamó el inquisidor á los verdugos.

Estos volvieron la cabeza con frialdad; pero conociendo la persona que les daba aquella orden, suspendieron inmediatamente su trabajo.

—Apartad esas brasas luego luego, inmediatamente....

Los ejecutores empezaron á poner por obra lo que se les prevenía.

En esto se presentó el Corregidor de la

ciudad, y les preguntó lleno de enojo ¿qué hacían?

—Suspender la ejecución de esa infeliz, prorrumpió el inquisidor: cumplir con lo que les acabo de mandar.... Proseguid, buenos hombres, proseguid....

—Sí, proseguid, replicó el Corregidor, en encender la hoguera, no en apagarla. Yo soy el único que mando aquí.

—Tengo motivos muy fuertes para hacer suspender la sentencia.

—Mayores los tengo yo para llevarla adelante.

—Soy el Inquisidor Mayor.

—Y yo el Corregidor de la ciudad.

—Con autoridad apostólica mando que esa doncella descienda del patíbulo.

—Yo sólo obedezco al tribunal.

—¡Hombre cruel! haz lo que mando, ó te excomulgo.

—Señor Inquisidor, yo he estudiado ambos derechos, y sé lo que me compete en casos como el presente: estos reos están relajados al brazo secular, quien debe hacerlos morir, so pena de ser fautor de herejes.

—Esa doncella es hija mía.

—Sé que es una judía y que debe morir quemada.

No pudiendo sufrir el Inquisidor más dilaciones, se arrojó á las brasas para desatar él mismo á su hija ó perecer con ella. Los verdugos lo detuvieron, permaneciendo

en inacción por un buen espacio de tiempo.

En esto llegó el arzobispo, que, como se ha dicho, era visitador del tribunal. Se hallaba por casualidad en las inmediaciones del suplicio, y la novedad que voló de boca en boca de lo que en él acontecía, lo trajo allí corriendo. Informado del caso, y urgido de las no interrumpidas instancias de Don Domingo, mandó desatar á Sara del poste y tenerla reclusa en una casa, mientras examinado el punto con madurez, se resolvió lo conveniente. El Corregidor se vió obligado á obedecer, aunque con repugnancia.

Bajó la doncella del patíbulo más muerta que viva, y fué conducida á la casa de su padre, custodiada por éste mismo.

VI.

Volvió Sara en sí al cabo de algunas horas, y se encontró con gran sorpresa suya en una rica alcoba, llena de cuadros, y acostada sobre una blanda cama. Parecióle al principio que soñaba, hasta que conoció estar despierta, á virtud de los ardores que empezó á sentir en los piés. Sus ayes hicieron conocer á los que la cuidaban, que ya había recobrado el uso de los sentidos, y se apresuraron á curarla por segunda vez.

Entre tanto se ocupaba el Inquisidor en

recabar del tribunal que su hija no volviese al quemadero. El que poco antes daba lecciones de rigidez, ahora con lágrimas en los ojos pedia favor á sus colegas. Se constituyó carcelero de su hija, y prometió solemnemente dedicarse á su conversión en compañía de los mejores teólogos, teniendo siempre su persona á disposición del tribunal. Convino éste, no sin dificultad, en diferir el cumplimiento de la sentencia, mientras se daba cuenta de lo ocurrido á la Suprema, para que resolviese lo conveniente. El padre se dirigió con el mismo objeto al Sumo Pontífice, haciéndole una extensa relación de lo que había pasado.

Mucho nos difundiríamos si quisiéramos pintar lo que sintió el anciano cuando vuelto á su casa vió de cerca á su hija, aletargada nuevamente con una bebida que le habían dado los médicos con intento de hacer menos dolorosos sus sufrimientos. Contemplaba detenidamente su rostro, creyendo descubrir en él algunos rasgos del de su esposa: la palidez que lo cubría, y la tintura de dolor que aun conservaba en medio de su desmayo, daban á su hermosura sumo interés. ¡Desdichada! repetía el anciano de cuando en cuando: yo he sido tu verdugo.

También la vieja nodriza, por concesión especial del Arzobispo, asistía á su lecho, llena una veces de esperanzas, y otras de

sobresaltos. Ambos se dedicaron á cuidar á la doliente con la más tierna solicitud.

Pasados algunos días, logró el padre con sus caricias lo que antes no había podido con sus rigores. Sus fervorosos suspiros, y sus lágrimas derramadas, ora sobre los altares, ora sobre el pecho de su hija, fueron eficaces para ablandarlo, convirtiéndolo á una religión de verdad y de amor. Pudieron estos medios en Sara, lo que no habían podido las argollas y cadenas. Padre mío, decía algunas veces con lágrimas de ternura, ¿por qué no me habló vd. así cuando estaba yo presa? ¡Con qué gusto le hubiera escuchado! Paréceme que lo que vd. me dice aquí, es muy distinto de lo que se me decía entonces.

El padre tuvo el indecible consuelo de ver á su hija reconciliada con la Iglesia. Hízose esta ceremonia con toda pompa, concurriendo á ella lo más lucido de la ciudad.

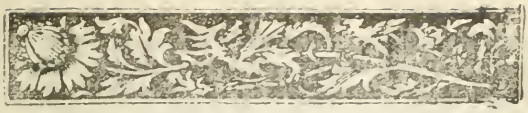
Empero la salud de Sara iba decayendo de día en día. Su espíritu había padecido mucho en la prisión, y más todavía en el hadas, se entregaba al descanso con dulce patíbulo, cuya representación tenía tan impresa en el ánimo, que la hacía despertar á menudo de su sueño, pidiendo á gritos socorro. Acudía el padre á consolarla, y ella volvía en lo pronto la cabeza á otro lado, como si viese á su verdugo: cerciorada

de que sus temores eran infundados, entraba en sosiego, estrechaba entre sus manos las de su padre, besándolas afectuosamente, y reclinándose de nuevo sobre las almohadas se entregaba al descanso con dulce pero melancólica sonrisa. ¡Oh, qué hermosa, qué inocente, qué amable parecía! La memoria de su amante la ocupaba de continuo, y soltando la rienda á su llanto, lamentaba el amargo fin que le había cabido. Faltáronle al fin las fuerzas, y falleció en paz á los tres meses después de sacada al auto de fe.

Inconsolable quedó el padre con su pérdida: llorábala de día y de noche sin encontrar alivio, hasta que resignado con los decretos de la Providencia, lo buscó en la religión. Entonces conoció cuánto distaba ésta del ciego fanatismo. Renunció el cruel oficio de inquisidor, dedicándose en los días que le quedaron de vida á la enseñanza de los niños, al socorro de los pobres, al cuidado de los enfermos, y al consuelo de los desgraciados.

Pasado algún tiempo vinieron resueltas de Madrid y Roma las consultas que sobre el caso se habían dirigido. El tribunal de la Suprema mandaba quemar viva á Sara en caso de permanecer impenitente, y aplicarle las otras penas menores que usaba la Inquisición, si se mostraba arrepentida; "porque no es justo," decía, "que los errores del entendimiento queden sin el debido

castigo." El Sumo Pontífice prevenía se la pusiese en libertad, rogando á Dios por su conversión, y concediéndole en todo caso su bendición paternal.



El Amor Frustrado.

Hace algunos años que caminaba yo en el mes de Enero de Puebla á México, no en diligencia como ahora se usa, sino en un coche viejo, penosamente arrastrado por ocho malísimas mulas. Emprendí el segundo día de camino la jornada ordinaria de Texmeluca á Ayotla; pero habiéndose descompuesto el coche, y cayendo á la sazón una fuerte nevada, hube de quedarme en Río Frío, no sin pena, al verme precisado á pasar una mala tarde y una pésima noche en aquel desabrigado mesón. Mis compañeros de viaje se acomodaron en un cuarto estrecho; y yo, tanto por no serles molesto, como por estar con más anchura, tomé para mí otra pieza, allá en lo más retirado del edificio. Hice á mi criado encender fuego con que calentarme, y pasé toda

la tarde en leer, ocupación de que solían distraerme los rudos cantares de los arrieros y otras gentes pobres, á quienes la casualidad había reunido allí y que sentados al rededor de una lumbrera, bajo el techo de una medio arruinada caballeriza, disipaban el fastidio de aquellas horas con la conversación, el canto y el aguardiente.

Ya había entrado la noche, y yo me aprestaba á recogerme, con intento de madrugar al otro día, cuando percibí ruido de caballos en el patio, y oí que un recién venido, después de dar orden á su criado de acomodar las bestias, pidió al huésped un cuarto donde retirarse. Nombróle éste el número tres; pero fuese por casualidad, fuese por mala inteligencia, el viajero pasó al mío que estaba marcado con el número seis, y se entró en él acompañado de otro criado del mesón que llevaba una linterna en la mano. Apenas se halló dentro y reconoció su error, cuando quiso salirse, disculpándose de su inadvertencia. Detúvele yo, convidándolo á pasar conmigo aquella noche, ó á detenerse por lo menos mientras se le proporcionaba alojamiento. Condescendió con mis deseos, y sentándose en una silla, de dos que había en la estancia, y quitándose el embozo que lo cubría, dejó ver una persona gallarda y bien parecida. Dábale de lleno la luz que allí ardía, y noté que sus facciones no me eran desconocidas: examinélas despacio, y al cabo de

un rato, ví que el que tenía delante era mi antiguo amigo y compañero de colegio Teodoro Mendivil. Hacia tiempo que nada sabía de él, de modo que al verle ahora, corrí á él con los brazos abiertos, y le mantuve estrechado por un buen espacio sin hablarle palabra. No sabía él qué creer de mi arrebato, quizá me tuvo en aquel momento por loco, hasta que oyéndose llamar de mí por su nombre, y cerciorado de quién yo era, me abrazó con muestras de ternura. No acabábamos de maravillarnos de aquel inesperado encuentro. Preguntele hacia dónde caminaba, y díjome que á Veracruz . De este modo, le repliqué, sólo esta noche estaremos juntos; no permitiré, pues, que mudes de habitación, y será fuerza que te quedes conmigo. Dí mis órdenes al intento, procurando obsequiar á mi amigo; y movido él de mi oficiosidad, condescendió en pasar aquella noche á mi lado. Sólo tú, me dijo, puedes obligarme á preferir en estas horas la compañía al retiro: estoy abrumado de tedio, y nada apetezco tanto como la soledad y el silencio.—En efecto, noté que su fisonomía era triste, su mirar abatido, y que sus ademanes daban muestras de algún grave pesar. Picado de la curiosidad, quise saber la causa de su desazón. Vaciló al principio en referírmela, no por falta de confianza, sino porque sus males, añadía, eran de aquellos, que no sólo no se remedian con comunicarlos, sino que

cobran fuerzas al repetirlos. Al fin, vencido de mi amistad, condescendió con mis ruegos. La noche mediaba su curso: el viento resonaba con fuerza en los montes circunvecinos: toda la gente que había en el mesón dormía profundamente: nosotros éramos los únicos que estábamos en vela en aquel desmantelado edificio. Mi amigo dió entonces principio á su relación del modo siguiente.

—

"Tú me conociste, dijo en un colegio de Puebla, pero nunca tuviste noticia de quién yo era. Los jóvenes se curan muy poco de indagar el origen de las personas con quienes viven, y á quienes las une tal vez una tierna amistad: gozan de los instantes presentes, no hacen caso de lo pasado, ni temen el porvenir. Todas las distinciones de origen son para ellos nada. ¡Ojalá lo hubiera sido para mí!

"Yo pasé los primeros años de mi infancia en una hacienda de labranza, distante algunas leguas de la ciudad de***, bajo la tutela de un anciano que cuidaba de mi educación. Desde muy pequeño se me hizo saber que mis padres habían fallecido dejándome huérfano. El mayordomo de la hacienda ministraba los gastos necesarios para mi sustento y enseñanza. Mi tutor (que este nombre quiero darle) era un hom-

bre instruido, y que había hecho una carrera literaria no común; pero escaseces, desabrimientos y desengaños, le pusieron en el caso de encargarse de mí en aquel retiro. Aprendí con él las primeras letras, principios de latinidad y elementos de dibujo, sin tener más desahogo que correr en su compañía por aquellos campos, mirando las monótonas operaciones de la labranza. Mi preceptor era serio en demasía, y aunque nunca me maltrataba, ni reprendía con dureza, tampoco se franqueaba conmigo, ni le debí una sola caricia. Tuvo el mayor empeño en no dejarme comunicar con los niños de aquellas chozas inmediatas, y logró mantenerme en un riguroso aislamiento.

Bien sabido es el influjo que ejerce la soledad en nuestro ánimo: hace que las pasiones se exalten y adquieran una energía que no se halla comunmente en las personas que viven en el bullicio de las ciudades; y esto es más notable si los que se entregan á ella están dotados de instrucción. Entonces se translada el hombre fácilmente, ó más bien por necesidad, á un mundo intelectual que se forja en su cabeza: en él vive, á él pertenece, y á él refiere y acomoda todas sus operaciones. Por eso vemos que casi todos los proyectos atrevidos que han trastornado el mundo, han salido de los retiros á que voluntaria ó forzosamente se habían confinado sus autores.

Yo nací sin duda con un temperamento melancólico, el cual se hubiera desenvuelto más tarde y con menos fuerza, si me hubiera tocado nacer y vivir en otra condición. Mas no fué así: sumergido en una profunda soledad; sin más compañía que la de mis libros y mi maestro; sin haber probado nunca la dulzura del trato civil, ni haber experimentado las afecciones de familia, me reconcentré dentro de mí mismo, y mis nacientes pasiones empezaron á desenvolverse con fuerza, consumiendo mi triste corazón. Desde entonces empezó á serpear en mis entrañas el secreto veneno que más tarde había de inficionarlas enteramente.

Tendría doce años, cuando hallándome un día del todo solo, se me vino la idea de no haber conocido nunca á mis padres. Había visto á los jornaleros de la hacienda hacer mil caricias á sus hijos, y correr éstos con gozo á sus brazos: había percibido el hechizo que tiene la palabra padre en los labios infantiles, y noté en mí un vacío, pues que nunca había tenido á quien llamar con este título: no había habido una voz que me diera el nombre de hijo, ni persona alguna, que con mano cariñosa me estrechase blandamente á su seno. ¡Qué poderosa es la naturaleza cuando se explica por sí misma! Empecé á conocer, como por instinto, mi aislamiento: las lágrimas se me vinieron involuntariamente á los ojos: se me cayeron los libros de la mano,

y un nuevo motivo de pena vino á aumentar las primeras amarguras de mi espíritu. Sobre este fondo sombrío se han dibujado después las tristes escenas de mi vida: no es, pues, mucho que ellas tengan para mí una fuerza y una valentía que probablemente no tendrán para los demás.

Llegué á los catorce años de mi edad, época en que experimenté una revolución completa. Hasta entonces no había salido de la hacienda ni aun para pasar á la parroquia vecina. Había oído hablar de las funciones de semana Santa, Todos Santos, Noche Buena, y otras, pero no sabía lo que eran. Un día de fiesta (quince de Agosto), me mandó mi preceptor acompañar al capellán que nos daba misa, al curato, de donde era vicario. Monté á caballo, y seguí á mi guía sin sospechar siquiera la causa de aquella novedad. Sí advertí que al despedirme de mi maestro, me habló éste con una afabilidad de que nunca había usado.

Anduvimos cosa de tres leguas hasta llegar á un riachuelo, bastante crecido en aquella sazón con las lluvias, el que pasamos sobre un puente de bejuco, haciendo que los caballos atravesasen á nado la corriente.—"Hemos venido hasta aquí, me dijo el padre, porque este arroyo no da hoy vado en ninguna parte. En tiempo seco hubiéramos ahorrado lo menos una legua de camino."—Echamos á andar nuevamente bajo una selva espaciosa, cuyos ramos

entrelazados negaban el paso á los rayos del sol. Al fin llegamos á un pueblo de indios, sembrado todo de chozas y árboles frutales, y con algunas casas de cal y canto en la plaza. Las campanas llamaban á misa; el cementerio se hallaba ocupado por los vecinos, y muchos concurrentes de los pueblos inmediatos venidos allí con motivo de la función de aquel día, y sólo se aguardaba al padre con quien yo venía, para completar el número de los que habían de dar principio á ella.

Entré á la iglesia acompañado por honor de un fiscal, empleo medio civil, medio religioso que existe en los pueblos de indígenas. Empezaron los oficios; y aunque la magnificencia de ellos, el canto y la música no fuesen en nada comparables á los de nuestras suntuosas catedrales: yo sentí un placer maravilloso. Concluida la misa, salió la procesión bajo una vistosa enramada puesta al intento. El suelo que pisábamos estaba todo cubierto de ramos y flores: el aire respiraba frescura y fragancia; y los ecos de las campanas, de los cohetes, de la música y de los cánticos sagrados, llenaban el viento de alegría. Esta escena sencilla, produjo en mí un contento y un bienestar de que siempre me acordaré.

Llevaba yo una de las varas del palio bajo el cual iba la santa imagen, cuando en una corta estación que hicimos para cantar una salve, volví la vista casualmente hacia

atrás, y entre el grupo de mujeres que nos seguía, ví.... ¡Pero cómo es posible que te lo diga sin sentir, hoy más que nunca, abrasado mi pecho con los más vivos ardores!" Diciendo esto me tomó una mano, estrechándola fuertemente entre las suyas, y llevándola á su pecho con apasionada violencia, sus facciones se alteraron visiblemente, y brillaron sus ojos con un fuego desusado. "¿Has amado alguna vez, exclamó? ¿Sabes lo que es el imperio de la hermosura?—Ví, prosiguió, á una jovencita como de doce á catorce años, bella, tierna, agraciada.... ¿qué digo? un ángel en la tierra. Su rubio cabello, su color fresco y rubicundo, su elegante cuerpo, su preciosa boca, y sus divinos ojos, formaban un conjunto que me robó la vista, y me traspasó el corazón. Te juro que desde aquel momento empecé á amar sin saber lo que era amor: sentía el efecto, y no atinaba con la causa. Miente quien dice que el amor es hijo del tiempo y del trato: no, ese es el amor común; pero el amor puro y perfecto es repentino é irresistible: nace con el hombre, se desenvuelve instantáneamente en la época de su vida que señala la Providencia, le acompaña hasta el sepulcro, y renace con él en la eternidad.

Seguí la procesión maquinalmente sin saber á punto fijo lo que pasaba por mí. Mientras más miraba al objeto que había llamado mi atención, más me hechizaba:

sus perfecciones crecían por momentos á mis ojos, y el fuego que devoraba mi interior, se dejaba ver en mis tristes y ávidas miradas.

Acabada la función pasé al curato, donde el padre capellán de la hacienda me dió á conocer al cura de aquella feligresía. Era éste un eclesiástico como de sesenta años, medianamente grueso, de complexión sana, de modales complacientes, de genio apacible, y de costumbres virtuosas. Recibióme con agrado, procurando con su trato festivo, romper los lazos de mi timidez, fruto indispensable del género de mi vida que había yo llevado hasta allí. Después de una comida moderada, pero sazonada con los chistes y buen humor del dueño de la casa, se entablaron varias partidas de tresillo: muchas personas de las visibles de la concurrencia, formaron en la sala un baile casero, entre tanto que la gente común reunida en un ancho y espacioso portal, que caía bajo las habitaciones del cura, se entregaba tranquilamente á otro género de regocijos. Así quisieron todos entretenerse en una tarde lluviosa cual era aquella. Todo lo miraba yo, todo lo notaba, y todo me cogía de nuevo. Estos objetos, frívolos en sí mismos, se presentaban entonces á mis ojos con un carácter de novedad y de interés, que no he podido encontrar posteriormente en los grandes espectáculos de las ciudades.

Tomome el cura aparte, y entrándose conmigo á un gabinete, me dijo:—"Mi vicario te ha oído cantar en la capilla de la hacienda, y me ha asegurado que tienes excelente voz. Quiero, pues, agregarte al coro de mi parroquia. Eres huérfano; pero desde hoy perteneces á mi familia, y ya te cuento como uno de los individuos que la componen. Sé también que has aprendido latinidad: ahora aprenderás la lengua mexicana y la música. Si quisieras abrazar el estado sacerdotal, me darás en ello mucho gusto; si no fuere así, no por esto dejarás de encontrar en mí un apoyo. Lo único que deseo es que aproveches el tiempo, y seas hombre de bien."—Yo estaba sorprendido con lo que veía y oía, pareciéndome que entraba en otro mundo, y que cuanto me pasaba era un sueño. No acertaba á dar las gracias á mi bienhechor por sus ofertas: quizá tampoco sabía cómo hacerlo. Conoció él mi turbación, y lleno de benevolencia me condujo á la sala para que gozase del baile. Trajes y sombreros de colores vivos, cargados de galones y flecos de oro y plata, hacían resaltar el rústico lujo de los habitantes de nuestros pueblos. El regocijo que brillaba en los semblantes era completo; y la diversión, descargada del gravamen de la etiqueta, era cumplida.

Yo me coloqué á un extremo de la sala, desde donde, pasada la primera impresión, me puse á observar los diversos objetos que

tenía delante. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando ví en el extremo opuesto á la misma jovencita que tanto había llamado mi atención en la mañana! Mi corazón empezó á latir con violencia; conocí que mi semblante se inmutó, y sentí correr por todo mi cuerpo, primero un ardor súbito, y después un frío mortal, que llegó hasta las médulas de mis huesos. Quedé inmóvil, clavé en ella los ojos, y sin atender á lo que pasaba en mi derredor, permanecí mirándola, como el águila al sol, todo el tiempo que duró aquella diversión.

No hay duda que las almas que han nacido para quererse, se entienden con facilidad, y que hay entre ellas un idioma mudo, una inteligencia misteriosa, más elocuente que todas las palabras proferidas. Fuese ilusión, fuese realidad, me pareció que sus ojos se encontraban á menudo con los míos; que alguna vez se tiñó su semblante con el delicado tinte del rubor; que bajando la vista al suelo, ó distrayéndola hacia otro lado, la solía volver furtivamente á mí; que había en sus ademanes cierto entorpecimiento, cierta ligera turbación, que no es fácil de describir. ¿Qué se yo? Su alma recibía tal vez en aquel momento las primeras impresiones del amor.

Llegó la noche, y disuelta la concurrencia, me retiré á la estancia que me estaba destinada. Quise entregarme al sueño, pero no pude. Aquella imagen hermosa es-

taba presente á mi memoria; y su talle gentil, y sus facciones delicadas, y su graciosa boca, y su amable sonrisa, se dibujaban con tanta viveza á mi fantasía, que me mantenían embebecido. Corrían las horas, y yo estaba absorto, mirando en mi mente, bajo las formas más encantadoras, al divino dueño de mis enamorados pensamientos.

Comencé al siguiente día á poner en práctica los ejercicios de mi nuevo método de vida. Aprendía la lengua mexicana en compañía de un clérigo ordenado de epístola, que había venido allí con el mismo objeto; y tomaba de éste, que era excelente músico, lecciones de clave. A pocos días encontré que la señorita que tanto ocupaba mis potencias venía á ser mi condiscípula de música. Decir cuánto celebré éste incidente, fuera inútil, y no lograría más que alargar mi relación, aumentando el fastidio que probablemente te estaré causando con ella.

Entonces supe que se llamaba Doña Isabel Gallardo; que sus padres habían muerto pocos meses antes, y que siendo ella sobrina del cura, la había traído éste á su feligresía, dándole habitación en una casa particular, bajo la tutela de una señora anciana. Sus modales, su apostura y conversación mostraban que se la había educado con esmero; bien es verdad que á sus prendas naturales y adquiridas, daba realce su no afectada modestia. Desde el primer mo-

mento que la vi, noté que su porte, su traje y continente, eran diversos de cuanto había yo visto hasta entonces. Apenas tenía idea de las desigualdades sociales; allí empecé á conocer que había en el mundo otras condiciones más elevadas, y que la jerarquía de la hermosura era la primera y más poderosa de cuantas ejercen su influjo entre los hombres. Pero esta consideración engendró después en mí los más recelosos temores. Un muchacho pobre, cantor de parroquia, recogido por el cura á título de caridad, y sin más recomendación que su buena voz, estaba colocado en una situación muy inferior al elevado objeto de sus adoraciones.

Este pensamiento llegó á llenarme de amargura. La misma desconfianza que ataba todos mis movimientos, y helaba las palabras en mi boca, encendía en mis entrañas un fuego inextinguible. ¡Qué días tan tormentosos fueron aquellos para mí!

Existía en aquella casa una pequeña biblioteca. Mi afición me llevó á leer y casi á aprender de memoria los poetas que en ella había. Nada me era más grato que ver pintados en sus versos la naturaleza y efectos de la pasión de que yo me hallaba consumido; sus expresiones que para una alma fría serían exageradas, eran para mí muy naturales, como que estaban acomodadas al temple de mi espíritu.

Mi melancolía se aumentaba gradual-

mente, y todo cuanto me rodeaba, contribuía á acrecentarla. Los espectáculos que la naturaleza ofrece en mi país son grandes é imponentes; pudiéndose asegurar que en él es todo sublime. Montes elevados, cubiertos en la falda de árboles gigantescos, y coronados en la cima de perpetuas nieves; valles profundos enriquecidos con la lozana vegetación, de los climas cálidos, ríos crecidos; cascadas pintorescas; precipicios y derrumbaderos asombrosos; prados pequeños, alternados con malezas, pero risueños y apacibles; vientos fuertes; lluvias copiosas; tempestades terribles; todo hiere, todo sorprende la imaginación; y es increíble la armonía que guardan estas escenas con las impresiones del amor. Mi espíritu despertaba, por decirlo así, con el sol, se llenaba de tedio con los nublados, estallaba en arrebatos imprevistos con las tempestades, ó se desataba en lágrimas con las lluvias. Jamás se borrarán de mi memoria aquellas escenas, aquellos lugares, ni aquellos amores.

Empecé á instruirme en la música, cuyos acentos se hermanaban en mí con las más tiernas sensaciones. Por eso he mirado este arte con un afecto particular, considerando en él, no la expresión de una melodía caprichosa, ni el empeño pueril de vencer dificultades, sino el lenguaje armonioso del alma, y la íntima revelación de sus secretos. Adelantaba en la música, pero tam-

bién adelantaba en mi pasión. Unas veces me mantenía ella en un vago delirio; otras me llenaba de esperanzas, y muchas me sepultaba en el desconsuelo y la desesperación. Yo sé, por propia experiencia, que la música y la poesía son las más fieles compañeras que tiene el corazón humano cuando recorre el laberinto de sus pasiones, y las únicas que pueden expresar lo que él goza y lo que padece.

Mi amor era sumo, pero yo no me atrevía á declararlo. Es verdad que las miradas de Isabel y las mías estaban llenas de mútua inteligencia, y que uno y otro deseábamos con ansia llegase la hora de la lección para vernos, dilatando el tiempo destinado á ella con cualquier pretexto. El corazón (que nunca engaña) me persuadía que yo no era indifernte á los ojos de aquella á quien me había consagrado; pero mi timidez, y más que todo la consideración de mi inferioridad, echaban á tiera todos mis propósitos. Luché mucho tiempo conmigo mismo, hasta que al fin arrastrado por una fuerza ciega, á que no me era dado resistir, tomé la pluma, y confié al papel lo que no se atrevían á expresar mis labios. Aguardé una ocasión favorable en que hallarme á solas con ella, y con voz balbuciente y mano trémula puse mi carta en sus manos. Tomóla maquinalmente, no menos turbada, y salió de casa hasta el otro día.

¡Qué de zozobras pasé entre tanto! La

esperanza y el temor me combatían alternativamente. Vino el día deseado é Isabel no pareció, dando por disculpa que se hallaba indispuesta; vino el siguiente y sucedió lo mismo; hasta que al tercero se presentó de nuevo á mi vista, más linda que el astro de la noche, cuando después de la tempestad rompe el cerco de nubes que la circunda. Ví en ella una deidad digna de adoración; al paso que noté en sus miradas un rayo de benevolencia hacia mí. ¡Ah! ¡quién no sabe leer en los ojos de la persona que ama los secretos que encubre su pecho! Mi primer impulso fué el de arrojarme á sus pies, y besar el suelo que pisaba. ¡De qué extremos no es capaz un jóven en los arrebatos de sus primeros amores! Contúvome el temor de ser visto, no menos que el respeto que ella misma me infundía.

Concluída la lección, la pedí, no sé cómo, respuesta de mi carta.—No he tenido, me dijo, poniéndose más encendida que el carmín, no he tenido tiempo de escribir.—¿Y lo tendrá vd. para mañana? le repliqué.—No sé, contestó ella, porque lo que vd. me trata, es necesario pensarlo mucho.—No dijo más, sino que llena de embarazo dió la vuelta y desapareció. Quedé yo lleno de nuevas incertidumbres; pero más animado para redoblar mis instancias. Ellas fueron tales y mi fortuna tan próspera, que al cabo de algunos plazos logré verme correspondido.

¡Oh, cuán grato es hallar acogida en un corazón inocente y puro! Me pareció nacer á nueva vida. Desde aquel momento ya no me inspiraba desconfianzas la superioridad de Isabel, sino que engendró en mí sentimientos elevados. Tú verás después si tenia yo razón en esto, ó si todo procedía del estado de entusiasmo ó más bien de ceguedad á que me hallaba reducido.

Mi ventura llegó á su colmo. Se ausentó el cura por algunos días, con lo que tuvimos tiempo de alargar nuestras leciones. y aun de tener á solas no pocas conferencias. ¡Qué de palabras amorosas! ¡Qué de declaraciones tiernas! ¡Qué de coloquios dulcísimos pasaron entre nosotros! Nunca han corrido las horas con tanta serenidad como entonces. Consagréla mis afectos; juréla un amor eterno; puse en sus manos la llave de mi albedrtío y no pensé desde entonces más que en vivir en ella y para ella.

Dióme una vez un rizo de su rubia cabellera, el cual recibí con suma estima. Entonces me atreví á tomar una de sus blancas manos, y estampar en ella un ósculo de fuego. Jamás pasó de aquí mi atrevimiento; porque yo miraba en Isabel una criatura de superior esfera, ó por mejor decir, un númen tan elevado, que por profundo que fuese mi rendimiento, nunca era digno de ser admitido en su presencia. Te confieso francamente, que si como nací cristiano, hubiera nacido gentil, la hermosura unida á

la virtud, hubiera sido el ídolo á quien hubiera doblado la rodilla.

Se aproximaba la Noche Buena, función que era celebradísima en aquel pueblo, y que atraía un gran número de gentes. Regresó el cura, y entre las diversas familias que vinieron con objeto de pasar las pascuas, llegó una, con quien él mantenía una antigua y estrecha amistad. Componíase de un caballero vizcaíno llamado Don Lorenzo de Echeandía, de otro hermano suyo soltero, Don Antonio, de tres señoritas jóvenes, hijas del primero, y dos caballeros mozos sus hermanos. Había compuesto el cura, que picaba de poeta, un coloquio ó sea drama sagrado, titulado "Los trabajos de Jacob," y dispuso solemnizar las fiestas haciéndolo representar por nosotros mismos. Repartió los papeles, tocando á Isabel el de la hermosa Raquel, y á mí el del enamorado Jacob. Las señoritas nuestras huéspedes, sus hermanos y otras personas, tomaron parte en la representación. Había coros de pastores y pastoras, música, ángeles, y qué sé yo cuántas más cosas. El caso es que si la obra no estaba ajustada á las que llaman reglas dramáticas era sí bastante entretenida. Nos hicieron á los actores vestidos análogos al intento, y al fin se abrió la primera representación en el portal inferior del curato, el día primero de pascua.

Se presentó Isabel en la escena, dejando

encantados a los circunstantes con su hermosura y discreción. Aparecía cuidando los rebaños de su padre; y su vestido, rústico en apariencia, aumentaba su belleza en vez de disminuirla. Podíase decir de ella lo que decía el Tasso hablando de Herminia:

El hábito grosero no desluce
sus formas elegantes y gentiles,
belleza incomparable en ella luce,
bien que ocupada en ejercicios viles...

Cuando hablaba, ¡qué gracia tenían sus palabras! ¡qué metal tan dulce era el de su voz! Y después, ¡qué modestas, pero qué expresivas sus miradas! Si un pintor quisiera formar el emblema de la inocencia, debería haber retratado á Isabel en aquellos momentos.

Mi encogimiento natural , y el respeto que me imponía aquella beldad, dieron á mi papel un aire tan natural, que fuí muy aplaudido. Lo que puedo asegurar es que las expresiones amorosas que la dirigí iban envueltas en el mágico acento de la pasión, y que si mis palabras eran á veces balbucientes, partían de un pecho inflamado con los rayos de sus ojos. Todavía me acuerdo que después de habernos dicho los dos en verso mutuos requiebros, me acerqué á ella lleno de ardor, y la dije en voz baja:—¿Serás tan constante como acabas de prometerme?—Sí, me contestó ella, agradable-

mente sorprendida.—¿Siempre me habrás de amar?—Sí, siempre, siempre.—Mira que tú vales mucho y yo nada.—Calla, calla, no nos oigan, replicó ella sonriendo. No sé lo que pasó por mí en aquel instante. Mi corazón dió un vuelco, y un presentimiento pavoroso, pero vago y lejano, empañó repentinamente el brillo de mi felicidad.

Se acabaron las pascuas, y con ellas las diversiones. Apenas se habían ido nuestros huéspedes, cuando me hizo saber el cura que yo debía ir á continuar mis estudios á Puebla, y que mi viaje estaba resuelto para de allí á dos días. ¡Válgame Dios, y lo que entonces sentí, y más cuando llegué á saber que esta resolución era debida á que mis amores se habían descubierto! Eché de ver cuán deslumbrado había andado en colocar mis esperanzas en un sujeto tan superior á mí. Escribí á Isabel dándole parte de lo ocurrido, y su respuesta, concebida en los términos más cariñosos, y llena de las más encarecidas promesas, reanimó mis espíritus, y me infundió nueva confianza. Sólo una vez pude verla, estrecharla á mis brazos, llenar de besos sus manos, y quedar enagenado en sollozos. ¡Cuál fué mi emoción y mi consuelo, cuando ví correr por sus mejillas las lágrimas del dolor! Nos despedimos dejando concertado el modo de escribirnos.

Partí con el alma traspasada de pena. No puedo expresar lo que sentí, cuando al tras-

poner una colina, vi por la vez postrera el pueblo y la casa de Isabel. Partí, pero mi corazón quedó con ella. Llegué á mi destino, y como llevaba por condición no salir del colegio hasta no haber acabado mis estudios, tú viste bien con cuánto ardor me entregué á ellos. Devoraba los libros, adelantaba las lecciones, y mi aplicación no tenía límites. Mi amada era el norte que me dirigía. Su imagen encantadora estaba siempre delante de mis ojos; y en sus cartas no cesaba de amonestarme á que abreviase el plazo de nuestra ausencia. Así permanecí cuatro años enteros.

Mas ¡oh inconstancia del corazón humano! Tú te acuerdas que visitábamos una casa, que si no era de mala nota, y si guardaba todas las exterioridades del decoro, carecía la familia que la habitaba de aquella prudente reserva que debe observarse aun entre los conocidos de mayor confianza. Con vergüenza y con dolor lo digo; pero la fuerza de la verdad me obliga á confesar que deslumbrado por las gracias de una de aquellas jóvenes, olvidé por algún tiempo á la inocente y sencilla Isabel. Te hablo en estos términos porque tú estás instruído de cuanto pasó en este lance. Por poco tengo la desgracia de entregarme á los vicios, empezando en ellos mi carrera con el odioso título de seductor. Plugo al cielo librarme del mal, salvando á la víctima del peligro en que la puso mi temeridad. Abrí los

ojos y me encontré á la orilla de un abismo. Isabel se presentó de nuevo á mi ofuscada mente, llamándome al sendero de la virtud.

Estaba yo para dar fin á mis estudios, cuando recibí una carta suya, en que me echaba en cara mi inconstancia. No sé por qué conducto había llegado á su noticia lo que acabo de referir; lo cierto es que sus palabras indicaban la profunda sensación que la había causado mi conducta. Respondí como pude, apresurando mi regreso, con ánimo de dar en persona la satisfacción debida á tal ofensa. Ya me hallaba en camino, cuando supe la nueva más infausta que pudiera haber recibido. Isabel se acababa de casar con Don Antonio de Echeandia, sujeto rico, de quien hablé antes, el cual había partido inmediatamente á España, huyendo con su bella consorte de la guerra civil que devoraba nuestra nación. La rabia y el despecho se apoderaron al punto de mí; prorrumpí en violentas imprecaciones contra la perjura que había violado sus promesas; juré una venganza sangrienta, y entré en un furioso delirio. Mas ¡ay! ¡de qué servían mis maldiciones y lamentos! Mientras yo los exhalaba, acusando al cielo y á la tierra, el objeto de mi amor surcaba los mares, interponiendo entre mí y ella una distancia inmensa.

Pasados los primeros arrebatos, entré dentro de mí, y reflexioné que yo era más

delincuente que Isabel, pues que la había olvidado en algún tiempo por motivos verdaderamente culpables. Esta reflexión me arrancó lágrimas de vergüenza; y me abatí y anonadé como el reo que escucha la sentencia que tiene justamente merecida. ¡Oh qué cruel ha sido tu venganza! exclamaba yo como un loco. Te perdí, Isabel, y te perdí para siempre.... Entonces me acordaba de la pregunta que la dirigí en nuestra representación dramática, de su respuesta, y del infausto presentimiento que tuve. Mi cabeza desfallecida no podía soportar el peso que la oprimía; al fin caí en una especie de insensatez que me duró algún tiempo.

Este incidente, unido á la interceptación que sufrían entonces los caminos á causa de la guerra, me hicieron variar de rumbo y dirigirme á la ciudad de.... Allí había dado Isabel la mano á su esposo; allí había renunciado á su primer amante; allí había sellado la rígida sentencia de mi condenación. La fama de su hermosura era grande entre aquellos moradores. Quién celebraba su talle, quién sus facciones, quién sus gracias y viveza. Cada alabanza que llegaba á mis oídos, era una flecha que despedazaba mis entrañas. Encontré un retrato suyo en poder de una de sus amigas, y saqué una copia en miniatura para conservarla conmigo. Aunque su rostro estaba grabado en mi memoria, me pareció al copiarlo, que

su hermosura había llegado en mi ausencia á toda la perfección de que era capaz. Pues aun no igualaba la pintura al original me dijo la amiga. ¡Oh! si vd. la hubiera oído tocar el clave! ¡y qué de su conversación! Vamos, todo era en ella un hechizo.

De allí me dirigí al pueblo donde la había conocido. ¡Qué pequeño! ¡qué triste! ¡qué miserable me pareció! Recorrí la casa, el cementerio vecino, la huerta, la fuente que la regaba, y todo lo encontré cubierto de desolación. Y el riachuelo que mansamente circundaba la pradera, y el bosque que más allá se levantaba, y la encumbrada montaña, y el escarpado risco, objetos en otro tiempo gratos, me llenaban ahora de tedio y amargura. ¡Qué mucho si estaba ausente la que derramaba en ellos el esplendor y la alegría! El cura había salido á un viaje, y no pudiendo yo soportar la vista de aquellos sitios, me separé de ellos sin aguardar la vuelta de mi bienhechor, y darle las gracias por los beneficios que me había dispensado.

Partí de allí á Veracruz para ver siquiera el puerto por donde había salido de su patria aquella hermosísima fugitiva . Estático y mudo miraba desde el muelle salir la luna en su trono de nácar, detrás de las azuladas ondas. Felices regiones, exclamaba yo, las del oriente, que gozan de la presencia de mi amada! ¡Quién me diera volar á donde se halla, sentarme á su lado, y

respirar el aire que respira! Bajaba los ojos, y al ver el mar y las losas del muelle, decía: Aquí puso ella sus plantas por la última vez: allí entró en el bote que la aguardaba: más adelante estaba anclada la fragata que debía conducirla: y allá en los confines del horizonte, vió por la postrera ocasión su tierra natal. Te fuiste, amada mía, trocando tu patria y mi cariño por otros lugares, y también por otros amores. Adiós, adiós.... A tan sentidas quejas exhaladas en el silencio de la noche, sólo respondía el murmullo de las ondas, que impelidas por la ligera brisa, se quebraban blandamente sobre la arena y conchas de la ribera.

No podía descansar á ninguna hora: mi vida era un continuo tormento. Este afán, esta congoja continua, me hizo salir de la ciudad, y sentar plaza en las filas de los patriotas, no tanto por servir á mi patria, como por poner fin á mi existencia. Pasaré en silencio esta parte de mi historia, bastando decir, que busqué la muerte y que ella huyó de mí; que al terminar desgraciadamente la insurrección, fuí hecho prisionero; que sufrí una larga reclusión, y que al fin se me perdonó la vida, conmutándoseme aquella pena en destierro perpetuo á las Islas Filipinas.

Me hallaba en Acapulco pronto ya á partir al lugar de mi condena, cuando llegó de España la amnistía que las Cortes con-

cedieron á los insurgentes de América. En virtud de esta gracia regresé á México, donde estuve muchos días postrado en cama de unas violentas tercianas que contraje en la costa. Me ví casi á las orillas del sepulcro; pero la Providencia me libró de él, reservándome á nuevas aventuras. Luego que salvé del peligro, pasé á vivir en compañía de un amigo á una casa de campo situada en la Ribera de San Cosme. Recobré al fin la salud del cuerpo, pero no la del ánimo, el cual permanecía por habitud triste y doliente.

Vine un día á la ciudad, y oyendo doblar las campanas en la iglesia de San Fernando, entré en ella á la sazón que se celebraban las exequias de una joven, cuyo cadáver estaba allí, colocado en un catafalco negro, rodeado de cirios. El edificio se hallaba casi solo. Una música fúnebre, pero solemne y religiosa, excitaba en el alma fuertes sensaciones. Todavía tengo presente que cuando el coro de religiosos entonó con una voz grave y pausada, que hizo estremecer las elevadas bóvedas del templo, aquellas palabras: "Acuérdate de mí, Señor, porque mi vida es un soplo," yo caí en un profundo abatimiento. ¡Cuán distante estaba de adivinar los acontecimientos que la fortuna me preparaba!

Concluidos que fueron aquellos lúgubres oficios, salí de la iglesia á tiempo que salía delante de mí una señora, cuyo airoso cuer-

po, visto por la espalda, llamó mi atención. Iba vestida de una saya de terciopelo negro, y cubierta con una mantilla adornada de riquísimas blondas. Al llegar á la puerta del cementerio, y subir al coche que la aguardaba, volvió la vista casualmente hacia atrás, y entonces conocí..... ¡oh Dios!..... á Isabel. Ella fijó los ojos en mí, á tiempo que el coche tomaba la vuelta y se encaminaba á la Ribera de San Cosme. Mis ojos la siguieron hasta que se ocultó detrás de los arcos de la garita.

Perecióme aquello una ficción, no atreviéndome á dar crédito al testimonio de mis sentidos. Quizá me habré engañado, decía entre mí: quizá la persona que ví es semejante á Isabel, mas no ella misma. ¿Pero quién puede igualar su hermosura?.... y sobre todo, aquella mirada que me dirigió llena de sorpresa, sólo puede ser suya. Seguí el rastro de las ruedas, y cuando me hallaba no muy distante de mi habitación, ví parado su coche en una de aquellas casas de campo. Aun más, la ví á ella misma asomada á una ventana, de donde se retiró con presteza luego que me divisó.

Me dirigí inmediatamente al dueño de aquella casa, que era conocido mío y vivía en otra vecina.—¿Quiere vd. decirme, le pregunté, quién vive en este edificio contiguo?—Una señora viuda, me contestó, recién venida de la Habana.—¿Cómo se

llama?—Doña Isabel Gallardo.—¿Está vd. cierto de lo que dice?—Y tan cierto, que ha venido recomendada á un hermano mío, por cuya mediación la he dado la casa que habita. Sé muy bien su historia, y puedo referírsela á vd. Ha de saber pues....

—No quiero saber más: bástame lo que vd. ha dicho, le dije entonces, y salí de su casa con precipitación. El, que era eterno hablador, quedó no poco descontento al verse cortado al principio de su narración.

Escribí inmediatamente una carta á Isabel, pidiéndola una entrevista. No obtuve respuesta; con lo que ciego de incertidumbre y amor, me arrojé á lo interior de su habitación, más sediento de sus luces, que la simple mariposa de los resplandores de la llama. La encontré sola en su estrado, graciosa y sencillamente vestida: las trenzas de su rubia cabellera caían al descuido sobre su enhiesto cuello. Ni ella ni yo articulamos una sola palabra por un breve espacio de tiempo: la turbación de ambos era suma: á mí me saltaba el corazón del pecho.

—Al fin, la dije, te vuelvo á ver, Isabel. ¿Por qué me dejaste?

—No sé, respondió ella, con voz cortada, cómo tiene vd. valor de reconvenirme.

—Porque juraste ser mía, y echando al olvido tus promesas, me abandonaste.

—Pensé en otro tiempo que un hombre

á quien había amado de veras, sería capaz de una constante y fina correspondencia. Vd. sabe lo que ha pasado, y no quiero repetírselo.

—Isabel, tú sabes mi flaqueza, pero no mi arrepentimiento: perdóname, que harto cruel ha sido tu venganza para conmigo.

—Desde que vd. me renunció y yo contraje nuevas obligaciones, sólo pensé en cumplir con ellas. ¿Hay en esto alguna venganza?

—¡Ah! no sabes lo que hiciste. ¡Qué herida tan profunda causaste á mi corazón! ¡Qué infeliz, qué miserable he sido desde entonces!

—Si vd. ha sido desgraciado, su conducta fué causa de sus daños.

—Será lo que tú quieras; pero el caso es que mi falta, hija de mi indiscreción, no ha merecido tan duro castigo.

—Yo no castigo á vd. No he hecho más que retirarme de quien me desechó.

—Fué momentáneo mi olvido.

—Pero al fin fué olvido.

—Te adoro más que nunca.

—Y yo he renunciado al amor.

—Que ¿no me volverás tu corazón?

—Jamás.

—¡Jamás! ¡Ah, cruel, qué es lo que dices! ¿Quién podrá arrancar tu imagen de mi pecho? ¿Quién hacer que no te adore? No hay poder bastante para esto.

Al decir estas palabras me eché á sus

piés, pero ella se levantó con velocidad, y dejándome solo en la sala, se entró en una pieza inmediata. Quise seguirla, y me encontré con la puerta cerrada.

El sonrojo y la vergüenza me ocuparon de tal modo, que perdí la vista, y sentí que una llama invisible abrasaba mi semblante. Despechado y frenético salí de allí con ánimo de tomar una violenta resolución.

A pocos pasos de la puerta, me encontré con el individuo que me había dado poco antes noticia de Isabel.—¿Sabe vd., me dijo, que la señora de quien hablamos esta mañana, es buena moza á las derechas?—Ya lo sé, le contesté con sequedad.—Pues aun hay más; sobre bonita, es rica.—No lo sé.—Sí señor, su marido era hombre de muchos bienes: falleció dejándola en cinta; y su hijo falleció á los tres meses de nacido; con eso la madre quedó heredera de todo.—Me importa muy poco.—Pues no dirá otro tanto un sobrino del difunto, el cual está bien apasionado de la viuda, y deberá llegar aquí muy breve en su seguimiento.—¡Cómo! ¿qué hay en eso?—No hay más, sino que se casarán.—¿Que se casarán?—Sí señor. ¿Qué dificultad hay en esto?—Más de la que vd. pueda figurarse. ¡Vive Dios!....

Me retiré á mi casa despedazado de rabia y de celos. Arrojado en el lecho prorrumpía unas veces en lágrimas involuntarias, otras quedaba como petrificado: al fin

exclamaba,—¡perder á Isabel de nuevo!..... no es posible.—Nunca me había parecido más bella que aquel día: su misma severidad la había dado mayor interés. Mi pasión era violenta, era suma, era una fiebre agudísima que me devoraba. Sobre todo, lo que se me había dicho de ese desconocido rival, me tenía en un estado de verdadero frenesí. Suspendí la ejecución de mis ya medio trazados proyectos, con ánimo de aguardarlo, y disputarle en un desafío á muerte la posesión de Isabel.

Así pasé la noche más borrascosa de mi vida. No logré en ella un sólo momento de descanso. Mi imaginación giraba en un estrechísimo círculo de que no le era dado salir: parece que una fuerza mágica ligaba mi pensamiento á un solo punto. Entonces formé juicio de los tormentos eternos á que están condenados los réprobos en el otro mundo.

A la mañana siguiente recibí una carta. Abrola, y veo que decía de esta manera:

"Pudiera y aun debiera evitar toda conferencia con vd.: sin embargo, circunstancias particulares me hacen decirle que si gusta pasar á esta su casa, lo aguardará en ella.—Isabel."

Extraño me pareció este paso. Sin hacer cuenta de la hora que era, partí en el acto, y no parándome en respetos, nulos para quien todo el mundo era nada, llegué á la casa de Isabel, y pentré hasta su

alcoba, donde la encontré, bajo una vistosa colgadura, apoyada en el lecho sobre unos mullidos almohadones. Sobresaltóse al verme, y tomando una parte de la ropa que la cubría, la llevó á su pecho más blanco que la nieve. Su cabello bajaba hacia él en desordenados rizos, y en sus ojos brillaba la duda, la compasión y la sorpresa.

—Vengo, la dije, por obedecer tus órdenes.

—No creí ser obsequiada con tanta puntualidad, replicó ella, mostrando una expresión más blanda que el día anterior. Yo esperaba á vd. á eso del medio día.

—Para el que ama sin esperanza, toda hora es á propósito.

—Podemos tomar en este asunto un temperamento con el cual quede todo conciliado. Nuestras relaciones contraídas en la niñez, han sido demasiado estrechas para que puedan romperse. Conservémoslas, pero bajo otra forma. No me hable vd. de amor, sino de amistad, y esto basta.

—Te amé de niño, te amo ahora, y te amaré toda mi vida.

—Veo que el mal de vd. es incurable.

—Tan incurable como tu perfidia.

—Vd. insiste en culparme de su desgracia (si desgracia fué perderme), siendo vd. mismo el que la causó.

—Tienes mucha razón.

—Ya se ve que la tengo.

—La primera vez que me abandonaste tuviste disculpa, ó si te empeñaste en ello, tuviste un motivo plausible. Hoy que me pospones á otro, ¿podrás decir lo mismo?

—¿Qué dice vd.? ¿yo posponerlo á otro?

—Estoy impuesto de todo, y sé lo que debo hacer. El malvado que me roba tu corazón no se gloriará de su triunfo: yo lo aseguro.

—Veo que toma vd. las cosas muy á pechos. Entremos en explicaciones.

—Dí lo que quieras mi resolución está tomada.

—Es verdad que he sido nuevamente pretendida, ¿por qué lo he de negar? pero. también lo es, que me he rehusado á toda solicitud.

—¡Lo creo! ¡como que has renunciado al amor!

—Sí, porque conozco á los hombres: al que juzgué firme, lo encontré falso.

—¡Oh! ¡tu nuevo pretendiente será un modelo de lealtad!

—Para excusar reconvenciones diré, que pues no amo á vd., tampoco amaré á nadie.

—No sólo no me amas, sino que me aborreces.

—Siempre anda vd. por los extremos. ¿Juzga acaso que yo le aborrezca?

—Isabel, no te burles de mí..... no me atormentes..... Vuélveme tu afecto, ó déjame hacer lo que me conviene.

Pronuncié estas palabras con tanta resolución, que ella se conmovió al escucharlas.

—¡Ah! proseguí; si fueras para mí lo que fuiste antes, corta sería mi vida para ser en ella tu esclavo.

Ella bajó los ojos; estrechó á su pecho la ropa que aun tenía en una mano, y quedó en silencio, llena de rubor.

—¿Por fin, continué; harás las paces conmigo?

No me contestó.

Fué imposible contenerme: me arrojé al borde de la cama, y doblada en tierra una rodilla, la tomé una mano, y estrechándola á mis manos, la dije resueltamente: No me iré de aquí hasta que no me hayas perdonado.

—¡Qué hace vd., Don Teodoro, replicó ella con voz trémula!

—¿Qué hago? recobrar lo que es mío: conquistar de nuevo tu corazón; ganar....

—Levántese vd., no entre alguno y le vea en esa postura.

—No me levantaré hasta que me restituyas á tu gracia: hasta que me digas: Soy tuya como lo era antes: hasta....

—Es vd. muy exigente.... conviene meditar las cosas antes de resolverse á ellas.

—Por Dios, no me mates con tu tardanza.... ¿Serás mía?

—Yo se lo diré á vd. después.

—No, no, en este momento.

—De aquí á un rato.... de aquí á un rato.

—¡Isabel! ¡mira lo que haces!

Ella me estrechó la mano con que yo tenía tomada la suya. Sus ojos resplandecieron con una luz celestial.

—¡Isabel! ¿serás mía?

—Sí, contestó con voz apagada.

—¡Amada mía! tú eres mi esposa, mi deidad, mi....

—Basta, basta, levántese vd. y vuelva luego, que tenemos mucho que hablar

Salí de allí lleno de un júbilo inefable. Volví al cabo de un rato, y encontré á Isabel vestida. ¡Qué hermosa estaba! Llena de pasión y de ternura me recibió con el cariño de esposa y con el fuego de amante. Dispusimos celebrar nuestro matrimonio de allí á quince días, á cuyo fin practiqué las diligencias necesarias.

La víspera de nuestras bodas salimos en la noche á pasear por la calzada, gozando de la luna, que brillaba con plenitud, sobre el azul del firmamento. Distraídos con la conversación, llegamos hasta la Merced de las Huertas. Sentados allí en una piedra, no nos cansábamos de admirar la serenidad de la noche, imagen de la dicha que nos aguardaba. Mira, la decía yo, parece que toda la naturaleza participa de nuestra felicidad. Arrebatado de gozo, ceñí con un brazo su esbelta cintura, dejando

caer sobre su pecho mi cabeza. ¡Qué enagenamiento fué el mío cuando sentí que su rostro se juntaba con mi rostro, y alzando los ojos, vi que los suyos se fijaban en mí con dulce languidez! ¡Oh momento delicioso!

Pasaba por casualidad un pobre viejo, y viéndose solos en aquel sitio, y á tales horas, se acercó á nosotros y nos dijo: Señores, ¿qué no temen vds. á los ladrones? Hay muchos en estas cercanías, y la hora y el lugar son muy expuestos. Era verdad: en aquellos días se habían hecho por allí no pocos robos. Agradecimos al buen viejo su oficiosidad, y regresamos á la casa de Isabel, donde la dejé á ella hasta el día siguiente. Llegó la aurora con menos presteza de la que yo deseaba. Acompañado de pocos amigos, y de la familia con quien había vivido hasta entonces, pasé por Isabel, la cual salió de su puerta, más risueña y explendente que el lucero de la mañana. Si hubiera sido en aquel momento rey del mundo, hubiera cedido la diadema por una sola mirada de mi esposa. Llegamos por fin al templo, y habiéndonos dado las manos, quedó asegurada nuestra unión.

Pasé aquel día en las delicias mas puras. Se acercaba la noche, cuando una persona, á quien yo no conocía, me envió una esquela, suplicándome pasase á hablar con ella á la casa número.... frente á la Alameda, á

cuyo fin me enviaba un coche. Contestele que no podía servirla por entonces, sino que me reservaba para el día siguiente. A poco rato recibí segunda esquela, en que me aseguraba el desconocido ser muy urgente el asunto para que me llamaba, prometiéndome también que mi ausencia sería muy corta. Más bien por librarme de importunaciones que por otra razon, obedecí al llamamiento, y salí de casa con ánimo de volver á ella inmediatamente.

Llegué al edificio señalado, donde se me hizo esperar mucho tiempo. Al fin se me presentó un clérigo, dándome mil disculpas por su tardanza.—El individuo, me dijo, con quien debe vd. hablar acerca del asunto, para que yo lo he citado, se halla actualmente en la misma casa de vd.: partamos á ella si le parece.—Partamos, respondí con impaciencia, no pudiendo sufrir que en un día como aquel, se me estuviese importunando de aquella manera. Llegamos á la casa, y noto que nadie se me presenta. Entro á la sala, y no veo en ella más que á otro eclesiástico que me estaba aguardando. Sentéme en medio de los dos, extrañando que todos los concurrentes á quienes había dejado poco antes, se hubiesen retirado.

Vuelto á mí uno de aquellos eclesiásticos, me dijo: A vd. le cogerá de nuevo mi visita, y la extrañará mucho más, cuando sepa el objeto de ella.

Yo fijé en él los ojos con inquietud.

—El asunto que aquí me conduce, prosiguió, es bastante desagradable para mí: sólo la necesidad me hizo tomarlo por mi cuenta.

Luego que oí aquellas palabras, imaginé que los que estaban delante de mí eran ladrones, y que habían venido disfrazados en aquel traje para lograr mejor sus intentos. La fama que empezaba á tener Isabel de rica, hacía muy probable este acontecimiento. Viéndome indefenso, y considerándolos á ellos bien prevenidos, y apoyados en la ayuda de otros, les empecé á hablar en un lenguaje que pudiera satisfacer sus deseos.

—Caballero, prosiguió el eclesiástico, veo que vd. se equivoca. Sé quién es vd., y no ignoro ninguna circunstancia de su vida. En prueba de ello vea la larga carta, que para instrucción mía, me ha escrito el cura de.... en cuya compañía ha vivido vd. mucho tiempo.

Conocí la letra, y quedé convencido de la sinceridad de la persona que me hablaba.

—Sé, continuó éste, como ya he dicho, la vida y amores de vd., y sé también algunas circunstancias que vd. ignora, puesto que fuí gran amigo del difunto marido de Doña Isabel, en la cual han recaído todos los bienes de aquel.

—Si de bienes se trata, repliqué con viveza, poco me importan todos los del mundo.

Jamás ha entrado en mi amor el cálculo del interés....

—Dejemos eso por ahora. Doña Isabel y vd. se han visto aquí por casualidad, y hace quince días que concertaron su matrimonio con perjuicio de....

—Con perjuicio de nadie. Repito que no quiero riquezas, y que....

—Veo que vd. me interrumpe. ¿Podré referirle un suceso grave?

—Diga vd. lo que guste.

—Una señora, hermana de ese mismo cura, con quien vd. vivió, tuvo dos hijos naturales, cuyo origen se ocultó cuidadosamente, para cubrir su honor. Tengo en mi poder un documento secreto, que comprueba cuanto estoy diciendo.

—¿Y qué me importa á mí eso?

—Mucho: vd. no se puede casar con Isabel.

—¿Por qué?

—Porque es hermana de vd.: ambos son esos hijos de quienes acabo de hablar.

Casi muerto quedé con lo que acababa de oír: halléme de repente hundido en un abismo, permaneciendo por largo tiempo en un penoso estado de estupor. Cuando volví de él, se me aseguró que Isabel se hallaba en un convento de monjas, y que jamás volvería á verla, ni como esposa, ni como hermana. Soy el más infeliz de los hombres, y marcho á Veracruz con ánimo

de salir fuera de mi patria, deseando acabar cuanto antes mi miserable existencia."

—

Ya empezaban á despuntar en el oriente los primeros rayos de la aurora; el viento había calmado, y las nubes no empañaban la claridad del horizonte. Todo estaba dispuesto para emprender la marcha. Mi amigo y yo tomamos rumbos diferentes, separándonos.... "para siempre." A pocos días supe que el barco en que salió del puerto, había naufragado á poca distancia de la costa, sin salvarse siquiera uno solo de cuantos iban en él. Los destrozados huesos de Teodoro yacen insepultos en la playa, y la mísera Isabel, sabedora de tan triste caso, llora su memoria, y ruega á Dios por el descanso eterno de su hermano, en uno de los monasterios de esta capital.

DON IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

La Hija del Oidor.

(MÉXICO.—1809: SIENDO VIRREY EL ARZOBISPO LIZANA.)

¿Para tan gran deshonor
habéis sido tan guardada?

TORRES NAHARRO.
COMEDIA HIMENEA.

I.

EL PORDIOSERO.

Dos soles son tus ojos,
doncella hermosa,
que al que los ve un instante
luego enamoran.
Eres, morena,
más bella que el lucero
de Noche Buena.

Estos versos se oían de la boca de un hombre que estaba sentado en las gradas de la cruz de cantería que se halla al extremo oriental del atrio de la majestuosa catedral de México.

Era una de aquellas variables noches del mes de Octubre; el cielo, poco antes ador-

nado con la pálida luz de la luna, estaba cubierto de nubes, que se iban juntando para descargar á torrentes sus aguas, como se reunen á la voz del general los batallones dispersos para dar un golpe decisivo. La estatua ecuestre de Cárlos IV (uno de los monumentos más preciosos que tienen los mexicanos) se elevaba en medio de la plaza mayor, como una tumba piramidal en una bóveda fúnebre, y las torres de la catedral, cuyas cruces tocaban casi las negras nubes, parecían dos formidables gigantes que velaban sobre la ciudad silenciosa. De tiempo en tiempo se oía el "¿Quién vive?" de los centinelas, que se miraban pasear en las puertas y esquinas del palacio, como otros tantos fantasmas inquisitoriales que vigilaban atentamente por la conservación de la tiranía y del fanatismo, ó como esos ilusorios vestiglos que guardaban los castillos encantados de los antiguos libros caballerescos.—Aquellos parajes estaban solos, casi desiertos (entonces no se reunían, como ahora, las hermosas mexicanas para formar el interesante y romancesco paseo llamado de "Las Cadenas;") mas de repente sonaban los pasos apresurados de alguno que se retiraba huyendo del huracán. Sólo nuestro alegre cantor permanecía inmóvil sin hacer caso de la tempestad, como no lo hacen de las olas del mar las rocas escarpadas de la costa.

—Aligeremos el paso, papá, decía una

bellísima joven á un anciano, en cuyo brazo se apoyaba, y que á la sazón daba vuelta por la cruz donde estaba el hombre que hemos dicho, y que seguía cantando sus perdurables seguidillas.

—No es este lugar á propósito para cantar el bolero, bergante, que estamos en paraje sagrado, dijo el anciano al hombre al pasar junto de él.

—Tampoco es á propósito ni viene á cuento el apodo con que usía ha tenido la bondad de obsequiarme, señor oidor; respondió el hombre con voz firme, y prosiguió su canto.

—¡Cállese el tunante! exclamó el oidor con semblante iracundo.

El hombre siguió cantando.

—Cerca está el palacio, y traeré una patrulla para que te lleve á rebuznar á un calabozo.

—Cada perrillo en su casa ladra.

—¡Calla! gritó el oidor dando una furiosa patada en el suelo.

—Ya callo, dijo el hombre, é hizo un movimiento como para acostarse. El oidor prosiguió su camino arrojando sobre él una mirada amenazadora. Pero apenas había andado un corto espacio, cuando el infatigable cantarín continuó su bolero.

Hay sujetos en México
que son ladrones;
y, libres se pasean....
—si son oidores.

El oidor sintió un trastorno general en todo su cuerpo; no entendió una sola palabra de lo que el hombre cantaba; pero no podía sufrir la burla que se le hacía desobedeciendo sus órdenes. Hubiera querido llamar soldados; pero las instancias de su hija, y más que todo el agua que comenzaba á caer, le hicieron mudar de propósito y apresuró su marcha.

—¡Qué miedo, papá! decía la joven: ¿por qué no traeríamos el coche?....

—Por tí, que quisiste ir á pie. Pero yo tengo la culpa en sacarte: la mujer debe estar siempre encerrada en su casa.

—Pero....

—Hay muchos pillos de estos en México, dijo el oidor para sí, y sin hacer caso de lo que su hija iba á hablar: yo haré que se vigilen, se apresen y se ahorquen. Es necesario usar de mucho rigor con ellos.... sin duda él me conoce: ¿cómo sabe que soy oidor?....—¿Observaste qué clase de vestido tenía?

—Y bien que le observé, sí señor: unos zapatos que parecían rotos, y con la luz de los relámpagos le pude ver bien.

—¿No más los zapatos viste?

—Y unos calzones despedazados, y un sombrero de palma sin ala, y un palo, y un capote como criba.

—¡Ah! pues entonces es alguno de los muchos insolentes pordioseros de rango que tiene México.

—¡Ay! no, papá, más bien parece algún ladrón, asesino, de esos que andan por ahí, con aquellas barbas.... Mi nodriza me ha contado muchas historias, muy terribles y muy sangrientas de Pie-chueco, del Condenado y del Brujo. Si este hombre fuese alguno de ellos.... así me figuro al Brujo.

—Yo le conozco; conozco á los tres: tiempo llegará en que los veamos en la horca.

La joven se estrechaba contra su padre: el temblor se apoderó de su cuerpo, y el espanto aparecía en su rostro: los postes de las esquinas le parecían hombres, y su vista vagaba por toda la calle.

—¡El pordiosero maldito! gritó con espantada voz, al volver la cabeza hacia atrás.

Estaban en la medianía de la calle del Seminario: no había un solo viviente á quien pedir socorro; tan sólo se miraba una luz por la de Santa Catalina, á dos cuadras de distancia, como de algún sereno que atravesaba la calle. El oidor se volvió hacia el hombre que estaba en pie tras de él con su medio-sombrero en una mano, y apoyada la otra en su garrote.

—¿Qué se ofrece? ¿Qué quiéres? le gritó con una voz de trueno.

—Una limosna por el amor de Dios.

—No tengo nada.

El mendigo se retiró, y se le miró dar vuelta por la calle del Arzobispado.

El terror se apoderó enteramente del oidor.

—Algo quiere este hombre de nosotros, decía con voz balbuciente, y andaba con cuanta ligereza le permitía su edad, á la par de su interesante hija.

La noche estaba obscurísima, la tempestad rugía, las nubes precipitaban á la tierra mares inmensos: uno que otro relámpago, seguido de un espantoso trueno, alumbraba tan sólo aquella escena de terror: La naturaleza estaba tan conmovida como el alma de un asesino al ir á cometer un crimen.

El oidor ya concluía la espaciosa calle de Santa Teresa, cuando ve un hombre sentado en el poste de la esquina.—¿Juanita, miras á aquel hombre?

—Sí sí; ¡él es! gritó espantada la joven; y desprendiéndose de su padre, echó á correr con la velocidad de que era capaz.

—¡Guardas! ¡guardas! gritaba el oidor con voz ronca y agitada; mas sólo escuchó por respuesta un acento lejano que decía: "¡Las once y lloviendo!" y poco después, muy más lejos, el eco de un silbato, cuyas vibraciones aumentaban lo espantoso de la obscuridad.

El oidor, aterrorizado, por uno de aquellos impulsos que el miedo y el furor hacen nacer en el corazón del hombre, arrebató una piedra, y se arrojó hacia donde el pordiosero debía estar; pero no encontró más que las tinieblas de la noche: el hombre había desaparecido.

II.

LA VIGA.

El oidor era uno de aquellos hombres, cuyas ideas convenían perfectamente con las reinantes á principios de este siglo: no tenía más que una hija, Juanita, y en ella colocaba todas sus esperanzas. Juanita salía de su casa únicamente los días festivos para ir á misa, y esto acompañada del oidor y de una hipócrita é imprudente vieja, parecida á las dueñas que tanto aborrecía el inflexible Sancho.

¿Qué sentimientos podían nacer en el corazón de una joven de quince á dieciseis años, cuando se la trataba con tanto rigor, todo se la prohibía, y era un delito imperdonable el clavar los ojos en alguna cara desconocida? Su imaginación, por naturaleza ardiente, como lo es la de todas las jóvenes que han tenido la dicha de nacer bajo el caluroso sol de México, exaltándose con la bárbara clausura que tenía, se entregó á todo lo novelesco y extraordinario. Figuróse ser una heroína de novela, que estaba en una torre bajo la tiranía de un fiero castellano, y sólo le faltaba un amante que le hablase todas las noches por un postigo, ó que penetrara hasta su aposento por algún obscuro y pavoroso subte-

rráneo. Era imposible, empero, que estuviera mucho tiempo sin encontrar un hombre que la adorase, siendo ella rica, joven, y de casi celestial figura.

Dos veces la había sacado su padre á paseo, y en ambas le había sucedido una desgracia: la última ocasión hemos visto que la atemorizó un pordiosero, la primera fué el principio de todos sus pesares.

A repetidas instancias suyas, el oidor la llevó un día al hermoso paseo llamado de la Viga ó de la Orilla, para que viese el interesante espectáculo de la acequia surcada por canoas de indios traficantes.

La tarde estaba hermosa: el sol, oculto tras de algunas nubecillas, alumbraba sin molestar, y un airecillo fresco y delicioso mitigaba el excesivo calor de la primavera. Varias canoas, cargadas unas de leña ó verduras, dividían las aguas á fuerza de remo; otras iban apiñadas de paseadores villanos ó "léperos," como los llaman en el país, y que entraban en ellas por el moderado precio de un cuarto, de suerte que tenían que ir en pie hombres y mujeres para poder caber. Uno tocaba la guitarra ó el bandolón; casi todos cantaban; y dos, en el corto espacio de cuatro ó seis piés en cuadro, bailaban el monótono é insulso jarabe, no reflexionando en medio de su entusiasmo, que pisaban á algún infeliz, ó derramaban una cuba de pulque. Los que volvían del paseo se diferenciaban de los

otros en las coronas de encarnadas flores que llevaban en la cabeza, dando á lo lejos un golpe de vista tan singular, como si se viera huir un jardín pequeño y florido. La ligera chalupa pasaba rápidamente gobernada por una sola mujer, y las canoas menores trataban de evitar el contacto con esas enormes masas de hombres, para que la gente honrada que llevaban no recibiesen algún dicho picante de la embriagada plebe.

Aquella novelesca escena exaltó la fantasía de Juanita, y manifestó á su padre los deseos que tenía de embarcarse en una de las canoas. El oidor no se pudo negar á una súplica tan justa, y alquiló una, no previendo (lo que era imposible), los resultados funestos que había de tener aquella desgraciada diversión.

Eran las seis de la tarde cuando volvían de su dilatado paseo. El oidor y la nodriza venían extasiados con la vista de las chinampas. Esas verdes islas flotantes, ¿cómo no han de cautivar la atención del hombre? Los que quieran gozar de la naturaleza en su brillantez, que vengan á visitar el delicioso país de los mexicanos.

Los montes que rodean el Anáhuac tenían un color azul más bello aún que el del cielo; México se veía al Norte, como unos paredones antíguos, abandonados á las orillas de una aldea; y al occidente el sol, que se ocultaba tras de los cerros, arrojaba sobre una de las maravillas del

Anáhuac, sobre Chapultepec, sus rayos pálidos y apacibles, como la última mirada que un padre moribundo dirige á su hijo querido.

Juanita estaba en pie contemplando tan interesante espectáculo: su alma se elevaba al país de las ilusiones poéticas; olvidó enteramente el mundo de los mortales, y su acalorada imaginación la transportó á ese hemisferio delicioso de la fantasía, conocido de pocos, y donde reinan los genios privilegiados de Byron de Saavedra.

A un movimiento rápido de la canoa, perdió Juanita el equilibrio y desapareció su cuerpo bajo de las aguas: un instante después se la vió en la superficie luchando con las ansias de la muerte. El oidor arrojó un grito de dolor y desesperación, y se iba á lanzar sobre su hija; pero la nodriza lo detuvo con toda la fuerza de que era capaz.

—¡Socorro! ¡socorro! gritaba el oidor esforzándose en desasirse de la vieja: ¡mi hija! ¡mi hija! ¡Todo mi oro al que liberte á mi hija!

Los remeros, indiferentes ó cobardes, se mantuvieron inmóviles é insensibles.

La joven hubiera infaliblemente perecido, á no ser por una de esas enormes canoas llenas de gente que en el instante mismo pasaba por allí. Un joven, que venía en ella cantando con los demás, se echó precipitadamente al agua entre los aplausos

de sus compañeros de viaje; arrebató á Juanita y con inaudita destreza comenzó á nadar con un solo brazo hasta la orilla de la acequia, donde colocando á la pálida doncella, recibió de sus lindos ojos una mirada dulce y expresiva, con lo que quedó sin duda bien recompensado, pues en vez de esperar el premio que se le debía por derecho, huyó acelerado sin que se le volviese á ver después.

III.

LA FICCION.

Juanita jamás pudo olvidar á su joven libertador: cuando estaba sola recordaba su interesante figura, su rostro varonil, aunque con cierto aire de fiereza; y sobre todo, su generosidad: deseaba volverle á ver, y lo consiguió efectivamente. El joven, por medio del oro, logró ver todas las noches á Juanita, y le juró repetidas veces su amor; le ofreció casarse con ella luego que el aspecto político del país variase, pues acababa de ser aprehendido el virrey Iturrigaray, con el de todos sus adictos, y perteneciendo á ellos el amante de Juanita, estaba proscripta su cabeza. Esto la decía el joven; y la inocente doncella, que ignoraba los asuntos de Estado y no tenía persona humana á quien consultar, creyó cuanto su amante la decía.

Algunos días se pasaron sin que el joven quisiese declarar á Juanita su nombre; hasta que una ocasión, bajo juramento de no descubrirlo á nadie, la dijo que era el licenciado Verdad, que se le creía muerto en la prisión; pero había logrado escapar con el auxilio de varios amigos, dejando un cadáver desfigurado en su puesto.

Algo había de inverosímil en esta relación, pero no era para la fantasía de Juanita el reflexionar un solo instante. Además: sabía ella, aunque confusamente, el suceso del desgraciado Iturrigaray, y tenía alguna idea de que entre sus supuestos cómplices había un licenciado Verdad; y en fin, confiaba en la palabra de su amante, á quien no creía capaz de proferir una sola mentira.

Juanita, empero, hubiera querido declarar á su padre el estado de su corazón; mas, conocía el carácter duro é inflexible del oidor, y sabía que descubriéndole á su amante, era perderlo enteramente, á la par que ella misma tendría que sufrir la clausura en un convento.

Juanita no tenía madre: ¡infeliz! ¡cuán desgraciados son los que la pierden! No sabemos el verdadero precio de una madre tierna, sino después que nos ha faltado.

Una mirada del oidor hacía temblar á su hija. ¡Qué funestas consecuencias acarrea esa abyección en que tenían y tienen algunos bárbaros hombres á sus hijas, y

esa tiranía en que feroces las hunden. Juanita se vió sola, abandonada en el mundo; no hubo quien la dirigiera una mirada de compasión, no halló en quien apoyarse, no encontró un corazón á quien entregar el suyo. La sucedió lo que á un hermoso libro que su dueño tiene guardado en un riquísimo estante, y que por no maltratarle no lo saca á luz, no reflexionando el insensato que á más de inutilizarle, lo abandona á la voluntad de destrozadores insectos.

Juanita perdió su virtud y con ella la felicidad de toda su vida. Comenzó á estar triste; se fué marchitando su belleza, como la flor á la entrada del otoño, como la planta ajada por la huella del caminante.

El oidor lo notó: sospechó que su hija estaba enamorada; pero no se figuró su desgracia: si la hubiera imaginado siquiera, habría matado indudablemente á Juanita. Tomó todas sus precauciones: éstas suspendieron las visitas de Verdad, pero no las cortaron. Juanita escribió á su amante que iba poniéndose en estado de no poder disimular delante de su padre; y concertaron los jóvenes el medio que habían de tomar para volver á verse. Juanita pidió á su padre que la llevase una noche al coliseo, que jamás había visto, para gozar de las gracias del célebre andaluz Luciano Cortés, que entonces llamaba la atención de los mexicanos, según el testimonio

de muchos que tuvieron la fortuna de conocerle; y á la vuelta realizaron el plan que habían formado de antemano.

Juanita llegó á su casa espantada: contó que habían asaltado á su padre tres ladrones, y que estaba en grave peligro su vida. Los que en ella estaban se alarmaron al instante; salieron varios á socorrer al oidor, y en medio de esta confusión el mendigo, ó el licenciado Verdad, se fué á ocultar allá en el aposento de la imprudente joven.

IV.

LA GANZUA.

Las dos de la mañana habían dado, y Juanita estaba sentada en su aposento, con sus grandes y ardientes ojos negros clavados en tierra, escuchando lo que la decía Verdad, el cual estaba en pie y fija la vista sobre ella.

—Eres mi esposa, si no ya ante los altares y por medio de un sacerdote, por consentimiento mutuo y por un juramento hecho ante Dios. Vas á ser madre de un hijo que lo es mío, y me perteneces tú también.... Resuélvete.

—No.... No.... No....

—¿Quiéres acaso, continuó el joven, que te abandone á la ira de tu padre? Tú no

puedes ya permanecer aquí un solo instante.

—Es verdad, es verdad, dijo Juanita con voz debil y temblorosa: no puedo permanecer aquí, estoy deshonrada, manchada con una nota fea, horrible.... ¡Ah!.... Voy á ser para siempre infeliz: lo sé; pero también sé que un crimen nos conduce á otros crímenes: yo he cometido el primero, no quiero cometer los demás.

—Creí en otro tiempo que me amabas.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú lo dudas?.... Yo te amo, te adoro, te idolatro, eres mi Dios; sí, tú lo sabes, lo sabes bien. Si no te amara ¿sería yo tan desdichada?

—Si es cierto lo que dices, sígueme; vámonos de aquí, vámonos de este país, de este país de maldición. Tú no sabes lo que soy, no sabes lo que he sido.... Juanita, tú eres el ángel que me ha sacado del inmenso mar de los crímenes, tú eres la que ha introducido en mi alma el honor, la virtud.... Si me abandonases, tu perdición sería inevitable y la mía también: á tí te mataría el desprecio de los hombres, y á mí....

—¿Qué?

—El cadalso.

—¡Gran Dios! exclamó la joven levantándose precipitadamente: ¿Y serías tan bárbaro de ir á ponerte en manos de tus enemigos?

—No; pero seguiría la ruta que el desti-

no me señaló. Yo he nacido entre la virtud, sí, mis padres fueron un modelo de honradez y de nobleza de alma. ¡Miserable de mí, también hay flores olorosas y bellas que dan veneno por fruto!.... Yo no tengo la culpa de lo que soy: mi corazón se ha estremecido siempre de mis acciones, pero mi suerte, mi suerte fatal me ha conducido.... Yo no culpo al cielo.... yo culpo á ese sino abominable en que nacemos los desgraciados.

El rostro del joven tomó un aspecto terrible: sus ojos fijos en una parte, parecían haber perdido el movimiento natural; sin embargo, una lágrima de ternura rodó, casi á su pesar, por su mejilla. Juanita temblaba: quería hablar, pero las palabras morían en sus labios como el suspiro reprimido de un desdichado que no quiere manifestar sus penas: tenía anudada la garganta, y su corazón era el juguete de su alma atormentada, como lo es el navío de las olas embravecidas del oceano.

—¡Oh! exclamó después de algunos instantes de silencio, yo estoy engañada, miserablemente engañada.... Tú no eres lo que creí, lo que estaba tan acostumbrada á creer.... ¿Quién eres? ¿quién eres? ¡por piedad!

—Un proscripto.

—¿Y tu nombre?

—Verdad: ya lo sabes.

—¿Con que es cierto? dijo Juanita, mos-

trando su satisfacción y su alegría, ¿con que es cierto? ¡Ah! yo soy muy feliz, mucho: no sé cómo podría explicarte el placer que me causa lo que acabas de decir. Yo temblaba, temblaba y con razón: con esas palabras tan terribles que proferías, cualquiera habría creído que eras algún malvado, alguno de esos hombres que derraman á torrentes la sangre de sus semejantes; de esos hombres malditos eternamente por el cielo, y ante los cuales caería yo muerta si los viera una vez. Tú me defenderás siempre contra ellos: ¿no es verdad?

—Sí, dijo el joven con voz debilitada y sin levantar los ojos.—Juanita, prosiguió después de un momento de silencio, Juanita, es preciso partir: conmigo serás feliz: yo te lo prometo.

—¡Feliz y lejos de mi padre! ¡de mi padre que me ama tanto! ¿Y seré capaz de abandonarlo? No, no, imposible. El me trata mal, me tiene encerrada, me riñe con aspereza; pero es mi padre, y lo debo respetar. Si vieras lo que me decía mi pobre madre al tiempo de morir, y me lo decía de una manera tan dulce.... "No abandones jamás á tu padre, ni le des ningún "pesar: el día que lo desobedezcas, serás "infeliz, infeliz para toda tu vida. Quiérelo "mucho, mucho, como si fuera yo misma: "él se queda en mi lugar: no le hagas lo "que no querrías hacerme á mí." Y luego lloraba, así como yo, lloraba mucho y me

echaba su bendición.... Feliz tú, madre mía, que tiempo ha gozas de la gloria infinita del Criador.

—Pero si al cabo hemos de volver: volveremos, sí, y él nos llamará y nos abrazará luego que se haya pasado su cólera.

—¿Y nos bendecirá, y nos dirá hijos míos, y viviremos con él?

—No lo dudes.

—¿Y dilatará mucho tiempo?

—Un año.

—¡Un año!

—Un año se pasa como quiera, dijo el joven con cierto aire de serenidad y de confianza; un año á más tardar: puede ser antes; el cielo se compadecerá de nosotros, y nos volverá la dicha que tanto ansiamos. Yo escribiré al oidor, y él, viendo que no tiene la cosa remedio, cederá y nos llamará. Ya entonces todo habrá variado en México, y me podré presentar en público sin riesgo alguno.

—Y andaremos en coche juntos, y todos nos tendrán envidia, y dirán los que nos vean: "Aquella es la hija del oidor don "Fulano, y aquel es el señor Verdad, que "fué aprehendido en unión del virrey Itu-"rrigaray, y que logró escaparse de la pri-"sión, y se casó con esa señorita. Padecie-"ron mucho los pobrecillos; pero al fin "Dios se apiadó de ellos, y los hizo felices."

El joven arrojó un dilatado suspiro.

—¿Por qué suspiras? preguntó Juanita.

—Porque el tiempo pasa, va á llegar el día, y con él nuestra separación eterna, si no te resuelves á partir al instante. Un coche nos espera en la calle contigua: no tenemos más que llegar á él y partir. Vamos.

Al mismo tiempo la tomó de un brazo, dirigiéndola hacia la puerta.

—¿Pero quién nos abre? ¿Ignoras que de algún tiempo á esta parte mi padre mismo cierra el zaguán y guarda la llave?

—Lo sé, y por eso traigo otra. Mírala, continuó mostrándosela.

—No, no; esta no sirve, dijo Juanita examinándola: no es así la que tiene papá.... ¡Jesús! ¡qué llave tan rara! Esta no le viene á la cerradura del zaguán.

—Sí le viene: le viene á todas las cerraduras: es una ganzúa.

—¡Una ganzúa! ¡Dios mío! ¡una ganzúa! Tómala; no la quiero tener, tómala. ¡Qué horror! ese es instrumento de ladrones. ¿Cómo tienes eso en tu poder? ¿La sabes manejar?

—Sí, es cosa muy fácil; respondió el amante. No temas nada: es como cualquiera otra llave. Por una fortuna la conseguí. Si ha servido para cometer algunos crímenes, ahora servirá para hacer la felicidad de dos esposos. Vamos de aquí, Juanita mía, el tiempo se pierde; dame una prueba de tu amor: sígueme.

Las tres dió el reloj de una iglesia cercana.

—Oye, oye las tres, continuó el joven con voz apresurada. Un instante después, quizá sera tarde.

—¡Si vieras cómo tiemblo!....—¡Madre mía, perdón! ¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía! si me puedes ver desde la morada de los justos, cuida de tu desgraciada hija!...

Y cayendo de rodillas, se puso á orar. El joven abrió la puerta, tomó á su amante en los brazos y la sacó fuera del aposento.

—¡Dios mío! exclamaba Juanita con apagada voz, tuya es mi alma; si me sucede alguna desgracia, ampárame.

Bajaron rápidamente la escalera, llegaron al zaguán: el joven, con una velocidad y destreza extraordinaria, comenzó á abrir la puerta. Al instante mismo se oyeron algunos pasos, y un momento después apareció el oidor.

Se había acostado pensando siempre en el mendigo que lo había perseguido aquella noche, y no pudiendo conciliar el sueño, se levantó desesperado para salir al corredor á recibir el fresco. Sintió que bajaban la escalera: se puso á observar, y conoció que alguno se dirigía al zaguán. Al momento fué á tomar sus armas, y á despertar á sus criados: mientras que éstos se levantaban, él bajó solo y sorprendió á los fugitivos. El joven al ver el bulto que se acercaba, y que no podía reconocer por la obscuridad, tapó la boca á Juanita que iba á arrojar un grito de espanto, la empujó ha-

cia un esconce donde no la podían ver sin acercarse, y se precipitó sobre el oidor poniéndole un puñal en el pecho.

—La muerte por una sola palabra que profieras.

Y luego con la mayor velocidad le quitó la espada que el oidor no pudo poner en uso, sacó un cordel que llevaba en el sombrero, y comenzó silenciosamente á atarle los brazos. El oidor hubiera pedido socorro, pero conoció que era aventurar su vida sin necesidad, puesto que sus criados no debían dilatar; en efecto, éstos se presentaron trayendo luces y diferentes armas.

—¡Es el mendigo de los diablos! exclamó el oidor al reconocer á su antagonista. ¡Atenlo! ¡desármenlo!

Antes de que él diera estas órdenes, ya estaban ejecutadas. El joven, como el oidor, había sido sorprendido, y conoció que no tenía más recurso que ceder; arrojó á los piés de éste su puñal y demás armas.

—¿Qué quieres aquí? ¿qué has venido á hacer? gritaba el oidor enfurecido.

—Soy un ladrón público y he venido á robar tu casa, respondió el joven con voz firme.

—¿Por dónde entraste?

—Por esa puerta.

—No pudo ser.

—Sí pudo ser cuando se alarmaron todos los de la casa para socorrerte.

—¿Dónde están tus cómplices?

—No tengo ninguno: he venido solo.

—¡Imposible!—Que se registre la casa.

—Es inutil: mis compañeros están afuera esperándome. Tal vez los entregaré; pero que me saquen de aquí al momento.

—A la cárcel por esta noche.

—Bien.

—Mañana á la horca.

—Bien.

—A los infiernos.

—Que sea pronto.

—Llévenlo á la Acordada de mi parte, dijo el oidor á sus criados.

—No, no, por piedad; gritó Juanita y se presentó ante el oidor asombrado. No es un ladrón, no; es un hombre honrado, yo respondo de él, yo le conozco bien. Quítenle esas barbas, son postizas; verán un joven muy hermoso, que no es capaz de hacer mal á nadie, á nadie.

El oidor la había estado escuchando sin tener aliento para pronunciar una sola palabra: al fin mirando á su hija con la saña de un tigre que ve escapar su presa, gritaba:

—¿Qué haces aquí? ¿qué estás haciendo aquí? ¿qué vienes á hacer aquí?

—Lo diré de una vez, sí señor: es mi amante, me ha venido á ver: es el licenciado Verdad que tienen todos por muerto, y que....

—Que ha muerto efectivamente, gritó el oidor con apagada voz. Desnuden el rostro á ese infame.

Los criados obedecieron.

—Ve vd., papá; es....

—¡El Brujo! ¡asesino de profesión! exclamó el oidor.

El joven pretendía ocultar el rostro.

—No puede ser; ¡oh! no, no puede ser, decía Juanita casi sofocada, y cayendo de rodillas ante el oidor, de cuyos piés se abrazaba. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡esto no puede ser!....—Es mi amante, es mi esposo, es el padre del niño que tengo en las entrañas....!

—¡Maldita sea mi suerte! gritaba el oidor, llegando en él la desesperación y el furor á su colmo. ¿Es cierto? ¿es cierto lo que dices? ¿Es cierto?

—Soy madre y él es mi esposo. ¡Perdón, padre mío! perdón: por mi querida madre que nos está mirando desde el cielo; por la Santísima Madre de Jesucristo, perdón.

El oidor no oía, no veía: la tierra volaba bajo de sus piés; sus ojos se revolvían en sus órbitas como queriendo saltar: su labio inferior era presa de sus encarnizados dientes: la espuma salía de su boca, cual si fuese un asoleado corcel, ó un can rabioso: sus manos rasgaban sus vestidos, y mecían sus nevadas canas con inaudita furia: era un hombre sin conocimiento; la fiebre lo devoraba, estaba poseído.

Arrebató velozmente el puñal del preso que estaba tirado en el suelo, y sin dar tiempo á que sus criados absortos le detu-

vieran, agarró de los cabellos á su hija, que permanecía á sus piés, y clavándole en el seno repetidas veces el agudo estoque, gritaba lleno de encono:

—¡Muere con tu detestable hijo! ¡Yo te maldigo! ¡El infierno se abre ya para recibirte!!!

Noviembre 27 de 1836.

Manolito el Pisaverde.

(México 1842.)

¡Oh infinita una y mil veces
la que se ve arrepentida
de la cosa que más quiere!

CALDERON.—EL TETRARCA.

I.

EL BAILE.

Como ondean agitadas por el viento las espigas de las cañas formando confuso murmurio, así en el magnífico salón de D. Fernando Murtas se movían las cabezas de multitud de convidados que esperaban ansiosos la hora del baile, bramando impacientes como el can encadenado que ve pasar un hombre frente de sí. Empero el baile dilataba aún, porque algunos cantadores, en unión de la hija única de D. Fernando

Murtas, estaban luciendo su habilidad en un rumboso concierto con gran contento de los filarmónicos que ya reventaban de placer, y ya habían casi inutilizado sus manos á tanto palmotear.

Era el salón espacioso y estaba ricamente tapizado y embellecido con espejos, cuadros, candiles de luciente cristal, sillas y sofás de caoba cubiertos de telas de cerda suntuosamente bordadas de seda que representaban diversas escenas y paisajes, y por último cubría el pavimento una alfombra que verdaderamente daba dolor pisarla, como lo hubiera causado poner el pie en un cuadro de Velázquez ó de Rafael.

Como brillan las estrellas en el cielo, brillaban las joyas en los angelicales rostros de las jóvenes mexicanas, algunas de ellas ocultadas de vez en cuando por alguna vieja presumida, como una roca escarpada y horrible cubre la luz esplendorosa del faro á la vista del navegante que surca las aguas del mar.

Diversas escenas se representaban en el salón, dignas por cierto de la pluma de Bretón de los Herreros. Hay muchas cosas que ver en un baile, y en un baile de rumbo, donde se analizan las personas y sus vestidos con una minuciosidad admirable, donde se indagan la vida y las aventuras de los concurrentes, donde se forjan anécdotas infamantes y se aplican al primero que pasa. Los celos son un personaje

infatigable que nunca falta en tales ocasiones, que por todas partes anda, y, como el aire, en todas partes se introduce, que á todos tienta, á todos alarma, á todos infunde el mortífero aliento de la discordia. La envidia se pasea y recorre todos los grupos oprimiendo con su diestra varias sierpes horribles y venenosas, las cuales se deslizan y penetran el corazón y lo oprimen, y lo martirizan, y lo despedazan con encarnizada furia. La joven incauta que se introdujo en aquella reunión para tener un momento de gozo ha padecido tanto como si hubiera entrado en la mansión de los réprobos. Cuantas calamidades, cuantos vicios pueden martirizar el corazón del hombre, allí se encuentran, allí tienen su imperio, allí oprimen despóticamente á la desgraciada humanidad. Se ven muchos semblantes risueños, se escuchan muchas palabras de alegría, pero no se ven los corazones, no se escuchan los pensamientos recónditos que nunca salen de la mente, y si salen, es para pasar á un oído cercano, expresados de una manera que nadie los pudo entender, porque nadie pudo percibir los sonidos de la voz del que los comunicaba.

Así se pasan las horas de la vida, horas que llamamos de placer, pero que en realidad son de dolor: horas dulces en la superficie, amargas en su interior.... se deslizan como la corriente de un río, mansa,

apacible, deleitosa, pero que da muerte terrible al que engañado se arroje á sus aguas.

Dió fin el concierto con otro de palmadas y voces. Doña Teodora la dueña de la casa é hija de D. Fernando, fué á tomar su puesto entre las demás señoras, seguida de porción de aduladores que la felicitaban por la inimitable gracia con que había cantado. Pero los aplausos no podían arrancarla del rostro las sombras que lo cubrían. Estaba melancólica, triste, abatida: se esforzaba á reir, pero su risa era tétrica como la presencia de los sepulcros: su sonrisa no salía del corazón, no, que estaba continuamente atormentado. ¿Y por qué?... Ella era antes el principal adorno de las tertulias, del teatro, de los paseos; su pecho se había conmovido siempre de placer, jamás de dolor, el contento había brillado en su frente y en sus ojos como la luna en una noche serena, como el sol en uno de los hermosos días de México. Y ahora una nube cubre su semblante, las rosas de sus mejillas y de sus labios han desaparecido como las flores del campo en una inundación. ¿Por qué un cambio tan repentino?...

Aquel baile se había dispuesto para celebrar su boda con D. Jacinto Almaraz, joven que, como ella, era antes de festivo humor, pero que también había cambiado súbitamente, y en la actualidad vagaba por

la sala con los ojos clavados en tierra, distraído y pensativo.

—¡Pobres muchachos! exclamaba una señora, dirigiendo la voz á una hermosa niña que tenía junto de sí. ¡Pobres muchachos! tan jóvenes, tan amorosos, y, antes de casarse, tan alegres y tan bulliciosos.... Míralos ahora, cuando se han cumplido sus deseos, cuando tocan el puerto de su felicidad, están lánguidos y abatidos.

—¿Pero qué será, mamá? Algún poderoso motivo tienen para estar así.

—Ciertamente que habrá algún motivo, ¿pero quién lo sabe? Ellos han apresurado su matrimonio, y se ignora por qué: sin dar parte á nadie, sin.... Esta mañana hemos sabido repentinamente que ya estaban casados.

—Pero esa tristeza....

—El pobre de D. Fernando, continuó la señora, llamó á su hija esta mañana, y la dijo: "He cumplido con tus deseos: ya estás casada: ¿qué más quieres? ¿No estás contenta? ¿No eres feliz? ¿Has tenido algún disgusto?.....

—¿Y qué respondió Teodora?

—Respondió que estaba contenta, y se puso á llorar.

—¿A llorar?.... Ya se ve: dicen que de dolor se canta; no será extraño que ella llore de placer.

—No, hija mía, esas lágrimas deben pro-

venir de otro motivo, ella habrá sabido algo de su marido.

—Entonces, dijo la niña, en vez de apresurar su matrimonio lo hubieran retardado.

—Tienes razón. Sin embargo, el tal D. Jacinto es hombre que no puedo sufrir, no sé qué cosa hay en él que me repugna: vamos, le detesto.

—¡Ay! no, mamá: ¿cómo ha de ser malo un hombre tan buen mozo, tan amable tan cortés, y que baila las cuadrillas y la bamba con una gracia.....

—Eso es, eso es, porque baila las cuadrillas y la bamba ha de ser un hombre de bien. Yo tendré cuidado de no andarte trayendo de aquí para allí.

—¿Por qué?

—Porque un día te me vas á enamorar de algún elegantucho de estos que andan de baile en baile, y te haces infeliz para toda tu vida.

—¿Pues qué, me quiere vd. tener encerrada?

—Tampoco eso, respondió la señora. Un medio entre ambos extremos es lo mejor. El encierro y la tiranía de algunos padres es perniciosa, y lo es también el consentimiento y la demasiada libertad. Si no, mira tú á Teodorita: D. Fernando la andaba trayendo de Seca en Meca: no habrá tertulia ó paseo á donde dejara de llevarla: de pequeña la mimó mucho, como que era y es la niña de sus ojos. ¿Y qué sacó? una

bailarincita que anda saltando de casa en casa, que no sabe más que brincar y cantar, y que por último se ha casado esta mañana con el pelafustán de D. Jacinto, quien, Dios me lo perdone, me parece un pícaro.

—No diga vd. eso, mamá.

—Sí digo. ¡Casamiento derivado de un baile! no en mis días.—¿Pues qué sabemos de ese hombre?

—Todo México está impuesto, respondió la niña, de que es un señor guatemalteco, desterrado de su país por opiniones políticas.

—Porque él lo dice.

—Porque todo el mundo lo sabe. Cuantos le ven le aprecian, cuantos le conocen le elogian, cuantos le tratan le aman. Su cortesía, su amabilidad, su comedimiento atraen los corazones de todos. Nadie le aborrece; y si hay alguno que no le quiera, no le niega sin embargo sus buenas cualidades.

—Eso quiere decir, replicó la señora, que yo soy la excepción de esta regla; porque yo, aunque no le aborrezco, porque no tengo motivo, no le aprecio, y niego que es de buen corazón.

—¿En qué se funda vd?

—En el mío, que me lo está diciendo.

—¿En el corazón de vd?

—Sí.

—Pues si no es más que eso.....

—¿Qué?

—Digo que puede vd. tener un corazón muy malicioso.

—Ola, señorita; ¿con que vd. me viene ahora con observaciones sobre mi carácter?

—No se enoje vd., mamá: no he pretendido ofenderla, y en prueba de ello voy á pedir á vd. un favor.

—Veamos.

—Que vayamos á San Angel.

—No señor. Con la desvelada de ahora ir mañana á San Angel! ¡Quedaba fresca!

—Pero si no nos hemos de desvelar, repuso la niña. Mire vd., á las dos concluye el baile, es una hora regular para que cada uno duerma un poco, y pueda mañana ir á ver el término de la función. Conque ¿vamos?

—Veremos.

—No veremos, la cosa está decidida...

—Ya dije.

—No hay remedio, replicó la niña con firmeza y arreglando el chal de la señora, no hay remedio, ó no duermo en ocho días y me enfermo.

—¡Niña!

Fueron interrumpidas por un movimiento general de la concurrencia, y por algunas voces que decían: "¡Manuel!.... ¡Manolito!.... ¡El elegante!.... ¡El pisa verde de México!.....

—¡Manolito! exclamó la niña. ¡Manolito!.... ¡Dios mío!.... Y al mismo tiempo pretendió levantarse para ver al nuevo

personaje que entraba, pero la señora la tiró del túnico, y la hizo una imperiosa seña para que se sosegara.

El recién venido era un joven como de unos dieciocho años, de pequeña y proporcionada estatura, de airoso talante, de pálido rostro, de facciones nobles, delicadas y bellas, hermoseadas más por un bigote apenas naciente; sus pequeños pies estaban adornados con unas medias de seda gris y con unos zapatos lustrosos; su pantalón negro sumamente angosto, estaba ajustado en el tobillo por cuatro pequeños botones de oro, un chaleco de seda azul bordado del mismo metal, estaba dispuesto de manera que dejara ver su blanquísima camisa y su corbata de terciopelo; encima del chaleco traía un frac negro, cortado según las últimas estampas llegadas en aquella fecha de París, su negra y recortada cabellera estaba por la frente, dividida en dos mitades, siendo más pequeña la parte izquierda que la derecha; en fin, el complemento de su traje eran unos guantes blancos de cabritilla y un sombrero de baile, doblado debajo del brazo.

Los ojos de los concurrentes se clavaron en él, y más de un pecho latió de gozo, más de un bello rostro se cubrió de carmín, y más de un hombre le maldijo encolerizado.

Tenía gran partido entre las damas, á pesar de que era un pisaverde; porque sus

modales no eran afectados ni descompuestos: porque su pálido rostro era bello, interesante, mágico; porque su apostura era elegante y noble, y tenía un aire tan melancólico, que arrebataba los corazones; en una palabra, no era uno de esos petimetres almibarados y fastidiosos que son la diversión de las mujeres y la risa de los hombres sensatos, sino un joven, ó más bien, un niño de figura delicada é ideal, difícil de dibujar, y á quien muchas hermosuras adoraban asombrándose de haber dado cabida en su pecho á un pisaverde.

Saludó á la concurrencia con amabilidad y gracia, y fué á buscar en lo más obscuro y retirado de la sala un asiento, donde, cruzando los brazos y bajando la cabeza, se colocó distraído y meditabundo.

—¡Caramba! exclamó uno de los concurrentes, ¿qué diablos ha comido nuestra gente hoy? La novia está triste: el novio anda buscando en el suelo alguna cosa que ha perdido; y Manolito, la flor de los pisaverdes y el contento de las mexicanas, se ha ido á arrinconar allí como una escoba vieja, ó como un tomo polviento de Gerardo Lobo.

—Estará enamorado de alguna desdeñosa Dulcinea, dijo otro arreglándose la corbata.

—O no habrá acabado de aprender la gavota, exclamó el tercero.

—O tal vez el peluquero no fué á tiempo á peinarle.

—O le falta charol á sus zapatos.

Un coro de carcajadas hizo resonar el techo del salón, y luego se oyó una voz que dijo:

—¿Y se sabe dónde vive?

—Dicen que en una casucha del barrio de Santa Ana.

—Se ha equivocado vd. amigo, debajo de un arco de Belén tiene formada su choza con petates.

—¡Mentira!

—Eso no puede ser.

—¡Imposible!

—"No levantarás falso testimonio," dice el padre Ripalda.

—¿Pero qué sabemos de él? Aparece repentinamente en las tertulias, y se va quién sabe á dónde. ¿Vivirá debajo de la tierra?

—No señor, en la luna.

—Y subirá como las brujas.

—Sí, como las brujas.

—¡Oh! si hubiera inquisición, ya estuviera chamuscado.

—Y quemado.

—Y tostado, y hecho carbón, para mayor honra y gloria de Dios y de su santa iglesia.

—¡Ea! para honra de los inquisidores y nada más.

—Vamos á hablar á Manolito.

—Vamos, gritaron todos, y se dirigie-

ron á donde estaba el infeliz muchacho, quien vió venir la nube con la resolucion del infeliz negro que recibe la pesadísima carga que el bárbaro de su amo le echa en los hombros.

—¿Cómo va D. Agapito Cabriolas y Bizcochea? díjole uno poniéndole en el hombro la mano.

—Vístase vd. de mujer, dijo otro, y por vida mía que nos casamos mañana.

—Cuántos te envidiarán una muchacha tan linda!

—Por las pesuñas de Satanás, que me dan ganas de arrancarle ese bigote que está deshonrado, dijo un militar alto y grueso, y al mismo tiempo llevó su mano al rostro de Manuel.

—Antes me arrancará vd. el corazón, dijo éste levantándose. Y al mismo tiempo tomó una mano del atrevido militar, y tirándole de ella le decía: Sígame vd., no faltarán dos pistolas.

Nuestro hombre, sorprendido á tales expresiones, quedó estupefacto é indeciso.

—Si tienes miedo, dijo uno, iré yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Para todos habrá, replicó Manuel, si tienen paciencia y quieren venir uno tras otro.

Entre tanto se había agolpado porción

de gente, y las señoras alarmadas pretendían salir del salón.

—¿Qué es esto? gritó D. Fernando Murtas que había estado observando parte de la querella. ¿Qué es esto, señores? vdes. han faltado á la buena educación, han faltado á mi casa y á toda la concurrencia. ¿Estamos en alguna taberna de San Pablo ó de la Palma? Háganme vds. el favor de moderarse, ó me obligarán á que les dé con las puertas en la cara.

Como cada uno en su casa es rey y puede hacer de su capa un sayo, los contendientes no tuvieron más arbitrio que alzarse de hombros y dispersarse, con lo cual volvió á reinar la calma en la sala. D. Fernando tomó á Manuel de una mano, y le dijo con voz entre severa y amistosa:

—Venga vd. acá bribonzuelo alborotador: quiero castigarle como merece, por inquieto revolucionario. ¿Con quién quiere vd. bailar? Escoja la muchacha más linda y se la sacaré..... Vamos, ¿á qué viene esa indecisión?.....

—Yo quiero, dijo Manuel afectando indiferencia, así.... cualquiera.... la que vd. guste.

—No señor, vd. la ha de elegir. Extienda la vista. ¿Quiere aquella del túnico azul?

—No, señor.

—¿Y esa otra que se está riendo, y que se ha puesto colorada y baja los ojos?

—Tampoco.

—Pues entonces la de los ojos negros que está en conversación tirada con esa otra que tiene cara de reina de torneo.

—No, señor, menos.

—Pues con mil demonios, ¿cuál es la que le gusta á vd.

Manolito tendió sus grandes ojos negros, y recorrió con ellos el salón en menos de un instante.

—¿Ve vd., le dice á D. Fernando, aquella señorita que tiene un listón negro en el cuello, atado con un brillante tan enorme, como otro que tiene en la frente en medio de un hilo de perlas, y que está cabisbaja y.....

—Ta! ta! ta!....¡Hombre! si esa es la novia.

—¡Ah! la novia! Pues si yo lo hubiera sabido.....

—¿Qué?

—No se la hubiera pedido á vd.

—¡Patarato!.... No faltaba más, ¿y por qué? dijo D. Fernando, y condujo á Manuel delante de su hija.—Aquí te traigo, la dice, al joven más elegante que tiene México: quiere bailar contigo.

Los músicos comenzaron á tocar una contradanza, las parejas se levantaron, Manuel tendió una mano temblorosa á Doña Teodora, y buscaron su puesto. Ambos se miraban de cuando en cuando, y el rostro del joven se demudaba.—"¿Acaso está ena-

morado de la novia?".... Esta fué la voz que cundió por el salón. Véamos el diálogo que tuvieron durante la contradanza.

—¿Está vd. contenta? preguntó Manuel.

—Yo estoy contenta con todos los que bailo.

—No digo eso, sino que si está vd. contenta en su nuevo estado.

—¡Qué pregunta! Pues no lo he de estar.....

—No, señora.

—¿Cómo?

—Vd. no está contenta.

—¡Qué dice vd!

—Vd. ha recibido ayer una carta de la que no ha hecho caso.

—Me hace vd. temblar, dijo Teodora demudada, ¿sería vd. acaso?.....

—Poco importa saber quien soy. Bástele á vd. no ignorar que será infeliz para toda su vida, por haber precipitado su casamiento, por no haber dado oídos á la voz de la verdad.

—Alguno me desea mal y por eso...

—No, señora, se ha equivocado vd.

—Quizá un malvado.....

—Repito que vd. se engaña, dijo Manuel con firmeza, y luego, acercándose más al oído de Doña Teodora, continuó. Todo lo sabrá vd., pero es preciso que la hable á solas.

—¡Imposible!

—Es preciso, es preciso, dijo Manuel lleno de afán.

—Si no calla vd. me siento.

—Se lo ruego á vd. por lo que más ama en el mundo.

—Ya he dicho que no: es en vano cansarse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Manuel ¡ten piedad de mí!

—Pero un joven como vd., tan tierno, ¿qué interés puede tener?....

—Lo sabrá vd. si quiere hablarme á solas.

—Eso nunca. Mi honor....

—El honor de vd. no corre peligro.

—Ya dije que no: y el mayor favor que vd. me puede hacer, es irse de aquí al momento.

—Lo haré, señorita, lo haré como vd. lo manda, dijo el joven con voz casi apagada; pero vd. se arrepentirá, vd. se acordará de Manuel para todo el resto de sus días.

La contradanza concluyó, Manuel, sin hablar palabra, condujo su pareja á un asiento, y luego se perdió entre los concurrentes.

II.

LA CRUZ.

Habian dado las doce de la noche, y Doña Teodora estaba en su aposento hincada delante de un Crucifijo de marfil orando y en profunda meditación. En su fervor, en sus lágrimas, en los ardientes suspiros que lanzaba de tiempo en tiempo, daba á conocer el estado de su corazón y la sinceridad de sus oraciones.

¡Felices los que dentro de su pecho tienen elevado un trono al Dios de todo lo que existe! En él encuentran refugio, como el niño en los brazos de la que le dió el ser, como el mendigo en la casa de su bienhechor, como el peregrino que atraviesa el desierto sin norte ni consuelo, en una tienda hospitalaria que le defiende de los ardorosos rayos del sol, y donde una mano piadosa humedece sus labios secos y moribundos.

Doña Teodora, durante el baile, había sido presa del martirio de las pasiones: no pudiendo soportar aquel estado de desesperación, se había retirado á su aposento diciendo que estaba cansada y pretendía dormir; pero lo que verdaderamente deseaba era estar sola, meditar su dolor, diri-

gir sus clamores al Eterno: únicos consuelos de los desgraciados, y sin los cuales el mundo sería aún más insufrible que la tortura inquisitorial.

Se levantó Doña Teodora mostrando en su semblante calma y resignación; su alma se sentía aliviada, aunque no del todo, y se apoderó de ella un doloroso placer, una melancolía tan agradable, mil veces más dulce que los goces brutales á que se entregan los que por su desgracia tienen corrompido el corazón.

El descanso, el sueño buscaba la recién casada como el último remedio á sus penas; y en consecuencia separó las cortinas de su cama para entregarse enteramente al reposo.

Pero quedó pálida y desfigurada cuando observó que un bulto se movía detrás de las cortinas.... Iba á dar un grito de espanto; pero la voz se apagó en sus labios, la faltaron las fuerzas y cayó de rodillas ante el hombre audaz que se había introducido hasta su cámara.

—No tema vd. señora, dijo Manuel levantándola. No pretendo hacer á vd. mal; sino al contrario, deseo aliviar su corazón y también el mío.... ¡El mío, gran Dios, que padece los tormentos del infierno!.... Además, ¿qué puede vd. temer de un joven como yo que entra apenas en la carrera de la vida; que aun no puede llamarse hombre; que es tan débil, aunque no tan feliz

como el cordero que sigue humildemente los pasos del pastor?

Algún tanto repuesta Doña Teodora con las palabras de Manuel, se levantó y le habló de esta manera.

—Es vd. joven, es vd. niño, es verdad; pero un niño que despedaza mi corazón, que me trae sin duda la desgracia.... Lo confieso: antes que ver á vd. quisiera más bien tener en mi presencia á un asesino, á Lucifer.... En esos ojos brillantes, en esa pálida frente.... me estremezco sólo al pensarlo, estoy viendo.... ¡Oh Dios!....

—¿Qué?

—¡La muerte!....

—¡La muerte!!!....

—No hay duda: la muerte.... Si vd. viera esa mirada inmóvil y penetrante, ese rostro ofuscado por una nube lóbrega y fría, esos labios amarillos y temblorosos, ese sudor.... ¡ese sudor!.... vd. mismo se horrorizara, vd. volaría á esconderse de sí mismo.... Lo estoy viendo, sí: vd. me trae la muerte.... Lo sé, lo sé.... mi angustia, mi dolor, una voz horrible me lo está gritando en los oídos!....

—Cálmese vd., nada tema, dijo el joven con voz firme. Es una aprensión; la sorpresa, el acaloramiento produce esas ideas espantosas. Si alguien debe morir, seré yo; ninguno más que yo: yo, que busco por doquiera la muerte.... yo, que tengo un puñal ardiente clavado en el cora-

zón.... Pero no perdamos el tiempo, que vuela como nuestra felicidad. Tengo que revelar á vd. un secreto, un secreto horrible.... Prevenga vd. su corazón, sin temblar.... Antes es necesario que vd. me jure no revelarlo á nadie.

—¡A nadie!

—Solo á su marido de vd.

—¡Gran Dios!

—Pero es preciso que vd. lo jure.... aquí, delante de este Crucifijo....

Y al mismo tiempo la condujo hasta la mesa.

—Jure vd. no revelar el secreto que la voy á confiar más que á su esposo; y que Dios cierre las puertas de su gloria para vd., y que la sepulte para siempre en las hondas cavernas del abismo, si falta vd. a su juramento....

—¡Lo juro!

—Pues ahora siéntese vd. y escuche.

Pronunció Manuel estas palabras con tal firmeza y resolución, que Teodora obedeció sin replicar, como quien se siente oprimida por una fuerza invisible.

—Vd. ha recibido una carta en que se la decía que no se casara porque sería desgraciada y haría infeliz á una familia pobre y desolada.

—Es verdad.

—¿Y por qué apresuró vd. su matrimonio?

—Le amaba, le adoraba..... ¡Perdón!....

—¿Dónde está la carta?

—La arrojé al fuego

Y luego se casó vd. Paciencia.... Ahora escuche con atención.

"No lejos de la capital de Guatemala hay una aldea pequeña, donde moraba un anciano labrador que sólo tenía una niña, y ésta era el consuelo de su vejez. En el mismo pueblo residía también otro labrador, á quien despojaron de sus bienes en consecuencia de un pleito judicial que perdió, y por cuyo motivo se comprimió tanto su corazón, que pocos días después bajó á la sepultura dejando á su amigo, el otro labrador de quien he hablado, un hijo joven aún, que quedaba sin parientes y sin más amparo que el amigo de su padre, quien le acogió en su casa como á su propio hijo.

"María, así se llamaba la hija del labrador, y el joven, se vieron y se amaron: tan imposible hubiera sido separarlos, como apartar la desdicha del corazón del hombre.—María, la dijo el joven tomando su mano y estrechándola, María, yo te amo, te adoro: eres mi aliento y mi vida.... ¿Has visto qué descontento estoy cuando el sol se oculta tras de las nubes y lo dejo de ver un día? pues lo mismo me sucede cuando no me hallo junto de tí. ¿Has visto cómo arden mis ojos, cómo palidece mi

frente cuando braman las nubes y truenan los rayos? ¿Has visto cómo tiembla mi corazón, cómo se demuda mi rostro, cómo caigo de rodillas cuando la tierra se mece de un lado á otro ó se levanta con violencia? Lo mismo me sucede, María, cuando de lejos te percibo, cuando estoy junto de tí y te contemplo enagenado, cuando beso tu mano temblorosa, cuando te estrecho contra mi seno, cuando imprimo mi labio ardiente en tu mejilla encantadora"....

Al hablar así Manuel, había tomado la mano de Doña Teodora, y la estrechaba con fuerza haciendo estremecer á la joven, y aun obligándola á veces á hacer movimientos para levantarse; y se hubiera levantado en efecto, á no ser por las acciones imperiosas de Manuel que la forzaban á estar quieta.

El joven temblaba; sus ojos amortiguados parecían encenderse; su voz, aunque dulce, tenía cierta robustez y cierta fuerza, que hacía estremecer; su acción era tan animada que, junto con sus palabras, hubiera sido capaz de enardecer un trozo de hielo. Una lágrima rodó por una mejilla de Manuel: éste la enjugó como quien se ha habituado ya á llorar delante de todos sin avergonzarse de ello.

¡Oh! aquellos dos personajes, en la flor de su edad, en tan extraña situación, con los rostros demudados y los ojos clavados en tierra, parecían pertenecer á otro mundo:

parecían dos ángeles que contemplaban asombrados la horrenda caída de Lucifer....

Manuel, después de reposar un corto intervalo, prosiguió así:

"El labrador conoció el amor tan ardiente que se profesaban los dos jóvenes, y no impidió sus progresos. Pocos años después, enfermo y casi moribundo, tomó á su hija de un brazo, y presentándola al joven, le dijo:—"Jacinto...."

—¡Jacinto! exclamó Doña Teodora temblando.

—Sí, continuó el joven con aparente calma, el labrador le dijo: "Jacinto, tú amas á María, al ídolo de mi corazón, y yo te amo como á ella misma. Te la doy por esposa: sé que te entrego una flor tierna, apacible, hermosa.... cuídala, y será la delicia de tu corazón...." Dicho esto les echó la bendición, y dos días después expiró en los brazos de los dos esposos.

"Estos vivieron algún tiempo en deliciosa paz, y eran el modelo y la envidia de toda la aldea; pero su felicidad duró poco, porque en el corazón de Jacinto se abrigaba una pasión aun más fuerte que la del amor: el deseo de subir á otra esfera que no le pertenecía, le arrastró con violencia, y su funesta ambición bien presto le arrancó de los brazos de su esposa, y le arrojó en medio de la guerra civil que incendiaba aquel desdichado país.

"Antes de partir Jacinto, se despidió tiernamente de su esposa, sacó de su seno esta cruz (al decir esto presentó Manuel á Doña Teodora una pequeña cruz de oro) y la dijo:—Esta cruz fué el único resto de los bienes de mi padre: él me la dejó y me dijo que no me separara jamás de ella, porque era herencia de mis abuelos. Yo te la entrego, María; no la apartes jamás de tu seno; servirá para que te acuerdes de mí: el día que la abandones, abandonas á tu Jacinto, le das la muerte.... Mi corazón me dice que he de ser opulento: tú serás partícipe de mi poder, y ese será mi mayor gozo....

"El infame partió á alistarse bajo las banderas del presidente Arce, donde se le proporcionó una tenencia. Le era indiferente cualquiera partido: donde más le dieran, allí estaría, porque sólo anhelaba subir....

María recibió algunas cartas de su esposo, en las cuales pintaba sus esperanzas de adquirir un puesto elevado y salir de la esfera en que nació.—¡Ah! ¡cuánto sufría el corazón de la desdichada esposa! su corazón la anunciaba un porvenir horrible!....

"Se pasó algún tiempo sin que la joven recibiera noticias de su esposo, hasta que supo que en la toma de Guatemala por Morazan en 1829, cayó prisionero y fué desterrado después fuera de la república.

"María reunió cuanto dinero pudo y lo mandó á su esposo á México, donde su-

po que estaba; pero una sola carta recibió de Jacinto, y no volvió á tener noticias de su paradero.

"Yo, único pariente de María, viendo su desesperación y que nadie tomaba interés en su suerte, me resolví, aunque joven y sin experiencia, á venir á esta ciudad."

—¡Ah!.... ¡Dios mío! ¡Dios mío!.... Es una infamia.... He sido engañada.... engañada.... ¡Todo lo sabrá mi padre!...

Así exclamó Doña Teodora, levantándose del asiento pálida y desfigurada. Manuel la detuvo y la dijo:

—Señora, vd. ha jurado no descubrir mi secreto á nadie.—Va vd. á armar un escándalo inútilmente. Si hubiera justicia en México, D. Jacinto iría á un presidio. ¿Y qué conseguía vd. con esto?—Que en el teatro, en los paseos, en las tertulias, en un balcón, en cualquiera parte sería vd. señalada, y al verla todo el mundo gritaría: "Esa es la mujer del presidiario." Pero en México no castigarán á ese hombre, y vd. tendría que separarse de él por la buena opinión ante el público, y sin embargo, el honor de vd. quedaría mancillado; sería vd. el asunto de las conversaciones y el objeto de los tiros de la maledicencia. Aunque soy joven, tengo alguna experiencia, señora, y sé que en la edad en que vivimos se ensalza al crimen y se desprecia á la virtud....

—¿Pero qué debo hacer, Dios mío? ¿qué debo hacer?....

—Escuche vd.—Esta cruz sólo debe de estar en poder de D. Jacinto ó de su esposa: vd. lo es....

—No, yo no soy su esposa, no quiero serlo....

—Tómela vd., continuó Manuel presentándosela, yo me callaré y haré callar á María: yo lo prometo, y basta: María morirá para el mundo....

—¡No, jamás! exclamó Teodora, jamás podré vivir con ese hombre.

—Pues bien, preséntele vd. la cruz; esto le ahorrará vd. una explicación. (Teodora guardó la prenda en su seno).—Dígale vd. que salga de México bajo cualquier pretexto, y que no se presente aquí jamás.

—Así lo haré.

—Pero que no sepa quien puso en las manos de vd. esa cruz.

—Lo prometo.

—Júrelo vd.

—¡Lo juro!

—Adiós, dijo Manuel en ademán de salir.

—¿Volveré á ver á vd.? preguntó Doña Teodora.

—Tal vez.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Aquí?

—En San Angel.

III.

ALMARAZ

Bajo de un hermoso y espeso emparrado del jardín de D. Fernando, en su casa de campo de S. Angel, estaba sentado D. Jacinto Almaraz hundido en profundas meditaciones. Era joven, de fantasía ardiente y de no mal corazón; pero el deseo de brillar en el mundo, esa ambición sin freno, le arrastraba con ímpetu haciéndole derribar á toda costa los obstáculos que se le presentaran para subir. Había tocado el punto de sus deseos: su matrimonio con la hija de Murtas le ponía en medio de un campo vasto y florido, en donde su ambición encontraba á la vez cuantiosas riquezas, y un paso firme y seguro á los honores y dignidades. Su vista se espaciaba en las flores que regaban su camino, y ya las acariciaba lleno de gozo y de enagenamiento, cuando.... ¡infeliz!.... siente que debajo de las flores hay yerbas venenosas, debajo de las yerbas hay espinas punzantes y destrozadoras. Ya en su pecho se abrigan los remordimientos: serpientes atroces que le oprimen el alma, le despedazan el corazón: fantasmas sañudas y amenazadoras que, durante su sueño, mira levantarse del centro de la tierra, ir hacia él pausadamente, abra-

zarle y hundirle un filoso puñal.... Se levanta despavorido, quiere saltar del lecho.... bajo de sus piés brama una catarata de sangre que forma luego un río, de cuyas ondas sale una cabeza.... ¡Gran Dios!.... es la de María, ¡de María! que extiende sus brazos enrojecidos, y agarrándole con fuerza, pretende precipitarle en aquel abismo de horror....

Los malvados parecen gozar de sus crímenes: viven en la opulencia, tienen poder: no hay cosa que deseen que no la obtengan en el instante.... pero arrancad ese suntuoso vestido que los cubre: debajo de él hay un pecho que palpita incesantemente.... abridles el pecho: hallaréis un corazón corrompido, en cuyo centro hay veneno atroz: hay los tormentos del averno....

Recordaba Almaraz los sueños de la noche anterior.—"He cometido un crimen, decía para sí; un crímen detestable que me devora eternamente: he roto los lazos que sólo Dios debía deshacer.... El cielo me castiga; veo sangre en mis ensueños: yo no la he derramado, no; mis manos están limpias: no tengo que temer.... Pero he cometido una infamia: un crimen trae otro crimen, y otro, y otro más.... ¡Desdichado de aquel que comete el primero!....

Abismado en estos pensamientos, sintió el joven que se movían algunas ramas y luego se presentó á su vista Doña Teodora.

—Mucho dilatabas, la dijo. Me has citado para este lugar, ¿y hasta ahora vienes?

—No me podía desprender de la concurrencia.... Pero en fin, ya estoy aquí. ¿Por qué estás triste?

—Es natural que lo esté. Has llorado toda la noche, y esto me inquieta: ¿no me amas?....

—Si no te amara, no padeciera como padezco, porque no me hubiera casado contigo. Quiero saber la causa de tus penas: es preciso que me lo confíes, porque si no moriré de dolor, moriré de celos....

—¡De celos!....

—Sí, continuó Teodora; no falta quien diga que estás enamorado de otra, que sólo por interés te has casado conmigo, que....

—¡Es una calumnia! ¡es una infamia! exclamó Almaraz levantándose y temblando de furor. Dime quién ha sido el audaz que ha pronunciado semejantes palabras... Dímelo al punto.

—No puedo.

—Dímelo, ó de lo contrario me separo de tí para siempre.

—Será preciso que así lo hagas.

—¿Y tú me lo dices, tú, Teodora?.... Bien veo que no me amas, que no debíamos de ser esposos, que vamos á tener una vida de infierno, que tal vez otro... ¡Otro! .... ¿Será posible?.... ¡Oh rabia!.... ¡Maldita sea la mujer!.... Pero estos la-

mentos son demasiado tardíos por desgracia, y sólo el Eterno puede desatar los lazos que nos unen.

—Quien ha desatado unos puede desatar otros.

—Explícate.

—Digo que cuando un hombre ha emprendido la carrera del crimen, difícil es hacerle volver atrás.

—No te entiendo.

—Pero sí me entiende tu conciencia, y esto basta.

—Eso quiere decir que soy un infame.

—Vd. lo sabrá mejor que yo.

—Y vd. se servirá hablarme de una manera menos atrevida, señora, dijo Almaraz temblando de cólera y lanzando fuego por los ojos. Apenas nos casamos ayer y ya hoy tenemos riñas. La audacia de vd. se funda en el dinero, mi resistencia se fundará en la firmeza: vd. cree tener un apoyo en el valimiento de su padre, yo lo tengo en mi derecho. Vd., señora, es mi esposa, y está bajo mi poder.—Todo está dicho.

—¡Infeliz de mí! exclamó Teodora con las lágrimas en los ojos; ¿con quién me he ido á casar? Bien me lo decían mis amigas. Pero ya sé quién es vd., ya le conozco: he sido engañada; pero ya conozco mi desgracia, ya sé que es vd. un infame, un advenedizo, que con sus enredos é imposturas ha logrado ponerme en el estado en que me veo.

La cólera de Almaraz llegó á su último grado: se mordía con fuerza la lengua, apretaba los puños y miraba á su esposa como si quisiera devorarla. Al fin no pudiendo ya contenerse, levantó el brazo para dar á Teodora; pero ésta, como quien presenta un escudo para defenderse, sacó rápidamente la cruz y la puso ante los ojos atónitos de D. Jacinto. Este lanzó un grito, y se echó para atrás espantado como quien ve un tigre que se le abalanza, y así quedó por un breve rato como aturdido ó falto de vida.

Al fin trató de reponerse, y acercándose pálido y convulso, acarició á su mujer, y la dijo como en tono de chanza y separando los labios para fingir una risa que en balde pretendía aparentar.

—Pues qué ¿soy el diablo Teodora, para que pretendas ahuyentarme con una cruz?... ¡Vaya! no creí que tal pensaras de mí.... Y no es cosa: una cruz de oro y labrada con mucha delicadeza.

Y al mismo tiempo pretendió tomarla; pero Teodora no lo quiso consentir, y la escondió en su seno.

—No sabía yo que tal preciosidad tenías, continuó Almaraz; no la escondas, quiero verla otra vez.

—Eso es ya el extremo de la desvergüenza, dijo Teodora poniéndose ya pálida, ya encarnada. Jamás creí que tuviera vd. tanta audacia, tanto descaro.... Pero acabe-

mos de una vez, no perdamos el tiempo; sepárese vd. de mí y no me vuelva á ver jamás. Seré desgraciada, pero sabré guardar silencio. Váyase vd. y haga cuenta que no me ha visto nunca.

—Por vida mía que no te entiendo, Teodora: explícate y sé franca con el esposo que te adora. Alguno me ha calumniado; dime su nombre, deseo ver á ese perverso, deseo....

—¿Qué?

—Matarle, beber su sangre, saciar mi rencor, mi furia....

—Basta de palabras inútiles, de fingimientos groseros, interrumpió Teodora aparentando gravedad. Vuele vd. á los brazos de su primera esposa, de María, y no vuelva jamás á aparecer en este país. Si mañana encuentro á vd. en mi casa, ¡desgraciado! todo lo revelaré á mi padre.

Dicho esto, se alejó rápidamente. Almaraz la siguió con paso inseguro, y con voz balbuciente y casi sofocada, la decía:

—¡Teodora! ¡Teodora! estoy desesperado: yo te amo, espera; si no me escuchas me daré la muerte!

Y la voz de Teodora sonó á lo lejos diciendo:

—¡No es mala idea: la apruebo!...

IV.

EL CABRÍO

Era de verse la bandada de gente que se dirigía á un paseo á orillas de San Angel, y cuyo nombre es "el Cabrío." Unos hombres iban montados en asnos y otros á pie, llevando señoras y conversando cada cual con su pareja; y es de suponer que no hablarían de las penas del infierno si no acaso de amor, que era lo más análogo á las circunstancias. En el campo es donde los cortesanos tratan de acercarse al pueblo ó más bien á la niñez. El opulento se fastidia de sus ceremonias simétricas y de sus conversaciones afectadas; se fastidia de los perfumes y de los brillantes, de la obscuridad lúgubre de los salones y del movimiento monótono del coche. Desea variar de alfombra, de tapices, de cabalgadura, de modales, y hasta de palabras: en el campo vuelve á la primera edad, baja desde su elevado puesto hasta el de la humilde pobreza, salta en la yerba con más gusto que en una alfombra; cambia su coche por un carro, su brioso caballo por un asno pacienzudo, su insolente lacayo por un indio joven y humilde, á quien tiene la bondad de dirigir de cuando en cuando una chanza,

aunque siempre con aire de protección. Entonces olvida sus cuidados, sus penas, sus horrendos martirios, porque, como el dolor y la riqueza van juntos, sólo despojándose de éstas puede el hombre aliviar el peso de aquel.

Empero no siempre se consigue esto: cuando los pesares son enormes, cuando el corazón se halla en una aflicción estrema, el campo y la libertad aumentan más y más el dolor, y entonces la desesperación, la melancolía profunda se posesiona enteramente del alma.

Almaraz no podía arrancar de su corazón el puñal que había clavado en él Doña Teodora. En un instante había visto desvanecerse ante sus ojos las riquezas, los honores, las dignidades que se prometía, y con los cuales pensaba vivir feliz.... ¡Feliz!.... ¡Cuán necios son los que piensan encontrar la felicidad fuera de la paz y del sosiego; fuera del círculo de la virtud, estrecho y áspero en verdad, pero donde la conciencia está tranquila, donde no se ve ni se sueña más que contento y placer, ángeles deliciosos que giran en torno del hombre y que parecen remontarle hasta el firmamento! Preguntad á un niño si es feliz: os dirá que sí, porque los remordimientos no atormentan su alma; y aunque es verdad que tiene algunos disgustos, éstos son inseparables del hombre, porque en la tierra no hay felicidad completa, no hay

paz, no hay tranquilidad que no sea interrumpida á cada momento.

Pero los pesares de Almaraz eran terribles; su corazón y su mente estaban hundidos en un abismo obscuro y sin término, y parecía meditar una empresa atrevida y feroz: su rostro lo indicaba, sus miradas satánicas parecían decir: ¡Ay de aquel que detener pretenda mi carrera!....

Caminaba en aquel instante por un paso estrecho y agreste: por un lado una cerca con magueyes en lo interior, por el otro un barranco profundo, en cuyo fondo corría agua pura y cristalina que dejaba ver peñascos enormes y algunos árboles en los costados.

Poco tiempo después se oyó un ruido sordo y confuso como el que produce una pequeña cascada: lo era en efecto, y todos corrieron alborozados á gozar de las aguas espumosas y blanquecinas que caían haciendo estremecer un tanto la tierra.

Se dirigieron después á una pequeña arboleda que formaba un círculo, y donde al són de varios instrumentos de cuerda y tres flautas, se pusieron á bailar. Como no todos los concurrentes bailaban, se entretenían algunos de ellos en criticar á los demás ó en mortificar á un pobre cabrero loco que vive aún sin separarse de aquellos lugares y que es bien conocido por "tata Jusé." Este infeliz, al acercarse la noche les decía:—Si no se van, se mojan: por el

norte viene una nube horrenda que va á descargar aquí sus aguas; el río saldrá de madre, y si no se aplaca la cólera de Dios, se perderá entre las olas el "Pedregal."

—¡Ha, ha, ha! ¡Ya es profeta tata Jusé!.... ¿Y cuál es el norte?

—Este es el norte, dijo señalando con la mano, aquel es el oriente, éste el occidente, y el sur.... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿no ven vds. aquella faja de sangre?.... Allí: entre aquellas nubes.... ¡Desgracia!.... ¡Desgracia!

Exclamando así echó á correr, y saltando por encima de las enormes lavas que forman lo que se llama "el Pedregal," se perdió de vista con asombro de los concurrentes que ya le veían casi caer en uno de aquellos precipicios.

El cielo comenzó á entoldarse rápidamente: caían algunas gotas de agua que azotaban el suelo y levantaban ligero polvo; á lo lejos se escuchaban los gritos de los pastores y los ahullidos de los lobos: uno que otro relámpago alumbraba de vez en cuando la tierra, y dejaba ver las cavidades hondas y negras, los precipicios profundos y peligrosos.

Los concurrentes se dispusieron á partir entre la confusión y la alarma, encendieron hachas y se dirigieron por el camino que les sirvió para venir, bien así como una procesión dilatada y fúnebre, ó como peregrinos en las catacumbas de Roma.

—¡Cuidado con la caída! era la única voz que se escuchaba y que repetían casi todos: prevención inútil ó poco necesaria, porque todos sabían que un paso mal dado era una muerte segura y horrorosa.

Manuel, que no había faltado al convite, pero que llegó tarde y no quiso presentarse á la concurrencia, permaneció retirado de ella, y al irse todos se quedó atrás siguiéndolos sólo con la vista, y como quien no hacía aprecio del huracán que se preparaba.

Mil ideas se revolvían en su mente y le atormentaban el corazón. Andaba precipitado algunas veces, otras se detenía y se recargaba contra la cerca lleno de abatimiento. A veces levantaba los ojos al cielo ó los extendía al rededor de sí; á veces los fijaba inmóviles en el profundo barranco que tenía á sus piés, y cruzando los brazos parecía ver y no pensar en lo que veía. Su rostro taciturno se animaba por algunos momentos, y asomaba en sus pequeños labios una sonrisa fría y horrible, capaz de estremecer á un cadáver.

En esta situación triste y penosa estaba, cuando sintió una pesada mano que sobre su hombro caía, y una voz bronca y casi apagada que decía:—A vd. buscaba. Volvió la vista el joven y se encontró con un hombre envuelto en una capa, y que, como una fantasma horrendo, permanecía jun-

to de él sin moverse; al fin desembozándose el hombre, bruscamente le preguntó:

—¿Me conoces?

—No.

—Pero yo te conozco á tí.

—¿Qué quiere vd. decir con eso?

—Que no te nombras Manuel....

El joven comenzó á temblar; y el hombre continuó:

—Que yo te conozco bien y tú me conoces á mí, pero no tanto como me vas á conocer ahora.... ¿Quiéres saber nuestros dos nombres?....

—¡Piedad! exclamó Manuel cayendo de rodillas y abrazando las de su interlocutor. ¡Infeliz de mí! ten compasión de mi suerte, de mis agudos tormentos.... ¡Ah! no los aumentes más....

Pero el hombre sin atender á sus razones continuó:

—Es preciso arrancarnos la máscara y presentarnos uno al otro con la faz descubierta: basta ya de fingir. ¿Quiéres saber quién soy? ¿Quiéres saber quién eres tu?.... Yo me llamó Jacinto Almaraz; tú te llamas María: la que fué mi esposa en otro tiempo; la que se disfraza ahora para perseguirme; la que era mi bien, mi amor, mi existencia en otra época de nuestra vida; la que detesto en la actualidad como á los enemigos de mi padre; la que debe ausentarse de este país ahora mismo....

—¡Ahora mismo!....

—Sí, ahora mismo: tú no debes estar donde yo estoy; mi posición lo pide así; mi futuro engrandecimiento se pone en medio de los dos y nos separa: ya logré alcanzar á la fortuna; ¿crees que la he de soltar por tí?....

—Ya que rompes con tanta facilidad los nudos que hemos formado ante Dios, ya que cometes un crimen tan horrendo que un asesino se avergonzaría de cometer, no me arrojes con tanta inhumanidad, ten piedad de la que en otro tiempo amabas, de la que era la delicia de tu corazón y todo lo ha sacrificado por tí....

—¿Te falta dinero? dijo Almaraz metiendo la mano en su bolsa y sacando un puño de oro que había ganado el día anterior en el juego "casero;" toma este oro que basta para poder caminar unos días; después recibirás más y más hasta saciarte: pero ay de tí si sueltas una palabra!....

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó María sin levantarse y alzando el rostro al cielo, ¿es posible que me hayas arrojado al mundo sólo para padecer?.... Y luego, poniéndose en pie, dirigió la voz á Almaraz.—Nunca pensé que me envilecieras hasta tal extremo: yo desprecio tu oro y tus palabras....

—Y yo te desprecio á tí, interrumpió Almaraz encolerizado; yo te desprecio y te maldigo. Resuélvete pronto: no hay que

perder momentos: ó á partir de este pais, ó á morir....

—¡A morir!.... ¡Oh! eso no es posible. Jamás creeré que des la muerte á la mujer que tanto te amó y te ama todavía, á la que vivía para complacerte, para adorarte....

—No quiero escuchar nada: no puedo perder la fortuna que ha caído en mis manos: resuélvete.

—¡Jacinto! ¡Jacinto! vámonos de aquí: todo te lo perdono con tal de que me vuelvas tu amor, con tal de que te arrepientas de tu crimen....

—¡Maldita sea mi suerte!.... ¿No escuchas esos gritos?.... ¿No miras aquellas luces?.... Ya vienen, ya vienen....

—Huyamos, Jacinto mío, mi esposo, huyamos....

—Ya vienen, ya se acercan, ya están aquí.... ¡si me encuentran contigo!.... ¡Satanás te confunda!....

Las luces se iban acercando. Los concurrentes habían extrañado á Almaraz, y venían algunos á buscarle. María se hincó, abrazó las rodillas de su esposo y exclamó llena de afán:

—No me separo de tí: yo te amo: que vengan: yo gritaré que eres mi esposo, yo pediré tu perdón.... ¡Pero separarme!...

—Es preciso, dijo Almaraz agitado y poniéndose pálido y sudoroso; es preciso, no

hay otro remedio: encomiéndate á Dios... ¡salva tu alma!....

Y diciendo así arrastró á María hasta el borde del precipicio.

—¡Perdón! ¡perdón! exclamaba la joven, no me des la muerte, no me asesines!!!....

Pero su voz se apagó, y sólo se oyeron algunos ayes y el golpe del cuerpo que se despedazaba contra las peñas....

D. Jacinto, al precipitarla, hizo mal el empuje, y vaciló de uno á otro lado; pero no pudiendo mantener el equilibrio, cayó también agarrándose velozmente de una rama, de donde quedó colgado.... Pedía socorro con gritos horrendos; al mismo tiempo logró atrapar otra rama y poner los piés en la pared del precipicio; pero como estaba mojada y barrosa, resbalábansele en ella las plantas; Jacinto, sudando y esforzándose las volvía á colocar otra vez, y otra vez se le resbalaban. Un relámpago le alumbró por un momento: entonces se aumentó su terror: miró el precipicio profundo y lleno de rocas, y en el fondo el cuerpo despedazado de María. Entre tanto los hombres llegan: uno acerca la luz, otro le extiende una mano.... Almaraz deja ver en sus ojos el regocijo; su frente, ya cadavérica, se reanima; suelta una rama para dar su brazo, la otra se inclina, se troncha.... y sólo se oyó un gemido de muer-

te, el ruido de un cuerpo que caía de peña en peña, y el choque sordo de un cráneo que se estrellaba contra las rocas.

Noviembre 9 de 1837.

La Procesión.

(México.—1836.)

Don Juan no es don Juan.
ROJAS.—EL AMO CRIADO.

I.

UNA MADRE.

Veíanse los balcones de una de las calles de S. Francisco bellamente adornados y sosteniendo porción de gente que esperaba con ansia la procesión del Corpus que debía de pasar por allí muy presto. Las personas que ocupaban los altos, se colgaban llenas de afán para poder atisbar á los que por la calle pasaban apiñándose hacia la sombra que les proporcionaba la vela, que estaba tendida no ciertamente para su co-

modidad. En ambos costados de la calle permanecían en fila los pobres soldados que formaban las vallas, renegando del oficio, del hambre, del sol y del vestido nuevo que tan incómodos los tenían, y envidiando la fortuna de los paseadores que caminaban en medio, vueltas las caras hacia los balcones, como si una fuerza magnética las atrajese, ó como si un corbatín de hierro les impidiera mudar de posición. Entre los tales veíanse muchos asestando sus lentes á los balcones:—un astrónomo al verlos hubiera dicho que eran Herschels buscando con ansiedad nuevos planetas para indagar su curso, medir su magnitud y describir sus revoluciones. En ambas aceras las gentes, entre las oleadas y estrechones, buscaban lugar cómodo para gozar con holgura de la procesión.

El confuso rumor producido por la multitud de bocas que hablaban, y el sinnúmero de piés que se movían, unido al estruendo de los cañones que disparaban en Palacio y al sonido monótono de las campanas que repicaban en la Catedral, daban claros indicios de que no siempre el hombre gusta de la harmonía, y de que no todos los oídos se han hecho para gustar de la delicada melodía de los versos de Garcilazo y Jorge Manrique.

Viéranse en una de las aceras tres personas luchando con el torrente y abriéndose paso, pidiendo permiso á veces, á veces

usando de sus cuerpos mismos cuando la necesidad los obligaba á ello, que era casi siempre, pues no había mucha urbanidad de parte de los que habían encontrado lugar ó de los que lo buscaban todavía en dirección inversa de las tres personas que la atención nos han llamado.

Estas eran dos señoras vestidas con decencia, aunque pobremente, y un joven como de veintidós años, de bella y agradable fisonomía, algo cubierta con el embozo de una capa azul que envolvía su bien formado cuerpo. Dicho joven, que iba por delante de las señoras, parecía lleno de inquietud por llegar al paraje donde se encaminaba. Las señoras (y particularmente una de ellas, que llevaba en los brazos una niña, á la cual defendía de los empellones de los que encontraba, con el afán de una madre cariñosa) tiraban de la capa del joven y le decían que no se apresurara tanto; pero él hacía oídos de mercader y continuaba su camino sin curarse de los vituperios que le enviaban de paso, ya una mujer atropellada, ya un "lépero" á quien oprimía al pasar, ya un pisaverde á quien ladeaba los anteojos, pleonasmo de este siglo de ilustración. Más que hombre, parecía carro de vapor cuya máquina era irresistible y se abría paso derribando cuanto encontraba, dispuesta á romper el obstáculo ó á estrellarse ella misma.

Al fin todo el vapor se extinguió, y nues-

tro carro quedó plantado en medio de la acera como con firme resolución de no dar ni un sólo paso atrás ó adelante. La señora que cargaba á la niña, después de unos segundos, viendo que el joven no se movía, le impelió suavemente con una mano, luego con más fuerza, luego le dió dos palmadillas en el hombro; pero así cuidó el joven de estas amonestaciones como de las coplas de Calainos. Su mente parecía entregada enteramente á un sólo pensamiento, y este pensamiento no se dirigía indubitablemente á la procesión. Aquellos ojos ardientes enclavados en un lugar, aquella frente obscurecida por la tristeza y tal vez por el rencor, aquellos labios pálidos y temblorosos que parecían querer proferir una palabra, y sin embargo no podían, indicaban que una pasión horrible se abrigaba en el alma del infeliz.

—Julián, dijo la señora volviendo á dar una palmadilla en el hombro al joven; Julián, ¿duermes?

—Hum, respondió el joven entre dientes: articulación que no hubiera sido facil decidir si era un "sí" ó un "no."

—Pues anda, hijo mío, replicó la señora.

—¡Aquí! pronunció el joven con alguna más claridad.

—¿No ves que aquí nos va á destrozar la gente? Busquemos mejor lugar: anda.

—No hay otro mejor que éste, contestó

el joven. ¡No hay! continuó para sí, y sin embargo, más quisiera estar en un horno!

—¿No ves, Julián, que esta criatura me fatiga?

A esta observación, el joven se levantó sobre las puntas de los piés y tendió rápidamente la vista en torno de sí; después hizo un movimiento hacia un lado, y abriendo una brecha por entre la gente, se posesionó del umbral de una puerta, á donde le siguieron en el instante las señoras.

—¡Qué dichosa es vd., Doña Joaquina, en tener un sobrino ó una hijo, como vd. le llama, que le sirva en ocasiones como ésta; pero yo, pobre viuda, sin más amparo que mis propias manos, apenas tengo quien se acuerde de mí.

—Y sin embargo, replicó Doña Joaquina, no soy tan feliz como vd. me cree: mucho he padecido, mucho; y cada procesión es para mí un infierno.

—Tiene vd. razón, Doña Joaquina; estas procesiones ¿de qué sirven? ¿Pues no podemos adorar á Dios con más decencia en su templo? ¿Sabe vd. para quiénes son las procesiones? continuó acercándose más á su compañera: las procesiones son para los cocheros, los ricos, los "catrines," los empleados y otras malas gentes que por delicadeza no nombro. Pero para nosotras, pobres viudas de oficiales que han muerto en la campaña.... ¿A que no nos dan ni una mesada siquiera? Tiene vd., sí, tiene

vd. muchísima razón de aborrecer las procesiones.

Doña Joaquina no pudo menos de sonreírse al oír tan disparatada consecuencia; pero al instante volvió á entristecerse su fisonomía: señal evidente de que se agolpaban en su imaginación mil recuerdos amargos. Indicó á su compañera que se sentara en el umbral; y ella hizo lo mismo, colocando en medio á la niña, á quien no soltaba un brazo que la tenía cogido.

—Quiero ir con Julián, mamá, dijo la graciosa niña tratando de desaprisionar su brazo, y queriendo ir hacia donde estaba el joven, que se había desviado algo de las señoras.

—No, hija mía, aquí estás bien; que luego que venga la procesión te levantaré para que la veas.

—Pero si quiero estar con él.

—Pero si no te has de separar de mí.

—Déjela vd., se atravesó la otra señora, déjela vd. ir con D. Julianito, que está tan cerca de nosotras contemplando la cortina de aquel balcón.

—No, aquí está bien conmigo.

—¡Qué mala madre es vd.!

—¡Mala madre! exclamó Doña Joaquina escondiendo su rostro entre las manos; ¡mala madre!

—No se aflija vd., señora, que no lo dije por tanto, ni soy capaz de injuriar á nadie. Yo soy una pobre viuda, como vd., á

quien no pagan en la comisaría más de.... yo diré á vd.; porque treinta pesos que recibí.... ¿Cuándo recibí los treinta pesos?

Al hacer esta indiscreta pregunta observó que su compañera estaba bastantemente afligida, y como para consolarla continuó:

—Es verdad que el buey solo bien se lame, y al fin yo soy única, y como suele decirse, "china libre;" pero no se aflija vd., vecina, que Dios abre la mano para todos, y así es padre tierno, como juez rígido. Vd. tiene una hija como una amapola: crecerá y se casará con un gran señor, y en un quítame allá esas pajas se hace vd. de dinero, como quien dice, y no tendrá vd., cual yo, que ir á la comisaría para volver diciendo: "Fuíme á palacio, fuí bestia y vine asno." Pero ahora que me acuerdo: el otro día oí hablar de una historia muy triste de vd.: ¿por qué no me la ha confiado? somos bastante amigas.... Verdad es que como hace ocho dias que nos conocemos....

—Mi desgracia es bastante sencilla, Doña Manuela; indiferéme tal vez para otros, para mí terrible. Cada procesión, como he dicho á vd., es un infierno para mí, porque me recuerda mi infortunio. Dieciseis años ha que no veo una, y me había propuesto no presenciar otra en mi vida: las instancias de vd. y de mi hija me decidieron á venir: si no hubiera sido por esto, no vengo.

—¿Pero por qué es tanta antipatía?

—Porque una procesion me hizo infeliz, y otra procesión me hará más. Escuche vd.

Esto diciendo, se enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla, y luego prosiguió.

—Vivía yo muy contenta con mi querido esposo, que de paz goce, y de una niña, Dorotea, que el cielo nos había dado: apenas tenia tres años, y ya su hermosura y su talento llamaban la atención de cuantos la conocían; su donaire era extremado, su vivacidad sin límites; en fin, era tan amable y se atraía de tal manera la voluntad de todos, que un señor rico que la hubo conocido, decía que hubiera dado con gusto la mitad de su hacienda porque fuera suya mi Dorotea.—Parece que estoy mirando aquellos ojos negros y rasgados, aquella boca teñida de carmín, aquella seda de sus negros cabellos, aquellos piececillos que desaparecían dentro de mis manos.... ¡Oh hija de mi corazón! ¡oh amor mío, jamás te me despintarás de la memoria!....

Así diciendo, levantó un pañuelo para enjugarse las lágrimas, que ya corrían en abundancia por su entristecido rostro. La niña la miraba temblando y lloraba también. Doña Manuela olvidó por aquel instante su viudez, sus refranes y su comisaría, y ya sólo pensaba en consolar á su compañera y vecina de ocho días.

—¡Válgame Dios! exclamó; ¡pobre señora! Yo no creí que por una niña muerta,

porque supongo que habrá muerto, se llorara tanto.... Ya se ve, como yo no he tenido hijos.... Consuélese vd.... ¡Pobre señora! ¡Lo que es ser una madre!.... D. Julianito, venga vd. á ver á su señora tía ....quiero decir, á su señora madre....

Pero D. Julianito sólo tenía ojos para ver el balcón ya indicado, ó su cortina bordada de oro, y oídos para escuchar lo que se hablaba en un corrillo de petrimetres que estaba á su lado.

Afortunadamente su auxilio no era de necesidad, porque más eran los aspavientos de Doña Manuela que el accidente de Doña Joaquina; el cual sólo era el llanto tierno de una madre, y una madre no necesita auxilios ni testigos para llorar la pérdida de su hija.

Doña Joaquina abrazó á su niña, la besó, y prosiguió hablando de esta manera:

—El día de Corpus del año de 20 me propuse llevar á mi hija á la procesión: ¡ojalá nunca lo pensara! La vestí con un muy hermoso traje de seda morado; aunque era pequeña me gustaba "lucirla" ya; puse en sus cabellos un florón hermosísimo que yo propia había trabajado; y así, bien adornada, como si la fuera á poner en un nicho, la llevé á la calle de Tacuba para que viera la procesión. Como yo he sido siempre pobre, no tenía balcón donde llevarla, y en el umbral de una puerta, como ahora estamos nosotras, me puse á mostrarle la procesión. Ya

me cansaba de tenerla en los brazos, y la bajé al suelo: en esto empezó á llover; todos corrían, todos se atropellaban; los coches y los caballos por un lado, las gentes por otro; todos se encontraban, todos se empujaban, todos consideraban menos el daño que hacían á los otros por su propia comodidad. Mientras esto pasa, busco á mi hija para llevarla en mis brazos, para abrigarla en mi seno.... A todas partes vuelvo los ojos, en derredor de mí la busco, y no hallo nada; la llamo á gritos, y mi voz se pierde entre aquel horrible estruendo; quiero correr, y soy detenida por la muchedumbre que había por donde dirigía mis pasos. La desesperación me dió fuerzas y me abrí ancho camino por entre la turba; miraba todos los rostros, examinaba todos los niños.... y mi hija no parecía.... La calle fué quedando sola, desierta: sólo pasaba uno que otro coche, sólo pasaba una que otra gente; y sin embargo, yo permanecía allí, allí, recibiendo el agua que del cielo caía, caminando de una á otra parte de la calle, gritando!.... El bramido de las nubes era más poderoso que mi voz: á mí nadie me escuchaba. Voy perdiendo más y más la esperanza, más y más crecía la desesperación en mi alma.—Llamo á todas las puertas y pregunto por mi hija, y doy á todos sus señas: nadie la había visto, nadie! Y corro, y á todos los que encuentro les pregunto por ella: unos me di-

cen que no la han visto y se pasan; otros por no mojarse ni me atienden, y si me atienden no me responden.... ¡Qué almas! Dios quiera que jamás experimenten el dolor que yo! Sin embargo, hubo personas que se dolían de mí, que se mojaban por preguntar qué tenía, y veía yo que al saberlo mostraban afliccion; pero ninguno lloraba, ninguno más que yo. La gente se fué reuniendo más bien por curiosidad que por lástima. Y en efecto, ¿no era una diversión muy peregrina el espectáculo de una madre que ora se mesa desesperada los cabellos, ora se hinca á rogar á Dios, ora corre en todas direcciones, y se encara con todos, y á todos les pregunta por su hija, y les ruega que vayan á buscarla; y todo esto cuando un mar inmenso caía sobre nuestras cabezas? "¡La loca!" gritaban y corrían tras de mí, riendo unos de ver mi figura, apartándose otros como de una fiera.... Llegué á mi casa y conté á mi esposo nuestra desgracia: él salió al momento á buscar la prenda de nuestro corazón; los vecinos se reunieron, me cercaron y lloraban; pero yo no lloraba ya: estaba serena, me paseaba á veces, saludaba á todos, me sonreía con algunos: parece que me preparaba á un festín.... Mi esposo volvió de la calle: nada había encontrado; pero para colmo de su desgracia yo estaba ya con fiebre, fiebre que me hubiera llevado al sepulcro: ¡ojalá!.... Pero los cuidados de

mi esposo me salvaron. Nos esperaba aún la miseria; el hambre nos acosaba: mi esposo, después de padecer algunos años, murió hace poco, y un mes después dí á luz á esta niña. Julián, huérfano y sobrino nuestro, había estado en el colegio sostenido por nosotros: salió de él y se vino á vivir conmigo, y á trabajar para que yo comiera.... ¡Pobre Julián! ¡es tanto lo que trabaja y tan poco lo que gana!.... Pero él no se queja, todo lo sufre.... es un justo que nunca se ha apartado del difícil camino que Dios le trazó.

—¡Calle vd.! ¡calle vd.! exclamó Doña Manuela, ¿no ve vd. que nos ha hecho llorar á mí y á esta niña?....

En efecto, la niña al par de las señoras lloraba también sin saber por qué: prueba evidente de que el hombre nace con cierta propensión á hacer lo que hacen los demás, y á sentir como sienten los que le rodean, mayormente siendo personas á quienes ama.

Afortunadamente esta escena de dolor, que ya iba llamando la atención de los circunstantes, fué interrumpida por un movimiento general de la concurrencia que se agitaba demasiado, ya porque veía venir la procesión, ya por los culatazos que con poca cortesía repartían á diestra y siniestra los impacientes soldados.

La niña, llevada de la curiosidad, quiso levantarse; pero se encontró detenida por

el brazo de su mamá, que no la había soltado un sólo momento.

Entre tanto la procesión se acercaba pausadamente: cuatro sayones á caballo, ostentando orgullosamente sus sendas barbas postizas, venían por delante; seguíanlos diversas comunidades, cofradías y hermandades; un hombre cubierto de grasa y cargando un cajón, que decían llevaba cera; bandadas de colegiales vestidos con sus peregrinos trajes talares y sus tiras de paño sobre los hombros; bedeles con sus túnicas de terciopelo carmesí y sus enormes mazas en la mano; frailes de diversas religiones: cabizbajos unos, risueños otros, gravedosos los más; doctores vestidos de mogigangas, llevando en la mano un penacho de mula que llaman borla, y que por la multitud de colgajos, pudiera rivalizar con un chinesco; canónigos, magistrados, militares, etc., completaban aquella farsa, con la cual, y con un objeto divino, la humanidad profana á la divinidad.

Doña Joaquina levantó á su niña para que gozara de aquel espectáculo.

—Mira, le decía, diviértete á tu placer. ¿Estás contenta?

La criaturilla, empero, no respondía: sus ojos brillaban, tendía sus manecillas, se sonreía, y dirigía la palabra á los que pasaban enfrente de ella, como si todos fueran sus íntimos amigos; pero éstos, léjos de corresponder á aquellas inocentes demostraciones

de afecto, le lanzaban terribles miradas que hacían bajar momentáneamente los ojos de la niña, no logrando turbar, sin embargo, su placer.—¡Miserable vanidad humana! Ministros, grandes y poderosos señores, prelados, magistrados de todas clases, ricos y finchados personajes, como figurines de linterna mágica, estaban sirviendo de diversión y entretenimiento á una pobre niña cuya familia apenas tenía lo necesario para subsistir!....

La procesión terminó, la gente empezó á agitarse como las olas, los coches de los potentados pretendían correr, atropellando á los que encontraban, cuya culpa para recibir semejante desaguisado, era haber nacido hombres: es decir, no haber nacido con dinero, ó no haberlo adquirido á costa de la miseria de los demás; seguíanlos los alquilones tirados por mulas que apenas podían andar agobiadas bajo el poder del hambre y de los latigazos, pero cuyos cocheros no cesaban de acosar bamboleándose de uno á otro lado, echando una pierna atrás y otra adelante, lanzando de su púdica boca tremendas maldiciones, y azotando cruelmente por la cara á las desdichadas mulas, como si sus intenciones fueran las de que anduviesen para atrás.

Doña Joaquina pretendía irse; pero no encontraba á su sobrino y lo esperaba, más en vano: el joven no parecía.

—Vámonos, dijo Doña Manuela; no ten-

ga vd. cuidado por D. Julianito: habrá encontrado á algunos amigos suyos y se habrá ido con ellos, ó tal vez nos ha perdido y se fué enfadado de no encontrarnos.

—Tiene vd. razón, respondió Doña Joaquina: vámonos.

La tarde se pasó, la noche también, y Julián no volvía á su casa; la inquietud de su tía era extrema; maldecía su suerte y juraba no volver á las procesiones, fatales ya para ella: su dolor era terrible, las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas, en su cabeza se agitaban mil ideas opuestas, y se figuraba á su hijo adoptivo en mil situaciones diversas y á cual más horribles.

Dado habían las nueve de la mañana, cuando resolvió salir en busca de D. Julián; pero fué detenida por un hombre que la traía una carta: la abrió con ansiedad porque conoció al instante la letra, y recorrió con avidez las siguientes líneas:

"Madre mía: injustamente estoy encar-
"celado; nadie conoce mi corazón mejor
"que vd., y sabe que no soy digno de seme-
"jante tratamiento: que hagan los demás
"el juicio que quieran de mi conducta, poco
"me importa estando vd. satisfecha de mí.
"Para verme libre de los que me oprimen
"no confío en mi justicia, porque ésta vale
"poco en la tierra; pero la mano poderosa
"que nos dió el ser no olvidará jamás á la
"inocencia oprimida. Y en cuanto al hom-

"bre que quiere robarme el talismán que "me da la vida.... Vd. no puede compren- "derme, madre mía; pero he jurado ven- "ganza!....

II.

CONTINÚA LA PROCESIÓN

Nuestros lectores tendrán la bondad de retroceder con nosotros, y hacer cuenta que la procesión no ha pasado. Hemos visto á nuestro D. Julián escuchando atentamente la conversación que á su lado habían emprendido unos petimetres, y mirando con ansiedad al balcón que tenía á su frente, revestido con una cortina blanca bordada de oro y adornado con porción de bellísimos floreros y cuadros. Pero no era tanta la frivolidad del joven que parara dos minutos; la atención en aquellas exterioridades: una joven vestida de luto y un petimetre francés que la acompañaba, eran los objetos que atraían sus miradas.

—Conque por fin, dijo uno de los del corrillo que estaba junto á D. Julián, con que por fin se nos casa Isabelita con ese advenedizo de Le Braconier.

—Es una lástima, decía el otro: estos malditos franceses se han apoderado hasta de nuestras mujeres.

—¡Malditas sean ellas! ¿cómo tienen la

desvergüenza de entregar su corazón á un gabacho?

—¿Y eso qué tiene de extraordinario, amigo mío? dijo un tercer interlocutor, ¿pues qué, una mexicana comete un delito con casarse con un extranjero?

—No señor, replicó el primero; que al fin todos somos hombres, y ellos no son ni más ni menos que nosotros; pero debe vd. advertir que Le Braconier es un aventurero, que, como otros muchos que han venido del otro lado del mar y algunos que han nacido en nuestra malhadada república, á fuerza de picardías y sobre no muy sólidos cimientos, ha logrado elevarse.

—Siendo así, el padre de Isabel es un majadero y la tal Isabelita una....

—Poco á poco, interrumpió uno de los oyentes; por ahí se dice que Isabel se casa por condescendencia.

—Por condescender con los deseos de su padre, gritó otro; eso es claro: ella misma me lo dijo el día de San....

—¡Ella misma! exclamaron todos.

—Es decir, no precisamente ella; pero sí una amiga suya, que es lo propio. Isabel debía haberse casado ya, si no hubiera sido por su mamá, que se oponía á semejante enlace.

—¿Y por qué?

—Porque la buena señora tenía sus escrupulillos en si era ó no cristiano nuestro gabacho.

—¡Hombre!

—Por fin, la señora murió tres meses ha, Dios sabe cómo; hay quien asegure que un licor muy sutil y que va consumiendo pausadamente á la persona que llega á tomarlo....

—¡Qué horror! exclamaron todos estremeciéndose, ¡qué horror! eso no puede ser, esa es una calumnia!

—¡Ay amigos! cómo se conoce que son vds. mexicanos, ó salvajes, que es lo mismo. Si vds. no fueran brutos, es decir, si vds. hubieran nacido en Europa, principalmente en Francia ó Italia, oirían lo que les cuento ahora como quien oye decir que llueve en Agosto y hiela en Diciembre. En aquellos países civilizados se acostumbra derribar, sin consideración ninguna, el obstáculo que se presente en el camino de la fortuna; pero como nosotros somos salvajes, siempre buscamos el camino recto, y no usamos jamás del veneno, cosa tan necesaria á un francés, como la espada á un español de los siglos medios, ó como la reata á un campesino nuestro.

—¿Y D. Santiago ignora por supuesto la maldad de su futuro yerno?

—Es claro: el pobre de D. Santiago es un necio que se ha dejado aturdir por el gabacho, y que mientras ahora, entre otros magistrados sus compañeros, viene por ahí "luciendo" la persona en la procesión, deja á Isabel abadonada á la tonta de su tía, y al no tonto paisano de Robespierre.

Julián se acercó al que tales noticias estaba dando, le llamó aparte y le dijo:

—¿Es vd. hombre de honor?

—Eso no se le pregunta á un mexicano.

—¿Es vd. capaz de hacer un favor á un desgraciado?

—Según sea.

—Si no me engaño, continuó Julián estrechando la mano del individuo á quien hablaba, si no me engaño, vd. tiene amistad en la casa de D. Santiago Ursua: lléveme vd. á ella, y sacará mi alma del infierno en que se consume.

—Ni es ese el camino, ni vd. mi compadre: ni yo entro á la casa de D. Santiago, ni aun cuando entrara le llevaría á vd., ni aun cuando le llevara, sería vd. bien admitido, porque no pertenece vd. á la alta aristocracia, á juzgar por su vestido.

—Todos se burlan de mi dolor; pero yo me sabré vengar.

—Ni me burlo de su dolor, ni entiendo lo que me dice; pero para tener entrada en esa casa se necesitan muchos requisitos y mucho trabajo. Es necesario que empiece vd. por vestirse de "tono;" en dia festivo, como hoy, ha hecho vd. bien en ponerse capa, que es el "non plus ultra" de la "elegancia;" pero si ni aún siquiera se ha puesto vd. chinelas coloradas, ni se ha dejado vd. olvidada la corbata.... ¿á que no se le están cayendo á vd. los pantalones?....

—Quede vd. con Dios, amigo mío, dijo Julián con tristeza; envidio su buen humor, que forma una bella contraposición con mi negra melancolía.... ¿Sabe vd. por ventura si cuando vengo de capa es porque no tengo un miserable frac, una raída levita?.... Adiós, continuó con languidez.

—Adiós, dijo enternecido el joven, y prosiguió para sí: Este hombre es verdaderamente original; pero el caso es que me ha quitado toda la alegría que animaba mi corazón.

Entre tanto, D. Julián atravesaba la calle pensando en la imprudencia que había cometido.

—¡Qué pensará ese hombre de mí, decía en su interior, se figurará que soy un loco! ¿Y por qué? Porque he tenido la necedad de creer que todo hombre que veía yo era un amigo, un hermano á quien podía pedir auxilio en mi desgracia. ¡Oh! ¡qué terrible es un amor sin esperanza!.... Y los hombre que me vean se reirán de mí, y los que escuchen mis palabras me despreciarán como á un insensato; y todo esto porque mi alma es más susceptible de poderosas sensaciones que la de muchos que me rodean.

Así delirando logró abrirse paso por entre la gente, traspuso el zaguán de la casa de D. Santiago, subió la escalera, y sin escuchar los gritos del portero que le preguntaba repetidas veces el objeto de su visita,

entróse rápidamente en una sala magnífica, adornada con un candil de cristal que estaba colgado en la mitad de la sala, y una mesa redonda con un solo pie que remataba en tres: veíanse también un eterno clave de cola, rinconeras magníficas con floreros ó estátuas de porcelana, un reloj de mesa que representaba la catedral de "Nuestra Señora de París;" un estrado hermosísimo compuesto de sillas y sofás, forrados de telas de cerda y seda, entre los cuales sobresalían dos anchas y mullidas otomanas y dos sillas de "balancín" en ambos costados de la sala, donde se mecían, una enfrente de la otra, dos damas vestidas de hombre, ó más claro, dos petimetres: leyendo el uno la "Gimnástica del bello sexo," y talareando el otro con voz melosa y apagada la aria de "Casta diva," del "malogrado maestro Bellini."

Cortinas amarillas y rojas cubrían los balcones y la puerta que daba á la antesala, que unidas á los cristales morados que adornaban los bastidores de otras puertas-vidrieras, dejaban estrecho paso á la luz del sol, cuyos rayos entraban á la sala modificados por tres colores diversos, y que dando un aspecto lúgubre á aquella mansión de la riqueza, publicaban que á los opulentos ofende la luz del astro del día, y que gustan de vivir como los murciélagos y las lechuzas.

Una preciosa alfombra cubría el pavimento, y las paredes color de rosa estaban

adornadas con varios cuadros que representaban diversas batallas ganadas por los franceses, y ni una que hubieran perdido: en todos los cuadros estaba repetida hasta el fastidio una figura redonda y "chaparra," con levitón blanco y sombrero de tres vientos, de aire fanfarrón y con pretensiones de fantástico: ya se deja entender que este hombre era el italiano Napoleón. No había papirote dado por los franceses que no estuviera pintado allí; pero no lo estaban las muchas batallas en que han corrido vilmente; no lo estaban tampoco los hechos escandalosos y sin ejemplo que han hecho temblar de indignación al mundo, y que para perpetuo monumento de la degradación humana, nos los presenta la historia de su sangrienta revolución y la de sus efímeras conquistas.

Observábase con sentimiento que aquel italiano, opresor y asesino de la humanidad, aparecía retratado en todas partes, hasta en los floreros y sofás, y reproducido en algunas de las estátuas de porcelana. No se veía un sólo retrato de un artista, ni tampoco pintada una de las grandes hazañas de los padres de la libertad: verdad es que el lugar donde un conquistador estaba en primer término, era indigno de contener á Guatimoctzin, Avila, Padilla, Guillermo Tell, etc.

Mas ¿qué mucho que en aquella sala se vieran tales figuras, cuando semejantes ma-

marrachos franceses habían sustituido á hermosas copias de Murillo y de Velázquez, y á bellos originales de los mexicanos Cabrera y Juárez? Esto no es de extrañarse cuando el público se encanta viendo jugar al trompo al insulso "Pilluelo de París," y se siente acometido de calentura catarral al ver salir al rey D. Pedro en el "Rico—hombre de Alcalá," y á Pedro Crespo en el "Alcalde de Zalamea."

La casa de D. Santiago estuvo en otro tiempo amueblada de otra manera, si no con tantos relumbrones, á lo menos con gracia y comodidad; pero bajo la influencia del francés Le Braconier, la habían transformado según la descripción que hemos pretendido hacer. Así es como por frívolas baratijas entregamos nuestro oro á los franceses para que ellos á voz en grito nos llamen bárbaros y ladrones, sin distinguir sexo ni condición, y hemos logrado de este modo hacer por fin el papel del necio en el apólogo del "cuervo y el zorro."

Temblaba el joven de piés á cabeza al encontrarse delante de la numerosa reunión que ocupaba el estrado de la sala; y mucho más le abandonaron sus fuerzas cuando una voz ronca y desabrida le gritó:

—Mande vd.

—Deseaba ver al Sr. D. Santiago....(y después de recorrer con timidez la sala, continuó á media voz) Ursua.

—¿D. Santiago qué? preguntó la misma

voz; si es mi hermano Santiago, no está en casa.

Y el joven respiró lleno de confianza:

—Precisamente al señor su hermano de vd. busco, á D. Santiago de Ursua.

—Pues no está en casa.

—Si vd. tuviera la bondad de permitirme que le esperara....

—Espérele vd. en hora buena.

Y no volvió á parar la atención en el pobre joven, que en vano esperó gran tiempo á que alguno le ofreciera que se sentase. Su timidez se fué convirtiendo en ira, al ver que se le trataba con tanto desprecio, y murmurando entre dientes algunas palabras de descontento, se adelantó marcialmente y se asentó junto á la puerta de uno de los balcones, quedando medio cubierto con la cortina. Su intención parecía la de escuchar lo que hablaban los que estaban hacia la parte de afuera, recargados en la baranda; pero su afán fué inútil, porque nada se les percibía.

La procesión empezó á pasar, y toda la gente se agolpó á los balcones.

—Ahí va el canónigo Fulano, decían unos.

—Mire vd. al ministro Zutano, decían otros.

—¡Qué bien le sienta el vestido de regidor á Chito! exclamó una niña, poniéndose encendida.

—¡Qué serio va Fr. Sebastián de las Cinco Llagas! decía una vieja.

—¿Y qué me dicen vds. del Sr. Dr. D. Tadeo Antaño?

—¿Adónde va?

—Allí.

—No lo veo.

—Por entre aquel pelotón de gente.

—A ver el anteojo: sí, ya lo descubro.... ¡Oh!....

—Aquí viene D. Santiago: ya nos está mirando....

—Ya se ríe.

—Ya le habla al que está á su lado.... ¿Quién es?

—Don.... mire vd.... don.... se llama.... yo le conozco mucho.

—Ya se rascó la cabeza.

—Y se limpia el sudor. ¡Pobrecito!

—Adiós, excelentísimo señor.

—Adiós, señor doctor.

—Adiós, señor licenciado.

—Adiós, señor secretario.

—Adiós, señor general.

Y los adioses se prolongaban. Los saludos eran á media voz y no podían llegar á oídos de las personas saludadas; pero las manos, los pañuelos y las sonrisas estaban en continuo ejercicio, porque cada uno quería dar á entender que tenía amistades entre la aristocracia de nuestra democrática república. Después de la procesión se siguieron los comentarios sobre los oficiales

que conducían á la tropa y sobre la tropa misma, y concluyó el drama por saludar á diestra y á siniestra á los que venían en los coches, exceptuando por supuesto á los de "providencia" ó sean simones, porque á éstos como andan despacio, nadie los ve.

Algunas visitas se fueron, despidiéndose cada cual por espacio de un cuarto de hora en la puerta de la escalera: hubo muchos abrazos y gritería; al fin todo se calmó y los que quedaron en la sala se fueron aproximando á la pieza siguiente, donde un magnífico refresco los esperaba.

D. Julián quedó solo: nadie hizo alto en él, porque los pobres andan envueltos siempre en una espesa nube que los oculta á todas las miradas; y además, pocas veces los grandes se acuerdan de ellos aun cuando los lleguen á descubrir con un lente mágico ó con un microscopio.

Pasado habían dos horas por lo bajo, cuando se abrió una vidriera y se dejó ver una joven de regular estatura, de proporciones delgadas, pero esbeltas y hermosas; rostro algo moreno, melancólico é ideal; ojos grandes y negros que continuamente se dirigían al cielo como buscando la divinidad; cabellera, negra también, atada con gracia y sin afectación: en fin, todo en ella indicaba que era hija del ardiente suelo de México. El vestido negro que cubría á la joven la daba aún mayor interés, que se aumentaba con su aire de dulce melanco-

lía, capaz de entusiasmar el corazón más empedernido y frío.

Se adelantaba la joven Isabel al piano con intención de tocar, pero se sorprendió al ver á un hombre delante de sí; quiso retroceder, y se encontró detenida por D. Julián, que le habló luego de esta manera.

—Me he expuesto al ridículo por ver á vd., y es preciso que me escuche. Un año ha que la sigo á todas partes: un año que me ha parecido un siglo. ¿Por qué me hizo Dios tan infeliz? Vd. me ha visto repetidas veces, vd. ha notado que la miraba, y quizá se reía de mí y me despreciaba. Yo en tanto padecía en silencio porque no tengo riquezas; pero estoy desesperado, y quiero que vd. sepa que la amo, que la adoro, que vive vd. eternamente en mi corazón y en mi fantasía. He pasado los tormentos del infierno mirando al balcón donde vd. estaba con otro.... ¡Y no poderme acercar, y no poder hablar á vd. y sentir que la sangre me ahogaba!.... Tenga vd. compasión de mí: dígame vd. que perdona mi atrevimiento, que no me desprecia, y me iré á.... morir!

La joven temblaba: dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y bajó los ojos.

—Ese silencio, ese rubor, ese llanto me dan la vida, exclamó el joven entusiasmado; ya nada temo en el mundo. Vd. me ama, ¡oh, sí! así me lo figuraba en mis dulces momentos de ilusiones; y no podía ser

de otra manera: cuando un corazón como el mío ama tan frenéticamente, ¿cómo no había de hallar correspondencia en el corazón de la que adora? La Providencia es justa, y siempre da premio á los desgraciados: yo lo he conseguido ya en esas lágrimas que vd. derrama: no quiero más, no deseo más: ya en mi alma no cabe el regocijo.... ¡Oh! no trocara este dulce momento por un siglo no interrumpido de placeres!....

La joven había enmudecido; hacía tiempo que amaba á D. Julián, sin saber quién fuese, y en su interior se daba el parabién de tenerlo delante y oír de su boca una declaración de amor. Isabel no era de estas mujeres que tienen también su táctica para amar, y que sin sentir ni afición al hombre que les declara su amor, esperan el tener ataque por escrito ó de palabra para dar un "sí" afectado, ó un "yo amo á vd." lánguido y frío, capaz de helar una ascua de hierro.

Julián estrechaba una mano de Isabel y la sentía temblar; se postró á sus piés y besaba continuamente la mano que se le abandonaba; el llanto asomó también á sus ojos: quería hablar, y la respiración le faltaba. Así permanecieron algunos momentos: el joven inclinó la cabeza y cerró los ojos: el placer le agobiaba y pretendía disminuirlo no viendo al objeto de su adoración.

¿Qué le importan al hombre desgracia-

do é infeliz sus padecimientos, si un momento de verdadero regocijo se los recompensa? Injusto es el que se queja de la Providencia: cuando el Señor extiende su mano, el corazón del hombre no tiene las fuerzas suficientes para soportar el premio.

Nuestros dos amantes oyeron ruido como si gente se acerca.

—Alguien viene, exclamó levantándose D. Julián; no hay que perder un momento: que oiga de tu boca que me amas, y estoy pronto á arrostrarlo todo.

Isabel se sonrió, puso ambas manos en su corazón como diciendo: "Aquí has vivido siempre," y se disponía á ausentarse; pero á este tiempo se abrió la vidriera, y apareció un hombre como de treinta años, de bien formada figura, de rostro blanco y ceño de traidor, ojos azules y pequeños. Su vestido era rico y bien entallado.

—¡Oh! fort bien, mademuacela, dijo al entrar: yo no esperaba pas semejante espectáculo en esta camarra: vd. está bien, fuertemente bien con este caballerro.

Julián hizo una seña expresiva á Isabel para que se retirara: la joven obedeció á su pesar. Julián se acercó al francés, y le dijo al oído:

—Me ama, y estoy pronto á perder la vida por ella. ¿Tiene vd. armas? ahora mismo podemos salir de aquí sin que nadie lo note.

—¡Oh! no siñor, yo no salgo pas desta

meson; vd. tiene carra de bandito, é yo soy un francés honrado y protegido por mi nación, que es poderosa y grande....

—Dejémonos de charlatanerías; ó abandona vd. á Isabel, ó me mata vd. antes de conseguirla.

—¡Oh! yo non quiero matar nadie.

—Pues yo le mataré á vd.

—Yo no sé pas lo que vd. dice: muá yo horá arrepentir vd.

Y al decir estas cuantas palabras, echando espuma por la boca, arrebató una silla con intención de darle á Julián; pero éste con extraordinaria viveza arrebatósela, tiróla lejos de sí, y con ambas manos oprimía el cuello de Le Braconier.

A los ahogados gritos de éste, y al ruido que habían hecho con la silla, se agolpó toda la gente de la casa, y, para mayor desgracia de Julián, llegó D. Santiago Ursua, quien sin más información que saber había insultado aquel hombre á su futro yerno, le mandó al momento á la cárcel.

III.

UNA ESCENA EN LA PRISIÓN.

Entregado á profundas meditaciones estaba D. Julián, cuando se abrió la puerta de su prisión y se presentó Doña Joaquina.

—¡Ah, madre mía! exclamó Julián al descubrirla, ¿conque tengo la dicha de ver-

la á vd., de estrecharla en mis brazos? Al fin se me concede este consuelo: no son tan crueles mis enemigos como yo creía.

—Julián, querido Julián, dime qué has hecho: ¿por qué estás aquí? ¿cuál es la causa? Yo no pensé jamás que me dieras semejante disgusto.

—Todo mi delito es amarla, amarla con pasión.

—¿A quién?

—Y como soy un infeliz, prosiguió D. Julián con aparente calma, se me trata de esta manera; pero han olvidado al escarabajo de la fábula: yo me sabré vengar....

—¿Qué estás diciendo, hijo mío?

—¡Madre!.... ella me ama, y quiere vd. que la deje en manos de otro!.... Cuando tan inícuamente me trajeron á esta prisión, nadie tomó mi defensa, nadie se interesó en mi suerte, sólo ella!.... Yo escuché aquel grito penetrante que lanzó, yo la ví caer desmayada.... ¡Ah! ¡qué dulce es el ver que la mujer á quien uno ama toma interés en nuestra desgracia....

—¿Pero quién es ella, hijo mío? Habla: sácame de esta duda que me atormenta.

—Es una mujer á quien un año ha que adoro y que sigo á todas partes: su padre, D. Santiago Ursua, es rico, poderoso....

—¡Dios mío!

—Su padre es quien me ha puesto en esta prisión, porque amo á su hija, porque

desafié al cobarde francés mi rival... ¡Ah! madre mía, ¡qué desgraciado soy!.... Pero al fin he de salir de esta cárcel donde se me ha encerrado como á un criminal, al fin me veré libre como el león, y entonces....

—¿Qué estás pensando, hijo mío? interrumpió Doña Joaquina, ¿qué delirios son estos? ¿Quieres exponer tu vida y dejarme á mí y á mi pobre hija en la indigencia?... He perdido á mi Dorotea, ¿y quiéres que te pierda á tí?....

—¡Oh! ¡maldita sea la miseria! exclamó D. Julián; no poder el hombre infeliz ni siquiera disponer de su vida!.... ¡Y tener que contemplar á Isabel en los brazos de mi rival!.... ¡y no poder desplegar los labios!.... ¡Oh! no.... Dios mío, alumbra mi mente y dá fuerza á mi corazón....

Así diciendo cruzó los brazos y bajó la cabeza como resuelto á sufrir el peso de su desgracia. Doña Joaquina lo hizo sentar y se sentó ella también; le abrazó, y le habló en estos términos:

—Una alma como la tuya, Julián, cuando llega una vez á amar, ama con ardor, con frenesí; pero también una alma como la tuya, tiene bastante generosidad y fortaleza para desechar un amor sin esperanza. Saldremos de México, hijo mío; los pobres están bien en cualquiera parte, porque en todas partes padecen, y porque con el sudor de su rostro en cualquier lugar ha-

llan su sustento; la ausencia y el tiempo borrarán de tu corazón la imagen de la que amas, y acaso lucirá el día de nuestra dicha: ¿qué, siempre hemos de ser desgraciados? Sólo el criminal no tiene esperanza de consuelo, porque su mal va eternamente encadenado á su conciencia. Háblame, Julián: ¿no me respondes?....

El joven parecía revolver en su imaginación mil proyectos atrevidos: unas veces daba á su fisonomía un aspecto risueño, otras arrugaba las cejas y tomaba un aire sombrío, á veces se ponía pálido como un cadáver.

—¿En qué piensas hijo mío? le preguntaba Doña Joaquina, ¿qué ideas se agitan en tu cabeza? me haces temblar: vuelve en tí y arranca de mi corazón esta espina que me da la muerte.

Julián nada respondía, nada escuchaba: la meditación absorbía todos sus sentidos; al fin se levantó diciendo:

—Estoy resuelto: ya la esperanza desvaneció las nubes de mi mente: madre mía, ya estoy tranquilo y pronto á seguir á vd. Vamos.

Y hablando así se dirigió á la puerta con pasos apresurados; pero se detuvo repentinamente dándose una palmada.

—¡Maldita sea mi suerte!.... estoy preso.... ¡Quién se acordaba!.... ¿Pero he de estar aquí eternamente?.... No, y mi esperanza se cumplirá alguna vez.... Fe-

ro ¿y mi madre?.... la miseria.... ¡Oh! esto es mucho sufrir: ya mi corazón no puede soportar tantos pesares....

Quedó inmóvil fijando los ojos en tierra, y calló: sus manos desgarraban el vestido que cubría su seno, y feroz sonrisa agitaba sus labios. La señora lloraba, y el aire era demasiado sutil para que bastara á su respiración. Al cabo rompió el silencio, y habló de esta manera á su hijo:

—Julián, no desesperes; volaré á hincarme á los piés del que te ha aprisionado: no será tan cruel, ni la justicia de México tan bárbara que no te me devuelvan al instante; pero prométeme olvidar á la que amas....

—¡Olvidarla! ¿Y vd. cree que yo pudiera olvidarla?.... Pero estoy resuelto á alejarme de ella: mi pobreza lo requiere así....

Comenzó á pasearse con grande agitación y apresuradamente por la estancia que le servía de cárcel, y luego se acercó á Doña Joaquina.

—Madre mía, la dijo con cierto aire de reserva, es preciso que vd. me escuche, es preciso que vd. tenga conocimiento del proyecto que he formado en mi imaginación. Voy á hacer el último esfuerzo, voy á trabajar sin descansar un sólo instante para adquirir la hacienda necesaria para la subsistencia de vd.; y cuando ya vd. no necesite de mí, cuando todo lo deje arreglado pa-

ra mi largo viaje, me entregaré á mi destino, y beberé la sangre de ese francés, ó él beberá la mía....

—¡Calla, Julián! ¡calla! ¿Qué proyectos abrigas en tu corazón?

—Estoy resuelto; no quiero que vd. le pida favor ninguno á D. Santiago, porque sería una infamia pagarle con la sangre de su yerno á quien ama tanto.

—Tú pierdes la razón, Julián: desecha esas ideas. Voy á hacer lo posible por salvarte: mi corazón me dice que lo conseguiré, pero no me pagues con un disgusto: ¿me lo prometes?

—No; nunca prometo lo que no he de poder cumplir.

—Pues entonces haz de cuenta que no tienes madre, contestó Doña Joaquina enjugándose las lágrimas; moriré de una pesadumbre, y tú me asesinarás. ¡Adiós! ya no tengo hijo, ya no tienes madre....

—Cuando salga yo de esta prisión nos volveremos á ver, madre mía.

—Somos solas en el mundo yo y mi hija, y dos mujeres en cualquiera parte se ocultan.

—¡Qué oigo! ¡vd me abandona!

—Para siempre.

—¡Oh! no: la seguiré á vd. hasta el fin del mundo.

—No será facil que me encuentres.

—¿Y tendrá vd. tanta crueldad?

—La misma que tienes tú.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! esto es mucho padecer!

—Resuélvete, dijo Doña Joaquina saliendo de la prisión.

—No puedo.

—Pues adiós.

—¿Se va vd.? exclamó Julián lleno de inquietud.

—¡Adiós! fué la única respuesta de Doña Joaquina, y salió precipitadamente.

Julián no pudo resistir: vaciló un instante, tembló, se cubrió el rostro, y al fin se lanzó rápidamente á la puerta gritando con voz apagada:

—Estoy pronto, madre mía: renuncio para siempre á Isabel, renuncio para siempre la venganza!

Doña Joaquina volvió corriendo y le recibió en sus brazos: Julián no pudo sostenerse, las fuerzas le faltaron, y sin aliento cayó de rodillas en el suelo.

IV.

EL PERDÓN Y EL AGRAVIO.

Sentada estaba Isabel en una silla junto al balcón, ocupada en bordar, cuando llamaron á la puerta-vidriera del corredor.

—¡Adentro! gritó con dulce voz; y apareció en el instante una señora como de

cuarenta años: en su rostro, que demostraba haber sido hermoso en la juventud, se veía retratada la desgracia; el vestido que la cubría era un túnico, aunque de género tosco, bastante limpio, y un "rebozo" de algodón y seda.

—Pase vd. á sentarse, señora, díjola Isabel.

—Muchas gracias, señorita, contestó la recién venida; aceptando la oferta. ¿El Sr. D. Santiago está en casa?

—Sí señora, ahí está, voy á avisarle; ¿el nombre de vd.?

—No me conoce, señorita, y así es en vano decirle mi nombre; pero luego dará en el objeto de mi visita cuando sepa que soy la madre de Julián, á quien puso ayer en una prisión.

—¡De Julián! exclamó Isabel soltando la aguja de las manos: ¡de Julián! repitió á poco después ya bañado su rostro en llanto.

—Parece que toma vd. mucha parte en la suerte de mi hijo. ¿Sería vd por ventura?....

—¡La misma! interrumpió Isabel rápidamente y sin saber lo que decía; y poco después: Vd. perdone.... no sé lo que me digo.... ¡Ah, Dios mío!.... Voy á avisar á papá....

—Ya veo que tengo delante, se atravesó Doña Joaquina, á la señorita que mi hijo tuvo la imprudencia de amar, sin poner en consideración que vd. es rica y él un infeliz;

pero no volverá á molestar á vd., me lo ha prometido así.

—¡Lo ha prometido! ¿Está vd. cierta de que lo ha prometido?

—Sí, no volverá á verla á vd. nunca, ni á turbar su tranquilidad.

—¡Nunca!.... ¡Mi tranquilidad!.... murmuró Isabel entre sollozos, y se dirigió maquinalmente al gabinete de su padre.

A poco rato salió, introdujo á Doña Joaquina, y se sentó á bordar, ó más bien á hacer que bordaba, porque su distracción era extremada para que pudiese parar su imaginación en el bastidor.

Pasádose había como una media hora, cuando oyó la voz de su padre que decía:

—Vaya vd., señora, y no me replique.

—Pero, señor, suplico á vd. que nos deje ir en paz, Julián no volverá á darle á vd. ningún disgusto.

—Dígole á vd. que lo quiero ver aquí, que quiero reñirle como merece, que quiero decirle yo mismo que á no ser por las lágrimas de vd., que me parece una honrada señora, no le tengo en la cárcel un siglo, y que le doy la libertad con la condición de que se ha de corregir, porque si no.... Bonito soy para semejantes travesuras.

—Muy bien, señor D. Santiago, todo eso le diré.

—Yo mismo quiero decírselo: ¿me entiende vd.? Dentro de una hora ya está vd. de vuelta con su sobrino.

Y diciendo y haciendo empujó á Doña Joaquina y cerró la puerta de su gabinete.

La pobre señora inclinó la cabeza y se resolvió á hacer lo que D. Santiago le mandaba. Había obtenido el perdón de su hijo adoptivo, y sin embargo, todavía le esperaban muchas desgracias. Era una imprudencia llevar á D. Julián á aquella casa, pero D. Santiago era tonto, y los tontos siempre siguen el camino contrario á la razón.

Fuése Doña Joaquina y volvió dos horas después con D. Julián; pero deseando que no viese á Isabel, le dijo que se esperara en el corredor mientras ella iba á buscar á D. Santiago. Entró á la sala, no vió á nadie, y esperó gran tiempo á que alguno de la casa apareciera y avisase su llegada á Ursua.

Entre tanto Isabel, que sabía que su amante había de ir á su casa, le esperaba ansiosa en otra pieza: Julián la vió, y voló al instante á donde estaba.

—Segunda vez me miras en tu presencia, Isabel, por última quizá; es preciso que te abandone; el destino lo quiere así.

Ambos amantes bajaron los ojos; ambos lloraban: Julián continuó un momento después de esta manera:

—Tú eres la única mujer que he amado, la única que podré amar en mi vida.... Me espera una vida de tormentos, ó más bien, me espera una muerte desesperada...

una muerte entre maldiciones y blasfemias.... una eternidad digna del fin que me cupo en suerte. ¿Pero sabes tú lo que es amor, Isabel? ¿Sabes que el amor es una serpiente que roe sin cesar el corazón del hombre apasionado?.... ¿Sabes que la pasión es una mano de hierro que aprieta nuestro corazón?.... He tenido un sólo instante de placer: cuando tus acciones me indicaron que me amabas.... ¿Y de qué me sirvió este instante? de hacer más crueles los pesares que habían de apiñarse después en mi alma.

—¿Y no hay remedio á nuestros males? exclamó Isabel.

—Le habría, contestó Julián; si tú quisieras reducirte á mi pobreza.

—Estoy pronta.

—Si tú quisieras seguirme, huir....

—¡Jamás!

—Hablas como discreta: he aquí la respuesta que yo esperaba: "¡jamás!" Así son todas las mujeres: creen hacer mucho con decirnos que nos aman, con decir un "sí," tal vez sacrílego, delante de los altares, con dirigirnos una falsa y aleve sonrisa en premio del trono que les erigimos en nuestro corazón; y piensan con esto hacer un grande esfuerzo, y piensan que nos hicieron un gran favor porque su tocador les dice que son hermosas, porque sus oídos les dicen que tienen una voz de ángel.... ¿Y qué valen todos los sacrificios hechos por ellas?

Un trozo de pan que arrebatamos de la boca á nuestra madre para ofrecerlo á la que adoramos, el sudor de nuestra frente, la tranquilidad de toda nuestra vida, la humillación en tolerar á hombres á quienes daríamos con la punta del pie si no tuviéramos necesidad de ellos para que no perezca de hambre la que hemos elegido para esposa, la palabra solemne dada á una madre de no volver á buscar á la que amamos, pabra que quebrantada deshonra..... el agravio que hacemos al que nos ha perdonado.... ¡Todo esto, nada vale!.... y se miran estos sacrificios como una cosa despreciable, como un vaso de barro ofrecido á un rey....

—¡Oh Julián, Julián! exclamó la joven, ¡qué placer tan inícuo es el de despedazar el corazón de una infeliz! ¿Y me quieres confundir con las demás mujeres? ¿Y piensas que mi corazón es frívolo y no conoce el verdadero amor? En tu delirio olvidas que el honor es el norte de una mujer: yo, aunque joven, conozco mis deberes, y sé que la más ligera mancha ofusca el brillo del alma más pura: el mundo sólo ve lo exterior, nunca penetra los corazones.

—¡El mundo! ¿y qué nos importa el mundo? Si estoy satisfecho de tí, si tú lo estás de mí, ¿qué importan los demás hombres? ¿Habrémos, por ventura, de pensar un solo momento en el "¿qué dirán?" del mundo, cuando él huella á la virtud y en-

salza al vicio; cuando se ríe menospreciando al hombre pundonoroso, y halaga y reverencía al audaz, al vil, al insolente?.... ¡Qué moral tan pura la de ese mundo, que se burlaría de tí si te viera abandonar tu casa por acompañar en el silencio de la noche á un infeliz como yo, y entregarle tu mano ante un sacerdote del Señor! ¡qué moral tan pura la suya, que te cortejaría y elogiaría tu belleza y tu fortuna, y te obsequiaría sin cesar, y se honraría de hablarte si entregaras tu amor á ese aventurero sin deudos ni amigos de honor, sin moral y sin Dios, sin más recomendación que ser del país más corrompido y denigrado del mundo, y sin más hazaña de valía que haber quizá dado la muerte á tu misma madre!....

—¡Calla!.... ¡Dios mío!.... todos lo saben, todos me lo dicen, y nadie se atreve á manifestarlo á mi padre.... ¡Oh! no, ¡jamás!.... Nunca entregaré mi mano á ese francés: lo juro delante de tí: pongo por testigo á mi madre. pongo por testigo al Dios que me crió....

—Y si tu padre te fuerza á ello....

—Sabré morir.

—¿Y la venganza?

—Dios es mi vengador

—Sabrá vengarte: en él confían todos los desgraciados: y sólo pueden olvidarle los que se anegan en los placeres y en la depravación.... ¿Pero nosotros seremos tran-

quilos espectadores de las infamias de un malvado?.... ¿No tenemos un brazo, no tenemos una espada?....

—¿Qué estoy mirando en tu frente, Julián? ¿qué ideas se revuelven en tu imaginación?....

—Ya es tiempo de decirlo: apenas pusieron los piés en nuestra patria esos hijos del infierno, apenas se apoderaron de cuanto nos pertenecía, queriéndonos arrebatar hasta el idioma de nuestros padres, cuando nos insultaron y se rieron de nuestra imbecilidad, cuando nos trataron como á unos salvajes porque vieron en nuestro corazones arder un altar á Dios y otro al honor; y porque no habíamos nacido en Francia, ya nos creyeron menos que hombres. Pues bien, ya que es preciso tolerarlos, ya que no podemos escupirles el rostro y lanzarlos con el pie á un cenegal, venguemos el agravio que nos hagan, bebamos la sangre que nos ultraja.... Dí á mi madre palabra de no vengarme; pero no la dí de no vengarte á tí, no la dí de no arrancar un mónstruo á la tierra, de no servir de instrumento á la justicia del cielo.

—Nada quiero, Julián: no quiero venganza, no quiero que manches tus manos con la sangre de un hombre.... ¿me lo prometes? Exijo de tí una promesa solemne.

—¿Y con qué derecho exiges de mí semejante promesa? ¿Quién eres tú?—Una mujer desconocida, una mujer que encontré

en el camino de mi existencia, y que me abandona al dolor y á la desesperación por no perder sus riquezas y la miserable estimación del mundo. Tú no tienes derecho sobre mí, como sobre tí no lo tengo yo tampoco.... Y basta de una conversación inútil.—Adiós.

—¡Oh! no te irás de aquí, no te separarás de mi lado, es imposible que abandones á la mujer que te ama.

—Si me amas, esta noche vengo por tí.

—¿Y mi padre?

—Tu padre nos perdonará, y si no, inclinemos la cabeza... Dios será nuestro único padre. ¿Qué dices?

Julián esperó algún tiempo la respuesta de Isabel; pero ella estaba inmóvil y muda. Entonces el joven yéndose la dijo:

—¿Nada respondes? Adiós.

—A las nueve y media en punto, dijo Isabel cayendo desfallecida en una silla.

V.

UN SALVAJE Y UN HIJO DE FRANCIA

Si un grave cuidado arrolla enteramente nuestras facultades intelectuales y nos hace olvidar hasta de que existimos, si diversas impresiones poderosas se agolpan en la mente del hombre, ¿qué extraño es que,

extraviados sus sentidos, no tenga la suficiente fuerza para contrastar el ímpetu de las pasiones que se reproducen en su corazón? Hay sin embargo quien crea que el hombre se vence cuando quiere y como quiere, y sin dificultad ninguna; pero los que dicen esto, ó no han sentido jamás fuertes y vigorosas pasiones, ó sus almas son de un temple superior, y por consiguiente dignas de gran sublimación y loa.

D. Julián no era de estos últimos, y ofuscada su razón con las diferentes sensaciones que había recibido y con la pasión que agitaba su alma, salió de su natural apatía, olvidó las profundas meditaciones que le consumían, y ya sólo sus ideas se dirigían á obrar, y como obraba maquinalmente, su actividad no conocía límites ni consideraciones.

Olvidó que su tía quedaba en la casa de D. Santiago, olvidó que el paso que acababa de dar le iba á conducir tal vez á su total ruina, y que, al caer, despeñaba también á todo lo que amaba en el mundo; y por último, olvidó que por más que sus proyectos tuvieran un feliz resultado, la miseria le tendía ya sus manos descarnadas.

¿Pero qué reflexiones puede hacer el hombre arrastrado de una pasión? D. Julián sólo pensaba en vengar á su amante, y así es que bajó la escalera de la casa de D. Santiago como si una mano irresistible lo condujera.

—Me ama, decía para sí, me lo ha dicho, me ha dado una prueba inequívoca, la mayor que puede dar una mujer de honor: ¿y quedará sin venganza la sombra de la mujer que el ser la dió? Al ofrecerla la mano de esposa, la he ofrecido en ella un alimento que la dé vida, un escudo que la defienda, una espada que la vengue: mi obligación es hacer ahora mismo lo que ella hiciera si fuera hombre: derramar la sangre del perverso que la ha injuriado.... ¿Y si perezco en la lucha?.... ¿qué me importa? cesaré de padecer; que si el hombre no tiene derecho para quitarse la vida, lo tiene para esponerla cuando el honor lo exija, y si la pierde, gana mucho: gana más que si hubiera triunfado.

Discurriendo así nuestro joven, traspuso á toda prisa varias calles, llegó á una casa, atravesó el zaguán y el patio, y subiendo ligeramente la escalera, entrose al cabo en un gabinete, y se encontró frente á frente con nuestro antiguo conocido Le Braconier.

—¡Eh!.... ¡ge!.... ¡cómo!.... ¡usted!.... (murmuró éste con voz balbuciente y mudando repetidas veces de color).

—A vd. buscaba.

—Vd. me dará razón á mí del motivo porque nosotros nos retruvamos.

—El deseo de vengar á la mujer que amo, me trae á la presencia de vd.; vengo á desa-

fiarlo; y uno de los dos, ó los dos á la vez, hemos de quedar tendidos por tierra.

—¡Oh! muá yo respeto mucho las leyes de este país: ellas me ordenan de no me desafiar pas con nadie.

—¿Y las leyes de la nación en que vd. vive, no le prohibían cometer las maldades que ha cometido? ¡Infame cobardía! pero no le valdrán á vd. sus efugios, porque mis deseos de derramar su sangre son ardientes, porque Isabel ha premiado mi amor, y mi corazón está ligero como un átomo del viento; porque cuando un hombre siente el placer que yo, ve sonriendo pasar delante de sus ojos el rápido caballo de la muerte. Pero vd., que es un vil, está temblando....

—De indignación, sí siñor, de indignación; porque yo extraña mucho yo que á un vasallo de su majestad el rey de los franceses se le trate osí bárbaramente que mí; pero yo me quejaré yo al enviado de la Francia, y entonces.... ¡Tramblé! el poder de la de Francia....

—Es grande, contestó Julián con pausa; pero yo soy demasiado pequeño para que me pudiera dañar; además, esperar que la Francia le liberte á vd. de mis manos es aguardar que el sol caiga sobre mi cabeza y me pulverice: su esfuerzo de vd. solamente lo puede salvar: me es indiferente la espada ó la pistola; que aunque la primera es arma de caballeros y la segunda de man-

drias, cuando dos desean morir, no importa de qué manera.

—Yo no deseo pas murir.

—Pues haga vd. de necesidad virtud, que no todas las cosas le han de salir á medida de su deseo. Y apresúrese, que tengo muchas cosas que hacer hoy, y no puedo detenerme en inútiles conversaciones.

—Vd. puede irse: yo no tengo envidia de me batir.

—Considere vd. que estamos solos, y que nadie le puede libertar de mi venganza.

—Yo no me bato pas.

—Si no de grado, por fuerza, dijo Julián adelantándose.

—¡Socorro! gritó Le Braconier.

—Calle vd., ó la justicia se encargará de castigar al delincuente.

—¡Cómo! exclamó Le Braconier retrocediendo.

—No soy un delator; pero la necesidad me obligará á acusarlo.

—Yo no vos comprendo pas....

—No me fuerce vd. á que le diga que es un asesino.

—Vd. me insulta mucho.

—Sólo digo la verdad.

—Vd. me dará una satisfacción.

—A eso he venido.

—Una pistola....

—Cualquiera cosa.

—Vd. llame su padrino, yo el mío.

—No hay necesidad: mi padrino es Dios,

el de vd. es el diablo: traiga vd. las armas y acabemos.

—Vd. se arrepentirá.

—Después de haber matado á vd., aun cuando mi alma haya volado á la otra vida, poco le importa que me arrepienta o no. Despache vd., que ya me impaciento de esperar.

Le Braconier dió media vuelta, se acercó á un estante, sacó dos pistolas y disparó una á D. Julián; pero el crimen que iba á cometer hacía temblar su mano, y no pudo apuntarle bien, de suerte que la bala pasó rozando el hombro de D. Julián y enterrose en una de las paredes del cuarto. D. Julián, con la velocidad del rayo, se arrojó sobre el francés, que ya preparaba la segunda pistola, se la arrebató, le agarró de un brazo, y tomando un látigo que pendía de un clavo, azotó crudamente á su agresor, amenazándolo con la muerte si movía siquiera los labios. Salióse apresuradamente del gabinete arrojando la pistola al rostro de su contrario, y después de haber satisfecho su venganza de un modo digno de la vileza y cobardía de éste, se dirigió á la casa de Isabel, donde pasaba la siguiente escena.

VI.

DON JUAN NO ES DON JUAN

Mucho es lo que padece una madre cuando tiene un hijo cuya razón se extravía, mucho es el alivio de un hijo cuando tiene una madre que se interesa en su suerte.—Grande es la desgracia de una madre que pierde á su hijo, muy más grande la de un hijo que ha visto bajar al sepulcro á la que le dió el ser.

Esta necesidad de amar y de ser amado, esta necesidad de apoyarse mutuamente dos individuos para caminar en la senda escabrosa que se llama vida, había unido estrechamente á Doña Joaquina y á Julián: aquella recuperó en éste á la hija y esposo que había perdido, Julián á sus padres. Así es que Doña Joaquina consideró que perdiendo á Julián perdía hasta la esperanza de mudar de fortuna, y vió todas sus esperanzas consumidas en el instante, como una plumilla en la llama de una vela, cuando advirtió que rápidamente pasaba delante de sí una señora y que entraba en el gabinete de D. Santiago, que salía éste como tigre acosado por los cazadores y se dirigía inmediatamente á ella, que fué el objeto que primero se le presentó. Aquella señora era

la tía de Isabel: por desgracia de ésta estuvo escuchando su conversación con Julián, y cuando le vió irse corrió á dar aviso á D. Santiago.

—¿Adónde está su sobrino de vd?..... dijo éste á Doña Joaquina. Es un perverso, un seductor, un hombre que merecía estar ahorcado.... ¿Y que esto sufra yo?....Y vd., señora, que viene á servir á su propio sobrino de espía.... Esta es una maldad, una perfidia, una infamia que merece castigo severo..... ¿Dónde está Isabel?.... Que venga ahora mismo Isabel; que llamen en el instante á Isabel!.....

Doña Joaquina no entendía una sola palabra de lo que se hablaba; quiso salir para llamar á Julián, pero D. Santiago la detuvo.

—No, señora, vd. no se ha de ir de aquí; cuando vd. salga de esta casa será para ir á las recogidas y su sobrino á un presidio.

—¿Pero qué delito, señor?....

—Calle vd. y no me replique, estoy furioso, y si mueve vd. siquiera los labios, haré que la azoten en medio de la calle. ¡La gasmoña! que con su aire santurrón viene á burlarse de mí, á engañarme!..... Mogigata indecente! que viene á solapar las picardías de un mozalvete!... No, no se burlarán de mí!....

A esta sazón entró Isabel. D. Santiago continuó:

—Venga vd. acá, señorita; y díganos qué

prevenciones ha hecho para su repentino viaje. Venga vd. á despedirse de sus parientes: abrácelos vd., porque por mucho tiempo no los verá. ¡Qué falta de confianza! tener que ocurrir á un extraño, á un infeliz para que la acompañe; y tener que irse á pie por esas calles.... No, señor, que pongan el coche, que pongan al instante el coche!.....

Esta voz se repitió de boca en boca hasta el patio: "¡El coche!" Y al instante se percibieron el sonido de las guarniciones y los pasos de las mulas. Isabel temblaba y no tenía aliento para responder. D. Santiago se paseaba de extremo á extremo de la sala, y los circunstantes permanecían inmóviles y no replicaban, por aquello de, donde manda capitán no gobierna marinero.

—Dispóngase vd., señorita, prosiguió D. Santiago, dispóngase vd. para ir á un convento ahora mismo.

—Padre....

—Silencio!.... Y quítese vd. al instante de mi presencia.

Isabel obedeció; dejóse caer D. Santiago en una silla, y cubrióse con ambas manos la cabeza. Pasado habría medio cuarto de hora, cuando se presentó cautelosamente una criada é hizo seña á Doña Joaquina que la siguiera: ésta, aprovechándose de la distracción de D. Santiago, la obedeció.

Sentada estaba Isabel en su aposento, y dos fuentes de lágrimas corrían de sus ojos: habíase convertido su bello rostro en amarillento y cadavérico, descompuesto estaba su cabello, y todo su exterior indicaba el combate horrible de sus pasiones y el extremo de su dolor. Vió entrar á Doña Joaquina y se precipitó al instante en sus brazos: ambas lloraban, ambas callaban; pero sus almas se entendían: el lenguaje de los desgraciados es expresivo, y basta una ligera demostración para darse á comprender. Isabel rompió el silencio.

—Vd. se compadecerá de mi dolor y llorará mi suerte. Soy muy desgraciada. Desde que la ví á vd. por primera vez la amé en extremo, y mi corazón me dice que el de vd. no me aborrecerá.

—¿Aborrecerla á vd., niña infeliz?..... ¡jamás! Cuánto sería mi placer en llamarla á vd. hija, pero es funesto nuestro destino; inclinemos la frente, hija mía: Dios sabrá premiar nuestro infortunio.

—El me castiga, me castiga, y con razón, iba yo á cometer una infamia, iba yo á abandonar esta casa en compañía de Julián; pero había quien nos escuchaba..... Merezco el castigo que Dios me da.

—¡Imprudentes!

—Sí, tiene vd. razón: ¡imprudentes! pero vd. nos perdonará: ¿no es verdad? Vd. cuidará de mi pobre Julián: es capaz de desesperarse: ¡me ama tanto!.....

—Sí, la ama á vd. por su desgracia...

—Ambos somos muy desgraciados. ¿Por qué me vió? ¿por qué le ví á él?.... ¡Oh, yo no sabía cuán funesta es una pasión! Y luego como una no tiene imperio sobre sí, ni puede arrancarse el corazón, ni puede ahogar su fantasía..... Pero vd. cuidará de Julián, y le dirá que siempre le amaré, que me olvide para siempre, que se lo ruego..... Vd. le hablará continuamente de mí: ¿no es verdad?..... Y le dirá lo que padezco por él, y el estado en que me ha puesto su amor..... Dígale vd. que cuide de su salud, que yo se lo mando... moriría yo el día que supiera que padecía. Vdes. vivirán felices, yo penando encerrada en un convento; pero más bien quiero estar allí: rogaré continuamente á Dios por Julián, y mi corazón sentirá alivio.

—¡Infeliz! ¡cuánto compadezco á vd!

—Sí, bien digna soy de compasión. ¡Cuitadilla de mí! hice desgraciado á mi pobre Julián, y me hice desgraciada también. ¡Pobrecillo! huérfano como yo!

—¿Es vd. huérfana?

—Sí señora: si no lo fuera, ¿padeciera yo como padezco? Nadie conoce el estado miserable de un huérfano sino aquel que lo es. Pero Julián, si es huérfano, conoció al menos á sus padres, ¡pero yo!.... ¡Ah! quiero entregar á vd. un regalo que hago á Julián: para que vea como le amo:

pretendo darle el más caro objeto de mi corazón; este vestido.

Y hablando de esta manera se dirigió á un ropero y sacó un vestido morado de niño.

—Tenga vd., dijo á Doña Joaquina: este vestido me cubría cuando D. Santiago me halló perdida en la calle.

Doña Joaquina vaciló, dudó, acercó los vestidos á sus ojos y cayó desmayada exclamando:

—¡Hija mía!

—¡Su hija! exclamaron Isabel y la criada, que había sido espectadora de aquella escena. Y al instante acudieron á socorrer á Doña Joaquina.

—Sí, gritaba Isabel, vd. es mi madre; no lo puedo dudar: mi corazón me lo anunciaba.... ¡Ah, qué placer tan inmenso!... Quisiera bailar..... quisiera llorar..... quisiera reir..... ¡Madre mía, madre mía!

Y cayendo de rodillas alzaba los ojos al cielo y exclamaba:

—Dios mío! Dios mío! basta ya: mi corazón no puede resistir el peso del placer.

Doña Joaquina volvió en sí, buscó á su hija y estrechóla con una ternura que rayaba en frenesí. Al mismo tiempo la examinaba con la vista, recorría con las manos su rostro y cuello, y la besaba con avidez y ansiedad.

—Tú no eres Isabel, la decía, tú eres mi hija Dorotea.

—Dorotea soy, sí Dorotea; cuentan que así decía yo que me llamaba cuando mi padre adoptivo me encontró; pero mi nueva madre quiso que me pusieran su nombre.

En tanto que esta escena pasaba, corrió por toda la casa la voz de que Isabel no era Isabel; se agolpó la gente al escuchar novedad tan extraña, D. Santiago acudió también, y después de varias explicaciones abrazó á Isabel y á Doña Joaquina, y quiso ser el padrino en el matrimonio de aquella y D. Julián.

—Una procesión, dijo Isabel, me arrebató á mi madre, y una procesión me dá madre y esposo.

—Hija mía, respondió Doña Joaquina abrazándola, benditas sean eternamente las procesiones!

Diciembre de 1838.

TRAS UN MAL NOS VIENEN CIENTO

.....no te rias de la conse-
ja y se te pase el consejo.

MATEO ALEMAN.

Don Gregorio Ventrículo, rico poblano, y soltero de unos cuarenta años, gordo y de anteojos, viene á México de paseo, y se prepara un domingo para ir á una casa á donde había sido invitado á comer.

Gregorio. Acepilla, Perico, acepilla, que se hace tarde y me espera Doña Mariquita en su casa de San Cosme.

Pedro. Acepillando estoy, señor; pero ¿y la comida?

Gregorio. Todo el día piensas en comer.

Pedro. Razón tengo á fe, pues no he almorzado.

Gregorio. ¿Y yo?

Pedro. Será su merced de más aguante que yo; puesto que ya son las dos de la tarde y no hemos olido cosa tragable.

Gregorio. ¿Conque no?

Pedro. Si no es el "atole" del desayuno, lo que es yo.... Y que ya dieron las dos.

Gregorio. Y aun cuando hubieran dado las ocho de la noche, ¿qué tendríamos con eso? Ninguna gracia harías, que los camellos se están tres y cuatro días tragando sol y bebiendo aire.

Pedro. Aristóteles dice que un buey voló: como puede que sí, puede que no.

Gregorio. ¿Pues dudas que un camello....?

Pedro. Lo que dudo es que yo sea camello.

Gregorio. ¿Luego eres más que un camello?

Pedro. Creo que sí.

Gregorio. Notable error. Un camello aguanta muchas arrobas caminando milla tras milla, y tú solamente sirves para acepillar la ropa, limpiar las botas, comer y jugar al trompo.

Pedro. ¿Nada más que para eso?

Gregorio. Y dormir como un lechón.

Pedro. ¿Nada más que para eso?

Gregorio. Nada más.

Pedro. Mire bien, señor, lo que dice.

Gregorio. Remirado lo tengo.

Pedro. ¿Está vd. seguro de ello?

Gregorio. Digo que sí.

Pedro. Pues entonces hágame su merced el favor de decirme ¿quién llevaba las esquelillas á....?

Gregorio. ¡Calla!

Pedro. En papel de color....

Gregorio. ¡Calla!

Pedro. Y filete dorado....

Gregorio. ¡Charlatán!.... Tú lo que quieres es comer: (Dale dinero). Toma, y vete á un bodegón.

Pedro. Comer quiero, sí señor, porque es fuerza comer.

Gregorio. Es fuerza comer, pero no tan seguido, que se ha de comer para vivir, y no vivir para comer.

Pedro. Está bien, señor amo, ya no se me olvidará.

Gregorio. (saliendo á la calle). Tiene razón Perico, es fuerza comer.... Mi estómago me lo grita con voz de trueno: y mi debilidad apoya sus razonamientos. ¡Oh miseria humana! tener el hombre que comer por fuerza, y llenar de inmundicia su vientre.... Bien decía Sócrates.... Pero Sócrates no decía nada.... Yo soy el podenco que lo dice: "Un buen plato y una cama y dormir hasta mañana." ¡San Cosme!.... ¡Ay! ¡qué léjos está! Cerca tengo la plaza mayor, y un coche.... Cuatro reales lo menos.... ¡Ay Dios mío!.... ¡por poco me rompo la cabeza! ¡Malditos

ricos! ¡qué daño hacen en todas partes! Vea vd. el declive de esa piedra: para qué sirve?—Para que pase la rueda del coche y se mate la gente honrada. Y además, son tas estrechas estas aceras, que no se puede caminar aprisa.... ¡Ah! ¡condenada suerte!....

Una mujer. ¿Qué no ve vd.? Parecen caballos estos ingleses de Santa Anita.

Gregorio (agarrándose las narices). ¡Bueno!.... Después que me lastima las narices.... No se puede andar en México sin que.... (Pisa el talón de una mujer que va adelante).

Mujer. ¡Qué bruto!.... Pues no me sacó con su pezuña el zapato!....

Gregorio. ¡Qué zapato, si es chancleta!

Mujer. Mire qué roto sinvergüenza.... ¡Que no se llevara el diablo á estas gentes!....

Gregorio. ¡Jesús qué boca! Tengamos filosofía. (Un ginete montado á la inglesa, por lucir delante de unas damas, acosa el caballo y lo echa contra Gregorio.) ¡A un lado!

Gregorio. ¡A un lado! Y ya me atropelló, y ya subió el caballo á la acera. (Baja de la acera, huyendo del caballo, y da contra los frisones de un coche, recibiendo un latigazo que á la sazón les dirigía el cochero). ¡Ay!.... ¡ay! Me partió el brazo. (Quiere pasar á la acera del frente, y le detiene un coche de alquiler). No se puede andar en

México, no se puede: hay muchos coches, muchos caballos.... ¡oh! no cabe duda, hay muchos caballos en México; pero los más atrabancados son los de ultramar, esto es, los frisones. (Sube á la acera. Un hombre, que lleva en la cabeza una canasta con pan, le tira con ella el sombrero). ¿Será posible que no pueda yo dar dos pasos sin un contratiempo? Y, ¡cosa rara! hasta parece que los anteojos me molestan. La invención de los anteojos no se puede dudar que es muy útil, y más para los que como yo.... (Alza la cabeza por acaso y ve á unas señoras sus conocidas, que al verlo, apenas disimulaban la risa). ¡Válgame Dios!.... Si habrán visto que yo.... Señoritas.... (En medio de su turbación y atolondramiento se quita los anteojos en lugar del sombrero, y con ellos las saluda). Señoritas....

Las señoras. (riendo). Adiós, señor Ventrículo.... ¡Ha!.... ¡Ha!....

Gregorio. (corriendo). La fortuna me persigue: ¡tanta risa por una simpleza!.... (Encuentra con una señora, y ambos quieren pasar por un mismo lado, hasta que D. Gregorio, ya impaciente, la agarra de los brazos y la baja de la acera).

La señora. ¡Qué falta de atención! ¡y qué tosquedad de hombre!

Gregorio. (caminando). Pues bonito soy yo para andar con mimos y contemplaciones. Si me pusiera ahora á hacer monadas

y reverencias á todos los que pasan, llegaría á mi término con el Antecristo. En Puebla ya se podría, porque nadie sale á la calle, y todos son muy recogidos y puntillosos: á la iglesia, y nada más; ¿pero en México? con tanto holgazán, y tanto.... Sí, ya voy: me están peinando. Empero esta hambre no me deja respirar.... Y quién sabe si Doña Mariquita habrá comido ya desesperada de tanto aguardarme... Dicen que el canto disipa las tristezas: ¿pues qué mayor tristeza que la que el hambre da? (Canta á media voz).

Tus ojuelos, niña,
me matan....

(Pasa un hombre con un costal de harina, y le blanque el vestido). ¡Eh!..... ¡eh!.... ¡animal!.... Parecen bestias estos hombres: ¿por qué no se baja de la acera? (Límpiase). En México no puede uno estar un minuto limpio.... ¡oh maldecida ciudad!

Un muchacho. (ofreciéndole unas varas). Señor, vea vd. este bastón: lo daré barato.

Gregorio. No quiero.

Muchacho. No le he de dar menos de dos pesos.

Gregorio. Ni dado.

Muchacho. Vaya, señor, ¿pues qué tan malo es? (Méteselo en la cara y le da en las narices).

Gregorio. Paciencia, Dios mío, paciencia. (Apresura el paso: el muchacho le sigue).

Muchacho. Ofrezca vd. Es caña legítima.

Gregorio. No uso caña: me estorba al andar.

Muchacho. Todos los caballeros la usan.

Gregorio. Pues llévale una á Florismarte de Hircania.

Muchacho. ¿Dónde lo encontraré?

Gregorio.(iracundo). ¡En el infierno!

Muchacho. ¿Cuánto da vd. por la caña?

Gregorio. Un real.

Muchacho. ¿Tan poco vale? Nada pesa, señor, púlsela vd.

Gregorio. (cantando).

Tus ojuelos, niña,
me matan de....

Muchacho. Dóblela vd. y verá si es buena caña: parece de acero templado.

Gregorio. Siempre á la oreja como un lebrel.—Es un palo cualquiera.

Muchacho. Dóblela vd. y si se rompe, la pierdo.

(Arrebátasela Gregorio, la dobla y la rompe).

Gregorio. ¿No lo dije? Es un palo cualquiera.

Muchacho. Es una caña que vale tres

pesos: yo no dije que la doblara vd. con tanta fuerza.

Gregorio. ¿Conque no?

Muchacho. No.

Gregorio. No pago nada.

Muchacho. Y muy que la pagará vd.

Gregorio. No pagaré.

Muchacho. Sí pagará.

Gregorio. (rabiando): Mira.... Hoy me pierdo.

Muchacho. Tres pesos.

Gregorio. Vete á rezar al Calvario.

Muchacho. Tres pesos. (La gente se reune: el muchacho detiene á Gregorio). Vean vds., señores, cómo este hombre no me quiere pagar una caña que me ha roto.

Gregorio. Me dijo que la rompiera.

Muchacho. No dije tal. ¿Ustedes se figuran que había de suplicar al señor que me rompiera la caña? En caso de querer romperla, la hubiera roto yo, ó la hubiera tirado.

Un hombre. Tiene razón: ¿Quién ha de querer dañarse á sí?

Varios. Razón tiene el muchacho.

Gregorio. Pero señores....

Muchacho. Yo soy un infeliz que mantengo á mi padre que es ciego, y á mi madre que es tullida, y á mi hermanita que es coja del pie derecho y tiene una nube en el ojo izquierdo. ¡Pobre de mí! ¿con qué pagaré al que me dió á vender las cañas?.... (Llorando). ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

Una mujer. Compasión da el pobre muchacho.... Estos rotos los tratan siempre á la baqueta.

Un hombre. Ya no caben estos ricos en el mundo, y no hallan cómo dañar á los pobres.

Una niña. (á una vieja que la lleva). ¿Qué será esto?

Vieja. Pronunciamiento del pueblo soberano.

Niña. ¿Qién es ese señor?

Vieja. No le conozco; pero dicen que es terrible si se enoja. ¡Corre! (Vánse á toda prisa).

Gregorio. (furioso). Déjenme ir, señores, que tengo un negocio urgentísimo.

Muchacho. No lo dejen ir.

Gregorio. ¡Oh gusano henchido de malicia! ¡oh corazón de serpiente!

Varios. ¡Pague la caña! ¡páguela!

Gregorio. Señores, la verdad es ésta: Yo no quería comprar la caña, el muchacho me la mete en las narices diciéndome que la doble á mi antojo, y que si se quiebra la perderá él: yo por quitármelo de encima, hice lo que pedía: rompióse, y santas pascuas: quien llama al toro, que aguante la cornada.

Uno de la policía. (abriéndose paso). ¿A ¿dónde está el herido? ¿ha sido con puñal ó con tranchete?

Gregorio. Váyase el esbirro á su nego-

cio, y no venga á meterse en lo que no le importa.

El hombre de la policía. Este es el matador, puesto que me ha llamado esbirro.

Muchacho. Que me pague mis tres pesos, señor "Aguilita."

El hombre. ¡Ah! ¡con que el asunto son tres pesos!

Muchacho. Sí señor, porque me rompió esta vara.

El hombre. Venga el cuerpo del delito. (A Gregorio). Ya sabe vd., Diputación, ó tres pesos. (Gregorio sin vacilar da los tres pesos al muchacho, el hombre de la policía los arrebata y se los lleva).

Muchacho. ¡Mis tres pesos!

El hombre. Son el cuerpo del delito.

(Gregorio prosigue su camino, hacia la Alameda, un billetero le sale al encuentro).

Billetero. Un billete de Nuestra Señora de Guadalupe para el viernes. (Gregorio le mira aterrado, apresura el paso y se santigua). Vea vd., señor, es el número 7347: fuera vez nueve 3. Los tres mil se saca vd. indudablemente. (Gregorio atropellando á la gente, corre hasta entrar en la Alameda).

Gregorio. ¡Oh fortuna! ¡oh malhadada suerte! Parece que el destino me persigue. Si no fuera por la esperanza de llegar pronto y comer bien, ya me hubiera dado al diablo. (Saluda á una señora que encuentra). Doña Manuelita, ¿cómo está vd.?

Manuela. ¡Oh señor Don Gregorio! No sabía yo que estaba vd. en México.

Gregorio. He venido por unos días.

Manuela. Yo desde que vine de Puebla me he visto malísima. (Dejando el brazo de su criada y tomando el de Gregorio). Apenas puedo sostenerme: el médico me ha mandado hacer ejercicio.

Gregorio. ¡Cuánto lo siento! Y más no pudiendo tener la satisfacción de acompañar á vd. mucho tiempo, porque un negocio....

Manuela. ¡Ah! ya entiendo: se vuelve vd. mañana á Puebla. (A la criada). Dale al señor Don Gregorio la sombrilla para que me haga favor de cubrirme, porque yo no la puedo aguantar de debilidad.

Gregorio. Decía yo que me es imposible por ahora acompañar á vd. porque.... porque.... un compromiso.... estoy convidado á comer....

Manuela. Si quiere vd. honrarnos un día....

Gregorio. Mucho lo agradezco; pero.... con harto dolor de mi corazón tendré que separarme.... Vd. disimulará....

Manuela. ¿Y cómo deja vd. Puebla?

Gregorio. Lo mismo que antes. Figúrese vd. que en oír misa, rasurarme, bañarme, vestirme y acepillarme, se me ha pasado el tiempo y no he almorzado; y ésta es la hora que....

Manuela. ¿Y almuerza vd. en fonda, ó ha posado en casa de algún amigo?

Gregorio. Diré á vd., yo.... voy ahora

á San Cosme adonde estoy convidado á comer, de suerte que me es imposible más tiempo....

Manuela. ¿Conque va vd. ahora á San Cosme?

Gregorio. Sí, señorita.

Manuela. Pues entonces....

Gregorio. Bueno será que me apresure: ¿no es verdad? Porque, como dice mi criado, es fuerza comer.

Manuela. Tiene razón; y es mucha desgracia la mía en no tener apetito.

Gregorio. Mayor es la mía, señora.

Manuela. Acompañaré á vd. á San Cosme: á ver si con el ejercicio se abre la gana de comer.

Gregorio. ¡Dios mío!

Manuela. ¿Decía vd. algo?

Gregorio. Solamente pensaba que á vd. no le ha de convenir andar de prisa, y yo.... Figúrese vd. que ya son las dos y media....

Manuela. Es verdad: aún es temprano: descansaremos en esta glorieta.

(La señora se asienta, Gregorio tiende la vista á todas partes, descubre á un hombre, y dice:)

Gregorio. Allí descubro á un amigo, que tiempo ha que busco para preguntarle en dónde vive.

Manuela. ¿Cuyo es su nombre?

Gregorio. Pancracio Pachorra.

Manuela. ¡Ah! ya le conozco: vive en la

calle del Rastro, cerca de San Antonio Abad.

Gregorio. Con permiso de vd., voy á hablarle, porque no es de perder esta ocasión. (Vase hacia D. Pancracio). ¿Y que no haya un calabozo para estas gentes?.... Le hablaré á Pancracio, no sea que Doña Manuela conozca que fué pretexto para escaparme de ella.—Pancracio, ¿cómo te va?

Pancracio. ¡Oh amigo Gregorio!

Gregorio. Hombre, solamente te detuve para saludarte. Conque adiós.

Pancracio. ¿Por qué tan de prisa? tú no tienes por qué apurarte: eres rico y soltero, y no necesitas, como yo, sudar del día á la noche para mantener á tu familia.

Gregorio. Es verdad; pero has de saber que en este instante me urje una necesidad, que.... Conque agur....

Pancracio. ¿Supiste que parió mi mujer?

Gregorio. Sí, me has escrito diez cartas participándomelo; y si calculas una con otra á dos reales, y haces una multiplicación, te resultarán nada menos que veinte.

Pancracio. Aun no se te han olvidado las reglas de la aritmética.

Gregorio. No, gracias á Dios. Nos vemos.

Pancracio. Pero no sabes el nombre de mi hija.

Gregorio. Me lo dijiste antes de ayer.

Pancracio. ¿Pues cómo se llama?

Gregorio. Mariquita.

Pancracio. ¿Mariquita?

Gregorio. Es verdad: ese es el nombre de la señora que en San Cosme....

Pancracio. Se llama Virginia, porque á mi mujer le gusta mucho leer "Pablo y Virginia;" y así es que mi hijo se llama Pablo. Ya tú ves: Pablo y Virginia.

Gregorio. Si supieras que tengo un maldito dolor de muelas que ya me mata.... Voy á sacarme una, sí.... Adiós....

Pancracio. Mi mujer padece ese mal incesantemente, y dice que siente unos dolores peores que los del parto; y no lo dudo, puesto que pone el grito en el cielo. Ayer nada menos estuvo toda la noche inconsolable; y luego, figúrate tú, criando á Virginia, que apenas tiene seis meses. Pero, ¡qué chulada de muchacha! parece una miniatura. Vamos á casa y la verás, comerás con nosotros, y estoy seguro que al punto te dan ganas de casarte viendo nuestra felicidad conyugal.

Gregorio. Pero tú te has puesto flaco y algo pálido.

Pancracio. Las desveladas, hijo, las desveladas.

Gregorio. Pues qué, ¿juegas ó bailas?

Pancracio. Nada de eso, sino que Virginia que está enferma de la tos, ha dado en llorar todas las noches; y estando mi mujer un poco mala de las muelas, y siendo la nodriza tan floja, tengo que levantarme y arrullar á la niña.... ¡Pero, hombre, si vie-

ras qué linda está! ¡y tiene una voz!.... Cantará con el tiempo mejor que tú.... Pues y el otro.... hace tiempo que no le ves: está adelantadísimo, ya sabe de coro las fábulas de Samaniego, y está aprendiendo ahora las de Iriarte. ¡Oh! es vivísimo: yo quiero que salga todo un hombre....

Gregorio. Excelente proyecto. Padres como tú necesita la patria.

Pancracio. Conque hoy eres mío: no hay escape: preciso es que comas conmigo.

Gregorio. No puede ser: estoy solemnemente comprometido á comer en casa de una señora en San Cosme.

Pancracio. No hay quite: hoy eres mío, y no hablemos más en el asunto.

Gregorio. ¡Pero si es imposible!

Pancracio. Es preciso que hagas un sacrificio por un amigo. Mira, en casa tengo un pastel que nos han regalado, y que ansia da verlo. Se te está haciendo agua la boca, vamos.

Gregorio. Yo bien quisiera; pero.... estoy comprometido, y mi palabra....

Pancracio. Mandaremos á un criado con un recado de tu parte, diciendo que estás enfermo.

Gregorio. No, no amigo mío: yo quisiera acompañarte, pero no me agrada mentir.

Pancracio. Mi mujer es la que guisa ahora, porque no tenemos cocinera, y ya sabes que mi mujer se pinta....

Gregorio. Es cierto, pero será otro día...

Pancracio. No, no, ahora.... Voy á avisarle á mi mujer; te esperamos: no dilates. (Vase).

Gregorio. ¡No, no!.... Se fué.... Es trance fuerte: todos me convidan á comer .....También Doña Gervasia..... ¡Ah Dios mío! ¿quién se acordaba? Doña Gervasia me espera.... Si es imposible acudir á todas partes: necesitaba estómago de tambor.... No, primero es Doña Mariquita, Doña Gervasia será mañana, y pasado mañana Pancracio.... Muy bien.... Ya llego á la casa.... ¡ay! ¡qué vacío está mi estómago!.... Pero no hay cuidado, Gregorito; dentro de diez minutos á más tardar, ya estarás henchido hasta el gollete. (Entra á una casa y ve á varios cargadores bajando muebles). ¿Qué es esto? Alguien se muda.... Si será Doña Mariquita.... (A un cargador.) ¿Quién se muda?

Cargador. No sé, señor amo.

Gregorio. ¿Pues quién ha llamado á vds.?

Cargador. Pues un señor.

Gregorio. (subiendo). No ha de ser Doña Mariquita: me lo hubiera mandado decir.

Un hombre (que cose zapatos en el patio). ¿Adónde va vd.?

Gregorio. Al entresuelo ¿Por qué lo preguntaba vd.?

Hombre. Para saberlo. ¿Cómo se llama vd.?

Gregorio. Gregorio Ventrículo. ¿Para qué lo quería vd. saber?

Hombre. Para nada. Suba vd.

Gregorio. Muchas gracias por tanto favor. Dígame vd. ¿Doña Mariquita es la que se muda?

Hombre. No: es el coronel que vive arriba; Doña Mariquita vive en el entresuelo.

Gregorio. Gracias á Dios. (Al llegar al primer descanso encuentra á unos cargadores que bajan una cómoda, y no pudiendo pasar, se pega á la pared no sin ser bien magullado).

Cargador. Hágase á un lado, señor amo.

Gregorio. ¿Y adónde, si la pared me detiene.... ¡Ah bárbaros! que me matan... Estan apoyando una esquina de la cómoda en mi pecho.... ¡Ay Dios mío!.... ¡Mi sombrero!.... (se le cae). No lo pisen.... ¡Ay! Salí por fin.... (Alza su sombrero y pónese á limpiar el vestido). Todo me he llenado de almagre, y mi pobre sombrero.... cuatro pesos....

Tus ojuelos, niña....

¿Qué veo?....

(Otros cargadores bajan un armario, Gregorio busca por donde pasar, y no puede). ¡Otro mueble!

Cargadores. Hágase á un lado su merced, señor amo....

Gregorio. ¿Pero por dónde, si....

Cargador. Si su merced es muy gordo, señor amo.

Gregorio. ¿Y qué te importa á tí eso?

(Gregorio quiere bajar, y se encuentra detenido por la cómoda; viendo sobre sí el armario, pone el hombro para recibirlo, y así, casi cargándolo, baja entre el armario y la cómoda). ¡Eh! ¡eh! ¡que me machucan!... alcen el armario, no soy cargador....

Cargador ¡Ah señor amo! ¡cuidado!

Gregorio. (sudando). Ya no puedo.... lo suelto.... ¡me matan!.... ¡Uh!.... ¡Ah!.... ¡Oh!.... (Baja la cabeza, se le sume el sombrero, y grita:) ¡Ya no veo!... ¡Me muero!.... (Llegan al patio, Gregorio se escabulle y se limpia el sudor). Es mucho, es mucho lo que hoy me pasa.... (Tembloroso y mirando hacia arriba). ¿Ya no baja nadie?

Cargador. Ya no, señor amo.

Gregorio. (subiendo). Vaya, vaya....

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor....

(Llega á la puerta y llama repetidas veces, hasta que una criada responde).

Criada. ¿Quién es?

Gregorio. Yo.

Criada. ¿Cómo se llama vd.?

Gregorio. Gregorio.

Criada. ¿Gregorio de qué?

Gregorio. Ventrículo.

Criada. ¡Ha! ¡ha! ¡qué nombre!.... No conozco á vd.

Gregorio. ¿Y qué tenemos con eso? Abra vd.

Criada. ¿Cómo he de abrir si Doña Mariquita se llevó la llave.

Gregorio. ¿Qué dice vd?.... ¿pues qué, salió?

Criada. Salió con el señor.

Gregorio. Pero si me ha convidado á comer.

Criada. Ellos se fueron á comer en casa de un amigo: yo como sola y si tuviera la llave....

Gregorio. (¡Si tuviera la llave!.... comería con ella.... es bonita, y luego mi estómago.... esta hambre que no me deja....) ¡Es una infamia! ¡es una picardía encerrar así á una niña como si fuera loca!....

Criada. ¡Pobre de mí!....

Gregorio. ¡Pobrecilla!.... ¡pobres tripas mías!....

Criada. Si ha venido vd. dos minutos antes, encuentra sin duda á mi ama....

Gregorio. ¡Dos minutos!.... Un cuarto de hora estuve en subir la escalera.... Y luego tantos contratiempos en la calle.... quizá desesperada.... (Bajando). Paciencia.... y seamos filósofos.

Tus ojuelos, niña,
me matan de....

¡Ah! señor portero, zapatero y preguntón, ¿por qué no me dijo vd. que había salido Doña Mariquita, y no hacerme pasar tantos trabajos con la cómoda y el armario?

Hombre. Usted no me preguntó si estaba en casa Doña Mariquita.

Gregorio. ¿Conque no pregunté?

Hombre. No: lo que vd. me preguntó fué que si Doña Mariquita se mudaba....

Gregorio. Pero era natural presumir.... (saliendo á la calle). No se puede vivir en México, y sobre todo, vivir sin comer: las tres van á dar, y el hambre me aprieta.... Es fuerza comer. No hay remedio, Pancracio vive hasta cerca de San Antonio Abad.... una legua... Doña Gervasia... pobre vieja que me ha hecho tantas instancias para que coma con ella un día... ¡Oh! mi afecto.... mi cortesía.... necesario es no ser ingratos.... Y hasta la calle del Reloj.... No importa: tengo buenas piernas.... (Bájase de la acera y anda por medio de la calle; así camina gran trecho hasta que, huyendo de una diligencia, se hunde en una atarjea). ¡Oh! ¡oh! ¡uh! ¡uh!.... Maldita diligencia.... y ensuciarse el pantalón nuevo de polaina que tanto trabajo me costó ponerme.... ¡Oh fuerza del sino! ¡Oh ciudad condenada! parece que una legión de demonios se ha soltado en tus calles.... ¿Y cómo limpiarme? esperaré á que se seque: lo bueno es que Doña Gervasia es vieja, y no será me-

lindrosa, y no le dará asco mi pantalón.... (Sigue su camino. Después de trasponer muchas calles ve un anuncio de teatro fijado en una esquina). Iré esta noche á la comedia.... (Párase á leer el anuncio). "Se representará el drama de grande "espectáculo,,"—Entiendo que debería decirse "aparato."—"en cinco actos y diez "cuadros,"—¡Aprieta!—"puesto por primera vez "sobre" la escena:"—Como quien pone una maceta "sobre" la mesa.—"Gefe de obra" de su autor el célebre D. J. P. O. X."—En su casa le conocen. "El nombre de su autor basta solamente"....—Si no lo ha dicho....—(Pasan varios españoles riendo y armando gresca: uno de ellos le tapa los ojos rompiéndole un vidrio de los anteojos). ¡Eh! ¡eh!.... suélteme vd. ¡Mis anteojos!....

Español. ¿A que no sabe vd. cómo me llamo?

Gregorio. A que no.

Español. ¿Pues qué ya no me conoces, Manolito?

Gregorio. Y si le conociera á vd., no le hablara por grosero.

Otro español. Súmele el sombrero, que es carlista.

Gregorio. No soy nada. Déjenme.

Español. (soltándole y fingiendo sorpresa). Usted dispense.... yo creí....

Otro. Se parece mucho.

Otro. Pues si Manuel es tan rechoncho como el señor.

Otro. Y se viste tan estrambóticamente como él.

Otro. Y tiene, así como él, espalda de elefante.

Uno. (riendo). Usted dispense la equivocación, señor.

Otro. (id). ¡Oh señor! ¡cuánto siento la equivocación!

Otro. (id). ¡Ay! me ha traspasado el alma la equivocación. (Vanse riendo; Don Gregorio huye echando espuma).

Gregorio. ¡Maldita pandilla!.... A no haber sido el insulto en la calle, acabo con media docena de ellos.... ¿Y mis anteojos?.... sólo me han dejado un vidrio.... Paciencia y filosofía, que ya estoy en la calle de las Escalerillas, y pronto en la del Reloj. (Llega á la casa y pregunta al portero). ¿Está ahí Doña Gervasia?

Portero. Sí señor.

Gregorio. ¿Está sola?

Portero. Sí señor.

Gregorio. ¿Con que no hay visitas?

Portero. No señor.

Gregorio. (subiendo y frotándose las manos). Bueno, bueno, no habrá impedimento, y pronto llenaremos el vientre.... (Llama al portón, y al instante le abren). ¿Podré ver á la señora?

Criada. Sí.

Gregorio. Avísele vd. que aquí estoy.

Criada. No hay necesidad; entre vd., está en la sala.

Gregorio. (al oído de la criada). ¿Ya comió?

Criada. No señor, estoy poniendo puntualmente la mesa, y me alegro que haya vd. venido, porque la señora estaba triste al contemplar que tenía que comer sola.

Gregorio. ¿Sola?

Criada. Todos los niños comen fuera de casa.

Gregorio. ¡Bueno!.... quiero decir que me alegro de que se distraigan....

Criada. Entre vd., yo voy á acabar de poner la comida.

Gregorio. (entrando). ¡La comida!....

Al recordar aquesto ya respiro
el hálito vital de la esperanza,
palpitan las entrañas conmovidas,
y el pecho fervoroso se dilata.

¡Oh cómo aumentan el placer unos buenos versos y el olor de la cocina que trasciende hasta aquí! (Gregorio entra á la sala y ve á Doña Gervasia recostada en un sofá, y muy envuelta). ¿Por qué tanto recogimiento? Algún dolorcillo de cabeza, constipado: ¿no es verdad?

Gervasia. No señor.

Gregorio. (sentándose). ¡Vaya! mucho me alegro.

Gervasia. Lo que únicamente tengo es una basca intolerable.

Gregorio. (aterrado). ¡Basca!!!....

Gervasia. Sí señor, provenida de una indigestión insoportable.

Gregorio. ¡Indigestión!

Gervasia. Me la produjo un bagre abominable.

Gregorio. ¡Qué desgracia!

Gervasia. Afortunadamente no es incurable, y con una formidable purga que he tomado....

Gregorio. ¡Purga también!

Gervasia. Y me está haciendo un efecto admirable.

Gregorio. Lo creo: si tiene vd. una cara "espantable," y mi situación es "envidiable" (aparte). Pero mi hambre es "inaguantable....—Un amigo me dijo que estaba vd. mala, y quise de paso saludar á vd.: ya la ví, y enteramente satisfecho de mi buena fortuna y de la fuerza del sino, me voy porque es fuerza com.... comprar unas cosas, y visitar á una señora.... (Levantándose). He quedado de ir á comer con....

Gervasia. Comerá vd. conmigo.

Gregorio. Siento mucho....

Gervasia. No hay escape.

Gregorio. Pero....

Gervasia. Aunque es comida de dieta....

Gregorio. Agradezco mucho....

Gervasia. Siéntese vd.

Gregorio. (sentándose). (¡Oh dolor!)

Gervasia. ¿Qué decía vd. de olor?

Gregorio. Nada.

Gervasia. Creí.... porque.... ¡Oh! qué hedor tan pestífero y fragante se percibe!

Gregorio. ¿Cómo?....

Gervasia. Y mi estómago... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Dónde se ha metido vd.?

Gregorio. (mirando el lodo de sus piernas). ¿Yo?....

Gervasia. ¡Ay!.... ¡ay!.... que me da....que me da....

Gregorio. ¿Qué cosa?

Gervasia. Que me da la basca.... ¡Pepa! ¡Pepa!.... Y la purga.... ¡Pepa! ¡Pepa!.... traeme el.... traeme la.... la.... la.... (Vase).

Gregorio. ¡Pues he quedado lucido!... Me voy, y el diablo cargue con la casa y su dueño....

(Quiere salir, y tropieza con la criada).

Criada. ¿A dónde va. vd. tan ciego?

Gregorio. A.... a.... Ni yo mismo lo sé.

Criada. Tan contento al entrar, y ahora....

Gregorio. (en tono dolorido). ¡Ay! huyeron los manjares que me pintaba la fantasía, y el cuadro encantador huyó con ellos;

huyó, volví la vista, lancé un grito.... y en vez de flores encontré un desierto.

Criada. Ya es poeta el señor Ventrículo: ó está loco ó enamorado.

Gregorio. (en la calle). ¿A quién le sucede lo que á mí? Si ahora hubiera una diligencia que se dirigiera á Puebla, no me

volvían á oler los mexicanos. ¿Pero hay justicia para esto?.... Y es fuerza comer, mi estómago me lo pregona.... ¡Oh! ¡miserable de mí!.... Aun me queda un amigo; pero vive tan lejos.... San Antonio Abad. Siempre tendré que tomar un coche.... ¿Y si Pancracio ha comido ya?... No importa: el pastel y alguna otra cosilla que haya sobrado, matarán esta culebra que me desgarra el vientre.... Aquí frente á la catedral tomaré un coche.... Ninguno hay.... Tomaré este que viene aquí.... ¡Cochero!.... ¡cochero!....

Cochero. Está ocupado.

Gregorio. ¡Válgame Dios! tanto coche denantes, y ahora.... Allí viene otro.... ¡Cochero!

Cochero. ¿Va su merced á los toros?

Gregorio. No.

Cochero. Pues entonces tengo carga.

Gregorio. ¿Conque sólo á los toros?.... Se fué.... ¡Los toros!....

El pueblo que ayer gemía
por su libertad, con lloros,
ya se contenta en el día
con que le den pan y toros.

¿En dónde he visto estos versos?... ¡Cochero!....

Cochero. ¿Es para dejar?

Gregorio. No entiendo.

Cochero. Que si es para ir á dejar á su merced.

Gregorio. Pero eso á vd. ¿qué le importa?.... Pagando yo....

Cochero. Pues tengo carga.

Gregorio. Y bien que la merece vd., y de estiércol.... ¡Cómo! ¿se va vd?.... ¡Espérese!.... Déjeme vd. cerca de San Antonio Abad, y se va si gusta á los infiernos.

Cochero. ¡Uh! está legísimos.

Gregorio. (subiendo al coche). Pagaré bien. ¡Aprisa! ¡aprisa!.... (El coche camina). Llegaré pronto.... Eso sí, voy á gastar cuatro reales, pero.... (canta, llevando el compás con el pie).

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,
me matan....

(Párase el coche, el cochero baja de la mula). ¿Qué ha sucedido? ¿se ha roto algo?

Cochero. No, pero como su merced llamó....

Gregorio. ¿Yo?

Cochero. Sí.

Gregorio. Está vd. borracho.

Cochero. Su merced dió patadas al pesebrón.

Gregorio. No hay tal.... llevaba el compás de "Los ojuelos," y nada más.

Cochero. ¿Qué ojuelos?

Gregorio. Estamos perdiendo el tiempo: monte vd., y aunque llame no se pare.

Cochero. Está bien, señor amo: eso no

valía la pena de llamarme borracho y ladrón.

Gregorio. Yo no he llamado á vd. ladrón.

Cochero. ¿Cómo no?

Gregorio. No señor.

Cochero. Pues oiría yo mal.

Gregorio. Así será.

Cochero. Pero no hay duda en que me llamó vd. ladrón y asesino.

Gregorio. ¡Otra! ¿Monta vd. ó no?.... ¡Caramba en el hombre!.... Y parece que lo hace adrede.... Con qué pasta lleva las mulas. ¡Ea! ¡bribón!.... camine vd. aprisa.... ¿Es vd. sordo?.... Ande vd. aprisa, le digo.... Ya no quiero ir.... Déjeme apear.... (Da de patadas: el cochero se hace desentendido). Ya no puedo aguantar tanta pachorra.... (Abre la portezuela y baja, el cochero se apea).

Cochero. ¿Ya no quiere vd. ir?

Gregorio. No.

Cochero. Pues págueme vd. el viaje.

Gregorio. ¿Viaje llama vd. á traerme desde la esquina de la catedral á la puerta de palacio?

Cochero. Me ha quitado vd. el tiempo.

Gregorio. No pago.

Cochero. (tomándole de un brazo). Pues no se irá vd.

Gregorio. (queriéndose desasir). Me iré.

Cochero. No.

Gregorio. Sí.... ¡Auxilio! ¡auxilio!.... Ya vienen unos soldados. (En tono de triun-

fo). Ahora lo veremos, señor cochero. (Acércase el oficial de guardia del palacio y dos soldados).

Oficial. ¿Qué sucede?

Gregorio. Que este pícaro me quiere detener

Cochero. Traía yo al señor en el coche, y se quiso bajar sin pagarme.

Gregorio. No le quiero pagar, porque acabo de ocuparlo, y me lleva muy despacio.

Cochero. Ha una hora que tomó el coche, y quería irse sin pagar: le ví, y le detuve.

Gregorio. Miente: bajé porque él no quería oír las patadas que yo daba....

Cochero. (con el sombrero en la mano). No hay tal, señor oficial: la verdad he dicho.

Gregorio. Y yo no soy un petardista.

Oficial. Sí lo es vd.: yo ví cuando se quiso bajar del coche, sin que el coche hubiera parado.

Gregorio. ¿Y es culpa mía que no parara? Con que si no se ha detenido hasta mañana, en el coche duermo.

Oficial. Pague vd.

Gregorio. No pago.

Oficial. ¿No?

Gregorio. No.

Oficial. Llévenlo al cuartel, soldados.

Gregorio. Pagaré. Ahí están cuatro reales.

Cochero. Es un peso, y le perdono á vd. todavía dos reales.

Oficial. Dele vd. el peso.

Gregorio. (furioso, y dando al cochero una onza que equivocadamente saca). Es un robo manifiesto.... ¡Ay! iniquidad como esta ¿en dónde se ve?.... Pero, amigo Ventrículo, ¿de qué te quejas? ¿Ignoras acaso que en esta libre nación imperan los entorchados como las faldas en tiempo de la andante caballería?.... ¿No eres filósofo? ¿Pues qué cuidado se te da todo esto? Recibe el bien y el mal con la misma mano, con el mismo semblante; ríe en un entierro como reirías en un banquete; y el día que se queme tu casa, baila la "Tirana" á la siniestra luz del incendio.... Bien pensado: ríe de tu fortuna, Gregorito, ríe del vidrio que falta á tus antiparras... Pero.... (Demudándose). Si le habré dado.... (corriendo y gritando). ¡La onza!.... ¡Cochero!.... ¡cochero!.... ¡Cómo azota las mulas!.... Va volando, y con él mi onza.... (Al oficial). ¡Es una onza!.... ¡es una onza!.... ¡Ah, señor militar, es una onza! (Varios oficiales le rodean y se ríen). Es una onza la que le dí, caballeros, es una onza!....

Oficiales. Está loco..... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... ¡está loco!....

Uno. ¡Molinillo

Todos. ¡Molinillo!

(Estréchanse, dejando en medio á Gregorio, y empiezan á empujársele unos á otros).

Gregorio. (queriéndose sostener y tratando de agarrar su sombrero que bota en su cabeza). ¡Señores! ¡Me sofoco!.... ¡me muero!.... ¡Jau! ¡jau!.... ¡Oh! ¡oh!... (Suéltanle, y corre entre los chiflidos de los oficiales).

Gregorio. (sudoroso llega á casa de Pancracio). Buenas tardes.

Pancracio. ¿No lo dije?.... Estaba pensando en tí: mucho tardabas; pero le aseguré á Lupe, que era imposible que faltaras.

Gregorio. Hiciste bien: cuando doy mi palabra....

Pancracio. Si te conozco. Ahora saldrá mi mujer, porque está allá ocupada con Virginia. Siéntate.

Gregorio. Acepto, porque estoy cansado.

(Al irse á sentar, viene corriendo un muchacho de ocho años, y dándole con la cabeza en la espalda, le avienta sobre una silla).

Pablo. ¡Ah toro!....

Pancracio. (riendo). ¡Ha! ¡ha! ¡ha!....

Gregorio. (quejándose). ¡Ay!.... ¡ay! ¡ay!....

Pancracio. Es vivísimo Pablo. Ven acá, chicuelo.

(Pónese Pablo á jugar á la pelota, y da en la cara á Gregorio).

Gregorio. ¡Ay!.... ¿Sabes, Pancracio, que es muy inquieto tu hijo?

Pancracio. ¿No te digo que es vivísimo?

Y sabe ya bastante francés. Pablo, háblale al señor en francés.

Pablo. ¡Qué! si ese no lo sabe.

Pancracio. No importa: díle: "¿Cómo está vd.?"

Pablo. (á Gregorio). "Cómo está vd.?"

Pancracio. No, hombre; dílo en francés.

Pablo. Si en francés no se puede decir "¿cómo está vd.?"

Gregorio. ¿Es posible?

Pancracio. Puesto que éste lo dice, cierto es sin duda, porque está muy adelantado.

Gregorio. Pero si no me cabe en el juicio....

Pablo. Los franceses no tienen "usted," solamente "vos," que dicen en su lengua "vu" y se escribe "vous."

Pancracio. (admirado). ¿Qué te parece?

Gregorio. (irónicamente). Es un prodigio.

Pancracio. Y en edad tan corta.... No te quepa duda, estos muchachos nos van dejando muy atrás. (A Pablo). Pues dile á Gregorio en francés: "¿Cómo está vos?"

Pablo. Si en francés no se dice así.

Pancracio. ¿Pues cómo se dice por fin?

Pablo. Se usa en vez del nombre "estar," el "llevar, porté," que se escribe "porter" con el artículo "la;" y así se diría: "¿Cómo la llevais vos?

Pancracio. ¿Qué te parece? Eso no estaba en mi librito, que en lugar de decirle á

un hombre: "¿Cómo está vd.?" le debo preguntar: "¿Cómo la lleva vd?"

Gregorio. Esto es, la espada ó la capa.

Pancracio. ¿Qué te parece mi hijo?

Gregorio. Es mucho lo que habla.

Pancracio. Ya verás si tengo razón en decir que es vivísimo.

Gregorio. Solamente noté una equivocacioncilla de poca monta.

Pancracio. No puede ser.

Gregorio. Dijo "nombre" por decir "verbo," y "artículo" por "pronombre."

Pablo. ¿Qué sabe vd. de eso?

Pancracio. (á Gregorio). Te ha confundido con su pregunta.

Gregorio. Sí: me ha convencido de que soy un animal en ponerme á hablar con él.

Pancracio. ¿Luego confiesas que está más adelantado que tú?

Gregorio. Lo que tú quieras.

Pancracio. (á Pablo). Recítale á Gregorio una fábula de Samaniego.

Pablo. ¡Qué! esas fábulas no valen nada.

Gregorio. ¿Por qué?

Pablo. Porque son muy prosaicas.

Pancracio. (admirado). ¿Qué te parece?

Gregorio. Ya veo que también es crítico.

Pancracio. Pero nota qué modo de criticar tan sabio.

Gregorio. Es el usado en el día: muy digno del siglo en que vivimos.

Pancracio. ¿Pero no te admira que ya sea crítico?

Gregorio. ¿Quién no lo es en nuestra época? Y debemos regocijarnos, porque tu hijo acaba de probar con un ejemplo que se va despertando entre nosotros el uso de la buena crítica.

Pancracio. (á Pablo). Recita una fábula de Iriarte. (A Gregorio). Verás qué naturalidad y expedición: parece que ha representado en un teatro.

Pablo. ¿Qué fábula quieren?

Gregorio. Cualquiera: "El escarabajo."

Pablo. Esa está al último.

Gregorio. Pues la que tú sepas.

Pablo. No, la que vds. quieran.

Gregorio. Vaya "El retrato de golilla."

Pablo. También está muy al fin.

Pancracio. Pues la que estabas diciendo esta mañana.

Pablo. "El pato y la serpiente."

Pancracio. Esa.

Pablo. (recargándose en las piernas de Gregorio y desatándole la corbata, dice con sonsonete): El pato y la serpiente.

A orillas de un estanque
diciendo estaba un pato:
Quien mis fábulas lea
sepa también que todas
son podencos. Vaya,
que no entiendes de eso,
pues ni anda como el gallo,
ni vuela como el cerdo,
ni nada como el barco.

Pancracio. ¿Qué te parece?

Gregorio. Que ha enmarañado unas fábulas con otras, amén de otras equivocacioncillas....

Pancracio. Eso será porque se ha cortado delante de tí.

Gregorio. Eso será tal vez; que en Puebla hay un bailarín que sólo baila en los ladrillos de su casa. A todo esto, ya vds. habrán comido.

Pancracio. No, hombre....

Gregorio. (sacando el reloj). Pues son las cuatro y veinte.

Pancracio. En casa comemos á la moderna.

Gregorio. ¿Y á qué hora se come á la moderna?

Pancracio. A las seis y media en punto.

Gregorio. (levantándose). ¿De verás?... Y yo que....

Pancracio. ¿Adónde vas?

Gregorio. Tengo un negocio urgentísimo.... ¿Hay por aquí alguna fonda?

Pancracio. ¿Y para qué la quieres?

Gregorio. Voy mañana á Tacubaya, y necesito....

Pablo. Ahí adelante hay un bodegón.

Gregorio. (Iré hasta el portal, y.... ya no aguanto....) Conque agur....

Guadalupe. (entrando con una niña en los brazos). Beso á vd. la mano....

Gregorio. A los piés de vd., señorita.

Pancracio. Lupe, ¿no te dije que no había de faltar Gregorio?

Guadalupe. Es cierto.

Pancracio. Mira, Gregorio, mira á Virginia. ¿Es verdad que es linda?

Gregorio. Sí.

Pancracio. Tómala en los brazos.

Gregorio. (obedeciendo). Vaya.

Pancracio. Bésala.

Gregorio. (id). ¡Ah!.... ¿Qué más?

Pancracio. ¿Es verdad que no pesa nada?

Gregorio. Es cierto que no; mas yo estoy tan débil por la falta de alimento, que ....Pero.... me parece.... Señorita....

Guadalupe. ¿Hizo una de las suyas?.... (Tomando á la niña). Como está mala de la tos....

Gregorio. Pancracio, disimúlame la franqueza: quiero pedirte un favor.

Pancracio. Habla, hijo: ésta es tu casa y yo tu criado.

Gregorio. Nada más quería que un poco de agua para las manos.

Pancracio. ¡Ah! por lo de la chiquita. Cuando vayamos á comer te lavarás, porque ahora la criada que tenemos, que es la nodriza, está haciendo la comida. Y te advertiré de paso que como Lupe está con la chiquita, no puede guisar según te prometí.

Gregorio. (Apartando las manos de su cuerpo, extendiendo los dedos y buscando algo en que limpiarse). Pues.... ¿no habría?....

Pancracio. ¿Buscas la guitarra? Tómala y canta para que te oiga mi mujer.

Gregorio. Como estoy tan débil por falta de....

Guadalupe. Cante vd., señor Ventrículo, que ha tiempo que deseo oirle.

Gregorio. Sí....

Pancracio. Canta hombre.

Guadalupe. Sí, toque vd. y cante, con eso templa vd. la guitarra bien templada, para que pueda yo tocar cuando vd. se vaya.

Gregorio. ¿Cuando yo me vaya?

Pancracio. Has de saber que mi esposa nunca toca la guitarra sino cuando está sola.

Gregorio. ¿La razón?

Guadalupe. Soy muy vergonzosa, la verdad.

Gregorio. Pues al menos cantará vd. en mi compañía.

Guadalupe. Dios me libre.

Pancracio. Ni por toda la plata de México haces cantar á Guadalupe: si ya raya en exceso su cortedad y encogimiento.

Gregorio. Irremisiblemente me acompaña, ó no canto.

Guadalupe. ¡Buen capricho! Cante vd. por vida suya.

Pancracio. A una mujer no se le niega nada.

Gregorio. (templando la guitarra). ¡Ay! no tengo fuerzas en los dedos. La falta de....

Pancracio. (gritando.) Pablo! Pablo!.....

Pablo. ¿Qué quieres?

Pancracio. Ven á oir cantar. (A Gregorio.) Delira este niño por la música: no dudo que con el tiempo haga prodigios. (Gregorio tose.) Afina la voz, hijo, afínala. ¡Atención! ¡Atención!

(Gregorio canta, Pancracio lleva el compás con una varita, Guadalupe pasea á la niña, Pablo se pone en cuclillas enfrente de Gregorio imitando su gesticulación.)

Gregorio. (cantando).

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,
me.....matan.....de.....

Guadalupe. (oyendo llorar á la niña, canta.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya.....

Pancracio. No interrumpas.

Guadalupe. Dejaré entonces llorar á Virginia.

Pancracio. Tienes razón. Pero afortunadamente ya calló. Prosigue, Gregorito.

(Guadalupe continúa paseando á la niña, Pancracio lleva el compás, Gregorio canta, Pablo lo acompaña involuntariamente.)

Gregorio y Pablo (cantando.)

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,

me.....matan de.....amor.....
me.....matan de.....amor.....

Guadalupe. (arrullando á la niña, que llora.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (aplaudiendo.) Bravo! todos lo hacemos á las mil maravillas. Parece cosa de ópera.

Gregorio. ¡Oh! muy bien, Doña Lupita: decía vd. que no sabía cantar, y sin embarbo nos ha dado una peregrina muestra de su habilidad.

Guadalupe. (corrida.) Es que.... Virginia....como la tos no la deja dormir....

Pablo. (saltando y rascándose la cabeza con las dos manos.) Papá!...Papá!...

Pancracio. ¿Qué quieres, hijo? ¿qué quieres, mi vida?

Pablo. Tengo hambre.

Gregorio. (involuntariamente.) Y yo también.

Pancracio. ¿Qué?

Gregorio. (cortado.) Y yo también....y yo también no dejo de hacerlo mal en la guitarra.

Pancracio. No te entiendo.

Gregorio. No se ya ni lo que digo, porque siento en el estómago....siento en la

cabeza...que...que...Preciosa es tu casa, Pancracio.

Pancracio. Y que no la has visto toda. Ven, te la enseñaré.

Gregorio. Para qué te has de molestar, otro día será.

Pancracio. No, ahora mismo: si mi mayor placer será que tú la veas.

Gregorio. Pero....

Pancracio. Ten más franqueza conmigo, hombre. Admite mi invitación, y levántate. (Gregorio obedece suspirando, Pancracio le va mostrando lo que el diálogo indica.) Este es el cuarto de mi mujer; en él sólo duermen ella, Pablo y Virginia, la nodriza y dos criadas que acompañan a Guadalupe, porque es muy medrosa. Bien que ahora está en apuros la pobrecilla, porque se han ido las dos: si tú supieras de alguna que sea limpia y honrada.... Mira: aquí duerme el gato, ó por mejor decir, aquí debía dormir; pero él, como es tan mono, siempre se va á acostar á los pies de mi mujer.

Gregorio. Muy bien me parece.

Pancracio. El perro duerme debajo de la cama. No te ha salido á recibir porque está encadenado ahora. Y qué oído tan fino tiene el maldito! apenas se mueve un ratón ó una mosca, cuando empieza ladra y ladra y ladra.

Gregorio. Pues debe de ser muy dulce á eso de las dos de la mañana oirle entonar semejante aria.

Pancracio. No, eso no nos da cuidado, que entro luego con un látigo, y zas! Este otro cuarto es el mío: aquí solamente duermo yo porque ni soy medroso, ni me gustan importunos que me estén contando cuentos cuando sólo pienso en dormir. A un lado de mi cama cuelga siempre la jaula del perico, y más allá los pájaros. El gallo y las palomas habitan en la cocina, y solamente los traigo aquí cuando duerme conmigo algún huésped.

Gregorio. No alcanzo la razón de esa providencia.

Pancracio. Como regularmente el huésped es amigo mío, traigo esos animalejos para que se divierta con ellos, porque yo quiero que mis animales sean de mis amigos.

Gregorio. Muy bien pensado.

Pancracio. Cuando pienses regresar á Puebla, me das aviso, para que te dé yo un cochinito muy lindo que tengo.

Gregorio. Doite las gracias; pero ¿cómo lo llevo si voy en diligencia?

Pancracio. Lo sé; pero te lo echas en las piernas, tapándolo con tu capa, y va el animalito como un emperador en su carroza. Esta es la asistencia. Mira qué reloj tan guapo: me costó....yo te diré....me costó....no sé si ciento ó doscientos pesos.... Pero no te dé cuidado: ahora iremos á buscar la cuenta del relojero, y saldremos de la duda. ¡Qué campana tiene, hombre; se

oye hasta el zaguán. (Tira de la cuerda, y da el reloj las seis.)

Gregorio. ¡Las seis! Desde las ocho de la mañana mi estómago....

Pancracio. (tirando otra vez de la cuerda.) ¿No te parece buena campana?

Gregorio. Sí.

Pancracio. (sonando tercera vez la campana.) Nota la finura del sonido....

Gregorio. Sí, ya mis oídos lo han notado bastante.

Pancracio. He aquí el comedor.

Gregorio. ¡Ah!

Pancracio. Aquí no hay nada que no sea comible, porque no he querido en él nada que no sea para comer.

Gregorio. Buen gusto tienes á fe.

Pancracio. Hemos llegado á la cocina: aquí no hay nada particular que ver, si no es la chimenea que le puse á la campana. Sube al brasero.

Gregorio. Pero....

Pancracio. Sube.

Gregorio. Quisiera yo.

Pancracio. Sube.

Gregorio. (Sube mirando su vestido y con semblante triste.) Ya obedecí. (Sube Pancracio, y levanta en peso á Gregorio rozándolo con la pared.)

Pancracio. Cómo pesas!

Gregorio. Pero, hombre, ¿qué pretendes hacer de mí?

Pancracio. ¿Alcanzas á ver la chimenea?

Gregorio. Que chimenea ni qué calabazas, si ya se me llenaron los ojos de tierra.

Pancracio. No ha de ser tierra, será...

Gregorio. Lo que tú quieras: el caso es que ya no soporto el ardor de los ojos.

Pancracio. Después comeras un poco de sal; por ahora has un esfuerzo por ver la chimenea: es invención mía: obsérvala bien para que pongas otra igual en tu casa.

Gregorio. (tosiendo.) Cu! cu!....me parece...cu! que ya para broma...cu! cu!... basta...cu!

Pancracio. ¿Qué tienes?

Gregorio. Tos....cu! cu!.... Ya me ahogo....cu! cu!....

Pancracio. Eso consiste en la bella construcción de la chimenea; porque como tu cabeza está precisamente en la embocadura, y ahi se va recogiendo el humo....(Gregorio desesperado hace un esfuerzo y cae rompiendo una olla y ensuciándose el pantalón.)

Gregorio. Vive Dios, que ya no se puede tolerar esto.

Pancracio. ¿Qué te sucede? ¿Estás loco? ¿Porqué te dejas caer?

Gregorio. Porque....cu! cu!....porque ....cu! cu!....

Pancracio. Pobre Gregorio: te has puesto hecho un asco: Iremos después á que te limpies. Mira qué espaciosa azotehuela.

Gregorio. Tienes razón; pero yo quisiera que terminaras la revista. Mi estómago....

Pancracio. Nota que ese lavadero tiene una tabla en el fondo para que la ropa no se despedace; otros suelen poner una losa y hasta una piedra; pero yo....

Gregorio. ¿Sabes que el olor de las ollas ha despertado en mí un apetito que....

Pancracio. Allí está el común: observa qué limpieza! qué "propreté," como dice Pablo.

Gregorio. Todo está muy bueno, pero...

Pancracio. Vamos á la azotea: ¡qué vista tan hermosa tiene....

Gregorio. Primero me matas que hacerme pasar un punto de aquí. Ya estoy cansado de recorrer la casa; ya no puedo más, ya el diablo me lleva, y estoy por echarme de cabeza en un pozo.

Pancracio. Pero, hombre, ¡que dés ahora en esas ideas!

Gregorio. Mas no sino déjate llevar, Gregorio, y déjate hacer cuanto quieran, que has nacido para ser el hazme-reir de todo el mundo.

Pancracio. ¿Pero quién dice eso?

Gregorio. Yo, que he venido á comer invitado por tí, y tan solamente he comido humo.

Pancracio. Tienes rarezas, Ventrículo: ¡qué mal te conocía yo!

Gregorio. Y tú, Pachorra, las tienes también; y si te hubiera conocido, no viniera á tu casa.

Pancracio. Ríñeme, hijo ríñeme cuanto

quieras si ese es tu gusto, que yo solamente deseo tu placer.

Gregorio. Pues si deseas mi placer, dame algo que manducar.

Pancracio. Al punto. ¿Por qué no lo dijiste antes? Ya en la mesa esperándonos está la comida.

Gregorio. Eso pido.

Pancracio. ¿Estás contento?

Gregorio. Y mucho.

Pancracio. Pues dame un abrazo.

Gregorio. Qué me place. (Abrázanse. Llegan Guadalupe y Pablo, y siéntanse á la mesa.)

Pancracio. Sin ceremonias, Gregorio, sin ceremonias.

Guadalupe. ¡Ay cómo me disgustan los hombres ceremoniosos.

Gregorio. Así soy yo; y para que vean vds. cómo es cierto lo que digo, voy á usar de tal franqueza como si estuviera en mi casa.

Pancracio. Así me gusta.

Gregorio. Cuando uno tiene hambre, no piensa más que en comer; por consiguiente abro camino. (Toma un plato para echarse de comer.)

Guadalupe. No tanto, señor Ventrículo, basta con eso.

Gregorio. (sorprendido). ¡Cómo!..... pues.... (Irritado). Yo entendía que en esta casa comía uno lo que se le antojara.

Pancracio. Así es la verdad.

Gregorio. (temblando de ira y reprimiéndose). ¿Pues cómo se me pone tasa en el comer?

Pancracio. (á Guadalupe). ¿No te dije que era algo bilioso?

Guadalupe. Sí, pero ahora no hay motivo. Me ha puesto mucho arroz, y le digo que no quiero tanto.

Gregorio. (confundido). Es verdad.... yo.... maldita la intención que tenía de... (Dale el plato y toma otro para sí).

Pablo. (arrebatándoselo). ¡Jesús, cuánto arroz! con este tengo.

Gregorio. Paciencia. (Toma otro).

Pancracio. Siento mucho que te estés molestando; pero si es para mí ese plato, échale una ala de pollo.

Pablo. Yo también quiero ala de pollo; yo también quiero ala de pollo. (Gregorio se hace el desentendido y trata de ponerse arroz, Pablo le arrebata la cuchara y la sopera). Pues si no me dan, yo tengo manos. (Empieza á revolver el arroz de la sopera y á comer de ella como si fuera de su plato: Gregorio se sienta mirándolo).

Pancracio. ¿Qué, no comes?

Gregorio. No me gusta el arroz.

Guadalupe. Pues coma vd. de esto, que está sabrosísimo.

Gregorio. ¿Qué cosa es?

Guadalupe. Pruébelo vd. (Gregorio obedece y empieza á hacer gestos y contorsiones).

Pancracio. ¿Estás loco?

Gregorio. ¡Ah!.... ¡ah!.... Es fuego....

Guadalupe. ¡Qué fuego! es chiltipiquín.

Gregorio. (levantándose). ¡Uh!.... ¡uh! .... ¡uh!....

Pancracio. Come sal, hombre, come sal....

Gregorio. (pateando el suelo). Para todo quieres que coma sal. ¡Ah!.... ¡uh!.... ¡uh!.... ya no aguanto.... ¡Uh!.... (Guadalupe se levanta con una cuchara llena de sal, y se la vacía en la boca).

Guadalupe. Cómala vd., cómala vd.

Pablo (que ha cogido un plato de pescado, y comido de él). ¡Ay!.... ¡ay!.... que me aho....go....

Pancracio y Guadalupe. ¿Qué es?

Pablo. (llorando). Me.... me.... me pi.... pi.... pica....

Pancracio. Hueso de pescado sin duda.

Guadalupe. ¡Se muere!

Pancracio. (á Gregorio). Corre, amigo, corre. Aquí á la vuelta vive un cirujano, ve pronto por él.

Gregorio. ¿Yo?

Guadalupe. (dando golpecillos en la espalda á Pablo). ¡Se muere! ¡se muere!.... Haz por tragar....

Pancracio. (empujando á Gregorio). Ve corriendo, Gregorito, ve corriendo....

Pablo. Ya, ya pasó.

Gregorio. Bendito sea Dios. Y ahora que

pasó el hueso del pescado, ¿me podrán dar vds. un poco de agua ó pulque?

Guadalupe. Tomará vd. vino: ¿cuál es el que más le gusta á vd.?

Gregorio. El tinto.

Pancracio. Magnífico lo tengo. Pablo, saca de allí una botella. (Pablo trae una botella, y bebe de ella Gregorio).

Gregorio. (haciendo gestos y con ojos lacrimosos). Con mil demonios, esto es vinagre.

Pancracio. (riendo). ¿Es vinagre?

Guadalupe (id). ¿Es vinagre?

Pablo. (id). ¿Es vinagre?

Guadalupe. ¡Silencio!.... Parece que llora la chiquita. ¿Oyes algo, Pancracio?

Pancracio. Creo que sí. ¿Es cierto, Gregorio?.

Gregorio. No, aprensión de vds., Virginia estará durmiendo.

Guadalupe. (levantándose). No, llorando está. Ya voy, mi alma, ya voy. (Vase corriendo).

Pancracio. Válgame Dios, cómo llora. Si tendrá alferesía....

Gregorio. Déjala, ¿qué le ha de suceder?

Pablo. Ya la está paseando mamá.

Pancracio. (yéndose). Con tu permiso, Gregorio, voy á ver qué le ha sucedido á esa niña.

Gregorio. Muy bien, todos me dejan. Es el exceso de la cortesía. Pero aprovechó-

monos de su ausencia y comamos. (Va á hacerlo á tiempo que Pablo le tira en el ojo una bola de pan). ¡Ah bruto! ¿será posible que no esté vd. un instante sosegado? ¿ó se figura vd. que eso es una gracia?

Pablo. Tengo buena puntería, ¿no es verdad? (Vuelven Pancracio y Guadalupe, quien trae á Virginia en los brazos).

Pancracio. Ya estamos aquí. Quién sabe qué tiene Virginia; óyela cómo grita.

(Virginia grita, Pablo continúa tirando bolas á Gregorio, Guadalupe canta).

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (gritando y golpeando la mesa). ¿No hay quien sirva aquí? ¿No hay mujer alguna que sirva esta mesa?

(En medio de la confusión escabúllese Gregorio, y corre hasta llegar á su casa).

Pedro. Ya está vd. aquí, señor amo?

Gregorio. (derribándose en una silla). Sí, hombre, y muerto de hambre.

Pedro. Yo creí que estuviera vd. repleto.

Gregorio. De sal y vinagre, que son el regalo de los de esta ciudad.—Busca algo que manducar, que ya me muero.

Pedro. ¿Pues los camellos no se están tres días?....

Gregorio. Vuela, y trae algo que comer;

y ruega á Dios que no esté rancia la comida, porque tras un mal nos vienen ciento.

Pedro. (saliendo). Así es la verdad, y por eso dice aquel refrán: Bien vengas, mal, si vienes solo.

DON JOSE MARIA LAFRAGUA.

NETZULA.

I.

Eran los últimos días de Moctezuma: el imperio volaba á su ruina, y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca; donde quiera se escuchaban sus victorias, y los hijos de América doblaban el cuello á la cadena de los conquistadores.

Ixtlou, en otro tiempo terror del enemigo en los combates, se había retirado á la cueva de la montaña, porque no quería presenciar la exclavitud de la patria. Allí esperaba la muerte, y el sepulcro debía ser el escudo que le librase de la furia del vencedor: sólo Netzula su hija sabía el retiro del anciano, y le proveía en él de los alimen-

tos: también Octai era sabedora del refugio de su esposo.

La noche estaba serena; la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa á visitar al héroe: parecía un fantasma que vaga por el campo de la noche: vestida de blanco y suelto el cabelo se extremecía de oír el ruido de la yerba que movía con sus pasos, y la sombra de los árboles que se agitaba pausadamente con la brisa, la hacía temblar.

Se adelantó ligera por el campo, y llegó á la habitación del anciano: estaba sentado sobre una piedra del monte, é inmutable, como su desgracia, vió á la virgen y sonrió.

—Hija mía, la dijo, ¿me traes nuevas de los valientes de Anáhuac? ¿han acabado sus días, ó aun corre la sangre del enemigo en la piedra de sus lanzas?

—No acabaron, padre, no acabaron, contestó la joven: aun puede su espada abrir el sepulcro á los opresores, y pronto será la batalla que decidirá la suerte de la patria: el arco está en la mano de los valientes, y sobre sus hombros refleja la luz en la punta de sus dardos.

—¡Ay! exclamó el anciano: así reflejó alguna vez sobre mi escudo, cuando mi mano era fuerte en los combates; cuando Ixtlou se adelantaba el primero y combatía con los leones del bosque. Entonces me amaba la juventud, y tu madre era la envidia

de mil doncellas; pero ahora no me resta sino un brazo que apenas sostiene mi cuerpo cuando me apoyo en tus hombros, y mis piernas no ensayan otro camino que el sepulcro.

Calló por un momento, y continuó con un ardor mayor que el que ofrecían sus años y su cabeza, semejante á la ala de la paloma.

—Tuviera yo tu fuerza, hijo mío Utah! ¡tuviera yo tu fuerza! no estaría ocioso, escondido bajo de la montaña: volaría al combate y vertería la sangre del extranjero, la sangre de los hijos del océano: entonces en el lugar del campo en que cayese herido se alzaría un recuerdo, y mi alma se uniría á las de los héroes después de la vida para que me admirasen los hijos del tiempo porvenir.

Netzula estrechaba una de sus manos con ternura, y alguna vez se sentía alegre al encontrar sus ojos con los de su padre: tal vez suspiraba por su hermano que estaba en el ejército, á quien amaba como á su corazón; pero la esperanza que se encendía en su alma, le ofrecía la gloria y el triunfo: así es el espíritu de la juventud: le halagan y le consuelan las esperanzas, y no se abre al mal sino cuando es inevitable y le amenaza ya sobre su cabeza.

Antes de amanecer volvió á ver á su madre que la esperaba con la ansia de la incertidumbre. Octai que en los años de paz

se lanzaba á las danzas y á los bailes de la juventud, con la ligereza de un joven ciervo que brinca por las rocas, que alegre como la aurora de la primavera, y hermosa como el iris en el centro de la obscuridad cuando las nubes son el manto negro del cielo Octai que había encantado el corazón de Ixtlou cuando era general de sus compatriotas en los combates de la gloria, hoy recostada y melancólica bajo una cabaña solitaria recordaba los días pasados, y miraba con una lástima mezclada de sobresalto á Netzula que resplandecía de juventud y de belleza.

No le quedaba de los pasados placeres, sino el de tener las noticias que su hija le traía cada noche del amado de su corazón, pues postrada por los dolores caminaba lentamente á visitar á sus abuelos en el firmamento.

Muchas noches pasaron sin que en ninguna faltase la hija de Octai en visitar á su padre, y consolar en cuanto podía el agitado corazón de los dos esposos. Unas veces conversaba con su madre de la hermosura de los campos y de la vuelta de su hermano, y su alma bebía el deleite en las ilusiones y en las esperanzas.

Pero el anciano gustaba más de oír las hazañas de su hijo Utali, que era segundo después de Oxfeler, general del ejército de la América: la virgen contaba á su padre los triunfos pequeños de aquellos días, y

no podía menos de estremecerse á las escenas de sangre que se renovaban.

Ya la luna no brillaba, y sólo las estrellas resplandecían en la noche. Netzula, que aunque no temía ya en la serenidad, se sobresaltaba de cualquiera motivo que le ocurría de nuevo, volvía de la cabaña del anciano, y su pensamiento estaba lleno de las ideas de su familia. Creyó escuchar de repente un suspiro, y se detuvo: aun el aliento había suspendido y temblaba todo su cuerpo. No se atrevía á mirar hacia ninguna parte, y recelaba aun el desengaño que esperaba fuese funesto. Pasado largo tiempo extendió su vista, pero vió todo en una tranquilidad capaz de asegurarla; y como no percibió ya el motivo que la había intimidado, se avergonzó á sus solas, y resolvió seguir y guardar en silencio aquel acontecimiento.

Estaba resuelta á no asustarse de nuevo por estos ruidos; pero á pesar de esto, al pasar por aquel lugar apresuraba el paso y palpitaba aceleradamente su corazón. No tenemos dominio sobre nuestros sentimientos: nos arrastran involuntariamente, y somos su víctima, el juguete de las ilusiones del alma.

Casi había olvidado este suceso; pero otra noche al ir á la cabaña de su padre le pareció escuchar un ruido de alguna persona que caminaba por las inmediaciones. El temor de su alma no era tan grande como

la vez pasada, pero estaba muy lejos de la tranquilidad. Determinó esperar, y creyó convencerse más y más de que respiraban y aún hablaban una ú otra palabra cerca de ella.

La primera sorpresa había pasado, y Netzula permanecía inmóvil, así por el miedo que no le permitía adelantar un sólo paso, como por la curiosidad que le inspiraba saber quién en aquella hora podía vagar por los árboles del monte. Aplicó su oído, y percibió una voz debil que cantaba.

—"Brillante firmamento, habitación del "sol que te abandona en este instante, re-"cíbeme, abre tus puertas que ya voy á tí "á unirme con las almas de mis amigos, de "mis padres, de mi esposa adorada, á es-"perar á Oxfeler, á mi hijo, el amigo de mi "vejez."

"¿Qué soy sobre los campos de Aná-"huac? Arbusto deshojado y seco que el "huracán despojó de su vestidura, y no da "sombra al viajero cansado, y estorba á los "cazadores. Brillante firmamento, abre "tus puertas y recibe á Ogaule: allá me uni-"ré con Ixtlou el amigo de mi juventud."

Ogaule era amigo de Ixtlou, y la virgen le había oído nombrar muchas veces en las conversaciones de su padre. Mas ahora, después de una larga ausencia, se le creía generalmente muerto aun por sus íntimos amigos.

Netzula con toda la confianza de la ju-

ventud, y disipados completamente sus temores, se adelantó hacia el anciano que estaba recostado sobre el campo al pie de una roca: él volvió la cabeza, blanca como la escarcha de invierno, y exclamó con una voz melancólica:

—¿Quién viene á turbar en medio de la noche la soledad del infortunio? ¿Quién se aproxima al viejo que sólo piensa en volver al sepulcro? ¿Es el hijo del extranjero que viene á abrirme la tumba, ó el genio del consuelo que viene en la noche á aliviar mi dolor? Hermosa joven, continuó mirando á Netzula que se había aproximado lo bastante para que él pudiese distinguirla, hermosa virgen, ¿vienes á auxiliar la desgracia?

—Soy la hija de tu amigo, exclamó ella: la hija de Ixtlou, el valiente en los campos de guerra: su espada no centellea en los combates, pero las memorias de sus amigos se alzan en su corazón. Los años arrebataron su fuerza, pero no sus recuerdos de la antigiiedad.

—Ven, acércate, exclamó Ogaule, acércate y que estreche en mis brazos al único resto de mi amigo: pronto me uniré á él, y le diré allá en el firmamento: "Tu hija ha descansado su frente sobre mi pecho; ha sentido palpitar mi corazón al recordar las acciones que ejecutamos juntos."

—Tu amigo no habita en el firmamento, replicó ella, está como tú habitando en el

retiro de la montaña: allí se ha sustraído á la dominación del vencedor; allí espera la muerte ó el triunfo de la patria: ¿por qué no te unes á él, y será menos amarga la soledad?

—Sí, hija mía, replicó el anciano: cuando mi boca empezaba á recibir la sombra de la juventud, ¡oh! entonces estos brazos que ahora ciñen débilmente tu cuerpo, aterraban á los valientes en las batallas, y ahogaban á las fieras del bosque: la espada del enemigo estaba muchas veces á mis piés, y mis manos se empaparon en la sangre de los osos: la patria jamás clamó entonces en vano, jamás Ogaule llegó el segundo á las filas de los guerreros; pero hoy los años me han arrebatado mi fuerza, y no puedo hacer otra cosa que exhalar vanos suspiros por la felicidad de la América. Tú, hijo mío, Oxfeler, tú serás el apoyo de tus amigos, y los altivos hijos del mar temblarán á tu nombre: tu gloria volará por tu patria, y recibirás las bendiciones de los que aman el país de sus padres. Hija mía, vamos: unámonos á Ixtlou; y pues que somos iguales en nuestra vejez como lo fuimos en nuestras hazañas de la juventud, llévame, y tendré el consuelo de abrazarlo antes de morir.

La virgen dió su brazo al guerrero, y sostenía los trémulos pasos del anciano. Adelantándose solitarios por el mundo, parecían el emblema de la prudencia apoyada en la virtud, que camina abandonada y errante

por el universo, y que rara vez aparece á los ojos de los mortales.

Llegaron á la mansión de Ixtlou, que reclinado sobre la tierra esperaba á su hija: Ogaule habló el primero diciendo: "Ixtlou, mi amigo querido." El anciano levantó lentamente su cabeza y exclamó: "¿Es la voz del espíritu de mis amigos de los otros días, que vienen á visitarme en mi soledad desde sus casas celestes, ó es la ilusión de los sueños que consuelan al desgraciado?"

—Es tu amigo, es tu amigo que viene á partir hoy tus penas como partimos en días más felices la gloria y los peligros. No vengo de las habitaciones del cielo, vengo del retiro del monte, donde esperaba la muerte, donde no creí volver á ver á los compañeros de mis años de juventud.

—¿Y vuelvo á oír tu voz, amigo mío, tu voz que era una tormenta para tus enemigos, y suave como la música para los que te amaban? Ogaule, amado Ogaule, tú me das el único placer que puedo tener antes de dormir bajo de la tierra: separado de mi amada, sin hablar con otra persona que mi hija, la melancolía secaba mi corazón; pero ahora el lenguaje de la patria sonará otra vez en mis oídos: ahora hablaremos de nuestros hijos, compararemos sus hazañas á las de sus padres en los días de la antigüedad, y arderá de nuevo en mi pecho el placer que me causó la gloria. Ven conmigo, y esta choza será nuestra habitación,

hasta que el ángel negro señale quién ha de ir primero á esperar á su amigo en la morada de nuestros abuelos.

El corazón de Ogaule se había abierto al placer con un entusiasmo tan puro como en los días de sus amores: Ixtlou olvidó por un momento los dolores que obscurecían su alma para gozar de todo el deleite que le ofrecía la presencia del amigo de sus días de gloria. Netzula, llena de belleza, de ternura y de fuego, participaba de las emociones de los ancianos, y se complacía en la imagen del compañero de su padre. Octai lloró de regocijo al saber que la soledad no cercaría más la morada de su amado.

II.

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario á los dos ancianos: sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia estos objetos de su ternura, y su corazón ardiente deseaba estas impresiones vivas, aunque estaban muy distantes de satisfacerle.

Una noche encontró á su padre muy pensativo: parecía que toda el alma y toda la existencia del anciano estaba envuelta en sus pensamientos. En vano procuró Netzula distraerlo y arrebatarlo de sus medi-

taciones; él la estrechó en sus brazos, le habló friamente de su madre y de su hermano, y parecía que la contemplaba con más cariño que otras veces. Ogaule le dirigió miradas muy tiernas; pero calló igualmente sobre el asunto que llenaba el alma de su amigo.

Recibieron noticias de Utali: su valor sobresalía en la guerra: Oxfeler le miraba como á un amigo íntimo, y era el confidente en sus determinaciones, y su defensor en los combates. Los ancianos vertían lágrimas de amor y de entusiasmo con la fama de las hazañas de sus hijos; y cada una de las distinciones de Oxfeler á Utali era un vínculo más para los dos amigos.

—Hija mía, dijo Ogaule á la joven en una de las noches de la cabaña del monte: hija mía, tú eres la más hermosa de las vírgenes de Anáhuac, y mi Oxfeler tiene un lugar entre los guerreros que aspiran al premio del valor y á la corona de la patria. ¿Rehusará la belleza unir su suerte al defensor de los pueblos?

Netzula dirigió una mirada á su padre, bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon como las manzanas del otoño: guardó silencio: Ixtlou estrechó la mano de su hija y sonrió: ella callaba, pero el guerrero dijo á su amigo.—Un sólo placer me resta sobre la tierra: cuando mi hija venga á aumentar los lazos que unen á nuestras familias, la espada de los extranjeros no será terrible á

mis ojos, y la tierra del sepulcro será lecho muy dulce á mi sueño. Sí, exclamó Ogaule, tú serás la esposa de mi Oxfeler; él te amará y tú le amarás, y los votos de mi alma estarán colmados: habla, hija mía, dame este día de placer, y volverá á levantarse en mi pecho la alegría.

Netzula contestó que nada podría ella negar de lo que hubiese de complacer á su padre, pero que esperaba saber los pensamientos de Octai: los ancianos estrecharon en sus brazos á su hija, y conocieron que su madre partiría con ellos el placer que las esperanzas de este enlace les ofrecían.

La hermosa se retiró llena de las ideas de la noche: nada veía, ni el campo, ni la naturaleza; su alma estaba absorta en las ilusiones y en la esperanza; el amor del primer guerrero, del defensor de Anáhuac, del hijo de Ogaule, halagaba su corazón y experimentaba un movimiento de orgullo de contemplarse esposa de Oxfeler; pero cuando pasaban estas consideraciones, su alma se hallaba sumergida en un vacío inexplicable. ¡Ay! ¿es lo mismo la admiración que el amor? ¿Puede llenar un simple orgullo el lugar del más puro sentimiento del hombre?

Octai supo con placer quién era el esposo de su hija, y vertió lágrimas al recuerdo de la juventud de Ixtlou; sólo le disgustaba la idea que de tiempo en tiem-

po se presentaba á su alma, á saber, que Netzula no conocía aún al hombre con quien debía unir su suerte; pero el corazón de la virgen era tan puro como el primer rayo de luz de la mañana, y la madre esperaba que aquel amor la llenaría del todo; que haría la felicidad de su hija.

La joven se había llegado á familiarizar con la imagen de Oxfeler; éste á quien su padre había dado noticia de la mano que le preparaba, había contestado á su esposa con toda la ternura de la juventud y todo el entusiasmo de un guerrero, y ambos estaban satisfechos, y esperaban el fin de la guerra, ó alguna ocasión favorable, para unir su suerte.

Los días de Netzula pasaban con tranquilidad, y las noches en el regazo de sus padres; su agitación solamente eran los ausentes, á quienes amaba en el campo. Su hermano y Oxfeler, eran los que solían arrancar un suspiro á su corazón; alguna vez fijaba su atención en su madre, que oprimida por la edad volaba á la tumba. La juventud se complace en distraerse, aun en medio de los peligros, y las ideas lúgubres son desechadas de su pensamiento.

III

El día de un combate se aproximaba; y aunque no era éste el que debía decidir la suerte de América, Ixtlou y su familia

lo esperaba con ansia: Octai solía estar agitada por tristes presentimientos; temía que la muerte cubriese la hermosura de Utali. Netzula se estremecía al pensar en los peligros de los que amaba.

El día llegó: mil veces la flecha se tiñó de sangre de los hijos del océano; pero el rayo que lanzaban deshizo las fuertes columnas de Anáhuac, y los guerreros abandonaron el campo: Netzula se paseaba en el jardín de su casa con la inquietud de la esperanza y el temor: oyó un leve ruido entre los árboles, y vió una figura imponente que se acercaba á ella; se detuvo, y esperó con resolución.

Era un guerrero; su cabeza estaba cubierta con plumas blancas y encarnadas; el oro y las piedras cubrían su cuerpo; una grande hacha en su mano y un escudo de un tamaño enorme en su izquierda; su talla era gigantesca, y un manto encarnado guarnecido de oro contribuía á hacer su aspecto magestuoso. Estaba fatigado, y sus facciones conservaban aún el ademán terrible del combate.

Netzula resolvió momentáneamente mil pensamientos; pero la vestidura, que indicaba ser el guerrero de los principales jefes del ejército, le volvió la tranquilidad, aunque su corazón palpitaba fuertemente. Permaneció inmóvil y silenciosa con los ojos fijos en el jefe.

El guerrero rompió el silencio: bella jo-

ven, exclamó, ¿rehusarás la fruta de tus jardines al defensor de tu patria? Netzula le presentó las más frescas, y se atrevió á preguntar por Utali y el ejército: el joven sació la sed que le devoraba, y habló así: "El extranjero se presentó sobre las montañas: los fuertes de América estaban sobre el valle, firmes, inmóviles, apoyados sobre sus armas, como la encina, cuyas ramas se asientan en su ancho tronco; el sol estaba en sus armas; los hijos del océano se adelantan hacia nosotros, y un torrente de fuego va delante de ellos; el humo los envuelve, y el sol se oculta en un velo de nubes y sangre: el campo es todo un lago rojo, un sepulcro de héroes."

"La noche nos cubre entretanto, y la oscuridad envuelve el combate: nosotros nos retiramos al monte, y volveremos á unirnos en el bosque para luchar con los hijos del mar. Hoy estamos abrumados por la fatiga, pero mañana buscaremos la muerte en las armas del enemigo: el lugar que ocupe nuestro cuerpo tendido por los campos será cubierto con gloria. Utali, el más valiente de los jóvenes de Anáhuac, derramará sobre él las lágrimas de la amistad, y levantará mi fama: vive aún, y él será el consuelo de sus padres y la delicia de las hermosas de Anáhuac."

La virgen había escuchado en silencio la relación de la muerte; pero las últimas palabras del héreo habían alegrado su cora-

zón: sus ojos estaban animados, y miraban al jefe como al amigo de su hermano: quiso preguntarle por Oxfeler; pero un rubor secreto coloreó sus mejillas, y las palabras se disiparon en sus labios: después de un momento de pausa, convidó al jefe á descansar en su casa; pero el guerrero exclamó: "La patria me llama, no me detendré, linda virgen, tu memoria me seguirá á todas partes, y tu imagen vivirá siempre en mi corazón: volveré á verte cuando el fuego de los combates haya consumido al poderoso extranjero, cuando las aves del cielo celebren festín sobre el campo de su derrota."

El guerrero partió: Netzula fija en un lugar, estaba llena de pensamientos: la derrota de su país, el valor y la vida de Utali, la duda sobre Oxfeler, y el amor de las últimas palabras del hijo de la guerra habían agitado su corazón: pensaba en sus padres y en su madre moribunda, á quien podría conducir al sepulcro la caída de los bravos de Anáhuac.

La promesa de volver que había pronunciado el valiente, ocupaba su alma; pero podría ser la expresión de la gratitud, y no del amor.

La juventud vacila siempre en sus ideas: el joven había conmovido el corazón de Netzula; pero ¿por qué siempre el recuerdo de Oxfeler se unía á la imagen del guerrero de los jardines? Netzula por un mo-

vimiento involuntario resolvió no decir nada de aquel acontecimiento á su madre: cualquiera impresión profunda podría agravarla, y ella sería entonces acaso la causa de su muerte. Así encontramos en todas ocasiones razones plausibles para apoyar nuestras ideas: volvió á su casa y aparentó tranquilidad, aunque su alma estaba llena de recuerdos, y la memoria de Oxfeler se unía á todos sus pensamientos.

La derrota de América se extendió pronto, y estaba coloreada de negro: sólo Utali y Oxfeler habían escapado de la muerte: el campo era el sepulcro del ejército: el desaliento era general, y el miedo hacía grandes los estragos: se supo por fin que la mayor parte había llegado al bosque en que deberían reunirse, y que muy pronto volvería á encenderse la hoguera de la guerra.

Netzula dió aquella noche la noticia á los ancianos, y les llevó cartas de Oxfeler: en ellas vieron que aunque la derrota era considerable, el valor más fuerte que las armas, ardía aún en el pecho de los soldados: dentro de poco combatirían por la última vez, y anhelaban porque llegase el momento de la batalla: las almas de Ixtlou y de Ogaule crecían en los peligros, envidiaban la penosa muerte de los que habían perecido en el combate, y habrían querido participar de la gloria que esperaba á sus hijos.

Estrecharon á Netzula alternativamente

en sus brazos, y le recordaron la unión de Oxfeler: la virgen prometió su mano de nuevo al general de su patria, y se sonrió con el entusiasmo de los ancianos; pero esta sonrisa tenía cierta melancolía amarga como la que inspiran los sentimientos secretos y tristes del corazón, cuando prevemos un mal indefinido é incierto.

Cuando volvía á su casa era cerca de amanecer, y la luz débil del oriente empezaba á iluminar los objetos; pero la virgen estaba llena de los acontecimientos del día: la idea del guerrero de los jardines vivía en su alma; así pasaron muchos días, y la imagen del general del ejército había sido casi borrada poco á poco de su corazón; como á nadie había comunicado su encuentro, no volvió á oír hablar de él, y Oxfeler, cuyo nombre oía todos los días, ocupaba de nuevo su alma. Nuestras impresiones más vivas pasan ligeras, y sólo vuelven á nosotros como la imagen de un sueño que nos conmovió; las cartas del hijo de Ogaule no hablaban ya de Netzula; pero los ancianos lo atribuían á la guerra que llamaba toda su atención, y este silencio era acaso lo que hacía crecer el interés de la joven.

En una noche de las que vino la virgen al asilo de la ancianidad, dijo á Ixtlou: Padre mío, pasado el día de mañana habrán brillado sesenta primaveras sobre vuestra frente: en otros días más felices estaba yo

al lado de mi hermano, y todos reunidos formábamos la alegría del corazón; pero hoy en los combates.... acaso.... mejor fuera que estuviese á nuestro lado, y que se separase de los peligros....

—Calla, hija mía, interrumpió el anciano: tus palabras son de una doncella tímida, hablas como una mujer débil. Jamás el hijo de Ixtlou huirá de los poderosos en la guerra; jamás llegará el postrero al combate del valor: hijo mío, continuó después de un corto silencio, el alma de tu padre se regocija en tus hazañas, y tu fama que se levanta es el placer de mi ancianidad; no temo tu muerte, todos tus abuelos murieron en los campos del bravo; temo que antes de tu caída no ciña tu frente el laurel de la gloria.

El anciano cesó de hablar: sus ojos brillaban en su rostro surcado por las arrugas, y contrastaba el fuego que ellos despedían con el aspecto frío de la ancianidad; Netzula también estaba silenciosa, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, porque su pensamiento recordaba á Utali, al amigo de su juventud y de su niñez.

IV.

El día se acercaba, y la hija de Ixtlou marchaba por el monte llena de sus pensamientos, oyó el bramido de una fiera muy

próximo, y se paró helada de terror; un sudor frío corría por sus miembros, y el cabello se erizó sobre su frente; temblaba como un ciervo cuando es sorprendido por el cazador.

Oyó segunda vez un grito del animal; pero no era el acento ya del furor, sino el último gemido de uno que va á expirar, dilatado y profundo como los dolores de la postrera agonía de la vida. Osó sacar la cabeza del árbol en que se había ocultado, y vió un lobo expirando á los piés de un hombre que aún conservaba en su mano el dardo ensangrentado con que le había herido. Netzula estaba aún más sorprendida: el cazador podía investigar la morada de los ancianos, y esta idea era cruel para la hija de ellos.

La luz resplandece en el oriente, y la joven no puede ocultarse ya; el cazador la conoce y se aproxima á ella: el héroe de los jardines es también conocido por la virgen de la noche: el jefe no estaba cubierto de oro ni su cabeza de plumas; pero una piel de oso sobre sus espaldas, y un arco con sus dardos en su mano realzaban la hermosura del cazador: fijó en tierra la punta del dardo, sus ojos en la hija de Ixtlou, y exclamó: Querida de mi corazón, tu imagen ha sido mi compañera desde el día de los jardines en el día y en la noche: en la caza y en el sueño, en las batallas y en el descanso has venido á encantar mis

meditaciones: ¿rehusará la hermosa del Anáhuac el apoyo del fuerte para restituirse á la casa de sus padres?

La joven calló; pero sus mejillas estaban más encarnadas que el oriente: por fin, dijo al cazador, que los caminos eran seguros, y que podría volver sola al asilo de su habitación: el héroe marchó pensativo, y la joven aún palpitaba cuando llegó á la casa de Octai.

¡Qué impresiones ocupaban de nuevo el alma de la hija de Anáhuac! Había vuelto á ver á este guerrero, á este hombre que la había sorprendido con todo el explendor de la gloria, y con todo el interés de la desgracia. Ahora no estaba tan lleno de brillo como el día de los jardines; pero su rostro no estaba abatido, y era más hermoso por sí solo con el vestido de cazador que con el uniforme sobresaliente y el plumaje de los guerreros.

Así será Oxfeler, se dijo en su interior la virgen, y este recuerdo de Oxfeler, la amargaba en aquel momento. Se acordaba del compromiso que la unía con el jefe, y esta memoria era como una nube que se levanta, vaga y empañada, y se interpone entre la luna apacible y el campo solitario.

Pasaron algunos días pero no se olvidaba este pensamiento: y si la hija de Ixtlou hubiera sabido dibujar, habría podido retratar al joven que había debido á su generosidad los socorros del jardín. El si-

lencio de Oxfeler hacía de cuando en cuando sospechar á la virgen que estaba olvidada en el corazón del héroe que sólo anhelaba la sangre y la gloria. ¿Qué soy yo, se decía á sí misma en comparación de la perspectiva de fama que él tiene ante sus ojos? Anhela los combates y no aprecia ni mi afecto ni mi amor.

Sin embargo, esta idea no la afligía mucho. Esta falta del héroe le volvía en parte su libertad, y ella se conocía dispuesta á desterrarlo de su pensamiento. Su idea favorita era entonces ceñirse la banda de las sacerdotisas del sol, y vivir separada del universo. En los pensamientos tristes nos fijamos en la religión y ella es el consuelo de las calamidades del dolor en la vida. ¡Oh la joven bellísima del Anáhuac no tenía escrita la felicidad en su hoja del libro del destino!

En aquellos días se recibió una carta del hijo de Ogaule, en que hacía mención de Netzula. Estaba llena de un fuego que aun en sus primeras cartas jamás había usado. Los ancianos la leyeron á la hermosa, y en el encarnado de su rostro creyeron leer el placer mal disimulado de su corazón: pero los pensamientos de la doncella se habían obscurecido con estas expresiones del amor.

Vuelta á la casa de su madre, meditaba en estos acontecimientos, y en su alma luchaban una multitud de irresoluciones. Oxfeler es su amante, el amante de la elec-

ción de su padre, el que ha tenido ya su palabra y su consentimiento; pero á pesar de las expresiones de ternura que le prodiga, á pesar de las esperanzas de fortuna y de gloria unidas á este enlace, ¡qué vacío deja en su corazón! ¡qué imposible es para ella desterrar de su alma á ese guerrero desconocido que no tiene otro mérito que la impresión repentina que ha hecho sobre su alma!

Pero ya es casi público el matrimonio tratado entre el jefe glorioso y la hermosa de Anáhuac, y no pudiera sin manchar su fama, ofrecer á otro un corazón en que había ofrecido colocar al héroe de la patria: este respeto á nuestro honor y á la fama pública es la pasión de las almas grandes: si á Netzula sólo se hubiese ofrecido por inconveniente la pérdida del puesto glorioso que la esperaba al lado de Oxfeler, no hubiera vacilado un solo momento para romper el compromiso que la unía con él, pero no podía resolverse á sacrificar su honor.

De esta manera resolvió separar de su corazón el recuerdo del cazador, y consagrarse entera al hijo de Ogaule: se ofrecía al sacrificio, y si lo resistía su voluntad, encontraba un apoyo en su conciencia y en la razón, pues ningún título podía tener á su amor un desconocido á quien sólo había visto dos veces, y cuya alma y costumbres estaban cubiertas con un velo.

Contestó, pues, la carta del héroe con to-

do el entusiasmo, que si no inflamaba su corazón, al menos era correspondiente á sus deseos y á los propósitos que había formado. Le ofreció de nuevo confirmar sus promesas con la solemnidad más fastuosa, luego que el laurel de la guerra cediese su lugar al mirto del amor.

He aquí, dijo una noche al despedirse á su padre, mi respuesta al electo de vosotros; y sonrosándose partió al momento. Ixtlou leyó la carta, y abrazó ardientemente á Ogaule diciéndole: Amigo mío, he aquí el alma, he aquí la voz de mi Octai: cuando luchábamos en los juegos de la fuerza, así me hablaba la virgen de mi amor. Los ancianos sintieron una lágrima correr por sus mejillas, y gozaron anticipadamente el placer de la unión de sus hijos.

V.

Los hijos de la España se han extendido por los campos de Anáhuac, como la tormenta que cruza por el inmenso cielo: el camino que conduce á la mansión del monte de los ancianos, está cada día más peligroso é inseguro: ya las marchas de la virgen se retardan, y sólo se desliza por los campos cuando la llama la necesidad, ó puede servirla de asilo el obscuro seno de una noche lóbrega.

La mano dura de la enfermedad se asien-

ta sobre su frente, y el color de la rosa desaparece de sus mejillas: los pesares y los tristes presentimientos de su corazón, agravan sus males. Se presenta una noche á propósito para ir á la cueva; la virgen procura esforzarse, pero Octai más prudente se ofrece ir á ella, y logra con trabajo que su hija permanezca en la casa.

Ha partido ya; pero también el sueño está muy lejos de los ojos de Netzula; Octai no volverá hasta el amanecer, pero su hija ha resuelto esperarla, y no gozará de la tranquilidad antes de su vuelta. La inquietud por las personas que amamos, es uno de los tormentos de la vida.

Netzula se ha colocado en una ventana, y espera con ansia á la madre á quien debe el ser: la noche está obscura, las nubes presentan un cielo negro y uniforme, como el velo de un sepulcro: una estrella brilla solitaria por un momento, y va á perderse en la obscuridad: así el rayo de la dicha para los hombres, brilla un instante, y desaparece en la inmensidad de los dolores.

Dentro de poco el agua cae impetuosamente, y el corazón de la doncella late con violencia: sabe que el camino de la montaña está cortado por muchos despeñaderos, oye distintamente el ruido de los torrentes que se precipitan de la altura, y entre tanto se aproxima la hora en que Octai debe volver.

Esta hora ha pasado, y nadie se presenta,

el albergue paternal no ha oído otra voz que las violentas exclamaciones de la hija del héroe. Quiere salir; ¿mas adónde puede dirigir sus pasos por un suelo cortado en aquella hora por mil torrentes? Así pasa hasta el amanecer la noche en una mortal inquietud.

Al empezar la luz mira aproximarse entre las sombras del campo una figura elevada, y su pensamiento se fija por un momento en la idea halagüeña de que será su madre; mas las grandes formas del que se aproxima, le hacen conocer que no es ésta la delicadeza de Octai.

Muy pronto no puede dudar ya que es la misma Octai que viene en los brazos de un hombre. Netzula sobresaltada, se precipita á la puerta, donde encuentra á su madre en pie al lado del extranjero; la joven reconoce en éste al guerrero que la habia acompañado en la noche.

Hija mía, exclama Octai, reconoce á mi libertador: perdida en los montes, abrumada por la tempestad, desfallecida por el cansancio, esperaba la muerte recostada sobre la yerba; pero este hombre se presentó al socorro de mi desgracia, y vuelvo á ver á la hija de mi amor.

El guerrero permanece en pie en la puerta de la casa: fijos los ojos en la virgen, la clavaba con sus miradas: Netzula á su vez, parecía pedir al héroe la explicación de aquel suceso, y como preguntarle si-

lenciosamente, por qué motivo había podido hallarse en tan horrenda noche sobre la montaña.

De todas maneras, después de la última resolución en que se habia determinado á acompañar al altar á Oxfeler, esta aparición repentina del desconocido, á quien á pesar suyo se inclinaba su corazón, cuya imagen aún vivía en él, era una especie de fatalidad unida á su destino: el nuevo mérito que acababa de contraer, era una circunstancia que contribuía á avivar en su alma este sentimiento que tantas veces había querido desterrar de ella: el héroe era el libertador suyo, el salvador de su madre, y este hombre era al mismo tiempo el amado de su corazón.

Octai se retiró un momento á mudar su vestido que estaba empapado con el agua de la pasada tormenta, y Netzula sola con el guerrero teme una explicación. Para aparentar serenidad, y evitar si era posible el entusiasmo de su amante, le pregunta con interés el modo con que ha podido encontrar á su madre: el guerrero levanta la cabeza, y con acento apasionado responde: "A vos era á quien yo buscaba." La joven se sonrosea, y guarda silencio. El continúa:—Desde la noche en que os encontré por el monte, he venido á él frecuentemente, esta habitación ha sido mis delicias; esta noche encontré á una mujer tendida y casi moribunda por la tempestad; pero

estaba muy lejos de creer que era yo útil á vuestra madre. Hermosa joven ¡ah! una mirada, y quedarán compensadas todas mis penas.

La doncella cada vez más embarazada, desearía poner fin á las palabras del hombre; pero ellas causan un placer secreto á su corazón: sus hermosos ojos se fijan en él por un momento, y vuelven á clavarse en la tierra: una sola mirada, pero en ella ¡cuánta gratitud, cuánto interés, cuánto amor!

Sed mía, exclama el extranjero; estoy cubierto de gloria, mi presencia es el terror del enemigo y mi corazón es todo vuestro; sed mía, no temáis: nadie puede oponerse á mi voluntad: la gloria, el poder, la opulencia, todo estará á vuestros piés, y más que todo mi alma que os adora; ó si os agrada, á todo renuncio: vendré á vuestro lado á vivir feliz, y á haceros dichosa con vuestra madre; vuestro amor lo prefiero á todo.

—Imposible, imposible, responde confusa y precipitadamente Netzula; consagrad vuestro corazón á otras hermosas, vos seréis su delicia: ¡ah! puedo amaros; pero unirme con vos, jamás, jamás.

—Vuestra madre se acerca, replica el héroe, concededme á lo menos una gracia: decidme dónde puedo veros, y todos los obstáculos desaparecerán. Hermosa de Anáhuac, ¿desecharéis á un jefe cubierto de gloria?

—No puedo veros, contesta la doncella casi llorando: he ofrecido á otro mi corazón, no hay remedio, no hay remedio; mi pecho debe estar ya cerrado al amor.

Octai les interrumpe en este instante: atribuye la turbación de su hija á la conmoción que ha experimentado en su ausencia, y en la exaltación ardiente de su gratitud, prodiga con ternura mil expresiones de amistad al extranjero: éste la escucha silencioso; sus miradas que de tiempo en tiempo caen sobre Netzula, llevan impresa la compasión, el amor y la desesperación, todo á un tiempo.

Octai procura hacerle aceptar algunos regalos, en vano; el guerrero dirige algunas palabras amistosas y melancólicas á la madre de la hermosa, y ha partido ya.

VI.

La joven está solitaria y afligida: mas los pensamientos del guerrero desconocido cubren su alma: su pecho se levanta de tiempo en tiempo con los suspiros de amor: pero la memoria de Oxfeler viene á obscurecer su corazón como una visión fúnebre que se aparece en medio de la obscuridad de la noche.

Octai habla del libertador, y dirige á su hija palabras que respiraban toda su gratitud: alaba su hermosura, su gracia, y el valor y la fuerza sin igual con que había

atravesado, con ella en los brazos, todos los torrentes, todos los precipicios. Netzula sonríe al escucharla; mas esta sonrisa estaba muy lejos de ser la expresión pura de la felicidad.

Octai entre tanto había perdido en aquella noche todas las fuerzas que le quedaban: la edad había deslucido el esplendor de su frente, y el sueño del sepulcro pesaba ya sobre sus lindos ojos negros, sus lindos ojos que fueron en los días de su juventud el amor de los héroes.

La hermosa, ya restablecida, protesta á su madre que no volverá á permitir que se arroje á las montañas, que en dos ó tres días ya estará ella misma capaz de visitar á los ancianos, y que el gozo de estrechar contra su pecho á su padre, se aumentará con la idea de dejarla en seguridad.

Llega por fin la noche de la partida al monte, y Netzula siente aproximarse la hora de su marcha como un momento de infortunio: el desconocido la ha dicho, que la noche de la tempestad á ella era á quien esperaba en el monte; ¿por qué no la esperará hoy? Su vista era para ella un placer profundo; pero sin embargo hubiera deseado no verlo más.

La luna no se presenta sobre el horizonte; pero las estrellas centellean con todo su brillo: la virgen las mira, y parte entre los latidos de su corazón: desearía que hubiese pasado ya aquella noche, y sin embargo, la consuela la vista de los ancianos.

Con la rapidez de una fugitiva ha atravesado el monte: padre mío, exclama arrojándose en los brazos de Ixtlou: el anciano la estrecha sobre su corazón, y Ogaule viene á unir sus caricias á las de Ixtlou, y entre ambos disipan el pesar de la esposa de Oxfeler. La noche pasa sin sentirlo, y las horas de la felicidad se acercan á su fin. Anda, exclama Ixtlou, hija mía, va á amanecer, y es necesario separarnos. Tu madre te llama.

Netzula pasa por el monte con la misma velocidad que ha venido, y va llena del amor de sus padres; mas las caricias de Ogaule tienen algo de triste para ella: le recuerdan á Oxfeler, y esta memoria es penosa para su alma.

Ha salido ya de la montaña, y repentinamente se encuentra rodeada por cuatro soldados cuya lengua es ignorada de ella; no puede dudarlo, ha caído en manos de los españoles; conoce todo el horror de su desgracia, y se resigna al sufrimiento; todo lo ha perdido para siempre, sus padres, su patria y aun su amante. La memoria de la aflicción de su querida madre no es el menor de sus tormentos. Inclina la cabeza, derrama una lágrima, y marcha como la víctima al sacrificio del sol.

Pocos pasos ha caminado, y sus opresores han huído abandonándola sobre el campo solitario: la luz del oriente ilumina ya todos los objetos, y brilla sobre las armas y el plumaje del héroe de los jardines que

se presenta á su lado. Netzula sorprendida guarda silencio.

—Hermosa joven, exclama el guerrero, he pasado las noches en la montaña esperándoos, y en esta os he visto atravesarla; no he querido desobedeceros presentándome á vos, y era mi resolución contentarme con solo vuestra vista; pero los hijos del océano os sorprendieron, y no he podido dejar de libertaros; si ellos se hubiesen defendido, mi muerte era cierta, pues estaba solo; mas han creído por mi traje que el ejército me seguía.

—Valiente guerrero, dice Netzula levantando su frente, todo os lo debo; huid, estos hombres vendrán dentro de un instante, y seremos sus prisioneros, huid, huid.

—Huyamos, contesta el desconocido, huyamos, é hincándose ante la joven, continúa: Sígueme, sígueme, ven á gozar en mis brazos de toda la felicidad; ven, la gloria, el poder, el amor, todo te llama á ser mi esposa, sígueme al altar.

—¡Nunca! exclama Netzula llorando, nunca; la felicidad no se hizo para mí; estoy cerca de la casa de mi madre, huid vos, huid.

—Pues que no podeis ser mía, grita furioso el guerrero, poniéndose en pie, pues que no podeis ser mía, id á gozar en brazos de otro, de los placeres; yo voy á buscar la muerte entre los enemigos; y se dirige apresuradamente en seguimiento de los españoles.

Netzula sobresaltada quiere detenerlo; pero él se ha separado bastante lejos de ella. Jamás seré de otro, exclama la virgen; suspirando el héroe vuelve apresuradamente, y tomándole una mano que estrecha en sus labios, le repite, sígueme, sígueme.

—Nunca seré de otro, dice Netzula con toda la emoción del amor; pero no puedo ser tuya. Continúa con firmeza: guerrero, la patria es tu primer deber, no la prives por una pasión del auxilio que debe esperar de tí en los días de su conflicto; vuelve al ejército, y consuela con la gloria de tu dolor.

—Si la patria me llama, repite el héroe, combatiré por ella, pero buscaré la muerte en los combates, pues no hay felicidad para mí. Adiós, mujer incomparable, adiós; cuando la voz de mi muerte haya herido tus oídos, recuerda toda la violencia de mi amor. Adiós.

El héroe ha marchado con la celeridad de la desesperación; Netzula no menos llena de dolores, pero conociendo el peligro ha vuelto aceleradamente á la casa de su madre.

VII

Octai, madre tierna, esperaba á su hija con la impaciencia del afecto y de la incertidumbre: luego que la vió procuró infor-

marse de la causa de su dilación, y la joven la refirió todo lo acontecido sin ocultar otra cosa que las protestas de amor del guerrero, y la promesa que le había hecho ella de no ser jamás de otro.

El alma de Octai se exhaló en expresiones de gratitud al desconocido, y las exaltadas palabras de la madre se encontraban en una armonía perfecta con el corazón amante de la hija.

Entretanto los males de la ancianidad no pierden nada de su fuerza, y cada día aproxima al sepulcro á la esposa de Ixtlou. Las continuas agitaciones de su alma conspiran con su debilidad para conducirla aceleradamente á su fin.

Netzula por su parte se ha resuelto ya: tomará la banda de las sacerdotisas del sol, y renunciará para siempre al poder, á la gloria y á los hombres: sin embargo, esta renuncia ha hecho correr sus lágrimas. Para renunciar á Oxfeler bastaba renunciar las grandezas del mundo; pero para renunciar á los hombres era preciso renunciar á su querido, al desconocido libertador suyo y de su madre.

Pero no hay remedio: ha prometido su mano á Oxfeler: puede todavía renunciarle, pero no puede escoger otro esposo: satisfecha de su resolución, recobra su tranquilidad, pero está grave y triste como la música de un funeral.

Los males de Octai no permiten á su hi-

ja que le comunique una cosa que causándole una emoción violenta, puede agravarla; pero la comunicará á su padre, y remitirá á Oxfeler una carta en que renuncie á su enlace. Esto le parece lo mejor, y el único partido que le resta.

Ixtlou oye silencioso la resolución de su hija, y aunque penetrado del más profundo dolor, no se atreve á oponerse á ella: cree este acto obra de la religión, y espera que el tiempo acaso destruirá en el corazón de Netzula el entusiasmo de la que ve poseída. Conviene, sin embargo, en que se avise á Oxfeler y se reserva el volver á unir este enlace cuando se haya terminado la guerra y la presencia de Oxfeler pueda hablar en su favor á Netzula.

La joven, como descargada de un grave peso, vuelve á la casa de su madre: ya no hay aquella lucha de afectos que destrozaban su seno; pero la imagen del desconocido parece un tormento que la hace detestar esa banda sagrada que va á ceñirse y que ha escogido por él.

Octai la recibe con todo el afecto de una madre; pero su voz está débil y lánguida, como una sombra, como una voz de las personas que ya no existen. No hay ya esperanzas: va á abandonar á su hija para siempre y ésta determina avisar á su padre.

Ixtlou no teme á los peligros cuando se trata de ver por la última vez á la querida

de su juventud: ha dejado la cueva del monte y le acompaña Ogaule: ambos están al lado del lecho de muerte. Octai fija sus miradas alternativamente sobre todos sus amigos, y sin poder hablar, recomienda en palabras interrumpidas á su hija que cuide de Utali.

Su hija estrecha contra sus labios la mano helada de la moribunda: Octai fija sobre ella una mirada, y sus ojos están inmóviles para siempre. Está concluido: la hermosa, la brillante Octai, la que era la admiración de su juventud y á cuyo lado se agolpan los amantes, ha muerto sola con su esposo y su hija y el amigo de ambos.

La hija conserva su serenidad exterior; pero la dicha no volverá á lucir para ella: procura consolar á su padre; mas ella misma necesita más que nadie de los consuelos. ¡Cuánta tristeza ha caído sobre ella en tan pocos días!

Ve conducir á su madre al sepulcro: las lágrimas corren en silencio sobre sus mejillas; pero ningún grito, ningún acto de dolor estrepitoso se le ha escapado. Estas almas que reconcentran el dolor en sí mismas, sufren más, y como si los pesares no hallasen salida, se fijan de un modo firme en su corazón.

Entretanto, ha llegado un correo del ejército: trae la respuesta de Oxfeler; manifiesta un sentimiento frío por la resolución de Netzula, y comunica que está para darse

una batalla general que será casi decisiva.

Este aviso ha distraído á Ixtlou de su pesar: las memorias de sus pasados años renacen en su alma: recuerda los combates de su juventud, y en unión de Ogaule, ha determinado ir á presenciar el día de la batalla: marcharán, y sólo encargan á sus hijos que les den el aviso oportuno para presentarse en el campo.

Conversan entre sí, y se cuentan las hazañas que hicieron en los otros tiempos. Netzula los escucha, y el recuerdo de su guerrero desconocido entretiene su pensamiento, mientras los ancianos se pasean sobre los días pasados.

Netzula no ha vuelto á hablar del templo del sol, y su padre, que aun conserva la esperanza de unirla al jefe de Oxfeler, no quiere apresurar la ejecución de un proyecto, que aunque en secreto, pero ha sido reprobado: así pasan los días entre los diversos afectos del corazón de la joven, y la lucha de los sentimientos impetuosos.

VIII.

¿Qué es la vida? el sueño del infortunio. El llanto en la cuna, los pesares de la juventud, el sepulcro por término de la carrera. Tal es la suerte del hombre.

Abatida por los dolores, la hija de Ixtlou

sentía arder sobre su frente la fiebre que la conducía á la tumba; pero no queriendo afligir á su padre, callaba, y miraba la muerte como el lecho de su descanso, el asilo contra la tormenta.

Una noche que el sueño había huido de sus ojos, se encaminó á la roca que guardaba el cuerpo de su madre: el cielo brillaba en su esplendor; la naturaleza está serena; pero el alma de la virgen, como cubierta de un velo negro, no pueden penetrar á ella las ilusiones agradables.

Se sienta sobre la roca, y se entrega á su llanto y á su meditación: las ideas tristes pasan rápidamente por su alma, pero dejan en ella rastros profundos. Se ha serenado un poco: sus palabras son ya más claras, y el aire de la noche recibe el acento melodioso de la joven.

—La noche está al rededor de mí: mi madre á mi lado: el dolor sobre mi corazón: madre mía, tú eras mi encanto en las horas de la infancia. ¡Ay! los días brillantes de mi juventud han pasado, no miro tu sonrisa, ni oigo tu voz en la casa de mi padre.

—Ahora mi frente está abrasada, abrasada como la hoguera del sacrificio; pero mañana estará á tu lado fría, helada, como el monte de la nieve: madre mía, abre tus brazos, haz un lugar en el lecho de tu descanso á tu hija, tu hija á quien tanto amabas en tu vida.

—¡Adiós, Ogaule; adiós, Utali, hermano mío; Ixtlou mi padre, héroe de los pasados días, adiós! Y tú, guerrero desconocido, amado mío, tú, cuya presencia me ha encantado, cuya imagen está fija en mi corazón, ya no volveré á verte.

—Yo era en otros tiempos la hermosa de Anáhuac, toda la belleza de la juventud estaba sobre mi frente: ahora las esperanzas de fortuna, de gloria, de amor, todo está concluido: amado mío, si en algún día tu voz llamare á tu amada sobre su sepulcro, mi sombra vendrá á corresponder con una sonrisa tu memoria.

El canto de la noche ha cesado: Netzula ha bajado de la roca y camina por el campo triste y solitaria: Ixtlou se le acerca con el paso grave de la edad y le dice: Hija mía, sígueme, vamos á los campos de los guerreros: mañana debe ser la gran batalla: si los nuestros cayeren, cúbranos su tumba: mis ojos no verán la ignominia de la partia: si el triunfo corona á los hijos de los héroes, yo me regocijaré en las fiestas de la juventud, y será pacífico después mi sueño sobre el lecho de tierra. ¡Ah! ¿por qué mi brazo no puede sostener ya la espada de los combates?

El anciano calla: Netzula sigue á su padre, y Ogaule é Ixtlou se apoyan sobre el hombro de la joven: el camino es silencioso, pero los pensamientos llenan el alma de los viajeros: Ixtlou y Ogaule están entregados

á la gloria de sus hijos: Netzula piensa en la suerte de su amante de los jardines.

El campo está lejos, y el mediodía los abrasa con todo su fuego antes de llegar; mas parece que los ancianos han cobrado nuevas fuerzas: Netzula ardiente por la fiebre que la devora, tiene en sí misma todas las que necesita, y nadie siente el cansancio.

Se han aproximado: el rumor de las armas y de la batalla hierè sus oídos: el aire está cargado de voces de muerte: los ojos de los ancianos parecen haber recobrado el fuego de sus primeros días: sólo el alma de la joven está triste con aquel rumor sangriento.

Un guerrero se presenta entonces á los viajeros: la palidez de la muerte lo cubre, y el terror está en su frente: sus vestiduras están abrasadas y llenas de sangre.

—¿Dónde está la batalla, exclama Ixtlou, dónde los valientes de Anáhuac?

—Los hijos del océano prevalecen, contesta el guerrero: el fuego de sus armas nos devora: la cabellera de nuestros bravos rueda por el polvo.

—¿Dónde está Utali? exclama Netzula en su dolor.—Utali y Oxfeler, responde el soldado, están en ese bosque: su espada ha sido el terror de sus enemigos; pero heridos mortalmente, han sido retirados aquí á morir en paz: su gloria se levantará en los campos de los héroes; pero el sol favorece á los extranjeros.

Los ancianos se encaminan al bosque: los heridos y moribundos están allí, y las vestiduras de la hija de Ixtlou se han salpicado de sangre: el anciano ha conocido á Utali:—Hijo mío, exclama, has muerto como los valientes; pero tu padre no te sobrevivirá: el hijo del extranjero ha destrozado la patria; pero tu gloria se levantará sobre tu sepulcro.

Utali ha expirado ya: Netzula en pie al lado de su hermano, le contempla con toda la amargura de su dolor: siente desfallecer sus fuerzas, y va á caer al lado de su hermano.

Ogaule llama la atención de Ixtlou: he aquí á mi hijo, le dice, y le señala un guerrero extendido sobre la yerba: la joven levanta los ojos, y cree reconocer el plumaje del moribundo: fija sobre él sus miradas, y este Oxfeler, á quien ella misma había despreciado, este héroe cuya unión ha rehusado, es el mismo guerrero de los jardines, es su libertador y el de su madre.

La joven se precipita sobre él y exclama: "Amado mío, amado mío, tuya para siempre." El moribundo entreabre sus ojos ,y estrechando con una mano á su amada, sonríe tristemente, y le señala con la otra su herida: ha querido hablar, mas las palabras no han podido llegar á sus labios.

El héroe expira en los brazos de Netzula. Pues que no he podido acompañarte en mi vida, exclama ésta, te seguiré á lo

menos al sepulcro. Procura incorporarse: en vano; toda su fuerza la ha abandonado: los españoles llegan en este instante: su espada completa la destrucción de la batalla: los deseos de Netzula están cumplidos: su sangre se ha mezclado á la del jefe de Anáhuac.

Diciembre 27 de 1832.

DON MARIANO NAVARRO.

ANGELA.

ACONTECIMIENTO HISTÓRICO.

A mi amigo D. Ignacio Rodriguez Galván.

I.

Habiendo establecido los españoles su larga dominación en México, varias veces sus habitantes habían hecho esfuerzos, aunque inútiles, para librarse de ella. En el año de 1810, por la última vez, intentaron comprar su libertad á costa de los más grandes sacrificios: por todas partes había tomado incremento la revolución; mas en Santa Clara de Lerma vivían aún sus habitantes tranquilos y sin sentir los efectos de una guerra que muy pronto había de fijarse también allí.

En una de las noches de Diciembre, en que el cielo estaba sereno y sembrado de brillantes estrellas, cuando el frío era más riguroso y los habitantes dormían sosegados descansando de sus trabajos y recuperando sus fuerzas para los del siguiente día, el silencio que reinaba por todas partes era sólo interrumpido por los españoles que llegaban á aquel país que iba á presentar una interesante escena de guerra. Su confuso murmullo, el ruido de sus armas y el relinchar de sus caballos, turbaban la calma de la noche. Los vecinos se pusieron en movimiento y recibieron en su seno á los defensores del gobierno español, que desde entonces hicieron aquel uno de los lugares de su residencia.

Hacía algún tiempo que Don Juan Velasco vivía allí gozando de las ventajas del campo en medio de su familia y de las caricias de Angela, criatura interesante y bella, á quien desde su más tierna edad había adoptado por hija.

Pasado habían diecisiete años desde que los cielos reflejaron en la tierra aquel rayo de su divinidad: brillaba en el rostro de la joven la hermosura, á la par que la pureza y la sensibilidad en su alma. Un deseo agitaba continuamente su tierno corazón, y éste era el de conocer á sus padres: idea que ocupaba sin cesar su pensamiento; y los amargos sentimientos que solía excitarle, retrataban en ella la imagen viva del

dolor: sus lánguidas miradas anunciaban la melancolía que derrubiaba su alma; mas un sentimiento de gratitud hacia los que la habían adoptado, se levantaba en su corazón, dulce como la esperanza del bien futuro, y las daba un aire apacible y melancólico que las hacía interesantes é irresistibles.

Uno de los jefes de la expedición, el capitán S...., pasó á la casa de Velasco, con el objeto de recibir una mejor asistencia: era hombre de cuarenta y tantos años; su robusta naturaleza no dejaba conocer fácilmente su edad; sus miradas traidoras y la amarga sonrisa que se le escapaba muchas veces, bien contra su voluntad, dejaban conocer la doblez de su alma y sus malignas intenciones.

No podía menos de interesar la joven Angela, y sus tímidas miradas se grabaron en su alma causándole una impresión profunda. Hacía mucho tiempo que los sentimientos de amor se habían desterrado del pecho del guerrero; mas en esta vez, una llama que los sucesos pasados tenían casi apagada, se levantó con ardor y abrasaba su pecho más y más en cada momento que pasaba. La esbelta figura de Angela, su negra cabellera que ondeaba en su blanco cuello, sus lindísimos ojos, también negros, y la sonrisa angelical que modesta asomaba en sus labios, le retrataban el primer objeto de sus amores. Desde que sus ojos se fijaron en las lánguidas y hechiceras miradas de

Angela, su pecho palpitó con la fuerza que solía en los días preciosos de su juventud, y unos pensamientos confusos lo ocupaban, á su parecer, sin desearlo; la espada temblaba en su mano, y la muerte le espantaba sólo al imaginársela. Los días se deslizaban veloces, y su existencia en ellos era un sueño delicioso de halagiieñas ilusiones que adormecían su corazón.

Un día salió Angela al campo, su alma estaba embebida en los más gratos pensamientos; el aspecto risueño que el magnífico cuadro de la naturaleza ofrecía á su vista, no era suficiente para atraer sus miradas distraídas. Los moribundos rayos del sol herían por la última vez en las hojas de los árboles que presentaban el verde más hermoso; la ligera brisa de la tarde mecía blandamente las débiles ramas que cedían á su lánguido impulso; algunas aves volaban rápidamente, como los instantes de la vida, para abrigarse en sus nidos del frío helado de la noche, y las negras sombras de ésta se precipitaban obscureciendo la tierra y anunciando á los mortales el silencio y el reposo. Iba Angela cubierta de un vestido blanco que el aire agitaba suavemente; un lienzo azul de seda cubría su cabeza y parte del rostro; sus pasos majestuosos la daban un aire noble y de respeto, al mismo tiempo que aumentaban su idealidad y belleza: parecía la imagen del astro luminoso que preside á la noche.

Un hombre envuelto en una capa, y á quien la luz misteriosa del crepúsculo de la tarde no dejaba conocer, se acerca á ella y la saluda con cierto aire de gravedad; entonces vió que era el capitán S.... quien le hablaba: ella le contestó con la afabilidad que le era genial; el capitán le ofrece acompañarla, y ella cede no pudiendo resistir más tiempo á sus instancias. Por un rato la conversación fué indiferente; mas después el capitán la dirigió al único objeto que por su parte debía tener; y luego con la expresión vivísima de un amor naciente, estrechando con ardor una de las manos de Angela, que ella retiró con violencia, le dijo:

—Yo amo á vd.: su bellísima imagen habita en mi alma, y su recuerdo me sigue aún en sueños. ¡Feliz, feliz mil veces yo si mi amor llega á alzarse dulcemente un instante en el corazón de vd.! Cuando mi alma está enagenada con el placer que le causa esta idea, yo soy entonces el más dichoso de los hombres; olvidado de la gloria y de los demás placeres que me pudiera ofrecer la vida, sólo pienso en el amor. En él bebo el deleite que jamás me causaría ni la posesión del más querido de los bienes que no fuera el amor de vd. Le gozaré, sí.... no lo dudo: llamaré á Angela, mía.... dormiré en el sueño de las ilusiones más gratas de la vida: la adoraré y me llamaré fe-

liz. ¿Alcanzaré, Angela, tan suprema felicidad?

—Señor, le contestó ella ruborizada, nunca podría yo responder á esa pregunta, y mucho menos sin el consentimiento de mis padres: extraño que vd. me hable en ese lenguaje que nunca le he facilitado ni con las más insignificante de mis acciones. Yo no puedo amar á vd., y es cuanto vd. desea saber de mí, según entiendo.

—¡Cómo! le replicó el capitán, ¿tiene vd. la crueldad de decirme que no me ama, y de desterrar de mi alma la esperanza más lisonjera que la enagenaba? No, ¡imposible! Acaso vd. se figurará lo mucho que me atormenta esta idea, y variará su resolución. Piénselo vd., Angela, y haga mi felicidad amándome.

—Es en vano que vd. se empeñe en que mis labios digan lo que mi alma no siente; yo no amo á vd., ni depende de mí el amarlo; y sobre todo, le suplico á vd. no hable más de su amor, no debo oírlo, ni deseo causarles á mis padres el disgusto consiguiente á este hecho.

—Bien, Angela, si el temor de disgustar á sus padre contiene á vd. para darme una resolución afirmativa, ofrezco hablarles esta misma noche sobre el particular: ellos no me negarán su consentimiento, estoy seguro de ello, y vd. podrá ya decirme sin temor lo que sienta con respecto á mi pretensión; y espero, Angela, que la resolución

de vd. no me haga más desgraciado de lo que soy.

—Señor, le he dicho á vd. que la consideración de mis padres, sería un motivo más para no condescender con lo que vd. me exige, pero no el único; el principal es que yo no amo á vd. ni puedo amarle.

—¿Con que no me queda otro remedio que ser desgraciado? ¿He de sufrir el desprecio de vd., y me he de conformar con su aborrecimiento? ¡No, jamás! dejaré primero de existir, que llevar sobre mí el peso de una vida que aborrezco.

Decía esto el capitán cuando precisamente llegaban á la casa de Velasco. Angela vió en ella un puerto de salvación que la ponía á cubierto de la borrasca espantosa que se había levantado en su seno; sus ojos tenían una expresión más viva, sus mejillas estaban pálidas y marchitos sus lábios, la respiración era violenta, y la agitación que experimentaba la privaba del reposo á que estaba acostumbrada.

II.

D. Julio de la Rosa era un joven de veinticinco años, sus costumbres eran sencillas y arregladas, como las que se adquieren desde la infancia lejos de la corrupción de las cortes: dos sentimientos abrigaba en su

pecho, el amor á Angela, á quien adoraba y había conocido desde niña, y su pasión á la libertad, cuya causa había abrazado con ardor. Hacía algunos días que no iba á ver á su Angela; la fatal nueva de que el capitán S.... había ocupado á Lerma con el mando de las tropas españolas, le privaba de la esperanza de ir á verla; esta idea lo entristecía y amargaba su vida.

—Iré á verla, la estrecharé entre mis brazos, se decía á sí mismo: es imposible que pueda vivir tranquilo lejos del único objeto que amo; y mucho menos temiendo que un desgraciado descubrimiento la separe de mí para siempre. Iré, sí, y procuraré evitar su desgracia y la mía.

Esta resolución le causaba placer, y no dudaba ponerla en ejecución. Su corazón aún no presentía todos los males que le amenazaban; esperaba el infeliz vivir satisfecho del amor de su Angela, y llegar un día, el más suspirado de su vida, á unir su mano con la del ángel que adoraba, á estrechar su pecho contra el suyo y á gozar de los encantos que por todas partes le ofrecían su imaginación y sus deseos.

Al día siguiente se dirige á Lerma y llega allí en la tarde; procura ver á Angela, y lo consigue en efecto; le dice cuánto ha suspirado lejos de ella, la pena que le causa pensar que las circunstancias políticas puedan hacer que deje de verla, y acaso para siempre. Angela suspira y le dice cuan-

to ha sucedido durante su ausencia, lo mucho que teme que sus padres la unan con un hombre que ya detesta.

—El capitán S...., le dice, es hombre muy astuto, ha sabido con hipocresía ganarse el afecto de mis padres, y ellos no dudan unir mi suerte á la suya: mi resistencia sola me ha salvado en esta ocasión; mas quién sabe si después podré oponerla, y yo seré una víctima sacrificada á la obstinación de ese bárbaro.

Julio se sorprende, el mundo es otro para él: en tan pocos días ¡qué diversa es la suerte que le aguarda! aquella tierra por la que antes suspiraba tanto, es ya una mansión de horror que abriga en su seno su mayor desgracia. Las halagiieñas ideas que con tanto placer se imaginaba, se tornan en ideas destrozadoras de dolor. Después de meditar un rato, estrecha á Angela entre sus brazos, toma una de sus blanquísimas manos, le imprime mil ósculos de fuego, y luego le dice.

—Angela mía, tú me amas; ¿no es verdad? Conmigo donde quiera te llamarías feliz, y mi vida sin tu amor sería un suplicio: promete seguirme y buscaremos la dicha en el más obscuro rincón de la tierra lejos de este país abominable que es testigo de mi desdicha, sígueme.... sígueme y seremos felices.... ¿No respondes, Angela.... ¿Dudas hacerme una promesa que el amor y el deber te exigen?....

—¡Ah, le dice Angela, cómo he de abandonar á mis padres! ¡Cómo he de ser ingrata con los que me dieron el ser! No ¡imposible! díles tú que me amas, yo les diré también que eres el objeto de mi amor, que sin tí seré infeliz y que contigo sólo deseo unir mi suerte; ellos entonces cederán, no lo dudes; te quieren tanto como si fueran tus padres, y no querrán sacrificarnos por complacer al capitán S....

—¡Ay, Angela, qué distante estás de conocer lo peligrosa que sería una declaración semejante! Ese capitán S.... es mi enemigo, me conoce mucho; alguna vez humillé su natural orgullo, y es imposible que sufra que yo, rival suyo, triunfe de él y le arranque lo que más ama. Importa mucho que no sepa que he estado contigo, que te amo, y á dónde me voy; sus fuerzas son muy superiores á las mías, y yo y mis compañeros seremos perdidos. Sobre todo, resuélvete, y huiremos de aquí, es el único medio de salvarte.

—No, Julio, al huir contigo cometería un crimen, y tú no sufrirás que tu Angela por esta condescendencia, perdiera su honor que hoy es su única riqueza, su solo bien.

—¡Un crimen! ¡un crimen querer salvarte! repetía Julio: es crimen mayor, Angela, el que te aguarda, y es el exceso de la crueldad abandonar al dolor y á la muerte al infeliz que no ha sabido más que adorarte. ¿Sabes, Angela, que comienzo á for-

mar una sospecha que me devora? Sí, si llego á confirmarla, me hundiré para siempre en un profundo abismo.... ¿Tú lloras?.... ¿Es el amor ó la triste compasión lo que arranca tus lágrimas?

—¡Cruel! no querer manchar mi reputación huyendo sola contigo, y respetar el sentimiento de las gentes que más quiero en la tierra, es un motivo de sospecha para tí?.... Yo te amo, Julio, estoy satisfecha de que tú también me amas; pero estoy cierta al mismo tiempo de que me aborrecerías después de una debilidad tan reprensible.

—Dices bien, Angela: perdona mi imprudencia.... te he ofendido; pero el exceso de mi amor me ha obligado á decirte lo que mis labios no volverán á repetir.... me avergüenzo yo mismo de haber abrigado un proyecto indigno de tí; mas sin embargo, es preciso que salgas de tu casa: irás á estar oculta unos días en la casa misma de mi madre; jamás pisaré yo ni sus umbrales sin tu consentimiento, y tú saldrás acompañada de Juana, que sabe nuestro amor, que es incapaz de vendernos, y que merece la confianza de tus padres. ¿Accederás á mis deseos? Ya no se compromete tu honor como sucedía huyendo sola conmigo.... ¿Lo dudas aún?.... entonces no volverás á verme.

—¡Me pides un sacrificio tan costoso!

exige mejor mi vida, por tí la perderé gustosa....

—Pues no hay remedio, Angela, tú y yo seremos infelices supuesto que así lo quieres; desde este momento dejaremos de vernos para siempre.... Adiós... Adiós, Angela....

—¡Julio! le contestó bañada en llanto, iré á tu casa bajo las condiciones que tú mismo has puesto; cumplo tus deseos dándote en esto la mayor prueba de mi amor.

—Pues bien, Angela, esta noche á las doce todo estará dispuesto; saldrás con Juana y yo te aguardaré á poca distancia de tu casa para conducirte á la mía. Adiós, el tiempo vuela, y se trata de tu seguridad.

Julio se va precipitado para su casa, ve á su madre, la abraza y acerca con respeto sus labios á una mano descarnada y trémula de la que le había dado la vida.

—Madre mía, vd. sabe lo mucho que amo á Angela; separado de ella y con un rival que me la disputa con ardor, y tiene ganada su familia, la perderé sin remedio; y aun no es esto lo único que me aflige: mi rival es su propio padre; él mismo lo ignora, y yo no puedo hacérselo saber á causa de la enemistad que nos separa.

—Pero y bien, le contestó su madre, siendo cierto que tu rival es su padre, debes estar seguro de que nunca podrá enlazarse con Angela; y si tú por tus circunstancias

no puedes decírselo, lo haré yo misma, ó nos valdremos de otra persona que pueda hacerlo.

—¡Ah! no, si él llegara á entender que era su padre, haría uso de los derechos que tiene sobre Angela, y jamás permitiría que fuera esposa de un rival, de un enemigo suyo.

—¿Y quién es el rival que te causa tantos temores?

—Es el capitán S....

—¿Y estás cierto de que es su padre?

—Ninguna duda tengo de esta verdad: sujetos dignos de fe y que lo han conocido hace mucho tiempo, me han asegurado que abandonó á su mujer, con Angela aún muy pequeña, que se fué del reino; y á poco tiempo murió la madre de Angela en un país extraño, sin parientes y en la mayor indigencia, dejándola recomendada á una amiga suya, de donde vino á la casa de Velasco.

—¿Y qué piensas hacer supuesto que no quieres que el capitán sepa que es padre de Angela?

—Pienso.... traerla con vd. sin que nadie más lo sepa, irme yo, y aguardar á que las cosas varíen para descubrir la verdad á los que hoy reputa por sus padres, y conseguir por ellos permiso para unirme con Angela.

—¿Y ella está pronta á vivir conmigo?

—Sí, á las doce de esta misma noche la

conduciré aquí, sin más compañía que una criada de toda nuestra confianza.

La madre de Julio no pudo menos que acceder á todo, temiendo tal vez una desgracia consiguiente á la pasión y genio fogoso de su hijo.

Angela, después de su entrevista con Julio, se fué á su casa: al llegar á ella no sintió ya aquel placer que experimentaba á la vista de sus bienhechores; procuraba ocultarles sus miradas temiendo que sus ojos revelasen el secreto que su pecho ocultaba. Eran las ocho de la noche cuando se retiró á su cuarto; se recostó en su cama fatigada de la lucha que pasaba en su alma; en vano habría querido conciliar el sueño, una fiebre parecía que la atormentaba, y un fuego abrasador corría por sus venas; la cama aumentaba su molestia, y por otra parte la inquietud que le causaba la idea dolorosa de su separación, la obligaba á variar continuamente de postura. Se acercó á una ventana que estaba á un lado, y comenzó á respirar allí el aire fresco que tanto apetecía. Los pálidos rayos de la luna bañaban el suelo con su luz opaca, y disipaban las horribles sombras de la noche: los acentos tristes de las aves nocturnas turbaban la calma de aquel sitio solitario. Alzó Angela su bellísimo rostro al cielo que se ostentaba magnífico y explendente, cual el trono de Dios. Sus ojos, humedecidos por el llanto, recorrían la vasta extensión del cielo y parecían perderse en su inmensidad:

contemplaba absorta la luz apacible que lo iluminaba; mas repentinamente un torrente impetuoso de ideas la venía á sacar del placer que le causaba el espectáculo que llamaba sus miradas; tan pronto se veía en los brazos de un amante que adoraba, gozando de las delicias de su amor, como se figuraba el pesar que iba á amargar á sus padres cuando supiesen su fuga; temía no verlos ya alguna otra vez, y entonces se proponía firmemente no abandonarlos y prescindir mil veces de Julio. En sus arrebatos de entusiasmo y de dolor, besaba la tierra que sus padres habían pisado, les dirigía súplicas para que la perdonasen, como si sus apagados acentos pudiesen llegar hasta el lecho sosegado en donde gozaban del sueño. Su pensamiento volaba rápido sin poderse fijar en un objeto, y su alma era víctima de la inquietud y agitación que la atormentaban, cuando un ruido sordo vino á despertarla de este sueño tormentoso, se abre la puerta de su aposento y un bulto se va acercando hacia ella; al llegar casi donde estaba, en voz baja y trémula pregunta:

—¿Quién es?

—Soy Juana, respondió la persona que había entrado, todo está dispuesto para nuestra fuga. D. Julio nos aguarda al fin de la calle real, y espera que salgamos de aquí sin dilación para evitar cualquiera contratiempo.

—¡Dios mío!.... ¿Son ya las doce? ¿Llegó ya el momento en que yo me aleje, ¡ah! y quién sabe si para siempre, de esta mansión sosegada donde gocé de los dulces días de mi infancia, donde recibía de mis segundos padres esas caricias que sólo prodiga el amor paternal, de esas caricias inocentes, hechiceras, cuyo sólo recuerdo me encantaba y endulzaba los sinsabores de mi vida? ¡Castígame, Dios mío! por complacer á un amante que ciega he adorado, voy á amargar los últimos días de mis padres. ¿Qué digo amargar? voy á cortar el débil hilo que los une á su existencia.

—Señora, dijo Juana, el tiempo se pasa y un momento sólo de tardanza puede perdernos.

—¿Y temo yo perderme, si voy á perder mis padres idolatrados?

—Ni es vd. sola quien se perderá, ni es cierto que va á perder á sus padres; cuando las cosas hayan variado, dice D. Julio que volveremos, y vd. se unirá con él muy al gusto de mis amos; pero todas estas esperanzas acabarán si llegan á descubrir nuestros planes; entonces ni á vd. la dejarán que se case con D. Julio, y él.... quién sabe qué suerte correrá.

—Dices bien, Juana: Julio está comprometido; yo le ofrecí partir con él, y es preciso cumplir mi palabra: partamos, sí, partamos.

Dijo Angela estas últimas palabras con la expresión que le arrancaba el sentimiento, tomó del brazo á Juana, y salieron en silencio de su cuarto, atravesaron de la misma manera el corredor y el patio, llegaron al zaguán que Juana tenía preparado y salieron á la calle. El cuerpo de Angela temblaba sin cesar, y un sudor frío bañaba su frente; el temor acompañaba hasta sus mismas miradas, el ruido que formaban sus piés al andar la espantaba y la hacía volver continuamente la cabeza hacia todas partes; con voz apagada, apenas podía hacer algunas preguntas á Juana, quien le respondía con la frialdad á que su alma estúpida estaba acostumbrada. Ya se acercan á la extremidad de la calle, distingue Angela un objeto en ella y algo se disipa el terror de que iba poseída; la idea de que Julio es quien la espera, le causa algún placer, y la confianza que le inspiraba era un motivo suficiente para tranquilizarse. Llegan por fin allá, habla ella la primera, va á disculparse de su tardanza, y un rayo cayó sobre su cabeza, y aniquiló hasta su último sueño de esperanza.

—¡No es Julio, gran Dios! exclama Angela en su arrebato de dolor. ¿Adónde me has conducido? ¡Pérfida! le dice á Juana que huía con precipitación á su casa. Hubiera querido seguirla, mas el hombre que había reputado por Julio, la tenía fuerte-

mente asida á su cuerpo, y le era imposible moverse.

—¡Por piedad! suélteme vd., le decía al que la detenía; éste con una voz ronca y sepulcral, que ella conoció al momento, le respondió fríamente:

—Angela, yo soy, no tema vd., respondo de su seguridad.

—¡Dios mío! es Robles. soy perdida, dijo Angela, y sus labios no pudieron decir más: cayó sin sentido en los mismos brazos de Robles. El bárbaro no teniendo consideración al estado desgraciado de Angela, la arrastra á poca distancia y monta en un caballo que para el efecto tenía prevenido, y se la lleva consigo. Ella apenas respiraba, su corazón latía lánguidamente en su pecho, que el dolor y la sorpresa tenían oprimido. ¡Ah! ¡cómo nos engañan las imágenes que formamos del placer! cuando ciegos volamos á tocarlas, vemos la terrible realidad; y cuando creemos elevarnos à la cumbre de la dicha, nos despeñamos en el hondo precipicio de la adversidad!

III.

El día se sucede á aquella noche, testigo de un suceso tan triste; el sol aparece sobre las montañas anunciando con su luz radiante y su fuego vivísimo, el poder y grandeza de su autor; la naturaleza toda pierde el

aire sombrío y melancólico que por todas partes respiraba, y vuelve á aparecer risueña y festiva como los días primeros de su infancia. El campo todo se presenta engalanado con las flores bellísimas que la tierra con su feracidad produce á millares; las ligeras nubecillas se alzan de la falda de las montañas, tiñéndose de diversos colores; unas presentan un color rojo cual si estuviesen preñadas de sangre; otras se ven blancas y refulgentes como la plata; y otras, en fin, tienen un color como el que presentan los campos en el otoño.

Mientras que la naturaleza va recobrando su esplendor y recibiendo nueva vida, el alma de Julio se entrega á las ideas desesperadas y violentas del que ha sido el ludibrio de la suerte. Había esperado, aunque en vano, á Angela, que no llegó; mas supuso que motivos particulares de su casa le habían impedido su salida. Al día siguiente quiere ver á Angela, y no lo consigue; espera á que Juana salga á la calle y le pregunta.

—¿Por qué no salió Angela anoche? me he esperado toda ella, y vds. no han parecido.

—Señor, le dijo Juana, fuí á su cuarto á la hora en que vd. me dijo, y no la encontré en él; hoy ha estado toda la familia con la mayor aflixión y buscándola por todas partes, aunque sin fruto alguno; porque, según parece, ha huido con el capitán,

quien también se ha ido en la noche sin avisarle á ninguno, y probablemente con la niña Angela.

—¡Cómo! ¿Angela ha huido con Robles? ¡Ingrata! ¡Así burló mi amor! pero no gozarán los pérfidos de su triunfo; volaré á encontrarlos, y vengaré en él mi furor, sí. Cuando ya no exista, cuando á pedazos haya arrancádole las entrañas, lo mostraré á Angela y le diré: Mira á tu padre mismo, mira al que fué tu amante, al que te ayudó á burlarme; sacia tu vista y tus deseos con la presa que te entrego.... ¡Miserable de mí! ¿Pienso manchar mis manos con la sangre del padre mismo de la mujer que adoré? No, jamás Julio se hará reo de tal crimen. Si el capitán hubiera sabido que era su hija Angela, quizá no la habría arrebatado de los brazos de su familia ni de los míos; yo soy el culpable.... Sí, iré á buscarlos, y le diré al capitán que Angela es su hija para que respete á la misma naturaleza, y acaso me deje gozar tranquilo de su amor; iré, sí, sí.

Dice y se aleja precipitadamente de Juana que se ha quedado sorprendida al escuchar que el capitán S.... era padre de Angela. Se había dejado seducir, aun con alguna anticipación, por el capitán, quien tenía determinado robar á Angela de su casa si no consentía en sus proposiciones y llegaba á desarmar á sus padres que estaban dispuestos á satisfacer sus deseos. ¡Pero

cuál fué su remordimiento al saber que el capitán no era, como ella había pensado, un simple amante de Angela! La perversidad de su corazón no llegaba hasta saber con tranquilidad que había sido el instrumento de tan horrible crimen.

Julio llegó á su casa sin hablar una palabra, monta en un caballo y se encamina en busca de los fugitivos; quiere informarse de si alguno los ha visto salir, y sabe que unos que vivían en la esquina de la calle real, han visto que un hombre á caballo, acompañado de otro, ha tomado á media noche el camino de Santa María Huiscisilapan. No duda tomar el mismo camino, llega al anochecer á dicho pueblo, que era muy miserable; multitud de chozas de paja y caña verde servían de habitación á los infelices indios que vivían en él: dos ó más casas fabricadas de piedra desde una muy remota antigiiedad, eran los edificios más suntuosos, eran el ornamento de Santa María Huiscisilapan: allí, los que por casualidad llegaban, era en donde recibían hospitalidad. Julio estaba cansado de tan largo camino que había hecho, y su alma más que su cuerpo necesitaba de algún reposo. Atraviesa un bosque de encinos y árboles de diversas especies; sus espesas ramas se extendían majestuosas, y entretejidas formaban bóvedas que ocultaban la vista del cielo y respiraban frescura aun cuando el sol las hería sin cesar en el tiempo que du-

raba su carrera. Sobre ellas sus copas elevadas parecían tocar el cielo con sus extremidades, y el aroma que despedían embalsamaba suavemente el aire. El terreno era quebrado y riesgoso para los que no tenían algún conocimiento de él, pues por todas partes había precipicios que tenían hechos las cavidades profundas que el impetuoso curso de las aguas habían formado, arrastrando en su corriente la tierra que separaba y cuantos objetos se oponían á su marcha.

Llegó Julio á una de las casas que podían prestarle alguna comodidad: el dueño de ella era hombre complaciente y hospitalario: vivía con su mujer y sus hijos, aún pequeños, que hacían las delicias de su vida retirada. Su padre iba en algunas temporadas á disfrutar de la compañía de sus hijos y de la tranquilidad imperturbable de aquellos lugares (que lejos del bullicio de las ciudades populosas, parecían destinados á abrigar el reposo de que gozaban sus pocos habitantes) y entonces casualmente se hallaba allí: al ver á Julio lo reciben con agrado y le ofrecen el descanso y comodidades que les permitía su corta fortuna; Julio no puede menos que aceptar sus ofertas y enternecerse al ver la sencillez y el candor de aquellas buenas gentes. D. Antonio, que así se llamaba el padre de aquella pacífica familia, lleva á Julio á una pieza inmediata para que esté más desaho-

gado, y traba conversación con él. Tenía una chaqueta color de café, su calzón corto azul, medias blancas y zapatos bajos, sujetos con unas hebillas redondas de plata; sus cabellos blancos, como la escarcha del invierno, que recogidos con un listón negro, caían sobre sus espaldas, su frente rugosa, y la inclinación de su cuerpo, manifestaban claramente que muchas veces sobre su cabeza el sol había recorrido su órbita.

—Está vd. muy triste, le decía á Julio, y es raro, porque los jóvenes pocas veces sienten los males; es la edad más preciosa de la vida: en ella sólo habitan las ilusiones, y los pesares se borran con la misma facilidad que hacen su impresión.

—¡Ah! señor, le contestó Julio, dichosos los que gozan de una vida tan dulce, dichosos los que en ella no han probado como yo la copa del infortunio!

—Amigo, mucho debe perseguir á vd. la suerte, supuesto que se queja tanto, sin embargo de que es también la edad en que la imaginación pinta las cosas con los colores más vivos; pero deseche vd. tales ideas y déjese de cuentos: hablemos algo de los asuntos del día: ¿qué sabe vd. de noticias?

—Yo, señor, no sé nada, le respondió Julio.

—¡Cómo! vd. que viene de partes donde se hace la guerra y se agitan esas cuestiones de si es ó no injusto lo que nuestra santa inquisición ha hecho con los revoltosos, excomulgándolos, nada sabe! ¡vaya!

—Señor, positivamente que nada sé, le dijo Julio.

—Pues un coronel que estuvo aquí de paso, nos dijo que las cosas iban muy bien; que la causa del rey nuestro señor, que Dios guarde, y que él defiende, va perfectamente; que iba á dejar en seguridad á una sobrinita suya que traia consigo, y volvía á reunirse con la tropa que está á su cargo, la cual hacía muchos progresos.

—¡Cómo! le dijo Julio, ¿vd. sabe cuál es el nombre de ese coronel?

—No, sólo sé que se dirigió esta misma tarde al pueblo de San Lorenzo, que está muy poco distante de aquí, y que debe volver según nos ofreció.

—¿Y sabe vd. dónde está la tropa que manda?

—Sí, no muy lejos de este lugar, en Santa Clara de Lerma.

—Pues amigo, yo doy á vds. muchas gracias por su alojamiento y buena disposición para recibirme en él; vengo en busca del coronel de quien vd. me habla, y me es indispensable irme al momento para alcanzarlo.

—No, ¡cómo! ¡imposible! vd. no se va de aquí de noche, con tanto frío y sin haber descansado lo suficiente para emprender otra marcha; cenará vd., se acostará y mañana, queriéndolo Dios, vd. se irá á buscarlo, ó lo esperará si le parece hasta que vuelva.

—No, amigo, es fuerza que me vaya; el asunto que tengo con él es de importancia, y no puedo diferirlo un momento.

—Ya supongo que será una noticia relativa al estado que guardan las cosas en su ausencia, ó querrá vd. incorporarse entre sus tropas; pero estos son asuntos que pueden sufrir alguna demora; vamos, no sea vd. porfiado y hónrenos una noche siquiera con su buena compañía.

—Señor, ¡válgame Dios! ojalá vd. supiera lo que me cuesta cada instante que pasa, vd. me dejaría ir y aprobaría mi marcha tan precipitada.

—Pues yo, amigo, no he de dejar que vd. se vaya sin que mi hijo lo sepa, que él tenga conocimiento del negocio... y veremos.

—Se lo diré á vd. de una vez. La sobrinita que él va á poner en seguro, es una joven que ha robado del seno de su familia anoche mismo; vengo encargado de buscarla y de llevarla inmediatamente á Lerma. Vd. me dirá ahora si es negocio que debo dejar para mañana.

—¡Oh! si yo lo hubiera sabido antes, ¿cómo se había de haber escapado ese bribón? ¡Vaya qué poco decoro! ¡quitarle así el buen nombre á la tropa del rey! Y bien, ¿cómo estuvo ese rapto? qué sucedió? dígame usted.

—Que al salir ella de su casa la arrebató.

—¿Y tenían antes sus relaciones amorosas?

—No lo sé.

—¡Conque además, se la ha traído á fuerza! ¡Oh, pobre familia!. . . . . Estará inconsolable.

—Conque señor.....

—¿Y es la joven de buen nacimiento?..... es decir.....

—Ya es tarde, D. Antonio, y el tiempo vuela sin provecho.

—¡Con razón venía la pobre muchacha llorando y.....

—Por último, señor, me voy.

—Pero, explíqueme vd. . . .

—Cuando esté de vuelta lo haré todo, le contestó Julio; y sin aguardar más preguntas se fué en busca de su caballo para irse al momento. Salió de allí desesperado por la tardanza que le había causado la curiosidad imprudente de D. Antonio, y tomó el camino de San Lorenzo. Había caminado como dos ó tres horas enmedio de mil precipicios y malezas, y al dar vuelta para tomar otra vereda, distingue unos bultos; quiere pararse para examinar mejor; pero se figura que si se detiene, y tal vez sin fruto, malogra unos instantes tan preciosos; por fin, después de un rato de incertidumbre se decide á acercarse á los objetos que habían llamado su atención; llega á donde estaban, saluda á un hombre que permanece parado muy envuelto, y le pregunta qué dirección ha de tomar para ir á San Lorenzo. El que estaba en pie le res-

ponde; y al momento conoce Julio que la voz era de Robles. Había efectivamente tomado la dirección de San Lorenzo, como le había dicho D. Antonio; pero Angela no había podido proseguir á causa del desfallecimiento que le había ocasionado el cansancio unido á su atlixión.

—Vd. es Robles, le dice Julio sorprendido.

—Un servidor de vd., le contestó Robles.

—¿Dónde está Angela?

—¡Ah! tú eres Julio, zaragate, dice Robles lleno de cólera sacando su espada.

—Soy Julio, en efecto, pero tengo que hablar á vd. de un asunto de importancia, y le suplico que se calme un instante.

—¡Muere, bribón, muere! le dice Robles sin atender á lo que Julio decía, y tirándole fuertes golpes con su espada. Julio había retrocedido un poco y sacado la suya para defenderse, y apenas había comenzado el combate, cuando Angela, que estaba descansando á poca distancia de ellos, vuela sin tardanza gritándole á Julio y se interpone entre los dos. Desgraciadamente Robles, ciego de furor, tira un tajo con la espada á Julio y da sobre el cuerpo de Angela, que cayó al momento en el suelo bañada en sangre.

Julio, luego que la ve caer, dice á Robles:—¡Parricida! ¡has muerto á tu hija!

DON J. R. PACHECO.

EL CRIOLLO.

Todavía á principios de este siglo, y antes de que una revolución de ideas hiciese una revolución social, confundiendo todas las clases y el mérito con la inepcia, hacia la injusticia por medio del sistema colonial lo que en épocas posteriores ha hecho por medio de los partidos políticos. Así como en ellas es una mancha tener esta ó aquella fe para no encontrar cuartel en el partido reinante, y esto sólo explica la exclusión del mérito, y la repetida é inconcebible exaltación de las nulidades, así entonces era una positiva desgracia para las mexicanos ser hijos de su hermoso suelo. Anatema político y excomunión social era la suerte de la más sólida virtud y del saber

más profundo, si tenían la fatalidad de recaer en un hijo de español. En todas las capitales del país, y hasta en sus últimos cortijos, bastaba haber venido del otro lado de los mares para ser mejor que el criollo más distinguido. A Indias no se venía á mudar temperamento; y ya se ve, que los que emprendían este viaje con el único objeto de buscar fortuna, eran, casi en totalidad, de la clase más humilde en la península. El monopolio en el comercio, y la preferencia en los empleos y posesiones bajo un sistema más y más perfeccionado en el curso de tres siglos, proporcionaban una fortuna segura, que aunque con ella no se comprase un título de conde ó marqués, bastaba por sí sola para hacer al que la poseía el hombre de las atenciones, capaz á su vez de proteger al sobrino ó al paisano que venía á marchar sobre sus huellas; pero esta fortuna no era suficiente para dar una educación, por decirlo así, infusa, para revestir al burdo ó al necio de modales y conocimientos que no adquirió en sus primeros años. Grandes señores de éstos, existentes todavía hoy en París, Londres y otras capitales de Europa, que aunque dueños de medio millón de pesos, y en el centro de aquellos pueblos cultos, no han dado un paso más ni en sus costumbres ni en sus ideas: con una vida de avaros, con una barba y una camisa de ocho días, miran desde allá á la América como cuando vinieron á

ella. En aquel tiempo los hijos no eran iguales á sus propios padres, por el solo hecho de ser sus hijos. Aunque la raza mejorase á virtud de una educación, que tan mezquina como era, no habían tenido los progenitores, era una raza, se puede decir, proscripta. Es de observarse, que entre los empleados de alta categoría, y aun en todas las clases, había españoles de muy nobles sentimientos, y de una lealtad del tiempo de la España caballeresca.

El hecho es que aunque hijo de español, que murió oidor de la real audiencia de Guadalajara, Eugenio, con una alma radiante y deseoso de gloria, con principios firmes de una buena moral, un buen talento y conocimientos superiores á su siglo, adquiridos unos en el seminario ó en el bufete de su padre, y otros en el secreto estudio de obras anatematizadas por el Santo Oficio, porque trataban de los derechos y de la historia de los pueblos, pasaba tristemente los años de su juventud como si se hallase ya en aquel último término en que el hombre fatigado de las pasiones, desencantado de la ilusión, escarmentado del mundo y sin perspectiva seductora delante de sí, mira la vida como una carga. Había abrazado la carrera del foro, porque no tenía otros extremos en que escoger que éste, ó consagrarse á las órdenes, porvenir el más brillante á que podía aspirar un hijo del país; pero ni tenía un teatro digno de él, ni podía hablar libremente, ni aun

entre los togados había quien le comprendiera. No existiendo entonces ni una sola reunión que se pudiera llamar una sociedad culta; mirado con desdén por los señores principales, porque estos señores, tenderos ó dueños de haciendas, eran incapaces de apreciarle en lo que valía, muerto su padre, no le quedaba más que su valor personal, y ningunos protectores que le dieran otro teatro, ni esperanza de hacerse valer por sí solo ante una corte lejana que había abrazado un sistema de monopolio. Las personas que no podían dejar de reconocer sus brillantes cualidades ni de amarle, tampoco dejaban de exclamar: ¡Lástima que sea criollo! Viendo así Eugenio que su existencia en aquella época era una especie de anacronismo, que su saber no era saber, que su virtud no era virtud porque era criollo, pasaba las noches en el estudio, la mañana entre los jueces ó los presos, y la tarde en pasear á pie ó á caballo por la plaza mayor, frente de unos balcones, en donde estaba seguro de encontrar á hora fija un postigo entreabierto, y asomarse por él un par de ojos como dos estrellas del cielo. Estas inteligencias mudas y sin convenio previo, pero más elocuentes que los alegatos de Eugenio en la defensa de la infelicidad, eran á un tiempo el vínculo y el gérmen de las desgracias de dos seres nacidos para amarse. En efecto, la bella Rosa era lo que buscaba Eu-

genio, y el único ser en quien podía hallar todo su universo: una figura celestial, un corazón amante, un talento extraordinario junto con una alma pura, y una edad tierna para recibir las impresiones que se la quisiesen dar; pero Rosa no era para él porque era criollo. Esta era la razón porque se le había negado la mano de la joven, y el inconveniente que encontraban todos los amigos y parientes de la familia, aun para permitirle la entrada en la casa.

Recién viuda la madre, y poseedora de grandes bienes, había dedicado todo su amor á su hija única; pero un amor de orgullo, y todo modulado á la educación y á las ideas reinantes de la época. Para ella no había esposo digno de su hija en todo el entonces reino de Nueva España; y á falta de un pretendiente de alta dignidad, se conformaba con la voluntad de su marido, que en su testamento destinaba su fortuna y la mano de su hija á D. Melitón Pallares, su cajero mayor y también sobrino suyo. Este era uno de tantos venidos á América, desnudo de bienes y de cualidades, tan vacío de sentido común como lleno de vanidad.

La familia vivía en el portal llamado "del Mayorazgo," en un costado de la plaza: en sus bajos estaba la tienda de comercio que dirigía el presunto hijo político de la casa. Eugenio no podía pasar constantemente á determinadas horas y mirar para

el balcón, sin que aquel le observase. Así es que dió parte á la señora para que apresurase el matrimonio concertado, pues él poco se cuidaba de ser ó no querido de su mujer: estaba seguro de su conducta, y con su mano entraba luego en posesión de la herencia; esto era todo lo que le importaba.

Rosa, tímida, amante de su madre, incapaz de desobedecerla, buscaba siempre el modo de evitarse entrar en estas explicaciones, y esperaba del tiempo poder frustrar los proyectos de su familia, y realizar sus votos con aquel que ya amaba más de lo que creía ella misma. La madre, la señora Doña Brígida...., era una buena señora en su conducta y en sus sentimientos maternales: no tenía otra existencia que la existencia de su hija: una mirada suya de ternura acompañaba todos los pasos y todas las acciones de Rosita. No carecía de talento, y cuando hablaba de su hija, parecía elocuente su lenguaje; pero no había recibido la más ligera tintura de educación: jamás un libro había sido abierto entre sus manos, si no eran los de sus rezos y los en que mal aprendió á leer. Su vida era toda monótona y mecánica: levantarse tarde, ir con su hija á pasar casi toda la mañana en la iglesia, comer á la una del día, dormir dos ó tres horas de siesta, dar unas cuantas puntadas, reunir á toda la familia á la oración de la noche para mascar un rosario de son-

sonete, con apéndices de devociones más largos que el cuerpo de la obra, y de que se levantaban todos más dormidos que contritos, recibir después unas parientes viejas, al padre confesor de la familia, y unos cuantos avaros, antiguos amigos del difunto, para contar las vidas de los santos ó jugar á las cartas, mientras Rosita mataba en el piano el fastidio que le causaba aquella sociedad, y trataba de acallar los sentimientos que se combatían en su corazón con una sonata de su maestro Villalbazo ó con "la batalla de Trafalgar:" cenar á las diez, rezar otras cuantas devociones para irse á la cama á las diez y media, y repetir lo mismo al día siguiente: tal era la historia de aquella señora de toda su vida. Jamás había puesto un pie en un baile, ni en el teatro, ni en espectáculo de ninguna clase: tales distracciones, si no se tenían por pecado, se miraban como acciones próximas ó demasiado profanas. No se tenía más fiesta que las religiosas de semana santa, y la reunión de aquellos amigos á quienes se permitía ir á los balcones á ver la procesión del Corpus pasar bajo de enramadas. Las mulas del coche disfrutaban unas verdaderas prebendas, porque no tiraban de él más que los domingos por la tarde, y esto si no amenazaba lluvia, para ir á una huerta que tenían en el costado sur de la alameda, en que la niña se divertía cortando las flores y las frutas del tiempo, ó para ir á dar

una vuelta al paseo y volverse á casa á la oración. Si se exceptúa el rudo sobrino de la casa y los caducos tertulianos, aquella familia estaba excomulgada del resto de sus semejantes.

La señora se había casado sin haber conocido ni al amor, ni á su marido: le fué fiel, sin haber tenido nunca riesgo de dejarlo de ser, y sin tener tampoco ni aun idea de las pasiones, ni de sus borrascas, guardó una virtud, llamémosla, inerte, sin pretensión y sin peligro. Su defecto era un orgullo desnudo de títulos y más bien compadecible, como resultado de una mala educación.

Una vez que Rosita se entraba del balcón distraída por el placer que le causó lo que acababa de mirar, al encontrarse con su madre que se hallaba detrás de ella, dió inadvertidamente un grito, sus miembros todos temblaban y sus mejillas se pusieron pálidas como la muerte, cual si hubiese cometido un horrendo crimen.

Doña Brígida la tomó por la mano y se sentaron ambas en un canapé: por un gran rato guardaron un profundo silencio; mas al fin lo rompió la madre hablando de esta manera: "Hija de mi vida, hija de mis entrañas, tú sabes cuánto te idolatra mi corazón: tú eres quien sostiene mis fuerzas que comienzan á desmayar: cada una de tus acciones tiene tal encanto, que aun por las más indiferentes, mis labios imprimen á

todas horas del día en tus mejillas la efusión de mi alma: mis ojos te siguen cuando te separas de mí y cuando vuelves á mi lado, mi sangre se reanima y late mi corazón."

La niña bajaba la cabeza y se enjugaba los ojos.

—¿De qué ha venido ese susto? Esto me confirma lo que ya me he sospechado, y me harías infeliz con alimentar locuras en vez de dirigirte por tu confesor y por mí.

A estas palabras, la pobrecita niña, como herida de un rayo, se puso de rodillas, y pretendía esconder entre las de su madre el llanto que la inundaba, y su secreto que veía estar ya descubierto.

—Levántate, hija mía, y óyeme lo que te quiero decir. Ya te hallas en edad de establecerte: sabes que por la voluntad de tu padre, que debe estar gozando de la presencia de Dios y presenciando nuestra conversación, por mi voluntad igualmente, por la calidad de tu nacimiento, por los intereses de la familia, y por el lugar que debe tener en el mundo una señorita de tu clase, estás destinada á ser esposa de D. Melitón. Pero yo he observado que todas las veces que se trata de arreglar este negocio, tú te retiras inmediatamente, ó eludes las cuestiones: me caería muerta de la pesadumbre si en tu pecho cupieran otros sentimientos. Hasta ahora me complazco en creer que no sean mas que inquietudes pueriles de que triunfará fácilmente la con-

sideración de tus deberes. D. Eugenio.... no es más que un abogado, y aunque hijo de un oidor, al fin es criollo. Me dirás que tú también lo eres; pero por la misma razón, una señorita que piensa con juicio, sólo puede dar lustre á su casa casándose con español, ya que ella no ha tenido la dicha de serlo: marido y bretaña, de España. ¿Qué puedo yo querer para tí, hija mía, si no tu mayor bien, que seas una señora principal, considerada y respetada de todo el mundo? No me digas que no amas á tu primo para marido; eso no importa, ni es propio de una niña virtuosa. El amor no es mas que una locura, buena para las novelas; y ni tu confesor ni yo te hemos jamás permitido la lectura de esos libros. Es, pues, un precepto que te impone tu madre, que deseches toda inquietud extraña á lo que exige de tí tu propio decoro, la virtud y la voluntad de tus padres.

En esto la señora se levantó, adelantando su mano, que su hija besó con extremo cariño.

Rosa quedó como precipitada en un abismo; con una declaración tan terminante, vió todas sus esperanzas disipadas, como pasa la noche en que hemos soñado la felicidad. Ella ama á su madre tiernamente; su madre la ha hablado con las palabras dulces de una amiga; pero con un tono decisivo. Por no clavar el puñal en el corazón de una madre tan querida, se resuelve

firmemente á clavarlo en el suyo, resignada á conformarse con el triste consuelo de una tumba, y á llorar en silencio por todo el resto de sus días, el sacrificio de su vida entera. Mas si antes no había visto en Eugenio sino una persona digna de preferencia, hoy que se le desprecia, hoy que se la manda le mire con frialdad, un sentimiento, para ella desconocido, viene á convertir en una pasión frenética lo que hasta entonces no había sido más que una simpatía. El nombre de Eugenio quema sus labios: al pasar por ellos, su corazón quiere escaparse, su pecho se hace pedazos, una fiebre la devora, su razón se pierde; y en medio de este amor á Eugenio, resuenan todavía en sus oídos las palabras de su madre, como el sonido lejano de una campana fúnebre, como el canto de muerte de los habitantes de la montaña en una noche tempestuosa.

Eugenio tenía elevación de alma, sus principios eran nobles y sus sentimientos generosos; pero esa alma era á un tiempo combatida por el amor á Rosa, por el desprecio que se hacía de su persona, por la humillación á que se veía condenado él y todos los que entonces tenían la desgracia de haber nacido bajo el cielo puro de las Américas.

La inclinación irresistible de estos dos seres, que en las leyes de la naturaleza habría dado por resultado un porvenir sem-

brado de flores para ellos, y un ejemplo de virtud para los demás, contrariada por las leyes de la política y por las preocupaciones de la época, no fué más que origen de faltas y de desgracias.

Sospechó Eugenio lo que pasaba al observar que su amada no aparecía ya á las horas que tenía costumbre de verla, y la buscaba por todas partes; mas la madre escaseaba las salidas de casa, cerraba las cortinas del coche, mudaba de horas y de iglesias para ir á sus prácticas religiosas, y redoblaba en todo una molesta vigilancia; vigilancia inútil, porque bastaba la declaración de su voluntad para que su hija formase á sus propias expensas la firme resolución de no darla el menor disgusto. Así es que aunque Eugenio se valiese de todos los medios ostensibles y clandestinos que se emplean en tales ocasiones, no recibió nunca de aquella joven la menor manifestación que alentase su esperanza. El, no obstante, no desmayaba en la que le inspiraban á un tiempo su amor invencible á Rosa, y la muy fundada presunción de que se hacía violencia á su voluntad.

Recorriendo también por su parte los templos á todas horas, hubo al fin de encontrar á la familia en el de S. Francisco un día de jubileo. Bajaban aquellas señoras las gradas de la mesa santa, y se pusieron de rodillas á dar gracias en un libro con muestras de intenso fervor. Se representa-

ba al espíritu de Eugenio, como en una visión, ó cual en una poesía sublime, el alma de Rosa cortejada de los ángeles. Meditaba con suma complacencia cuán más grato, que el del incienso, sería al Creador el suave perfume de aquel lirio cándido, la inocencia de aquella alma pura. "Oye, Señor, sus votos," decía él también, porque estaba seguro ser objeto de ellos. Sus ojos se encontraron, no con los de la hija, sino con los de la madre, en los cuales estaba pintado el despecho y la ofensa que le causaba su presencia: los de Rosa no se levantaron una sola vez á mirarle, aunque ya le habían hallado en medio de la multitud. Pero Rosa lloraba, y por entre la blonda que velaba su encendido rostro, Eugenio miraba en aquellas lágrimas brillar para él un rayo de felicidad, como al través de la nube se reflejan los del iris en las gotas de la tempestad.

También Doña Brígida comprendió aquellas lágrimas, porque tales cosas no se pueden ocultar á los ojos solícitos de una madre; y fuese efecto de su mala educación, ó de poca reflexión, ó de mala inteligencia de la autoridad, ó de todo junto, comenzó á agriarse su carácter, y á no tratar á su hija con la dulzura que hasta entonces, al ver que Eugenio la amaba siempre, aunque no supiese de ninguna correspondencia entre ellos, y que Rosa continuaba en manifestarse triste cuando la hablaba de con-

cluir con D. Melitón, aunque siempre dispuesta á hacer lo que se la mandaba. En su vanidad y en su ignorancia, no se contentaba con que se la hiciese el sacrificio de una resolución, sino que exigía además el de las inclinaciones. Ni su entendimiento ni su amor propio, la dejaban comprender cómo una hija podría dejar de querer ó aborrecer lo que aborrecía y quería su madre: el sólo hecho de querer á un hombre en el secreto de su corazón, aun para desear ser su mujer legítima, era á sus ojos un principio de depravación que la apesadumbraba y la ofendía.

Creyendo que la reclusión fuese un medio eficaz para formar el corazón de su hija á su modo, la hizo entrar á "Santa María de Gracia," en clase de colegiala, diciendo en confianza á una hermana suya y á otras amigas monjas de aquel convento, el motivo de aquella determinación, y recomendándoles la amonestasen con frecuencia, y la inclinasen más bien á tomar el velo, si no la podían reducir á dar con gusto su mano al sujeto á que la destinaba. Un año pasó allí Rosa, siempre respetuosa, siempre sumisa á su madre y contenta cuando venía á la reja á visitarla: mas la señora Doña Brígida, viéndola en el mismo estado que cuando la metió, es decir, dispuesta á hacer lo que ella quisiese, pero sólo por el gusto de complacerla, y nunca con muestras de contento, creyó deber atribuirlo á

la flojedad con que las monjas trataban á la colegiala. En efecto, el carácter de las religiosas de aquel convento, que en todo tiempo ha sido la dulzura y el cariño personificado, la afabilidad del candor, y la alegre solicitud de la verdadera caridad, no era lo que más convenía á las exigencias de Doña Brígida, que habría deseado de buena gana se empleasen los medios coercitivos, y los malos tratamientos que creía ser más eficaces.

Al efecto, pasó á hija al colegio de S. Diego, que siendo establecimiento de educación, se hacía muchas veces correccional para las jóvenes que querían casarse, aunque no servía ni de una ni de otra cosa. El primer sufrimiento de Rosa fué encontrarse con una casa que ella creía ser un plantel de madres de familia; pero en la que observó luego que no se enseñaba lo que debiera saber aquella preciosa mitad, cuyo destino en la tierra es hacer la felicidad doméstica, y preparar el corazón del hombre desde sus sollozos, para entrar en el mundo á consolar á su vez los de sus semejantes, con un amor de que sólo se puede hallar una fuente inagotable en el corazón de una madre. Sólo vió en la mayor parte orgullo é incapacidad para todo, y la ignorancia más supina en las cosas más rudimentales. ¡Cuánto suspiraba allí Rosa por su convento de Santa María de Gracia! porque habría querido pasar veinte años en una pri-

sión más bien, que en aquel colegio. Ciertas superioras, y otras colegialas antiguas, la miraban de través como á una criminal, y se empeñaron en castigarla por el crimen de ser amada; crimen que ellas sentían muchísimo no haber podido nunca cometer. Rosa sufría, no solamente por un tratamiento duro y por un espionaje asíduo, sino de verse el objeto de conferencias secretas entre la oligarquía de aquella casa, y de historietas de sus compañeras. No la dejaban distraerse en juegos inocentes con las niñas de menos edad, á quienes se las prevenía huyesen de ella como de la peste; ni se pudo hacer una amiga entre sus iguales, porque ó eran más pueriles acaso que las niñas, ó, envidiosas de su mérito, la repelían afectando escándalo. Este aislamiento la hacía desear más ansiosamente ver á su querida cuanto injusta madre; mas ésta retardaba más y más sus visitas, y cuando las hacía, era acompañada del áspero é inurbano Don Melitón. Apenas la saludaban, y se pasaban ambos la tarde en la huerta del colegio, llamada "el Olivar," hablando con la rectora y otras ancianas, sin consentir que ella se acercase, y de cuyas conferencias siempre veía Rosa resultar más espionaje para sus menores acciones, más murmullo entre las colegialas, y peores tratamientos de las superioras. En la reja no podía recibir ni una parienta suya, ni aun á su confesor, hombre de talento, y á quien

ella amaba mucho, sin que estuviese al lado, aunque escondida tras de un biombo, una vieja, que allí no se tiene rubor de darla, ni ella de aceptar el vil nombre de "escucha." Era su encargo, cuidar de que no se hablase más que del frío ó del calor, ó de cualquiera otra cosa tan indiferente como ésta; y sin embargo, siempre se le esperaba á Rosa alguna severa reprimenda con expresiones demasiado humillantes, por necias interpretaciones de las palabras más inocentes. En año y medio que duró su reclusión, no pasó los umbrales de la puerta más que dos ó tres veces para ir con otras, que eran las escogidas, á casa del capellán del colegio en los días de su santo, para verse tratada por él, ó con el tono de un jefe de escuadrón, ó con una incivil familiaridad. Aunque por regla general no se consentía en aquel "colegio de educandas" el uso de la pluma, ni tener papel blanco en su poder, como cosa inútil y acaso perniciosa para una niña, ella además no podía ni aun recibir una esquela de su madre, sin que fuese leída antes por otras personas: sus contestaciones no las podía enviar cerradas, y por consiguiente no podía hablar confidencialmente á su propia madre de todo lo que ella quisiese.

Doña Brígida la habría tenido allí eternamente, á no haberla exigido las superioras que la sacase, en consecuencia de haber leído una de esas contestaciones, que

tenía después de otros asuntos estas palabras: "Si yo entendiese, mi mamá muy amada, que vd. tenía placer en que yo viviese aquí, todo el maltrato que se me diese, todas las amarguras que me pudieran rodear, serían poco experimento del amor que á vd. la tengo; pero no hay ningún mal que se parezca al de haber perdido su confianza; ninguno que se parezca al de creerla á vd. afligida y quejosa de mí, y privarme de su compañía, ó por corregirme ó por castigarme. Mas ¿de qué, mamá? Desde que vd. me manifestó decididamente su voluntad, yo he estado dispuesta á obsequiarla; y no con despecho, ni inculpando á vd. de mi suerte ó de mi desgracia. Usted verá cómo hago todo lo que vd. quiera, y con semblante muy alegre, como quien es feliz en dar gusto á quien ama más sobre la tierra: vd. quedará contenta de mí. Si yo lloro en este colegio, no es por un trato, hijo sólo de un sentimiento que compadezco, sino de pensar que está vd. sola, que nadie la alivia á vd. de los quehaceres domésticos, y que puede vd. enfermarse sin que yo esté allí. Madre mía, no tanta crueldad; ésta sería la mayor desgracia para su hija que la adora.—Rosa."

Poniendo, pues, Doña Brígida, su última esperanza en que el tiempo haría á Rosa amar á Don Melitón, la sacó, intimándola su resolución, de que se preparase la celebración del matrimonio.

Eugenio estaba al tanto de todos los pasos que se daban en la familia. En cerca de tres años que duró la reclusión de Rosa, no faltó un solo día de asistir á las iglesias de los colegios en que la tenían, ni de espiar todas las ocasiones de verla, sin haber llegado jamás á conseguirlo.

Al día siguiente de su salida de San Diego, se encuentra Rosa por la noche, debajo de su almohada, con un papel doblado, pero sin sobre y sin oblea, en el cual lee estas palabras: "Cuando el sacrificio de la simulación no ha manchado aún una alma pura, yo ofendería á vd., señorita, si no creyese de su corazón lo que hace mucho tiempo me dijeron sus ojos. Vd. es tímida y está vd. indefensa. Se quiere ejercer una violencia cruel sobre sus inclinaciones, y allá en su interior desea vd. que vuele en su auxilio el elegido de su corazón. Sería una bajeza no pensarlo así, y más aún el no hacerlo. El sacrificio de mi vida es menos grande que la felicidad de que vd. lo acepte; mas sea para arrancarla á vd. de las garras de la tiranía, sea para resignarnos á una desgracia irreparable, una sola palabra, señorita, una sola palabra que me diga lo que debo hacer; pero una palabra que salga de la boca de vd., que se me dirija á mí, que suene en mis oídos, que quede resonando en ellos para darme en la tierra una idea de la voz de los ángeles.

El domingo próximo, cuando todos se

hayan retirado del paseo, estaré en la puerta falsa del jardín: que la vea yo á vd., que la oiga, que la ofrezca mi ternura, que mis labios impriman mi respeto en la huella que allí deje su delicada planta, y después la muerte.

Ahórrese vd. la congoja de indagar por qué medios le llega este papel, y de buscar otros para contestarme y los términos en que deba hacerlo; su silencio me bastará para indicarme su consentimiento.—Eugenio....”

Medía muy bien el corazón de Rosa el tamaño del sacrificio de renunciar á un hombre como Eugenio, á un hombre tan superior y que la amaba tan apasionadamente; pero respetaba tanto la voluntad de su madre y la quería con tal ternura, que se habría horrorizado de que le ocurriese la sola idea de entenderse directamente con un joven, ni aun para declararle su resolución y hacerle desistir de sus pretensiones. Así, pues, ni contestó, ni concurrió á la cita.

Mas viendo que ni aun los preparativos de su matrimonio eran bastantes para hacer desistir á Eugenio; sabiendo constantemente que no faltaba un sólo domingo de hallarse á la entrada de la noche en la puerta del jardín, y no la desamparaba hasta que dando vuelta á la esquina, veía alejarse el coche en que ella se retiraba; deseando sinceramente padecer sola y que

Eugenio no pensase más en ella; llevada de la compasión al considerar cuán desgraciado era aquel hombre por amarla; figurándose la cruel ansiedad en que él se hallaría en los momentos de esperarla para dejar aquel sitio más infeliz en cada vez que nunca; comprendiendo, que en la dicha y en el infortunio hay minutos que valen siglos, y reflexionando, por último, las interpretaciones y los riesgos á que se expondría si se valía de una tercera persona para enviar un papel, habría deseado encontrarse con Eugenio en alguna parte en que pudiera hablarle; mas la señora había tenido muy buen cuidado de romper con todas las familias que eran visitadas por Eugenio. En este extremo se resolvió Rosa, al cabo de muchos meses, á concurrir á la cita con el sólo objeto de hacer saber á Eugenio su resolución de no causar una pesadumbre á su madre, y suplicarle la desterrase de su memoria.

Hacía ya rato que el sol, en una de esas tardes, había abandonado á la tierra: las campanas todas de la ciudad acababan de anunciar á los últimos que aún había por la alameda, la hora de retirarse, quedando luego en un profundo silencio. Apenas el sitio estuvo enteramente desierto, Eugenio, como todas las veces anteriores, aplicaba el oído á la cerradura de la puerta; y á cada momento hacíale su ansiedad confundir el leve ruido de las hojas con el del ves-

tido de la persona que deseaba. Desengañado de que Rosa no habría tenido bastante espíritu para dar este paso, ó que no habría logrado vencer todas las dificultades, ó que más bien no se acordaba ya de él: al emprender retirarse por última vez, las vueltas de una llave truenan en su corazón; la puerta se abre, aparece una hermosísima joven vestida de blanco, dibujándose la elegancia de sus formas en la sombra de los bosques. Pero Eugenio, que después de tanto tiempo no había visto á su amada, la desconoce; no es aquella belleza risueña, llena de juventud y lozanía que se asomaba al postigo del balcón; el brillo de sus ojos está marchito; parece que un funesto presentimiento la oprime, que algún mal interior roe su existencia, porque las huellas de una antigua y profunda melancolía surcan su frente.

Se halla sobresaltada por un paso tan nuevo y tan atrevido para ella. Sus miembros todos se sacuden con violencia y parece desfallecer. Recoge todas sus fuerzas para poder hablar. Con sus pequeñas manos enlazadas y trémulas. "Señor, le dice, no interprete vd. en su favor mi presencia en este lugar, y mi venida á su llamado. Confieso á vd. que habría sido dichosa en hallar conforme á mis inclinaciones la voluntad de mi madre; pero yo la amo sobre mi propia dicha, y estoy resuelta á no darla un pesar. Bástele á vd. la confesión

que le hago de que no padece sólo, para que no me exija más. Esta confesión, que en cualquiera otra circunstancia no podría hacer sin rubor, me da derecho en esta, para conjurarle en nombre del amor que me tiene, que no se empeñe vd. en turbar el reposo de mi familia, que coloque en otra parte más dichosa, sí, más dichosa, la honestidad de sus pretensiones; yo no daré jamás un paso violento; pero sabré con placer que es vd. feliz. Esto sólo venía á decir á vd. para que no extrañe que yo no reciba ningún mensaje suyo, y rogarle de nuevo por la memoria de su madre, á quien debe vd. haber amado mucho, que no ponga obstáculo por su parte á que yo haga la voluntad de la mía. Adios, señor; retírese vd., mi primer palabra con vd. ha sido un adiós, y un adiós para siempre."

Eugenio cae á sus pies sin poder articular palabra.

Rosa participa en su corazón la muerte que ha derramado en el corazón que la ama: se sobrepone á la pena que la causa el mal que ha hecho, y va á retirarse ofreciendo en su interior aquella víctima al amor á su madre, cuando al dar la vuelta se encuentra con ella misma, que aparece, no como el ángel de Isaac para parar el golpe, sino para descargarlo. Aquella señora, á la presencia de Eugenio, pierde la razón de furor: llama á su hija con los nombres más degradantes y vilipendiosos, la

cubre de ignominia, la maldice, la lanza de su casa, de la cual dice que ha sido el deshonor; y en uno de sus transportes va á poner sus manos en la persona de Rosa, no se sabe si para arrastrarla consigo ó arrojarla por la puerta que permanecía abierta, porque Eugenio se interpuso diciéndola: "Vd. puede, señora, con bárbara crueldad pagar así la heroicidad de un amor filial que jamás estuvo á tan dura prueba; pero no profanará vd. delante de mí, ni nunca, lo que sólo se hizo para los homenajes del amor y del respeto." Irritada más y más la señora, corre á la casa atravesando la huerta á llamar gente; Rosa sobrecogida de terror y casi fuera de sí cae en los brazos de Eugenio. Este, que teme dejar á un ser débil, al ser que ama, que no tiene más apoyo que á él sobre la tierra, abandonado al maltrato y á la persecución de una familia irritada, implacable y poderosa, la arrastra consigo fuera de la casa y se entra en la alameda para poner en salvo á su amada, mientras va á llamar á un eclesiástico, ó cualquiera otra persona respetable, que la reciba en su casa, en tanto que implora por última vez la protección de unas leyes, que si no le han de asegurar la mano de Rosa, amparen á ésta á lo menos para que pueda sin peligro y sin mancha volver al lado de su madre. Mas se ve obligado á esperarse un poco porque aquella tierna niña está más muerta que viva, y por al tra-

vés de los árboles ve del lado del jardín, salir criados con luces y otras gentes armadas, corriendo en todas direcciones. Entre tanto había recostado á Rosa en el césped, y cuando todo volvió á quedar en silencio y que creyó poder dejarla sola por un rato, se dirige á casa del confesor de Rosa, y al llegar á la puerta de la alameda se la encuentra cerrada; entonces se acuerda de esta circunstancia en que había pensado: corre á otra, y á otra puerta, por si no hubieren acabado de cerrar. Pasos inútiles; ya hacía un rato que el alamedero se había retirado. Casucas no habitadas, ó bien retiradas, y muros de huertas rodean la alameda. Por otra parte, dar voces, sería denunciarse y provocar el atropellamiento de que había querido libertar á su amada. En su desesperación se arroja al foso para tentar un vado; pero ni encuentran fondo sus pies, que se hunden en el cieno, ni puede nadar. Temblando por el honor de su Rosa, se vuelve al lado de ella para pensar ambos en una situación desesperada, y en las consecuencias de una acción que no había estado antes ni en sus intenciones ni en su previsión.

La tierna, la tímida, la inocente Rosa, no sabe lo que le pasa: las bóvedas del cielo se han desplomado sobre su cabeza: todas son para ella sensaciones nuevas que no se atreve á mirar de frente y que la transportan á un mundo ideal, vago, desco-

nocido; sin haberse atrevido á pensarlo, sin pensar en resistirlo, en encuentra sola en aquel sitio con Eugenio, sentada sobre sus rodillas; la cabeza de su amado reclinada en su pecho; la suya sobre la cabeza de su amado y sus brazos rodeando su cuello.

Miraba ella aquel hermoso sitio, en que creía reconocer huellas de las alegres correrías de sus primeros años, como un desierto inmenso, indefinido, en cuyo término no quería pensar: se creía en aquel momento subtraída de toda relación con el resto de los vivientes, fuera del alcance de su poder y de su malevolencia, y quisiera que aquel momento se prolongase hasta la eternidad. Su mente fluctuaba por ideas vagas que no acertaba á definir: todo lo pasado de su vida había desaparecido de su memoria: el aire tibio y voluptuoso del estío adormecía su sangre, tenía clavada su vista sin intención de mirar los objetos que la rodeaban, y embelesada por dulces emociones, se dejaba arrastrar á aquella existencia desconocida, como se duerme el niño embelesado al canto de su nodriza.

¿Cómo referir el diálogo que se entabló entre éstos dos séres? Se pueden reproducir los discursos de los oradores elocuentes, las disputas de la religión ó la política; pero un momento en que una alma se confunde con otra alma, en que un amante oye

pensar á su amante, es tan superior á nuestra inteligencia, como la germinación y la vitalidad, como tantos misterios de la naturaleza con que estamos familiarizados y que no nos es dado comprender.

Eugenio contaba sus desgracias: Rosa le interrumpía para contar las suyas: su mutuo amor se enternecía al escucharlas: su mutua compasión se insinuaba en el amor, y la pálida claridad de la luna veía brillar y confundir sus lágrimas.

—Rosa, dice Eugenio, el mundo no creerá jamás que sólo nos quisimos ver esta noche para no vernos más y para sacrificar nuestra dicha á su injusticia: descargará sobre nuestros nombres todo su desprecio, fulminará su irrevocable anatema sobre una acción en que no hay otro delincuente sino él. Abandonados por el mundo, ¿á quién debemos recurrir si no al Padre de la verdad, al que ha creado nuestra alma, y ve en el fondo de ella la inocencia de nuestra conducta y la pureza de nuestras intenciones? Pues bien, Rosa, dejemos al mundo, y vivamos de la realidad de las cosas. Nosotros hemos nacido para vivir juntos. El giro de las ideas y de los intereses del mundo, eso que se llama política, y que no es más que la vil historia de la especie humana, dividida en puñados para hacerse la guerra unos á otros, ha podido atravesar los mares, dejar tras de sí los desiertos, sal-

var, en fin, la cordillera de Anáhuac para hacer venir al español á anatematizar su propia raza; pero no tiene bastante poder para levantar una barrera entre nosotros. Tú te honrarás de dar á tus hijos el nombre de un criollo, yo me envanezco de serlo; tu familia está interesada en cubrir lo que ella misma nos ha provocado á hacer. Viviremos públicamente juntos: nuestras almas formarán una sola, nuestros suspiros de amor y nuestros pensamientos se derivarán de una misma fuente. ¿Sientes, Rosa, todo este porvenir de ventura inefable? Pero el mundo en su despreciable perdón no hará más que añadir una ceremonia á un decreto anterior del cielo, porque yo soy tu esposo delante del cielo.

—¡Mi esposo! exclamaba Rosa en su enajenamiento.

—Sí, replicaba su amante, el Dios que formó nuestros corazones, les inspiró una mutua inclinación, amalgamada en la sangre que se forma en ellos. Al amarnos no hacemos más que obedecer sus leyes, que son superiores á las del hombre. Unimos aquí nuestra fe y ponemos por testigo al cielo. La promesa de nuestra fidelidad es más solemne que las mentidas fórmulas de los humanos. Esa estrella que brilla con más fulgor, es la antorcha nupcial que alumbra nuestras bodas, y todas las demás son las lámparas del universo, templo augusto, inmenso y digno del Eterno que re-

cibe nuestros votos."—Vibraban estas palabras en el alma de Rosa, como el canto de los ángeles en la mansión de los bienaventurados: estrechaba la mano de Eugenio contra su pecho, como para contener los fuertes latidos de su corazón, y en la embriaguez de su delirio: Sí, Eugenio, exclamaba, yo no comprendería lo que es vivir, si tu vida no hubiese de ser enteramente mía.

—¿Lo juras?

—Delante del cielo que pones por testigo de tus juramentos.

—Ya somos esposos, Rosa: él bendice nuestra unión. Ahora déjame mirarte como cosa mía, déjame respirar tu aliento. Háblame, dime que tu felicidad es tan pura como la mía. Rosa hubiera querido responder; pero enlazada su cintura por el brazo de Eugenio, sentía más enérgica en su corazón la verdad de lo que su amado le decía.

Entrevieron en efecto la felicidad como un descarriado en una noche tenebrosa divisa á lo lejos pasar entre los bosques una luz fugitiva, que sus ojos no pueden volver á descubrir. En medio de aquella fascinación, miraban ambos el inminente peligro á que está expuesta su virtud, y se detienen espantados á la vista del abismo á que se iban á precipitar. Rosa se estremece repentinamente como si todas sus ilusiones se hubiesen disipado, como si la hubiese

asaltado un recuerdo, como si se hubiesen agolpado á un tiempo á su imaginación la pesadumbre de su madre, el escándalo del público, la deshonra de su familia, la enormidad de su falta, sus temores religiosos, y cuanto podía hacer de una joven de sus circunstancias y en aquellos tiempos, la criatura más infame y la más desgraciada: una transición tan repentina entre dos existencias tan contrarias. Todas estas y otras mil ideas aterradoras, aun la de la vergüenza en la presencia de Eugenio, hacen una revolución en todo su ser y agolpan su sangre á su cerebro; se resuelven á tentar de nuevo todos los medios para salir de la alameda, aun á costa de su vida; y cuando van á emprenderlo, Rosa se sacude con un temblor convulsivo, sus ojos quedan fijos y medio cerrados, su boca entreabierta, un sudor frío baña su frente y apenas puede articular estas palabras: "Señor, me siento morir." No respondía á los halagos de su amante, y sus manos recibían las de Eugenio sin apretarlas. Eugenio atribuía esta languidez á la novedad de unas sensaciones que una niña experimentaba por la primera vez, y la acariciaba sonriendo.—"Señor, yo me muero," repetía la joven en voz más y más extinguida, y dejaba caer su cabeza en el brazo de su amado. El joven, equivocado en el sentido y en el origen de aquel desfallecimiento, se felicitaba de tener una esposa tan amante: miraba con satisfacción y con

un presentimiento de futuros é inextinguibles goces, aquella vista quebrada, aquella palidez extrema, aquel rostro exánime, y unía sus mejillas á las de su amada, exhalando palabras de deleite y de amor. La pobre Rosa repite todavía su exclamación, y como de una voz que habla muy de léjos, Eugenio apenas oye. "Eugenio.... mi madre.... no desprecies mi memoria;" y estas palabras mal pronunciadas, son seguidas de un ruido ronco en las cavidades del pecho, y luego de un movimiento tan extraño, que el joven sorprendido detiene su respiración, aplica con atención el oído: profundo silencio: aprieta la mano que tiene entre las suyas; ninguna acción: quiere levantarse para traerle un poco de agua de la fuente que tiene delante, y Rosa se escapa de entre sus manos, en las que deja una parte de su vestido desgarrado, y sin meter las suyas para defenderse, rueda del canapé hiriéndose la frente contra el suelo, por cuya herida corre su sangre. Se precipita Eugenio á levantarla, y abraza.... ¡un cadáver!....

Le extiende, le palpa por todas partes, aplica sus manos al corazón, á ver si éste reconocía ó respondía al llamado de aquel por quien había latido siempre: se empeña por aquella boca yerta en transmitir su propia vida con su aliento. No hay remedio: ha expirado. A tal aspecto se queda Eugenio en pie, inmóvil, aterrado, petri-

ficado . Una fiebre se apodera del desgraciado joven. Se reprocha perder momentos en aquella situación: vuelve á hacer los experimentos que le sugería su delirio, quiere con su calor calentar aquel cuerpo que comenzaba á enfriarse con el hielo de la muerte: los labios azulados del cadáver se contraían con una sonrisa amarga, que parecía burlarse de sus esfuerzos y sellar su desengaño. ¡Gran Dios! El cadáver de Rosa, de la que acaba de inundar en caricias, y era todavía un momento antes el objeto de un porvenir de amor y de felicidad!—Y ¿qué hacer en tan horrible trance? El, que se lisonjeaba de presentar á su adorada Rosa, limpia y pura á los ojos de su madre, echarse á sus piés y conseguir con su amor á la familia, destruir la prevención de ésta en su contra, y llegar á obtener su afecto y la aprobación universal, ver perdida sin remedio en la opinión, y ser la causa de la deshonra de aquella por quien habría dado su vida, marchitar su reputación, hacer despreciable su memoria, arrojar el fango sobre su cadáver. Pero tal vez no está irrevocablemente muerta, y primero es volverla á la vida, y después pensar en los medios de cubrir su conducta. El desgraciado se meza los cabellos, corre de un extremo á otro, se agita en todos sentidos, se le ocurre tentar el medio de romper las puertas ó salvarlas, quiere aprovechar lo que queda de la noche para volar á pedir soco-

rro á sus amigos, á todos los que se lo puedan prestar, y al trepar por una de ellas, un rumor confuso se oye por la parte de fuera; el ruido de un tropel se acerca, se le llama, se le amenaza, redoblan las imprecaciones, y acaso temiendo que se escapara, más bien se rompe que se abre la cerradura, y se apartan las dos hojas de la puerta con fracaso. Aparece un alcalde seguido del primo de Rosa y de ministros de justicia que se apoderan de su persona, preguntándole por la que llaman víctima de su seducción y su violencia. El mismo les conduce, y las hachas que llevan en las manos alumbran un cuerpo bañado en sangre.

En aquellos tiempos se puede decir que en América se ignoraba la existencia del resto del mundo. Sin ninguna comunicación con el extranjero, se creía que fuera de México no había más país en la tierra que la España; y siendo aún la correspondencia con ésta muy irregular, era una cosa extraordinaria la llegada de alguna noticia de la metrópoli: era un acontecimiento que se anunciaba con una campanita que se llamaba "de aviso," como especialmente destinada á este objeto, cuyo sonido era seguido luego del repique general de todas las de la ciudad, que despertaban con sobresalto á toda la población para no dormir más, si sonaba á cualquiera hora de la noche. No obstante que ya en la madre patria se batían por todas partes contra el vence-

dor de la Europa, incendiada toda en guerras, nada alteraba en la Nueva España, y mucho menos en la Nueva Galicia, aquella sepulcral tranquilidad todavía á principios de 1810.

En tal época fácil es concebir cuál sería el rumor á que daría lugar un acontecimiento de esta clase. No se hablaba de otra cosa, no se saludaban las gentes sin comenzar por esta conversación. En los días que duró esta ruidosa causa, se preguntaban unas al encontrarse, cuál sería la suerte del desgraciado Rubio, otras se impacientaban de que no acabasen de ahorcar á un malvado de cuyos crímenes no se admiraban, "porque, decían, ¿qué se puede esperar nunca de un criollo por más ilustre que haya sido su padre?" Algunos pocos, temiendo comprometerse, se limitaban á preguntar los pasos que llevaba la causa, con un secreto deseo de que se salvara un hombre hasta entonces tan respetado y tan querido, y aun algunas jóvenes que delante de sus madres afectaban ver con horror la conducta de Rosa, allá entre sí se comunicaban sus deseos de ser amadas como ella; mas nadie se atrevía á manifestar interés por Eugenio, ni la desaprobación más indirecta de la conducta de una familia como la de la señora*** tan principal y á quien visitaban los canónigos, los oidores y el presidente de la audiencia. Un sólo hombre, hombre superior y de eleva-

dos sentimientos, oidor también y español, pero animado por estas dos valiosas circunstancias, tomó con calor la defensa de Eugenio, de cuyo padre había sido amigo verdadero; mas todos sus esfuerzos en el foro y fuera de él, se habían estrellado contra el torrente de una especie de furor con que se le condenaba.

En fin, al cabo de tres ó cuarto meses, en un lugar sagrado en que los criminales se despiden de la tierra para salir á la eternidad, y del que su elocuencia bienhechora había libertado á tantos, se veía un joven sentado en un rincón, de un semblante macilento, de unos ojos sombreados y hundidos, de una barba crecida. Unas manos largas y huesosas sostenían su cabeza. Su aspecto todo anunciaba la imagen del infortunio, más bien que de la maldad. Reclinábase de cuando en cuando sobre un sacerdote sentado á su lado. Este sacerdote era el confesor de Rosa, que el joven había pedido.

—Hijo mío, le decía, en esta hora terrible le queda al desgraciado el gran consuelo de la religión. Si los hombres no tienen piedad al aplicar la justicia, un Dios amoroso perdona la flaqueza humana, y paga con una dicha eterna, con una dicha inefable un sólo acto de arrepentimiento. Pero ¡qué lamentable sería que á la crueldad de los hombres, y á la agonía de un suplicio se

añadiese el interminable de la otra vida, por la mentira ó por la obcecación!

—Padre mío, yo no estoy obcecado, yo estoy arrepentido, pero no puedo negar mi crimen.

—¿Es pues, verdad, que lo habeis cometido?

—¿Acaso lo he negado desde la primera declaración? La justicia de los hombres ha hecho lo que debía: no debía perdonarme, ni yo se lo he pedido.

—Pero á lo menos decidme, ¿cómo os pudo tentar el enemigo para una acción tan atroz? ¿Qué pudo arrastraros á tal desgracia?

—Yo no acertaré á decirlo, padre mío; sólo sé que yo la maté, que la robé con violencia de su casa, y que irritado de su resistencia y de su desprecio, la sacrifiqué, la ví morir sin temblar, como el facineroso más endurecido, y al tratar de huir, fuí sorprendido por la justicia.

—Así lo habéis dicho constantemente en vuestras confesiones ante el tribunal de los hombres; pero yo no sé por qué tiemblo de dejaros ir ante el tribunal de aquel á quien no podemos engañar. Yo no comprendo cómo habéis sido sin piedad para sacrificar una persona que amábais, y no para saciar vuestros deseos: esa brutal y lamentable pasión que os arrostró á tanto horror, ¿cómo no os hizo triunfar antes de su debilidad? ¿Persistís en negarlo ante un

ministro indigno, del que no quiere más que vuestra confesión para abriros sus brazos?

—¡ Oh ! no, padre mío, os lo repito, murió casta, pura, intacta como había vivido. En aquel momento no emprendí vencer su virtud, porque no era ya mi amor lo que la quería manifestar, sino mi venganza. Ciego en mi furor, levanté la mano y la derribé de un golpe, cuya horrorosa señal, y sus vestidos desgarrados, han confirmado mis confesiones á los ojos de la justicia. Perdonadme, padre mío: os suplico me dejéis solo hasta que os llame: tengo necesidad de reposo.

Apenas el sacerdote hubo salido, Eugenio, paseándose precipitado, se entregaba á toda la amargura de su llanto, á toda su desesperación, más infeliz, más apesadumbrado de la muerte de Rosa, que de la suya y de todas las desgracias que le sobrevinieron. No, Rosa, exclamaba: los hombres no marchitarán tu memoria: su planta no hollará tu sepulcro con desprecio. Tú moriste con la muerte de la virtud, y tú serás virtuosa á los ojos de tu madre y á los del mundo. Allá en la mansión de la verdad, tú eres pura, tú eres recibida por el Dios que te hizo, y que te hizo para amarme: allí serás un ángel intercesor por tu Eugenio que hoy te adora más que nunca: ven, Rosa, ven mañana al lugar de mi sacrificio para aceptarlo y conducirme al trono del

que ve el tamaño de mi amor: él nos dejará vivir juntos. Mañana..... mañana.... ¡oh muerte, cuánto tardas!.... Todavía otra noche.... ciento dieciocho noches de agonía.... tanto es preciso sufrir para volver á ver á Rosa.... En fin, soy feliz: ya no más una noche, y mañana á estas horas estaré contigo. Rosa, tu espíritu que sabía amar en la tierra, debe resplandecer con el fulgor del cielo. ¡Cuán feliz serás de verte tan amada, de comprender este amor, inmenso como la eternidad! ¡Cómo te empeñarás en pagármelo, cómo me acariciarás! nuestra ventura no será turbada por la vista de nuestros enemigos. No, allí no hay intereses sórdidos que sistemen una política atroz: allí no está el vil opresor: aquella es la patria de los que no la tienen en la tierra. ¡Gran Dios, todavía una noche! la más larga de todas....

En este momento la puerta de la prisión se abre precipitadamente: un oidor, por cuyas respetables mejillas ruedan lágrimas de júbilo, conduce á una señora vestida de negro, y cubierta con una mantilla: un gran rumor se oye por fuera, gentes de todas clases, distinguidas y plebeyas, llevadas por la admiración unas, y otras por el agradecimiento á su antiguo defensor, se agolpan con las demostraciones de un día de regocijo público. Todos lloran; pero vierten llanto de contento y de ternura, llanto de asombro al ver un espectro delante de sí. ¿Eres

tú, Eugenio? dice el oidor adelantándose. ¿Así has muerto antes de que te hiciesen morir? Muera yo ahora que he logrado un triunfo para la justicia, y pago un tributo á la memoria de un amigo. Era necesario ser tan elocuente como tú para salvarte; yo he clamado inútilmente contra la iniquidad, y en vano me he ofrecido responsable de tu inocencia. Hombres que no han amado, te condenaron: hombres que no comprenden el amor, no te comprendieron. Eugenio, ¡cuán grande eres! Eres la admiración de todos: cada uno de los habitantes de la ciudad habría sido feliz en dar su vida por salvar la tuya. Pero tú eras tu acusador, tu testigo, tu proceso; yo no te he creído, ni el confesor tampoco: hemos hecho registrar repetidas veces todas las casas y todos los muebles de la familia de esa joven desgraciada: conseguimos retardar la sentencia para registrar de nuevo: en fin, pronunciada la que te condenaba á muerte, la Providencia ha coronado nuestros afanes. Ella no podía dejar que se consumase la iniquidad. He aquí lo que buscábamos y estaba yo seguro de encontrar. Su Alteza la Real Audiencia, en vista de todo, ha declarado tu inocencia, ha revocado su acuerdo, y te manda poner en libertad.

El magistrado presenta el libro de devociones de Rosa, señalado por ella con un papel en que se hallaban escritas de su pu-

ño estas palabras: "Madre mía: en nombre del cielo le pido á vd. perdón. Compadézcase vd. de una hija que la ama con la ternura de su corazón, y que por lo mismo es más desgraciada en su misma culpa. Yo voy á hacer pedazos el alma de vd. confesándola que amo á Eugenio. Tengo fe en las palabras de vd., creo en vd. como en Dios, y sin embargo la flaqueza de mi espíritu no ha podido comprender cómo este joven sea responsable del defecto que se le imputa, ni aun cómo este defecto sea defecto, ni degrade su carácter. Dios me es testigo de todos los esfuerzos con que combato esta fascinación, esta cosa que tengo dentro de mí, que yo conozco, y que siento que es más poderosa que yo. Yo invoco la religión, el auxilio de mi confesor, y mi amor á una madre tan querida: no quiero, no, no quiero amar, y sin embargo no sé cómo llamar lo que siento: acaso es una enfermedad de mi sangre, de la que yo misma soy la primera víctima, porque preveo que no podría sobrevivir á la desgracia de dar á vd. una pesadumbre; pero no soy yo, madre mía, es un poder irresistible que me arrastra á mi pesar, que no comprendo, ni puedo vencer. Madre mía, esta hija infeliz, no se propone más que besar las plantas de su madre que adora; pero amo á Eugenio, y si éste apareciera al momento de consagrar á otro hombre mi mano y mi destino por cumplir la voluntad de vd., no puedo

responder de mis acciones, porque no sé que sería de mí."

Eugenio da un grito de espanto; con los cabellos erizados, se adelanta á echar unos ojos descarriados sobre el papel. No, exclama, todo eso es falso, yo la saqué con violencia; yo la he asesinado, yo soy reo de muerte. Esa no era la letra de aquella desgraciada niña.

—Su madre, dice el magistrado, la conoce mejor que tú.

—Sí, dijo descubriéndose, la señora que le acompañaba. A su vista, el joven cayó sobre la tarima de un altar que había en la pieza, mirando con los ojos fijos y con una boca de insensato á aquella señora, que le hablaba de esta manera.

—La culpable soy yo, porque declaro que mi hija amaba á vd.: vd. ha poseído á mi hija, ella ha muerto de vergüenza y de la memoria de su madre, en los brazos de vd. Yo no me podré explicar el golpe de su frente y la rotura de sus vestidos; pero no es obra de vd. Usted no es reo del crimen de que se acusa: vd. ha sufrido mucho, lo veo; pero espera vd. en la muerte cesar de sufrir. No, señor, vd. amaba á mi hija: es preciso que vd. me ayude á llorar su pérdida. ¿Qué cosa son las agonías del suplicio, al lado del suplicio que desgarra todos los días y todos los instantes el corazón del ser que ha perdido al ser que amaba? Señor, vd. quiere morir.... No.... yo también

llamo á la muerte, yo la invoco, que venga á terminar este infierno que me destroza sin acabar conmigo.... No.... viva vd.: ha de vivir vd., pues que yo vivo, y llevo en mi alma todo lo que la muerte tiene de más atroz. Denme á mí ese patíbulo con todas sus agonías y con toda su afrenta.... yo soy quien mató á mi hija.... yo conduje por la mano á mi hija á la prostitución.... Caiga la infamia sobre mí y envuelva mi memoria, más que la tierra que ha de sepultar mi cuerpo, si tierra todavía ha de haber para una infame..... no..... no..... entréguese mi mano parricida á la voracidad de las aves inmundas; pero venga ese cadalso, venga.... hija.... la hija de mi corazón .... éste es su pelo.... éste es su anillo: tómelo vd., señor, es su anillo de boda; sólo este pañuelo es mío.... es suyo... ella fingió olvidarlo la noche que me abandonó para siempre.... sus manos temblaban al tomar la resolución de dejar á su madre: yo lo veo agitarse.... veo impreso en él el temblor de sus manos.... hija.... hija de mi corazón.... que á pesar de tu ingratitud, volvería á parirte, volvería á pasar estos tormentos porque tú existieras, por verte un instante.... aunque despreciaras á tu madre y me llevaras al cadalso, como te viera yo dichosa!

Y la señora arrojaba el anillo á la cara de Eugenio: y siendo sus discursos más y más insensatos, la desgraciada fué condu-

cida de allí al hospital de San Miguel á terminar sus días en la sección de los dementes.

En la toma de Granaditas se veía un joven con la tea en una mano y el sable en la otra, abrirse paso por entre la mezcla, adelantarse el primero salvando ruinas y cadáveres, sin cuidar siquiera de ser seguido, ni alentar á los suyos. Sus golpes eran seguros, y el peligro le respetaba. En Aculco, en las Cruces, salía siempre de la refriega cubierto de sangre y de polvo, y parecía que salía victorioso á su pesar. En Calderón se le veía correr sólo á la pieza de artillería que más vomitaba sus fuegos; no conseguía más que verla abandonada de los artilleros, que dejaba tendidos unos al pie de las ruedas, y porque obligaba á los otros á tomar la fuga. No llamaba de los suyos para conducir la pieza, porque no buscaba trofeos. Corría á otra para repetir lo mismo: se le creería un león desatado, sembrando el terror en medio de la batalla, más temido en todos los puntos que la carga de un escuadrón. La muerte buscada y desafiada por él, se veía obligada á pasar á las filas de los enemigos. Herido gravemente por una metralla, y abandonado en el campo, cayó prisionero en poder de los españoles.

Una tarde, en la primera de las ejecuciones que se hicieron en el costado sur de la alameda, (bautismo de sangre que reci-

bió Guadalajara de las manos del general Don Félix María Calleja) venía Eugenio, más bien arrastrado que conducido, teniendo una pierna hecha pedazos. Vuelto de espalda para ser fusilado como traidor, quedaba de frente á la pared del jardín de la familia de Rosa. Al levantar los ojos á una puerta que le era bien conocida, apenas pudo decir: "Rosa, vuelvo al punto donde me reuní la primera vez contigo; llévame tú ahora adonde te hallas," y fué derribado por las balas. Todavía existen en el muro las huellas de las que atravesaron su cabeza. Aquella noche fué espantosa en Guadalajara: mas aquella noche y otras que se le parecieron en el discurso de once años, terminaron para el Criollo con la aurora que brilló en Iguala el 24 de Febrero de 1821.

ANÓNIMOS.

Don Juan de Escobar.

I.

Eran las doce del día del quince de Mayo de mil ochocientos trece, cuando aprovechando la escasa sombra que daba una de las aceras de la calle de Mesones de Puebla, caminaba por ella un anciano caballero con cuanta prisa era dable á su avanzada edad, entrada en sesenta y cinco años. Su traje, diverso del que ya se usaba generalmente en aquel tiempo, se componía de una enorme casaca, cuyos anchos faldones tocaban á la parte inferior de sus pantorrillas; de un largo chaleco de terciopelo azul con botones de concha; calzones cortos negros del mismo género; medias de

seda, zapatos con hebillas doradas de un tamaño extraordinario; una blanquísima peluca llena de polvo y un pequeño sombrero de tres picos atravesado sobre la cabeza. Llevaba, ya por necesidad, ya por autorizar su persona, un largo bastón de puño de oro, con que en otro tiempo ejerció cierto cargo público, de no poca importancia. Llamábase este buen señor, D. Rodrigo Díaz de Rosales, natural de las montañas de Santander; y había venido á México muchos años antes á ejercer el empleo de alcalde mayor, en una de las más pingiies alcaldías en que se dividía entonces la que es hoy República. Rico, viudo y con una sola hija, vivía en la ciudad de los Angeles, haciendo un papel distinguido; pero la revolución política que destrozaba entonces la nación, le hizo recoger velas, y adoptar un modo de vida más obscuro que el que hasta entonces había llevado. Dejó una casa que ocupaba en la primera calle de Mercaderes, y tomó otra de menos apariencia en la plazuela de San Francisco. Cortó algunas relaciones, disminuyó su tren cuanto pudo, y así logró, que ya que no lo olvidasen del todo en las listas de contribuciones que se imponían con suma frecuencia para sostener la causa del Rey contra los insurgentes, se le asignasen cuotas moderadas, no obstante lo cual sentía que con cada una se le arrancaba el alma. En el estrecho y obscuro círculo de los amigos

que conservaba, se hacía notar por su extremado apego á los usos y costumbres antiguas, su ojeriza á todo lo nuevo, y por el odio mortal que profesaba á los insurgentes.

Ya hemos dicho que caminaba á su casa con extraña prisa. Llamábale á ella un negocio importante que debía tratar con un paisano suyo, mercader, como allí dicen, de ropa de la tierra, medianamente acomodado, y con quien D. Rodrigo guardaba estrechas relaciones amistosas y pecuniarias. Llegó, pues, á los umbrales de su casa acalorado y sudando, tocó dos y tres veces la puerta, subió una estrecha escalera que daba á los altos, y se entró en la sala principal.

Era ésta una pieza prolongada con dos pequeños balcones á la calle, resguardados del viento, no con vidrieras, sino con unos bastidores cubiertos de lienzo, lo que la hacía un poco obscura. En el ángulo mayor de su testera, á distancia de dos varas sobre el suelo, corría horizontalmente de uno y otro lado por un buen trecho, una cornisa vieja de madera dorada, de la cual bajaba una tela carmesí no muy nueva, que servía de fondo al estrado. Componíase éste de dos canapés y algunas sillas anchas y pesadas con cojines forrados de tripe, y una pequeña mesa rinconera, sobre la cual estaba una imagen de cera cubierta con un gran vaso de cristal. En lo alto de la pieza

se veían colgados varios cuadros de Santos, un retrato de un difunto, y un baldaquín de damasco con un crucifijo de marfil adornado de una cabellera postiza.

Sentábase en uno de los principales asientos una mujer como de cincuenta años de edad, pelo medio cano, recogido con tirantez á la parte posterior de la cabeza: frente estrecha, boca rasgada con los dientes fuertes y grandes, nariz chata, ojos negros pequeños y redondos. Un coletillo blanco ajustado á la caja del cuerpo, un pañuelo de Madrás al cuello, unas anchas y dilatadas enaguas de angaripola, una correa de la orden de San Juan de Dios á la cintura, y un lazo negro con una granada y una cruz de latón al pecho, formaban el completo aderezo de esta "ama de llaves," á cuyo celo y vigilancia había fiado D. Rodrigo el cuidado interior de su casa.

Nada habría aquí digno de llamar nuestra atención, si no se viera en otro de los asientos una hermosa doncella, cuyas formas delicadas contrastaban con las rígidas y varoniles facciones de la respetable matrona que acabamos de pintar. Su color tiraba un poco á trigueño; pero lo hacía resaltar el negro subido de su rizada y profusa cabellera. Sus delgadas cejas un poco unidas, sus largas pestañas y sus ojos lánguidos, daban á su rostro un tinte de dulcísima melancolía. Su voz era blanda, su mirar amable, y una casi imperceptible

sonrisa que solía escapársele al dirigir la palabra, ó despertaba el amor, ó excitaba la ternura. Rayaba al parecer en los veintidos años, y el aseo y sencillez de su traje guardaba perfecta armonía con la elegancia de su persona.

—¿Ha venido mi amigo D. Dionisio? Preguntó D. Rodrigo. —No, señor, respondió la ama de llaves, y á fe que lo hemos aguardado con impaciencia.—Con impaciencia por parte de vd., dijo la doncella, no por la mía.—Niña, niña, repuso el anciano, ¿cuándo me darás gusto en lo que quiero? No estás en el caso de elegir (que eso me toca á mí) sino de obedecer. Es necesario que varíes de modo, y no me obligues á usar de mi autoridad.

Estando en esto, se oyeron fuertes aldabadas á la puerta.—El es, exclamó D. Rodrigo: cierto que no se apresura mucho para un asunto de esta clase.... ¡Mozo! abre al momento la puerta y dí al Sr. D. Dionisio que suba.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras estregando las manos una con otra en señal de inquietud, cuando oyó en la escalera los pasos de uno que al parecer calzaba espuelas. Llamóle esto la atención, y más cuando también percibió que la persona que subía arrastraba un sable de vaina de acero. Sobresaltóse de pronto, y aún no podía imaginar siquiera lo que aquello sería, cuando se le puso delante un dragón

que sin más ceremonia le plantó en las manos un papel. Tomólo D. Rodrigo, púsose los anteojos y no sin extrañeza vió que decía lo siguiente.—"Dará vd. alojamiento "en su casa al capitán de caballería D. Juan "de Escobar."—Iba á hacer mil preguntas sobre el caso, cuando percibió ruido de caballos en el patio, y conoció que el nuevo huésped y sus asistentes habían tomado posesión de su casa.

Cuánto lo sintió y cuánto se quejó allá á sus solas de los insurgentes, que con motivo de la guerra que sostenían causaban la plaga de los alojamientos, no hay para qué decirlo. Bastará saber al lector que aquel día estaba destinado á ajustar el matrimonio de la señorita Guadalupe, hija de nuestro hidalgo, con D. Dionisio Cascales, de quien hemos hecho mención.

A tamaña novedad se levantó la ama de llaves toda fruncida y remilgada.—Válgame Dios, dijo, en qué tiempos estamos! No había antes quien chistase en esta casa y ahora se ha convertido en cuartel. ¡Y en qué día!.... Más valiera morirse, que ver tales cosas.

Guadalupe seguía cosiendo, alegre al ver que este acontecimiento imprevisto interrumpía en aquel instante el concierto de sus bodas. Guardaba á D. Dionisio una mortal antipatía. Bien es verdad que ni los modales de éste, ni su aspecto, ni su conversación, eran á propósito para captarse la

benevolencia de una señorita bien educada. Chocarrero más que gracioso, confundía la franqueza con la grosería, y en todo dejaba ver la tela burda de que había sido cortado. La joven sintió un alivio en la corta demora que proporcionaba este incidente. Las personas que se hallan en un estado violento, ó ven muy próximo el mal, suelen mirar la suspensión de él como el mayor de los bienes, pasando repentinamente de lo sumo del abatimiento á una loca alegría.

Ya daba orden D. Rodrigo de prevenir al huésped cuarto, cama y mesa; ya encargaba se le sirviese de tal manera que estuviese confinado á un sólo punto de la casa; ya trazaba el modo de ocultar á su hija de los ojos del anunciado capitán; y ya la ama diligente se aprestaba á cumplir con estas órdenes, y aun á darles mayor extensión, cuando he aquí que sube la escalera y pasa precipitadamente á la sala un joven bastante gallardo. Saludó á la señorita, y sentándose á su lado, la dijo con cierto aire de confianza.—Guadalupe, aquí estoy: vengo á cumplirte la palabra que te he dado. ¿Estás tú en disposición de cumplir la tuya por tu parte?

Fijó la doncella los ojos en él, y al punto que reconoció sus facciones, algo desfiguradas con el bigote que en parte las cubría, se llenó de sobresalto. Ocuparon simultáneamente su corazón dos pasiones al parecer opuestas, el gozo y el temor. Iba

á responder, cuando el padre, que había visto entrar á su huésped desde el extremo opuesto de la casa, llega en aquel momento, y ocupado en saludar al recién venido, cuya insinuante presencia llamó su atención, no hizo alto en la sorpresa que mostraba su hija. Olvidó por un momento su disgusto, mirando delante de sí un realista, sintiendo sólo que anduviese éste vestido "á la francesa," y no con el traje grave y autorizado de que él hacía tanto alarde á despecho de la moda. Un poco más festivo le preguntó.

—¿De qué provincia es vd., paisano? Según el aspecto y el acento, me parece andaluz.

—Soy veracruzano, contestó el joven, para servir á vd.

Esta respuesta desconcertó algún tanto al buen anciano, porque, ya sea por preocupación, ya por hábito, miraba á los americanos con el mayor desafecto. No hay que fiarse en los criollos, decía con frecuencia, porque al fin la cabra al monte tira. Esta era la razón principal que le hacía abreviar el casamiento de su hija: temía á par de muerte, que ésta llegase á enamorarse de un mexicano. Hubiera sido esto para D. Rodrigo el mayor de los males con que pudiera castigarlo el cielo.

Inútil sería entretener al lector con la relación de lo que pasó en esta y otras conversaciones entre D. Rodrigo y el capi-

tán; pero sí será indispensable darle noticia de quién era éste.

Había nacido en Veracruz, donde recibió una educación esmerada. Estudió después en el colegio de San Ildefonso de México latinidad y filosofía, y se nutrió, más que de los estudios, de las ideas de libertad é independencia que tanto séquito tenían entonces en los alumnos de aquel establecimiento. Se dedicó en seguida al comercio, y habiendo hecho un viaje á su patria con un convoy, demoró algunos días en Puebla. Una casualidad le hizo ver á Guadalupe en una Iglesia: la siguió cuando salía, marcó su casa, y valido de diversos artificios, pudo entablar con ella una correspondencia amorosa. Dos almas que se quieren por instinto ó por destino, se buscan después por elección, vencen las dificultades, salvan las distancias, y estrechan sus relaciones. Guadalupe confesó á su amante que lo quería; le hizo presentes las razones que podían impedir su unión; le dió noticia de los proyectos de su padre, y concluyó asegurándole que á pesar de todo era suya y jamás pasaría á poder de otro.

Había un año que D. Juan estaba en México de regreso, sin que hubiese tenido noticia de él: acusábalo unas veces de olvido, otras de tibieza, y muchas lo disculpaba con que estando interceptados los caminos, no le sería fácil venir á cumplir con sus empeños.—No es posible, decía, que

un amor tan vivo, tan tierno, tan desinteresado como el que me mostró Don Juan, sea fingido. Desde que me vió me quiso, y yo no puedo creer que haya pretendido engañarme. ¿Qué provecho sacaría de burlarse de una infeliz, que no le ha hecho mal alguno, y que se halla dispuesta á sacrificarlo todo por él?

Su corazón estaba continuamente lleno de dudas y sobresaltos; y entre tanto su padre urgía para que celebrase su matrimonio con D. Dionisio. Dilataba ella el plazo cuanto la era posible; pero al fin las cosas habían llegado á tal punto, que no era fácil diferirlas más. En esta sazón llegó D. Juan, hecho militar, con ánimo de conseguir por este medio entrada en la casa de su querida. Fué industria suya pedir al regidor encargado de los alojamientos, boleto determinado. Consiguiólo, y se pusi en contacto con el objeto de su amor.

II.

Los antiguos patriotas, conocidos con el apodo de "insurgentes," título entonces de oprobio y hoy de gloria, no sólo ocupaban los caminos, sino que formaban gruesas divisiones con que tenían al gobierno español en continua alarma. Todo el país estaba sembrado de partidas de ambos bandos, y apenas se hallará lugar que no hu-

biese sido durante aquella larga lucha teatro de la guerra, ó sitio de alguna ejecución. Todavía se ven en los campos erigidas aquí y allá cruces toscas que dicen al pasajero cómo en aquel sitio fueron privados de la vida uno ó muchos de nuestros primeros libertadores. Sólo la costumbre puede habernos hecho indiferentes á estos objetos que á cada instante se presentan á nuestros ojos.

El pueblo de Coscomatepec, situado á la falda oriental del Pico de Orizaba, estaba entonces ocupado por las tropas independientes al mando del general Bravo, el cual no perdía momento en aprestarse á resistir el ataque que meditaban darle los españoles, de cuyos intentos tenía noticias repetidas por medio de sus adictos y espías.

Una tarde de Junio del mismo año de 813, cuando el sol se ocultaba tras aquella elevadísima montaña, cuya cima, coronada de eternas nieves, despedía en tornos de sí rayos de luz, pasaban lista las tropas independientes en la plaza que tenían cercada de fosos y parapetos. A uno de ellos se presentó un joven vestido al uso del país, ó por mejor decir, "á lo insurgente," acompañado de otros tres que en su porte manifestaban estarle subordinados. Venía con ellos una señorita joven, á quien todos se esmeraban en servir. Pidieron permiso al comandante del puesto para pasar adelante:

dióselos éste, y al punto se presentaron al general, el cual los recibió con la amabilidad que siempre lo ha caracterizado. Fueron alojados con la comodidad que el lugar y las circunstancias proporcionaban. Mucho agradó á todos los presentes el garbo del mancebo; pero más se maravillaban todavía de la gala y apostura de la linda doncella.

Ya el lector habrá sospechado que éstos son D. Juan y Guadalupe. Efectivamente es así. Tuvieron en Puebla lugar de hablarse á solas largamente: se dieron cuenta de sus sucesos; conocieron lo peligroso de su posición y se resolvieron á partir de allí, aventurándolo todo antes que faltar á sus mutuos compromisos. ¿De qué arrojo no es capaz una mujer apasionada? Abandonó Guadalupe su casa, su padre y su patria: se entregó en brazos de su amante, y se expuso á todo género de contratiempos, antes que consentir en un enlace aborrecido. ¡Infeliz! salía de un compromiso para entrar en otros, y su suerte infausta la seguía donde quiera. Es verdad que cometió un gran desacierto en dar á su padre tan grave pesar, y que antes de tomar una resolución tan arriesgada, debía haber tentado otros medios más suaves que dicta la prudencia; pero también lo es que este acto de irreflexión fué sobradamente castigado con lo que veremos después.

Don Juan se portó tan caballero, que

no quiso vivir con su futura esposa en un mismo alojamiento, hasta no haber verificado su enlace. Dió los pasos necesarios al intento, y dentro de pocos días logró verse unido á la persona que más amaba sobre la tierra.

¿Quién no creería que Guadalupe gozaba entonces de las satisfacciones más puras? Había tocado al término de sus deseos, y veía reunidos en D. Juan un esposo complaciente, y un amante rendido. Sin embargo, aunque estaba locamente enamorada, cuando llegó á pronunciar ante el altar el "sí quiero," recibió las arras, y dió su mano en prenda de su fe, se levantó allá en lo más íntimo de su pecho un recuerdo, una triste memoria que empañó el brillo de sus presentes alegrías. Acordóse que su madre cuando estaba para morir, la había dado entre varios consejos este muy importante.—"No causes ningún enojo á tu "padre, y procura, ó tomar estado á su "gusto, ó permanecer á su lado mientras "viva." Viniéronsele de tropel mil imágenes de la niñez, de su casa, de su reducida familia: parecióle ver á su madre que pesarosa la reconvenía de su falta: vió como en una confusa perspectiva su futuro estado, y no pudo menos de enternecerse, y dejar rodar por su mejilla una silenciosa lágrima, indicio de su dolor. Sacóla el sacerdote de tan tristes reflexiones advirtiéndola que estaban concluidas las ceremonias sagradas,

y ligados ambos esposos con un lazo indisoluble.

Desde este momento se aumentó en su rostro aquel dulce tinte de melancolía que la hacía tan interesante. Como todas las pasiones que excita el bello sexo vienen á refundirse en una sola que es la del amor; y como la tristeza que observamos en otros despierta nuestras simpatías, de aquí era, que cuantos venían á Guadalupe percibiesen en el fondo del corazón un sentimiento vago, tierno, indefinido: una mezcla de afición y de respeto que no les era fácil explicar. La hermosa dama se grangeó muy en breve el aprecio de toda la división independiente; y no había en ella un sólo soldado que no hubiera sacrificado su vida por complacerla y servirla.

Entre tanto se acercaba el momento en que la plaza debía ser embestida por los españoles. Declaróla el general en estado de sitio: tomó las precauciones necesarias para prevenir un asalto: abandonaron sus hogares la mayor parte de los vecinos, huyendo á los montes ó á las poblaciones inmediatas y sólo quedó en ella la tropa, algunos vivanderos y Guadalupe con su esposo, el cual debía recorrer el campo con una partida de caballería para hostilizar al enemigo.

Bien sabida es la gloriosa resistencia que hizo el general Bravo. Escarmentados los españoles, tuvieron que retroceder avergon-

zados, hasta poder repetir la tentativa con dobles fuerzas. Grande fué el gozo de los independientes al ver abatido el orgullo castellano. En medio de tanto regocijo, había no obstante una persona que estaba herida de un vivo y agudo dolor: esta era Guadalupe. Su marido persiguió á los españoles en la retirada, y guiado de su arrojo penetró á sus filas. Fué herido, hecho prisionero, y llevado á merced de los vencidos. Su bella consorte quedó entregada á la desgracia y la fortuna que hasta entonces le había mezclado dulzuras con desabrimientos, puso en sus manos desde aquel momento el duro y ponzoñoso cáliz del dolor.

Repitieron los españoles sus ataques, y fueron rechazados con doble tesón, prolongándose el sitio por mucho tiempo. Al bullicio del día sucedía el silencio de la noche, interrumpido con el pausado estallido de la artillería, cuyos relámpagos fugitivos alumbraban momentáneamente aquella escena de terror. Las calles del pueblo estaban solitarias y cubiertas de vegetación: las casas abandonadas: aquí y allí, escombros dispersos: no se miraban más vivientes que los soldados encargados de la defensa de los parapetos: de cuando en cuando se oía el grito del centinela, los tristes alaridos de algún moribundo, ó los chasquidos de las balas que venían á dar sobre las paredes. Uno que otro perro hambriento y encarnizado, familiarizado ya con el es-

truendo de los tiros, solía atravesar la plaza y dirigirse al cementerio á devorar los cadáveres casi insepultos.

Todo esto se presentaba á la vista de repente á la luz de aquellos resplandores: parecía que la plaza, el campo enemigo con sus tiendas y trincheras, los bosques inmediatos y los montes vecinos, salían momentáneamente del caos por un efecto mágico, para volverse á perder luego en las tinieblas de la noche. Tales son muchas veces las creaciones de la fantasía, cuando abre el genio sus arcanos, ó las imágenes de un cerebro entregado al delirio, en el ardor de una fiebre.

Guadalupe, en medio de esta escena, parecía un visión celestial. Así se presentará en el último día el ángel encargado de la custodia de nuestro globo: triste y compasivo al ver las ruinas del mundo que habitamos. Entonces fué cuando se desarrolló en el pecho de esta hermosa mujer otro sentimiento cuyo valor no había hasta allí conocido: este era el del patriotismo. El bárbaro sistema con que en aquella época se hacía la guerra, negando cuartel á los prisioneros insurgentes, la hacía sospechar que su esposo había muerto, y que ella quedaba desamparada sobre la tierra. ¡Cuántas veces la vieron los sitiados á su lado en el momento de mayor peligro! Cercada de una nube de humo, parecía el numen de la victoria, que bajaba á coronar las sienes de los defensores.

III.

Volvamos á Puebla, y observemos lo que aconteció á D. Rodrigo luego que llegó á cerciorarse de lo que había pasado con su hija. Apenas podía creer á sus ojos, y oprimido de pesar vagaba como insensato de una en otra pieza de su casa, clamando: —Hija mía ¿qué te has hecho? ¿dónde estás, hija mía? Unas veces lloraba amargamente, otras quedaba extático: se recostaba en el lecho y se levantaba al punto, sin hallar alivio á su dolor.

D. Rodrigo, bajo un exterior caprichoso y ridículo, ocultaba no obstante una alma sensible. El amor que profesaba á su hija era extraordinario; y si la hacía fuerza para casarse, era porque estaba persuadido de la conveniencia del partido que se le presentaba.—Su empeño procedía de error y no de falta de afecto.

Pero lo que acabó de acibararlo fué el saber al cabo de algunos días, por una carta que recibió de D. Juan, que éste se hallaba entre los insurgentes, casado con su hija; y todavía subió más de punto su enojo, cuando un eclesiástico que se distinguía por sus frenéticos sermones contra los insurgentes, le aseguró que éstos, como excomulgados, no eran capaces de recibir sacramentos. Ya no vió en su hija una mu-

chacha incauta y seducida, sino una infame prostituta. Trocó sus lágrimas en despecho, y arrebatado de cólera la maldijo, la desheredó y otorgó testamento dejando nombrados herederos al Rey y á su alma.

D. Dionisio sintió el lance, no por su prometida esposa (pues decía que no faltaban mujeres en el mundo), sino por la rica herencia que se escapó de sus manos.

La única que compadecía á la desgraciada fugitiva, era la ama de llaves. Aunque impertinente y pesada, habíala cobrado cariño, pues que la crió desde pequeñita. Por otra parte, la afición que mostraba á D. Dionisio, era nacida de la esperanza que tenía de sacar de él algún provecho. D. Juan logró captarse su benevolencia con repetidas liberalidades, de modo que si no corrompió su fidelidad, adormeció su vigilancia; y hay quien diga, que uno de sus asistentes, vivaracho y zalamero, llegó á decirla tales cosas, que la buena mujer, no obstante la cruz y la correa de que iba armada contra las tentaciones, llegó á presumir que valía algo, y que estaba muy capaz para el matrimonio. El caso es que ocupada con estos nuevos asuntos, descuidó el régimen de la casa, y dejó salir, sin saber cómo, á su bella cautiva.

———

IV.

Una tarde del mes de Octubre de aquel año, se dió orden por la autoridad militar de Puebla para prevenir en el cuartel de un regimiento, una pieza que sirviese de capilla á un reo condenado á muerte. Hízose así con toda diligencia, y á pocas horas estaba ocupándola el desgraciado contra quien se había fulminado tan terrible sentencia. Corrió su nombre en la ciudad, ya por ser notable de suyo, ya por el empeño que tuvo el gobierno en esparcirlo, á fin de dar solemnidad á la ejecución, y contener con el terror los movimientos populares que á cada paso estaba temiendo.

Al segundo día se presentó á la puerta del cuartel una mujer, en cuyo rostro pálido y angustiado se traslucían las terribles agitaciones que atormentaban su espíritu. Pidió al oficial de guardia la dejase ver al reo, y éste, previa la licencia del fiscal, se la concedió de grado. Cundió por el cuartel la especie de que la hija de D. Rodrigo había parecido, y venía á ver por última vez al que unos decían ser su amante y otros su esposo. Su fuga y sus aventuras la habían dado celebridad. Apenas pisó el cuartel, cuando soldados y oficiales, esparcidos indistintamente en diversos grupos, la miraban con atención, hablaban de ella, y la señalaban con el dedo. Pasó un gran patio,

atravesó un corredor, y llegó á un cuarto pequeño situado en un ángulo del edificio, obscuro, bajo, con una sola pequeña ventana, guarnecida de una enorme reja de hierro. Guardaban la entrada dos centinelas, quienes, mediante la orden que al intento les comunicó su cabo de escuadra, abrieron la puerta y franquearon el paso á la señorita.

Estaba en lo interior de la pieza D. Juan de Escobar. Había oído la sentencia de muerte con serenidad; pero se notaba que otro objeto ocupaba su imaginación, y lo tenía en un estado continuo de angustia. ¡Mi esposa! exclamaba de cuando en cuando: ¡mi pobre esposa! Paseábase agitado, vestido solamente de un largo pantalón azul de munición, sostenido de unos tirantes de colores, una camisa de lienzo, y una corbata negra al cuello.

Apenas lo vió Guadalupe, cuando, por un movimiento involuntario, corrió hacia él, abrazó sus rodillas, y hecha un mar de lágrimas, no pudo articular más palabra que.... yo soy.... Lo demás lo ahogaron sus sollozos.

Difícil sería pintar las sensaciones que sintieron en aquel momento los dos desventurados. Queríanse como amantes, amábanse como esposos y estrechaba estos lazos la común desgracia. Bien sabida es la fuerza con que obra en nuestros ánimos la identidad de situaciones.

Guadalupe, medio desfallecida, descansaba la cabeza sobre el destrozado pecho de su esposo. Pasado un rato de silencio.

—¿Para esto, le dijo, te vuelvo á ver? ¿es posible que vas á ser fusilado?

—Así lo quiere mi desgracia, repuso él; pero al fin me consuelo con verte antes de mi muerte.

—¿Y lo dices con tanta serenidad? ¿No atiendes que soy tuya y me dejas?

—No me atormentes más el corazón. No temo perder la vida, que esa se la consagré á mi patria; sino el perderte á tí, y haber hecho tu desgracia.

—¿Pero qué, no hay remedio?

—Ninguno.

—Un indulto....

—No me hables de él, que ni me lo concederán mis enemigos, ni lo quiero.

—¡Ah! hagamos el último esfuerzo.

—Es inútil.

—¿Con que vas á morir?

—Sí, esposa mía. Acuérdate siempre de mí.

La infeliz se desprendió de los brazos de D. Juan y se sentó inmóvil en una silla: sus ojos vagaban con inquietud: al fin cubrió la cabeza con sus manos y con sus ropas, prorrumpiendo en nuevos sollozos. Su esposo, parado delante de ella, no sabía lo que le pasaba: la intensidad de sus afectos absorbía su atención de tal manera, que pa-

recia una estatua. Vuelto á poco rato en sí, la dijo:

—Guadalupe, ya no hay tiempo sino para procurar que tu suerte sea menos desgraciada. Ni aun te puedo legar mis cortos bienes, porque han sido secuestrados en México: es, pues, preciso, que veamos de qué modo te reconcilias con tu padre. Tu situación lo exije así. Dentro de poco vas á ser más necesaria que hoy. Ese niño que llevas en las entrañas, es hijo mío, y exije tus cuidados y tus sacrificios. Críalo como conviene, y háblale contínuamente de mí.....

Guadalupe guardó silencio y arrojó un profundo suspiro.

En esto oyeron en la puerta una voz gruesa que dijo mesuradamente: "Deo gratias." Era el confesor, que venía á auxiliar al reo. Entró con el oficial de guardia, y éste hizo que la esposa saliese inmediatamente de la capilla.

—Por amor de Dios, gritó ella, señor oficial, permítame vd. otro rato, que tengo muchas cosas que decir.

—Sí, señora, dijo el confesor con voz reposada. Dentro de un corto espacio volverá vd. á hablar con su esposo. Voy á que acabe de disponer su alma y asegure su salvación. El Señor consuele á vd., dándole valor para sufrir un golpe tan terrible.

En casos como éste vuelan las novedades, y los más pequeños incidentes pasan de boca en boca, tanto que en breves instantes

se hace sabedora de ellos una ciudad entera. No faltó quien fuese de propósito á la casa de D. Rodrigo y le dijese:—"Su hija de "vd. ha parecido, y su yerno está en capi-"lla: ambos se hallan actualmente en el "cuartel núm...."

¡Qué multitud de ideas y de sensaciones tan vivas como encontradas se agolparon sobre D. Rodrigo! Obró entonces en él la naturaleza, y salió de su casa como arrastrado del destino, dirigiéndose hacia el cuartel que se le había señalado. Llegó con cuanta celeridad le permitían sus años, y al pasar el patio, el primer objeto que encontró fué su hija.

La sorpresa, la vergüenza y el amor, agitaron de tal modo á esta infeliz, que, trémula, desfallecida y balbuciente, apenas pudo decir: ¡Padre mío!.... y postrada en el suelo, pegó su rostro á los piés del anciano, que enternecido la contemplaba. Levantóla, y estrechándola á su seno, la dijo:—Todo te lo perdono, Guadalupe, con tal que, entrando en un convento, olvides para siempre á ese insurgente.

—Es mi esposo, repuso ella con viveza.

—Es un excomulgado, dijo el anciano, incapaz de recibir sacramentos.

Un rayo que cayese á sus piés, no hubiera producido en ella una sensación más terrible que estas breves palabras. Dudó de la validez de su matrimonio, presentándose de golpe á su mente todas las consecuencias

de esta falta. Envilecida á sus mismos ojos, se encaminó maquinalmente á la puerta de la capilla, y dirigiendo la voz al confesor desde afuera, le decía:—Padre, padre, cáseme vd. con mi marido.

Salió el confesor á estos clamores é informado del motivo que los ocasionaba, aseguró á la desolada esposa que no había necesidad de hacer lo que ella pretendía, puesto que su matrimonio había sido válido. Se pasmó Don Rodrigo al oír una opinión tan extraña para él, y sobre todo tan contraria á las doctrinas del eclesiástico realista, de quien hemos hablado antes.

Todos quedaron en silencio. Los extraños sucesos que estaban presenciando los ocupaban de tal manera, que no observaban lo que pasaba alrededor de ellos. El patio se hallaba enteramente despejado y los soldados que en diversos grupos lo ocupaban antes, se habían retirado á sus cuadras.

Después de una pausa, dijo el sacerdote:

—Sr. D. Rodrigo, el reo que está en esa pieza, desea que vd. le perdone la ofensa que le hizo casándose violentamente con su hija.

—Es un raptor, un insurgente....

—Un hombre arrepentido que quiere morir como cristiano.

—Es el seductor de mi hija.

—Lo fué, pero hoy es su esposo.

—No paga conque lo ahorquen.

—Sr. D. Rodrigo, ese joven está ligado á vd. con vínculos de religión y parentesco. Por el paso en que se halla, es necesario que haga vd. las paces con él. Acuérdese que es católico cristiano y que debe perdonar las injurias, deponiendo todo odio y mala voluntad.

—Si él hubiera consultado con la mía, no se viera en ese estado.

—Señor, todos cometemos desaciertos y este joven está pagando demasiado caro los suyos. No se hable más: reciba vd. á los dos esposos como sus hijos, concédales su gracia y déles su bendición. Por lo demás, el Señor obre; y yo espero que dé eficacia á mis palabras, para alcanzar del gobernador suspenda la ejecución por unos cuantos días, mientras impetramos del señor virrey un indulto. Quizá la calidad de este mozo y la consideración de las causas que han influido en sus extravíos (harto disculpables á la verdad), moverán á S. E. á conceder lo que se le pida. Puestas las cosas en este estado, será fácil arreglarlo todo.

—Padre mío, exclamó Guadalupe, ¿será posible lo que vd. dice?

—Sí, hija mía, contestó el confesor; confiemos en Dios que todo lo puede, y pidámosle con humildad que haga de nosotros lo que fuere servido.

—¡Ah! ¡qué agradecida viviré á vd. toda mi vida si alcanza la de mi esposo! ¡Có-

mo procuraré recompensar á mi padre los malos ratos que le he dado! ¿Me perdonará vd., padre mío?

Colgada Guadalupe del cuello de D. Rodrigo, impetraba su perdón con un acento tan expresivo, que era imposible resistirse á su demanda. Cedió por fin el anciano, y la esperanza brilló á los ojos de la angustiada esposa. Una serie de felicidades se le presentaron repentinamente con la rapidez de un relámpago.

Estaban en esto, cuando el redoble de un tambor les llamó la atención. Observaron que toda la tropa estaba formada en el segundo patio del cuartel y que la puerta que daba paso al primero estaba llena de centinelas. Se acercó un oficial al eclesiástico y le dijo:—Padre, ya es hora: el reo está en el suplicio y sólo aguardamos á vd.—¿Cómo es esto? ¿pues no es mañana el día señalado para la ejecución?—Sí; pero el gobernador ha mandado que se haga en este momento, y que el ayudante que trae la orden, lleve la noticia de quedar ejecutada.

Y era así. Notando el gobierno que la curiosidad del pueblo se excitaba más de lo que él se había propuesto, temió malos resultados, y libró la orden referida en los términos urgentes y perentorios que indicó el ayudante.

Voló el confesor á dar al reo los últimos auxilios. D. Rodrigo y su hija, agitados

de encontrados afectos, no sabían qué hacer. Bien quiso ésta correr hacia el segundo patio donde estaba ya D. Juan; pero la rechazaron los centinelas. Se esforzaba todavía en pasar adelante, cuando una descarga de fusiles le anunció haber quedado sin esposo. Oscurecióseele la vista, faltáronle de todo punto las fuerzas, y cayó en las losas del patio sin sentido.

V.

Poco sobrevivió á tan atroz espectáculo. Se apoderó de ella una fiebre voraz, y después de un violento y lastimoso delirio, murió. A los quince días de haber sido fusilado su esposo, bajó ella á acompañarlo á la triste morada de los muertos.

EL VISITADOR.

Año de 1567.

I.

Eran las once de la noche: oíase resonar gruesas gotas de agua sobre los canales ó acequias que formaban las calles de México y en las puertas de madera del palacio, pues el lujo de los cristales era desconocido en la ciudad conquistada: la obscuridad más profunda reinaba por todas partes, y el silencio propio de la hora hacía más perceptible el estrépito de la lluvia. México estaba consternado con la conspiración del marqués del Valle, la que aún se dudaba si se había sofocado del todo, á pesar del suplicio sufrido por los que se creían sus autores, cuyas cabezas, levantadas sobre es-

carpias en la gran plaza, hacían de ella una escena de terror.

Pero lo que infundía aún mayores miedos, era la presencia y el gobierno del visitador Muñoz. Refiere la historia de aquellos tiempos que Felipe II que ocupaba entonces el trono español, sediento de sangre, y temeroso de perder las conquistas de su padre en el Nuevo Mundo, había desconfiado del virrey marqués de Falces, que, benigno y humano, trató con moderación á los que se sospechaba ser conspiradores, y aun evitó los castigos si no era en los casos indispensables. Mandó, pues, el rey á México, entre otros visitadores, al Lic. Muñoz. Era éste el reverso del marqués: orgulloso y tímido, vengativo é infatigable, cruel y caprichudo en sus resoluciones, había caído como una maldición sobre la patria de Moctezuma. Parecía que su fin único era hacer terrible la autoridad; inventó nuevas prisiones, dignas de figurar en los castillos feudales de los siglos medios, las cuales se conservaron por muchos años, llevando el nombre del Visitador, ¡digno monumento á su memoria! y finalmente, de los desgraciados que incurrieron en sus sospechas pocos se libraron de las cárceles, los destierros, los presidios, y aun del cadalso.

Tal era el hombre que, en la noche y hora que hemos referido, se paseaba por uno de los aposentos del palacio. Estaba vestido con la capa negra y la golilla, que fué

hasta principios de este siglo el traje de ceremonia de los abogados; cubría su cabeza una gorra de terciopelo negro con una gran pluma del mismo color, cuya sombra caía de cuando en cuando sobre su rostro, y tal sombrero era dudoso si era un abrigo contra la intemperie, ó un distintivo de la dignidad del que le llevaba: un largo bigote en que se veían algunas canas, un mechón de barba bajo de la boca, conocido vulgarmente con el nombre de perilla, daban un carácter imponente á su figura.

No lo era menos el adorno del gabinete: paredes blancas sin friso ni aderezo alguno: al testero un dosel bajo el que estaban colocadas las armas de España y el retrato de Felipe II: una mesa pesada de encina con sus piés llenos de molduras, cubierta con una carpeta de paño verde, y un sillón con el asiento y respaldo forrados en vaqueta negra y tachonados de clavos de oro, representando leones y castillos, eran los muebles que se veían allí.

Sobre la mesa estaban multitud de papeles que esperaban sin duda el decreto del Visitador; y el no haber otro asiento en el cuarto, indicaba que todo el que allí entrase, debía permanecer en pie, á excepción del representante del soberano. Daba luz á este aparato un candil de cuatro mechas de aceite suspendido al techo, y una bugía colocada delante de un velador en la mesa.

A la puerta, y de la parte exterior, se miraba un guardia inmóvil, apoyado en una alabarda y hubiérase creído ser una estatua si el movimiento de su cabeza no indicase ser accesible al sueño. Oyóse un leve ruido en la pieza anterior, y Muñoz, parándose prontamente y llevando la mano á un puñal que ocultaba su capa, gritó con sorda voz: ¿Quién anda ahí? ¿Quién va?

—Es mi capitán, respondió el alabardero.

—Mancera, gritó aún en voz más alta Muñoz, sentándose en su sillón y tomando un aspecto grave.

—Yo soy, señor, dijo entrando Mancera; le distinguía el uniforme de capitán de alabarderos; mas tenía el sombrero en la mano en señal de respeto, y dos largas plumas, la una azul y la otra blanca, que de él pendian, casi llegaban hasta el suelo.

—Mucho habeis tardado; son las once, dijo el Visitador.

—No había podido adquirir antes las noticias que me encargó V. E.: hasta este momento he podido saber algo.

—Y bien, ¿qué habeis sabido?

—Que la joven se llama Doña Ana Cervántes, y que es hija del señor Don León Cervántes.

—¿El Alcalde?

—Sí, señor: y que ella está para casarse.

—¿Cómo? ¿con quién?

—Con D. Baltasar de Quesada, el hermano de D. Pedro.

—¿Y qué más?

—No he podido saber otra cosa.

Así concluyó esta extraña contestación del Visitador con su capitán de guardias, y después de un saludo mutuo, que por parte de Muñoz fué solo una ligera inclinación de cabeza, se retiró el militar.

Había salido el Visitador aquella tarde con su séquito ordinario de guardias á dar un paseo por la ciudad, y aún á cerciorarse por sus propios ojos del estado de ella; y entre la gente que de tránsito hacía asomar á las ventanas y balcones, había visto al través de una celosía entreabierta, una mujer joven cuya hermosura hizo en su ánimo una impresión profunda: y aunque su carácter feroz fuese incapaz de un amor fino y delicado, no por eso era menos susceptible de un deseo vehemente, de una pasión fogosa, que, exaltada por su orgullo tenaz y dominante, podía hacerle un seductor más peligroso que lo común.

Herido fuertemente por un afecto nuevo, volvió á su palacio y mandó al capitán Mancera tomase informe sobre aquella señorita. Hemos visto el estado de inquietud en que pasó las primeras horas y las informaciones que obtuvo: el resto de la noche, salvo algunos momentos de sueño interrumpido, lo pasó meditando proyectos sobre Doña Ana, y frecuentemente fijando su pensamiento en las ideas de conspira-

ción y traidores de que estaba habitualmente lleno.

Eran verdaderas las informaciones que Mancera había comunicado á Muñoz. La joven, cuya vista había distraído su ánimo de los negocios serios de su empleo, era en efecto Doña Ana Cervántes, hija de Don León Cervántes, alcalde en aquel año. Su familia no era de las que habían hecho su fortuna en América, sino que hacía descender su nobleza y poderío de una de las casas más ilustres de la antigua España: circunstancia que, si bien parecerá poco apreciable á alguno de nuestros lectores atendido el estado político actual de México, era sin embargo de la más alta importancia en aquella época.

Mas á pesar de la fuerza de esta recomendación, aun era mayor la que obtenía Ana por sus prendas personales. Estaba en la edad de veinte años, y su hermosura era perfecta: había perdido el encanto de una niña, mas brillaba su frente con el esplendor de la juventud y de la sanidad, y sus ojos manifestaban toda la viveza de su alma y la sensibilidad de su corazón. Este conjunto de belleza había cautivado al Visitador; pero las cualidades morales de que estaba adornada, eran mucho más apreciables que sus ventajas físicas.

La muerte de su madre, que la había hecho única señora de su casa, había concentrado sobre ella todos los afectos del alcal-

de su padre. Este era señor de una vasta encomienda de Indios, bajo cuyo nombre se entendía un territorio en que el señor podía exigir ciertos servicios de los indios contenidos en él, sin pagarles la justa retribución de su trabajo: trabajo muy duro las más veces, pues se les destinaba al laborarío de minas, y tan cercano á la esclavitud, que fué necesario que los concilios y los reyes declarasen algunos años después, que los indios nacían libres, y que no se les debía reputar esclavos. Ana hacía todo el bien que podía á los infelices indios: les aliviaba en sus necesidades, conseguía aplacar á su padre en los momentos en que estaba ya pronto á imponerles un castigo y era voz común entre los naturales, que el mayor beneficio que podía concederles la fortuna en su situación, era hacerles súbditos de Cervántes y de su hija Doña Ana.

La familia de Quesada era también una de las más distinguidas del Nuevo Mundo. D. Baltasar, unido con Ana desde su primera edad, había logrado cautivar el corazón de la joven, que no conocía otro mundo que su padre y los que podía llamar sus vasallos. Esta unión, aunque á satisfacción completa de ambas casas, se había formado más bien por la armonía de las virtudes de ambos jóvenes, que por el interés, y se había fijado el domingo próximo para el matrimonio, preparado con la magnificencia digna de los esposos.

Don Baltasar había pasado la noche del sábado en la casa de Cervántes, quien, supuestos los términos á que el asunto había llegado, no juzgó indecoroso permitir que su hija hablase libremente con su futuro. Inútil sería repetir los coloquios de amor que mediaron; y sólo es digno de saberse, que Quesada deliraba en sus esperanzas, y Ana se llenaba de proyectos de beneficencia, que pensaba realizar sobre los indios de las encomiendas de su padre y de su marido luego que se efectuase el matrimonio. Separáronse á las once y media, repitiendo D. Baltasar la promesa de presentarse al día siguiente al amanecer á realizar el enlace porque suspiraba.

Atravesaba las obscuras calles de México embozado en una capa, con una larga espada bajo del brazo, y delante de él caminaba un lacayo conduciendo un farol, precaución necesaria entonces en México, como lo es hoy en los más pueblos, no sólo para libertarse de ladrones y malhechores, sino de golpes peligrosos que hacía probables el mal estado de las calles y la falta de alumbrado: llenaban el pensamiento del amo mil ideas de esperanza y de amor, y embebido en ellas, pasó muchas calles sin observar que alguno le seguía; ni salió de su meditación hasta que la voz misteriosa de uno que se hallaba en aquel momento junto á él, le preguntó:—¿Es vuestra Merced el Sr. D. Baltasar de Quesada?

—Sí, yo soy; ¿qué se ofrece?

—Que me siga vuestra Merced.

—¿Adónde? Yo no acostumbro seguir á nadie, ni os conozco. ¿Quién sois?

—Vuestra Merced va preso: lea esa orden de S. E., si gusta.

Leyó Quesada la orden firmada por el Visitador, y consideró cuán inútil sería la resistencia, pues á la sazón multitud de hombres se veían ya al lado del que le había detenido, dispuestos á auxiliarle, sobre lo que no dejaba duda su traje y sumisión al aprehensor.

—¿De qué se me acusa? preguntó el joven.

—Lo ignoro: marchemos, respondió el esbirro.

Fué con efecto conducido á un calabozo, y el lacayo, que había presenciado la prisión, llevó la triste noticia á la casa de Cervántes y á la del mismo Don Baltasar.

II.

Era tal la persecución en aquella época, y tan poco benévola la índole del Visitador, que poca diferencia se encontraba entre un preso y un condenado. El juez, que las más veces era el mismo Muñoz, creía dar muestras inequívocas de su habilidad y de su celo por el soberano, cuando había conseguido hacer caer á uno de los que tenía

por sospechosos, en alguna contradicción de donde pudiese sacar materia para condenarle; y á semejanza de otros magistrados aun de siglos posteriores, hubiera creído degradante para sí mismo, declarar inocente al que una vez había aprehendido, pues que se avergonzaba de que sus sospechas apareciesen infundadas, ó pudiese imputársele ligereza. Así, pues, y aun sin contar con la rivalidad que existía entre Don Baltasar y Muñoz, los que se interesaban por el primero, quedaron consternados á la nueva de su prisión, cualquiera que fuese por otra parte la certidumbre que tuviesen de su inocencia, y resolvieron tentar todos los medios para arrancarle del calabozo.

En el siguiente día, pues, de los hechos referidos, que era el mismo domingo en que se debía haber celebrado el himeneo, se hallaba sentado en un pasadizo de palacio que daba entrada á los calabozos, un hombre de más que mediana edad, sumamente grueso, vestido de paño ordinario, y cuyo destino de alcaide se indicaba por un grueso manojo de llaves que de una correa pendían á su cintura. Tres ó cuatro esbirros le ayudaban en la custodia de los reos, pues el estilo de guardar á los presos con la milicia, es invención de tiempos mucho más modernos. Acercóse, pues, un indio á este personaje, y con su sombrero de palma en la mano en la actitud más humilde, le dijo:

—¿Su Merced es Don Hipólito Núñez?

—¿Qué quieres?

—Vengo de la casa de mi amo el Sr. D. León Cervántes, que se llegue allá su Merced.

—Yo no debo dejar este puesto; ¿pero vienes de casa del Sr. Alcalde?

—Sí, señor.

—Pues bien, vamos.

Recomendó Núñez la más escrupulosa vigilancia á uno de sus satélites y siguió al indio. Luego que llegaron, éste entró á avisar, é inmediatamente volvió á salir diciendo al alcaide que entrase. Hízolo así, y con grande admiración suya encontró en lugar del alcalde á su hija Doña Ana, acompañada de una criada ya de edad provecta, mas que no por eso dejaba de mostrar gran respeto á la señorita.

—Yo soy, dijo la joven, quien ha mandado llamar á vd., Don Hipólito.

—Estoy á las órdenes de vd., señorita, mas yo creí que era el Sr. D. León quien me llamaba, pues de otra manera no podía abandonar mi puesto.

—Es cosa muy dura tener que estar á todas horas mortificando á sus semejantes, D. Hipólito: es mucha exclavitud esa.

—Es verdad; pero los pobres nos vemos precisados á cosas peores: yo tengo una larga familia, y ningún arbitrio para subsistir.

—Y dígame vd.: anoche han puesto en

un calabozo á un sujeto distinguido, ¿es cierto?

—Señorita, tenemos orden para no decir quién entra ni quién sale en las prisiones: éste es un secreto.

—Pero pues que yo lo sé ya, vd. no falta á su deber en decírmelo: vd. puede darle libertad.

—Imposible, señorita: esto sería perderme.

—Vd. podría asegurar la fortuna de su familia y quitarse de ese oficio. La familia de ese sujeto es muy rica. Cien onzas de oro no serían gran cosa para vd. si ese señor quedase libre?

Meditó un poco el alcaide y replicó en voz muy baja:—Señorita, este negocio no debería tratarse en presencia de testigos.—Después añadió en voz más alta:—Yo no vendo la justicia.

Ana se paró y condujo á Núñez al opuesto extremo de la sala, donde siguió una conversación secreta: finalmente, hizo seña á la criada para que se retirase, y al cabo de un cuarto de hora Don Hipólito salió llevando un talego con oro y Doña Ana recibió la promesa de que aquella noche á las diez estaría libre Don Baltasar.

Habíase verificado la prisión de orden de Muñoz, para impedir el matrimonio de la que él había resuelto hacer suya, y para vengarse de un rival más feliz. Mas, aún le faltaba el paso más esencial, que era des-

cubrir su pasión á la señorita Cervántes. En aquella misma noche resolvió hacerlo, y al efecto preparó ocupaciones que detuviesen á Don León fuera de su casa, donde habitaba solo en compañía de su hija. Cuando estuvo seguro de la ausencia de Cervántes, se presentó en su casa disfrazado; y aunque los criados mostraron al principio alguna dificultad para permitirle la entrada, algunas monedas le colocaron en presencia de Ana sin otro testigo.

—¿Me conoce vd., joven? dijo el Visitador después de los cumplidos ordinarios.

—No tengo ese honor.

—Y bien, yo soy un admirador del mérito de vd., yo la he visto, y he conocido cuán imposible es no amarla.

—Ese lenguaje, señor, me es muy extraño, y mucho más en boca de un desconocido, á quien veo por la primera vez.

Señorita, mi lenguaje es la voz de mi corazón: si hasta hoy he sido un desconocido para vd., yo le suplico que no sea lo mismo en lo venidero: si la dignidad de vd. se encuentra ofendida con mi amor, yo le aseguro que el hombre que tiene la dicha de hablarla, no desmerece su estimación, ni por su nacimiento, ni por su riqueza, ni por las distinciones que debe á la bondad de su soberano.

—Ignoro, señor, con quién hablo; pero cualquiera que sea el rango de vd., yo no puedo escucharle más: en tal virtud, si es-

ta visita no tiene otro objeto, permítame que me retire.—Se puso Ana en pie é iba á entrarse á otra pieza, cuando el Visitador incógnito, interponiéndose á su paso, continuó:

—Joven, yo no estoy acostumbrado á repulsas ni á desaires: vd. no me corresponde porque su alma está ocupada con otro amor, yo lo sé bien; vd. ama á Quesada, y por eso me desprecia.

—Quesada debe ser mi esposo, yo no tengo motivo para negar el afecto que le profeso, dijo Ana poniendo su mano, como para arreglar su peinado sobre su frente que se cubría de encarnado; por otra parte, es un caballero, es digno del amor de persona más apreciable que yo, y finalmente, hoy es un desgraciado....

—Es un traidor, interrumpió Muñoz, tomando un tono en que se traslucían la venganza y los celos triunfantes.

—¿Traidor? repitió con voz débil Ana.

—Un traidor, sí, un conspirador: merece un patíbulo.

—Es falso, es mentira, dijo Ana tan tímida como sobresaltada: Quesada no es traidor, Quesada no ha conspirado jamás, yo lo sé muy bien; se le calumnia. ¿Pero quién es vd. para hacer tales imputaciones? ¿quién se lo ha dicho? ¿cómo lo sabe?

—Está preso de orden superior, y esto indica complicidad en el crimen; lo sé por el mismo Visitador.

—El Visitador descubrirá su inocencia, y le absolverá; hoy le han engañado; Quesada es fiel á S. M.; su prisión no ha de durar.... mas yo me retiro.

—Joven exaltada, Quesada quedará libre si vd. prescinde de ese amor loco, de esa pasión que le profesa: prométame vd. variar de tono conmigo, y Quesada mañana paseará libre las calles de México.... de México, no; no permanecerá aquí, irá á España, pero libre; mas si vd. se obstina.... un patíbulo.

—¿Y quién es vd. para hacerme esas promesas, para amenazarme de ese modo?

—Muñoz, respondió el incógnito: y desembozando una ancha capa que le había cubierto hasta entonces, presentó su persona; y después de un instante añadió:—reconózcame vd.: ¿aún lo duda?

Se habría podido escuchar la respiración agitada de Ana durante los primeros minutos que siguieron á esta escena; tan profundo silencio reinaba en la sala. Arrebatada por la sorpresa y reflexión, fué la primera que rompió el silencio, y con un acento casi desesperado, exclamó:

—El es, sí es, es verdad, indudable: después añadió algo más calmada:—Señor, si V. E. es un caballero, como no lo dudo, yo le suplico conceda la libertad á Quesada; jamás ha ofendido á V. E. ni ha sido traidor al rey.

—Quesada será libre; mas acuérdese vd. de la condición.

—Mi amor, no puedo rehusárselo ya.

—Ese amor le perjudica, ese amor es su verdugo, es el puñal que va á atravesarle el corazón.

—Yo no debo, no puedo faltarle.

—Y bien: cuando ese miserable haya expirado en un cadalso; cuando su familia esté cubierta de oprobio, de infamia, entonces el corazón de vd. le dirá que pudo libertarle y no lo hizo: su recuerdo perseguirá á vd., no hermoso, no galán ni apuesto, sino con el velo sangriento del patíbulo; y esa sombra clamará contínuamente:—Por tí; tú me has sacrificado.

—¡Yo sacrificarle!.... ¡qué horror!.... Jamás, jamás...., me es imposible amar á V. E.

—Eso será después: por ahora prométame vd. que no le volverá á ver, que yo seré recibido en esta casa como una visita, que vd. no huirá de mí: esto me basta por ahora; el tiempo y mi amor harán el resto.

—¿No volverle á ver? ¿perderle para siempre?

—No hay remedio: prométamelo vd., ó va al patíbulo: prométamelo vd., y lo pongo en libertad.

El Visitador había tomado asiento al lado de Ana, y ésta vacilaba. Muñoz sacó un reloj y continuó:

—Faltan cinco minutos para las diez (Ana se estremeció acordándose del alcaide): á esta hora me es preciso retirarme:

es mi último plazo: piénselo vd., y respóndame.

—¿Y queda libre?

—Mañana mismo.

Reflexionó Ana: consideró que D. Baltasar estaría probablemente libre en la noche, y contestó:

—Si V. E. le pone en libertad mañana, no volveré á verle.

—Mañana le pongo libre, pero vd. no le vuelve á ver.

—Si V. E. le pone libre mañana, sólo en este caso no volveré á verle.

—¿No volverá vd. á ver á Quesada?

—No volveré á ver á Quesada.

Alzó los ojos Ana; y como si su voz hubiera evocado la sombra de su amante, le vió en su presencia. El Visitador, enagenado en lo que miraba como un triunfo, tomó una mano de Ana, que estaba inmóvil, cuando le volvió sobre sí la voz fuerte del amante que gritaba furioso:—Muere, pérfida;—y clavaba su puñal en el seno de la infortunada joven.

Quesada había conseguido su libertad en consecuencia del cumplimiento que dió el alcaide á su promesa; mas éste no juzgó prudente hacer saber al joven los medios á que debía tan feliz suceso. El primer afán de D. Baltasar había sido visitar á su esposa. Había sabido por los criados de la casa la presencia en ella de un hombre sospechoso, que hacía tiempo conversaba á

solas con la señorita, y sus celos se habían despertado. Llegó á tiempo de oír el final del diálogo, y ver la libertad que se tomaba Muñoz: su imaginación renegrida por la desgracia, le pintó como agravio lo que era un sacrificio hecho á su amor, ó una estratagema, y perpetró el crimen que terminó la escena. La víctima no exhaló un suspiro, inclinó la cabeza, y en breves momentos estaba helado su cuerpo.

—¡Al asesino! ¡al asesino! clamó el Visitador; y los criados que no estaban lejos, desarmaron y aprehendieron á Quesada, que, pasmado de su crimen, no tuvo la reflexión suficiente para dirigirse contra su rival.

—Si vd. es un caballero, dijo Quesada á Muñoz, espero que no será ésta la última vez que nos veamos.

—No será la última, contestó Muñoz: y envolviéndose en su capa, marchó, después de mandar á los criados condujesen aquel hombre á la cárcel.

III.

Pocos días pasaron. La noche estaba pura y resplandeciente: la luna llena se reflejaba en las aguas tranquilas del canal que bañaban los cimientos del convento de S. Francisco, y un silencio profundo anunciaba que las primeras horas de la noche habían pasado: el padre Hernández se pasea-

ba en su celda, y de cuando en cuando fijaba por una ventanilla sus miradas en el canal, y admiraba la naturaleza: era este religioso ejemplar por sus virtudes y famoso por su saber.

El leve ruido de una canoa bogando pausadamente, le llamó la atención por la extrañeza de la hora: asomóse, y vió salir de ella un hombre envuelto en una capa, que llamó á la puerta del convento. Creyó que buscaría algún confesor, y continuó sus oraciones ordinarias; mas el hombre se presentó en su celda, y le intimó que le siguiese de orden de S. E. Hízole no sin algunos temores, sobradamente fundados en el carácter del Visitador, y la canoa los condujo al palacio: allí se presentó á Muñoz, y despedidos todos los testigos, éste comenzó:

—Padre, he llamado á V. R. para que auxilie á un miserable que debe morir mañana.

—Siempre estaré dispuesto á llenar mi ministerio, y á cumplir con las órdenes de V. E.

—Mas guardará V. R. un profundo y eterno secreto, sobre lo que ese miserable pueda comunicarle.

—Tal es mi deber.

—No importa, ya lo sé: yo exijo que me lo prometa V. R. con juramento: es un traidor.

—Pues bien, lo juro para obedecer.

Tocó Muñoz una campana, y mandó al que se presentó á su llamamiento, que acompañase al padre á la capilla en que estaba Quesada. Pasadas algunas horas, volvió el religioso, y solicitó hablar en secreto al Visitador, lo que se le concedió.

Señor, dijo Hernández, el preso asegura estar inocente.

—Eso dicen todos, contestó Muñoz profundamente agitado y paseándose con violencia.

—Señor, me ha referido cosas extrañas: atribuye su condenación á enemistad particular de V. E.; la venganza está proscrita por nuestro Salvador.

—Es un traidor, es un asesino; yo mismo le ví asesinar: ¿lo negará? Las leyes le condenan; la vindicta pública pide su cabeza; merece la muerte.

—Fué un acto violento, Señor; no supo lo que hizo; su arrepentimiento ha borrado su delito; el olvido de las injurias es un deber del cristiano.

—¡Arrepentimiento!... ¡Olvido!... exclamó el Visitador ya casi fuera de sí; arrepentimiento!.... Cuando el arrepentimiento haya podido levantar del sepulcro á la víctima que el asesino hundió en él; cuando se haya borrado de mi alma esta imagen que me persigue en mis sueños, que me perturba en mis días, que me atormenta á todas horas, entonees que se me hable de olvido, que se me hable de arrepentimiento.

Padre, Dios le perdone; mas las leyes le condenan.

Cesó un momento Muñoz, y dirigiéndose de nuevo al religioso con alguna más serenidad, le dijo:—Padre, he llamado á V. R. para auxiliar al criminal, no para que me aconseje; cumpla con su ministerio, y acuérdese de su juramento. V. R. me responde con su cabeza.

Sonó Muñoz su campanilla, y nuevas personas cerraron la boca al religioso. Quesada con otros fué decapitado al siguiente día como traidor. El Padre Hernández recibió su último aliento.

La suerte del Visitador correspondió á sus maldades. La historia refiere, que instruido de ellas Felipe II, le llamó á España, y que cuando se presentó en la corte, esperando recibir una acción de gracias, el rey en público le reprendió por aquellas memorables palabras: "Os envié á Indias á gobernar, no á destruir." Retiróse el magnate á su casa, y murió en ella aquella misma noche, víctima de su orgullo ofendido, de su oprobio y de sus remordimientos. Hay mónstruos que la historia condena á una fama inmortal. Uno de ellos fué Muñoz.

LA CRUZ RUSTICA.

Siento una emoción dulce, cada vez que, paseándome en el campo, encuentro una cruz. Mi imaginación la rodea con todas las inspiraciones santas que ha producido, con todos los consuelos que ha dispensado. El pobre labrador, que sale al trabajo desde el alba, ha ofrecido allí frecuentes votos al Autor del día, y la cruz le ha recordado que la culpa del primer hombre, condenándole á regar la tierra con amargos sudores, condenó también á un Dios á morir en ella. La cruz le ha exhortado á que abra también algunos surcos en el campo de la eternidad, cuyas semillas serán su resignación y su paciencia en medio de sus duras fatigas. Mientras que millares de avecillas bendecían á Dios en los árboles inmediatos, venía tal vez un mendigo á pedirle ante la cruz que no le olvidase, como á ellas no las olvidaba. Luego quizás volvía á comer allí el pan recibido en el umbral de alguna ca-

sa hospitalaria, y aquel madero amigo del afligido, le inspiraba instrucciones llenas de esperanzas. En efecto, el que abrazó su ignominia y se deleitó en la abnegación y las necesidades, reserva al pobre sus miradas más dulces y su sonrisa más tierna. Si veo una cruz junto á un manantial, recuerdo al Dios que es "la fuente verdadera de agua viva," y si la encuentro en el lugar más retirado de un valle, "así, me digo, habita la calma á la sombra del Señor."

En otros días, un respeto poético protegía esos monumentos humildes, y el tiempo no más tenía derecho para deteriorarlos ó destruirlos. El campo limitado por ellos se tenía por bendito, y parecía que Dios debía complacerse en fecundarlo. Nadie tocaba al musgo que los cubría; solamente las aves le arrancaban algunos fragmentos para construir sus nidos; ó tal vez alguna madre joven, que atribuyéndole cierta virtud, llenaba con él un escapulario, para colgarlo al cuello de su hijo recién nacido.

No ha mucho tiempo que repetía yo estas reflexiones al pie de una cruz, alzada en las inmediaciones de cierto pueblo. ¡Qué melancolía respiraba su silencio, y qué atmósfera de santidad parecía rodearla! ¡Qué bien se había escogido aquel sitio para elevar en él una cruz! Al rededor suyo crecían árboles majestuosos, agrupados en la falda de un cerro, que parecía interceptar

el bullicio del mundo, como el de los vientos. Enfrente de la cruz se tendían las aguas azuladas y tristes de un estanque, y los suspiros de la brisa entre sus juncos producían en el alma un eco poético indefinible.

Había permanecido allí casi una hora, respirando como un perfume de paz, amando y admirando á Dios, cuando ví llegar al cura del pueblo vecino, que me había indicado aquel sitio, para que allí nos viésemos.

—Ya sabía, me dijo, que os gustaría este lugar solitario. En él halló asilo uno de los hombres privilegiados á quienes inspira Dios un gran menosprecio á los placeres del siglo, concediéndole, á la vez, un vislumbre de los que guarda el cielo. En estío, el césped le servía de cama, y las copas de estas encinas eran su techo; durante el invierno, vivía en esa oquedad que forma la peña viva, y pagaba con oraciones el pan de la caridad; pero con oraciones que hacían prosperar á la familia que había tenido la fortuna de alimentarle. Al fin murió, lleno de años y de virtudes; y desde entonces se reputa santa esta tierra. Jamás se coge para usos profanos el agua de esta fuente que él bebía y solamente la fe se acerca á ella. Esta cruz es un recuerdo de aquel justo, y en cada aniversario de su muerte, concurren aquí numerosos peregrinos, á cuya devoción ha son-

reido más de una vez el cielo. He visto á varias madres de soldados hacer novenas á esta cruz, y la vuelta de sus hijos sanos y salvos, entre los peligros de la guerra, ha galardonado su fe piadosa. Más de un hijo ha implorado aquí la salud de su padre; más de un hermano la de su hermana; y tal vez no pasa día en que el bálsamo de la resignación y la esperanza no endulcen ante esa cruz algunos dolores del alma y del cuerpo.

—A esa cruz, prosiguió después de una breve pausa, debo uno de los recuerdos más dulces de mi vida, uno de aquellos recuerdos que alientan á un sacerdote en el desempeño de sus funciones difíciles, haciéndole sentir qué frutos de paz y dicha puede proporcionar con ellas á sus prójimos.

Estas últimas palabras picaron mi curiosidad. Insté al cura porque se explicase haciéndole sentar junto á mí sobre el césped fresco y suave que tapizaba la orilla de la fuente. ¡Ojalá pueda reproducir su historia con la amable y tierna sencillez que la adornó al salir de sus labios!

—Había ido á media noche, me dijo, á visitar un enfermo, que vivía lejos de aquí. Cuando me despedía, me suplicó su mujer que encomendara su curación al santo ermitaño, y la ofrecí hacerlo. Tomé, pues, la senda que conduce á esta cruz, para cumplir desde luego mi promesa. Al llegar aquí, aún no se había puesto la luna, y ya blan-

queaba el oriente. La alondra despertaba y salía de los trigos, anunciando con sus primeras notas el fin del sueño de las aves. Al pie de la cruz estaba una joven y la luna iluminaba su rostro, vuelto hacia la parte de que yo venía. Me detuve, y la miré sin que ella me percibiese.

Ví junto á ella un niño, que parecía temer que el viento frío del alba helara sus mejillas delicadas, y se las calentaba con su aliento. Sus miradas respiraban á la vez amor y tristeza, y la amargura de una separación próxima vislumbraba entre su sonrisa maternal.

¡Qué idea me ocurrió entonces!.... La deseché, porque me afligía y me avergonzaba; pero al fin tuve que ceder á ella. La joven se conmovía mirando al niño, y se cubría los ojos con las manos, como si temiera ver su ignominia. Su oración, cuando alzaba la vista hacia la cruz, estaba llena de misterios. Parecía al mismo tiempo buscar á Dios y huirle; vertía lágrimas de las que anuncian una conciencia perturbada, y su corazón exhalaba sollozos, que sólo podían ser hijos del arrepentimiento.

Sí, pensé; esta joven ha ofendido á Dios, y el remordimiento la castiga. Ya no merece el honor de que los ángeles velen alrededor de su lecho. Ya no ruboriza su frente el amable pudor, sino la triste conciencia del menosprecio ajeno y del suyo propio. Ya no tiene derecho á ser feliz, pues-

to que es culpada, y ninguna severidad es excesiva para quien ha hollado la más santa de las leyes prescritas á la mujer.

No me engañaba; pero, ¿debía pronunciar contra la infeliz un fallo tan duro? ¿Quién era yo? Representante del que había dicho á los Fariseos, que le traían la mujer adúltera. "Que el que no haya pecado entre vosotros, la tire la primera piedra." No me bastaba decir que tales palabras eran sublimes, sino que debía ponerlas en práctica. La reprensión, el insulto no disonaría tanto en otras bocas; pero en la mía! ¡en la de un sacerdote!.... ¡Oh! ¡no! Sus palabras son el rocío que refrigera los corazones enfermos, y nunca debe pasar ante el samaritano, sin echar algún bálsamo sobre sus heridas. Me arrepentí de aquel primer movimiento duro y pedí perdón á Jesucristo, que me manda ser siempre manso con el afligido, é indulgente con el débil.

La joven tomó al niño, le alzó mirando al cielo, y creyendo que sólo él podría escucharla:—He aquí, exclamó inundada en lágrimas, el depósito que una madre os confía. He venido á ponerle bajo la protección de la cruz, porque ella os recuerda, oh Dios mío, que prometísteis perdonar á los pecadores. Os lego á mi hijo.... ¡Dichosa la mujer que no tiene por qué avergonzarse del suyo, que puede mecerlo sobre su corazón y velarle su sueño!...

Por qué no me han dicho: ¡Ve á mendigar tu pan de puerta en puerta, ve á dormir sobre la paja ó el suelo duro, pero conserva á tu hijo?.... ¡Conducid aquí a una mujer, que apiadada de su infortunio, le adopte, y nunca le deje sospechar que le abandonó su madre!....

La faltó fuerza para continuar. Cubrió de besos á la criatura, que extendía hacia ella sus manecitas, como si entendiera su triste suerte.

Me habría sido bien difícil no compadecerla. Su lenguaje me conmovió y lloraba. Sí, lloraba, y sobre todo por ver que la pobre había tenido tanta confianza en esta cruz. ¡Haber escogido este lugar para exponer á su hijo! ¡Persuadirse de que al arrancarle á su seno, le daba á Dios por padre!... Sentí una viva necesidad de consolarla y fortalecerla, y me dirigí á ella. Al verme dió un grito, y la faltó muy poco para desmayarse.

—Hija mía, te he oído, la dije, he admirado tu fe y he llorado tu yerro.

—¿Dónde, dónde me ocultaré? exclamó retorciéndose los brazos, y dejándose caer de rodillas, más bien por no poder sostenerse, que por orar. Su temblor y palidez me hicieron temer algún accidente.

—¡Cómo! la dije; ¿nunca me has oído hablar de Jesucristo, que junto al pozo de Samaria conversaba con una mujer mucho más culpada que tú, y la dijo que podía en-

trar en su reino? ¿No te le he mostrado, abandonando sus piés á los besos y lágrimas de Magdalena, y despidiéndola en paz, porque, según decía, la perdonaba mucho, por lo mucho que había amado? Yo pronunciaría mi condenación, querida hija, si después de referirte las misericordias del Señor, no fuera misericordioso; si habiéndote dicho que él tiene sus brazos siempre abiertos para el pecador, te cerrase los míos.

Estas palabras no la tranquilizaron, ó por mejor decir, no las entendió, y repetía:—¡Dónde me ocultaré! ¡Dónde me ocultaré!

—Vamos, hija mía, la dije; ten alguna más confianza en mi ministerio de paz y de perdón. Tú eres mi oveja querida, puesto que te has extraviado, y te debo más apoyo, por lo mismo que eres más débil. ¿Temes que salga de mi corazón el secreto de tu afrenta? Sería injuriar no sólo á mí, sino á Dios, cuyo sacerdote soy. El me ha encargado que examine y cure las llagas más secretas de las almas, y mi mano izquierda debe ignorar el bien que haga mi mano derecha.

Por fin, se atrevió á levantar los ojos y á mirarme.—Habláis de perdón, me dijo, y sé bien que no lo merezco.

—Hija mía, la respondí, si sólo te arrepintieras levemente de tu falta, no te hablaría como consolador, sino como juez. Te diría que la mujer cuando nace, recibe el

pudor como un adorno santo, y que su profanación desagrada tanto á Dios como á los hombres. Pero deseo tranquilizar tu conciencia, léjos de prestarla nuevas armas para que te aflija. Dios te perdona, por lo mismo que te crees indigna de ser perdonada, y acepta en expiación de tu culpa el homenaje de tu humildad y de tu confusión.

Así logré calmarla poco á poco, y al fin la inspiré una entera confianza. Refirióme, pues, la historia de su culpa, con tanta ingenuidad como vergiienza. Os la diré en pocas palabras. Su padre había hecho un viaje largo para recoger una herencia. Era un labrador; pero había educado bien á su hija. Durante su ausencia, vendieron la granja que él arrendaba; el joven que la había comprado, vino á verla, y le encantó la belleza de María. Por desgracia, ésta no sólo era bella, sino amable é instruida. Presto correspondió al afecto que inspiraba, halagando su vanidad la idea de casarse con un hombre rico y de alto nacimiento. Este sin embargo la había exigido que no comunicara á la madre sus promesas, y tal circunstancia la hubiera abierto los ojos, si ella no hubiese querido cerrarlos. Cuando al fin cayó en una falta, á que la condujo la vanidad no menos que el amor, conoció que el desprecio que sigue á la caída de una mujer, comienza muchas veces por el hombre mismo á quien ella cree destinado á repararla.

Entonces recurrió á su madre, que era su única esperanza; porque el seductor había desaparecido. Gracias al aislamiento de la granja, y á la distancia á que estaba del pueblo, la vergüenza de María no tuvo más testigos que su infeliz madre y una criada que la amaba mucho para perjudicarla con alguna indiscreción. El nacimiento de su hijo precedió muy pocos días á la vuelta de su padre; y este anciano, que adoraba á su hija, sobre todo porque la creía honrada, recibió tal golpe con lo que vió y supo, que una hora después se hallaba en cama, atacado por una fiebre agudísima. Declaró que si no sacaban de su casa al bastardo que era su afrenta, le daría muerte. Por eso la triste María vino á exponerle al pie de la cruz, y ya sabéis cuánto la costaba tal sacrificio.

—Hija mía, la dije cuando concluyó su narración, el corazón de una joven debe ser diáfano para los ojos de su madre. Ya has visto cómo Dios te castiga severamente por haber disimulado con la tuya. Ella habría suplido tu inexperiencia, diciéndote que un hombre que se rodea de misterios, tiene el corazón lleno de falsedad y malicia; porque si sus esperanzas fueran puras, se honraría en publicarlas. Ella habría convertido en dolor saludable el gusto con que oías sus requiebros y alabanzas, enseñándote que esa vanidad ofendía á Dios, y comprometía el tesoro de tu castidad, tan grato

á sus ojos. Pero, hija mía, conozco que tu corazón necesita más consuelos que reprensiones y cargos. ¡Qué bien has hecho en confesármelo todo, ó mejor dicho, cuánto debes agradecer á Dios que me haya conducido aquí!.... Toma á tu hijo.... Yo no creo que te sea lícito abandonarle.... ¿No serías también demasiado miserable, atormentada por la idea de sus padecimientos? Voy á llevarte á la casa de tu padre, y le haré ser para tí como el padre del hijo pródigo. Le presentaré ese angelito, cuya sonrisa atraerá sobre él la bendición de Dios, y estoy seguro....—¡De que me permitirá criarlo á mis pechos! exclamó. ¡Ah! no: el cielo no querrá que nazca tanta dicha de una culpa que detesta.... Casi me serían indiferentes los sarcasmos de mis compañeras, con tal de no abandonar á mi hijo. Su mirada primera me reveló una fuente de placeres tan dulces, que casi olvidé todas mis aflicciones. Pero mi padre prefiere su honor á la vida. ¡Demasiado lograré si me perdona y permite que le asista mi arrepentimiento en los últimos días..... acaso en las últimas horas de su vejez!....

Profirió estas últimas palabras con una emoción tan viva, que me enterneció. Procuré alentarla, y al fin la decidí á que volviese con su hijo al techo de que le desterraba una cólera que me parecía injusta.

Jamás olvidaré el momento solemne en que el padre de María la volvió á ver con

su hijo. Se incorporó en su lecho, y el furor le inflamaba el rostro. Puso á Dios por testigo de que su hija no le tenía respeto, y hollaba su autoridad, y le pidió que vengara sus canas, que le demandaban justicia. Todo fué con tanta violencia, que no tuve lugar de interrumpirle, y volviéndose á mí, continuó:

—Pues sois sacerdote, debéis ratificar la maldición que pronuncio sobre ese niño y sobre su madre. La Iglesia no os ha establecido para que defendáis la causa de la ingratitud y de la impiedad filial. Decid á esa miserable que no merece el perdón de Dios, y que algún día la condenará con estas palabras: Te había prescrito en mi cuarto mandamiento que honraras á tu padre y á tu madre.

María estaba moribunda.

—¿Sabéis lo que está escrito en el evangelio? dije al anciano. Que un hijo se echó á los piés de su padre, diciéndole: ¡He pecado contra el cielo y contra vos! Que las entrañas del padre se conmovieron de piedad, que levantó al culpado, y le estrechó á su corazón.... ¡Cuán digna de compasión fuera vuestra alma, si compareciese ante Dios en este momento! Le pediríais misericordia, y él os respondería: Debías usarla con tu hija, debías usarla con un inocente que no te había ofendido. ¡Ah! cómo olvidáis mi santa misión de caridad, al querer hacerme cómplice de vuestros ana-

temas! No; mientras salían de vuestros labios, yo suplicaba á Dios que cerrara el oído, y en nombre de su inefable bondad, os aseguro que no ha querido escucharos.

Quizá el acento de mi voz aumentó la fuerza de estas palabras y causó alguna confusión al irritado viejo. Reprendíale su mujer aquel acceso de cólera, que podía causarle la muerte; no atreviéndose á hablar de la pobre María, porque él imputaba su ruina al exceso de la indulgencia maternal; pero sus ojos me expresaban cuánto me agradecía que defendiese á aquella venturada.

—No alcanzó, dijo al fin, por qué os obstináis así en perseguirme. ¡Qué! ¿tendré que decir á quien me deshonra: Eres mi hija querida?.... Ella es causa de que yo no desee levantarme de este lecho; porque si me levantara de él, si saliera en público, todos me señalarían con el dedo y se dirían: "¡Allí va el padre de aquella desdichada!"

—¡Cuán duro es, señor, continuó apretándome la mano y llorando, no merecer ya que me pidan la mano de mi hija, y que se honre alguno con mi parentesco!... Ya sabéis la estimación que disfrutaba mi nombre, aunque no soy rico.... A la verdad, no tengo valor para mirarla.... Bien veo que padece, pero la he amado mucho para perdonarla.

—Con todo, respondí, es preciso que yo

no haya dicho en vano al entrar: ¡Paz á esta casa!

—¡Paz á esta casa! repitió con una sonrisa de intensa amargura.

—Sí, ¡paz á esta casa! continué: ¡paz, en nombre del Dios que perdonó á la culpada, siendo el Santo de los santos, y que si indignaría si vos, pecador como ella, quisiérais ser más severo que él mismo! ¡Paz, por el tesoro de indulgencia que ha puesto en las entrañas de todo padre! ¡Paz, en nombre de la sola humanidad, que os grita: Violaríais sus leyes, si dejárais perecer á vuestra hija, cuando podéis salvarla. El peso de vuestra maldición la abruma, y morirá si no la retractáis.

—Pues bien, que viva en paz; dijo tendiéndola su mano. Mi alma hace un esfuerzo que abreviará los pocos días que me restan.

María se halla realmente en el estado más lastimoso; pero cuando la dije:—Tu padre te perdona, pareció que renacía. Se precipitó sobre sus manos y rostro, mezclaba los besos á las lágrimas, y su ternura y humilde gratitud triunfaron al fin de la frialdad rencorosa que todavía conservaba el anciano.

—La creía más culpada, dijo; la virtud no se ha extinguido en su corazón.

Ella le respondió:—No pretendo que excuséis mi conducta; demasiado sabéis que es inexcusable.

—¿Por qué? dijo ya conmovido; la inexperiencia hace cometer faltas á los jóvenes, y la experiencia hace indulgentes á los viejos.

—¡Os he ofendido tanto!...

—¡Pero estás tan arrepentida!

Así la piedad iba arraigándose por momentos en el corazón del anciano. Ya no se contentó con recibir los besos de su hija, sino que le dió uno. ¡Con qué amor se lo volvió ella! Luego decía besándole los ojos:—¡Ojalá ciegue yo la fuente de sus lágrimas! En sus labios: ¡Ojalá no vuelvan á exhalar palabras de ira! En sus canas: ¡Os haré olvidar la mancha que por mí han recibido! Enternecíase el anciano; y apretaba la mano á María, diciéndola con ojos llorosos:—Eres una buena hija.

Aún tenía que pedirle un favor, y le faltaba el ánimo. Volvió la vista á su hijo y los ojos del padre tomaron la misma dirección.

—Pues perdonáis á la culpada, le dijo María, ¿no perdonaréis al inocente?—No, respondió.—Padre mío, continuó ella, retractad, retractad la maldición que pronunciásteis contra él, y que haría el tormento de toda su vida.

Parece que tal súplica exigió al anciano un esfuerzo doloroso. Alzaba al cielo sus ojos, y en cada uno de ellos temblaba una gran lágrima. Sin embargo, dijo al fin: —Tráeme á tu hijo.... María lanzó un grito de júbilo, y se arrodilló ante su ca-

ma, presentándole al niño. El viejo le tomó y le arrimó á su pecho.

Por una feliz casualidad, se sonrió entonces la criatura; y aquella sonrisa inocente disipó del todo el leve rencor del anciano. Le miró, pero con ojos de abuelo, llenos de bondad y amor, y no pudo menos que decirle:—Tu madre hubiera sido bien cruel en abandonarte, porque eres lindo como un ángel. En seguida le bendijo, y luego se puso á jugar con él. Cada vez que me ocurre la memoria de aquel momento, se me refrigera el alma.

Salí de aquella casa, dejándola llena de júbilo, cuando había encontrado en ella tanto dolor. Empero mi obra sólo estaba empezada, y me parecía poco haber vuelto á María el corazón de su padre, si no la restituía el del hombre que la había seducido.

Tomé varios informes sobre este sujeto, á quien apenas conocí de vista, cuando vino á nuestro pueblo, y supe algunos actos de generosidad, que me dieron buenas esperanzas. Averigiie que residía en una hacienda, junto á un pueblo que dista dos leguas de aquí, y cuyo cura era mi íntimo amigo. Escribí á éste para que tal día me aguardase á comer, y cuidara de convidar á D. Manuel F***. Mas no pudiendo esperar buen resultado sin interesar á Dios en él, dije una misa por la pobre María. Volví á esta cruz, la encomendé á

la intercesión del santo ermitaño, y aun hice voto de vestir á tres pobres en cada aniversario de la muerte de aquel justo, si el Cielo coronaba mi empresa.

El día prefijado pasé al pueblo de***, cuyo cura había obsequiado mis deseos, convidando á comer á D. Manuel, sin decirle que obraba por súplica mía.

Le hallé paseándose en su huerta con aquel joven, cuya hermosa presencia me previno en favor suyo. Sus facciones respiraban dulzura y bondad, aunque parecía nublarlas una leve sombra de tristeza. Tenía los modales más afables, y parecía deberlos á su índole, no menos que á la educación. ¡Qué problema! Tan bello exterior, y tan mala conducta.

Necesité recordar enérgicamente el infortunio de María, porque su seductor me iba seduciendo. Su carácter era tan amable como su fisonomía. Hablaba con respeto y estimación de cuanto sabía que yo respetaba y estimaba: hacía el más bello elogio de la piedad, y añadía que el sentimiento religioso era el dón más alto que Dios pudo conferir al hombre. Pudiera creerse que hablaba de él por experiencia, según la convicción que manifestaba su tono. Yo no podía menos que repetir: ¡Qué problema! ¡qué problema!

Nos habíamos sentado á la mesa, y después de haber discurrido sobre las necesidades de nuestras parroquias, dijo mi amigo el cura:

—El señor D. Manuel es una providencia para la mía, y, gracias á él, no tengo apuros en socorrer á mis pobres. Temí hace algún tiempo que nos abandonara, y fuese á vivir en la ciudad. Pero, al fin, ha resuelto fijarse, y permanecer en un paraje donde es tan útil, y donde sin él habría muchos más desgraciados.

Se casa con la más amable de mis feligresas, y añadiría con la más rica, si esto fuera un mérito ante Dios y ante un hombre virtuoso. Yo mismo le indiqué tal elección, que conviene más que ninguna otra á sus circunstancias y carácter, pues la novia es un ángel de compasión y caridad para los pobres.

—¡Se casa! dije interiormente.... Luego se cree con el corazón bastante duro para que los remordimientos no le despedacen. Porque al fin, siempre que recuerde á la pobre María, no podrá menos de pensar: Ella, sólo ella debió ser mi esposa. Yo la he condenado á llorar ante Dios, y á bajar el rostro ante los hombres, hasta el último día de su vida. Si no me traía riquezas, tenía una dote que debía ser sagrada á mis ojos, y esta dote era su ignominia. Me amó con el candor de la paloma, me guardaba en su corazón un tesoro de felicidades, y acaso la será menos duro su deshonor, que la triste necesidad de aborrecerme.

La conversación recayó luego sobre el

matrimonio y sobre las calidades más estimables en una esposa.—Feliz, dijo D. Manuel, el hombre que al elegir una compañera no pregunta: ¿Es hermosa? ¿es rica? sino ¿es piadosa? Porque si se hace amable á los ojos de Dios, lo será también á los suyos. ¡Qué bello cuadro presenta la mujer cristiana en la casa conyugal! Nadie creerá que sus obligaciones son austeras, al ver la facilidad con que las cumple. Sacrifica á su esposo todas sus inclinaciones y hace depender su alma de la suya: es una madreselva que adorna á la encina con sus perfumes y flores. ¡Cuán feliz soy en unirme á la señorita de B***! La amo como ella merece, con un afecto que prefiere á las gracias de su figura las nobles prendas de su corazón y entendimiento.

No era la primera vez que un hombre habla bien y obra mal. El corazón humano se halla tan lleno de contradicciones, que al cabo no era imposible que aquel fuese un hipócrita. Quizá hablaba sinceramente.... Pero entonces, ¿qué pensar del abandono en que dejaba á la pobre María?

Me convidó á su matrimonio, y me negué.

—Cuando salgo de mi parroquia, le dije, aunque sólo sea por algunas horas, hago un robo á mis pobres y á mis enfermos.

—Pues lo habéis hecho hoy, me respon-

dió sonriéndose, reincidiréis sólo por otro día.

Me turbé un poco; pero me ocurrió una idea feliz.

—Al más joven, le dije, toca honrar antes al más anciano; y yo aceptaré vuestro convite, si antes venís á pasar un día conmigo.

Su fisonomía se alteró.

—Quizá os pareceré impolítico, dijo; pero tengo razones para no aceptar la invitación que os dignáis hacerme.

En fin, ya se descubría, y éste era un motivo más para que yo no me descubriese.

—No os negaréis, le dije, á partir el pan conmigo, y á beber la copa de amistad en mi mesa.

Le hablé de esta cruz, que, como os he dicho, tiene bastante celebridad. Mostré deseo de enseñársela, y aun le indiqué la idea de erigir aquí una capilla en que se dijera misa en los aniversarios de la muerte del santo ermitaño. Mi proposición le agradó y aun me propuso que contribuiría á realizarla. Respondí que le sería fácil dar un paseo tan corto, y que yo apreciaría saber sus ideas sobre la construcción de la capilla. Al cabo, logré picar su curiosidad, ó más bien comprometer su afabilidad natural, y no pudo ya negarme una condescendencia tan leve. Sin embargo, me dijo que no llegaría conmigo hasta el curato, pues tenía motivos poderosos para no presentar-

se en mi pueblo. Yo no quise contradecirle, cuando ya obtenía mucho más de lo que él pensaba concederme.

Envió por su carruaje y partimos. Cuando estuve junto á esos fresnos, cuya cima se distingue desde aquí, le invité á que nos apeásemos, pues me interesaba hablarle á solas.

Don Manuel tenía afición á la pintura, y como además su carácter le inclinaba á gustar de los lugares que inspiran una dulce melancolía, me dijo que éste merecía pintarse, y que sentía no haber estado antes aquí. Añadió que más de una vez habría venido á cavilar al márgen de esta fuente y bajo estas encinas silenciosas; que habría orado con amor al pie de esta cruz, y alimentado su alma con la poesía de sus recuerdos.

—¿Con que oráis alguna vez? le dije.

Buscó una sonrisa en mis labios, creyendo que me chanceaba. Pero me encontró serio.

—No, añadí; no puede creerse que oréis. Nada pedís á Dios, porque sabéis que él tiene mucho que exigiros.

—¿Qué enigma es ese? me preguntó con voz algo trémula.

—Mirad bien esa cruz, le respondí. Ayer estaba arrodillada ante ella una joven. Si registráis este musgo, quizá encontraréis todavía algunas de las lágrimas amarguísimas que derramó.

Se demudaba. Yo continué:—No sólo trajo á las plantas de Dios su dolor y arrepentimiento, sino que venía á confiar á su providencia un hijo cuyo padre....

Me interrumpió con un grito tan agudo, como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho.—Cuyo padre, repuse, no ha tenido vergüenza de decir: ¡Sea para mí un extraño! ¡Si no es huérfano por los decretos de la muerte, séalo por mi abandono desnaturalizado!....

—¡Un hijo! exclamó.

—¡Pobre criatura! continué. No tenía más cuna que ese musgo, más techo que el cielo y sus miembros débiles temblaban de frío.

—¡Basta! dijo, y permaneció mudo algunos instantes. Fijaba sus ojos en el lugar donde le dije que estuvo arrodillada la mujer, y su fisonomía expresaba sucesivamente el espanto, el dolor, la ternura. El nombre de María brotó de su corazón; digo de su corazón, por la profunda lástima que expresaba su acento.—¡Un hijo!.... repetía; y dejaba caer sus brazos, como quien ve delante un grave infortunio, y no le encuentra remedio. Por fin, levantó sus ojos á la cruz, como para darme á entender que conocía su culpa, y que aquel símbolo de misericordia le inspiraba la esperanza de ser perdonado.

—Yo levanté á esa pecadora, le dije, que esperaba como vos en la misericordia divi-

na, pero con más motivo. La restituí á la casa de su padre, que, indignado por la afrenta que mancillaba su cabeza emblanquecida en la honradez, había lanzado sobre la suya los carbones ardientes de su maldición. Encontré á ese triste anciano en un lecho de dolor, que temo sea lecho de muerte, ¡pues aborrece la existencia, desde que se ve forzado á odiar á su hija! Pues bien, señor, vos que gustáis de los recuerdos que inspira esa cruz, ¿no vendréis á alimentaros con éste? ¿Os parecerá tan poético y dulce como los otros?

No podía responder, ni aun lo intentaba.

—¿Cómo, continué, he podido ocultar mi indignación al saber que íbais á casaros con la señorita de B***?

—La amo, exclamó.

—Esa razón no será bastante para que os absuelva Dios de haber abandonado á María.

—¡He cesado ya de amarla! dijo con el acento de la consternación.

—Pero no habéis cesado de haberla quitado el honor, de haber destruido la tranquilidad, la dicha de su padre; todo esto debéis restituirla.

Sentóse, ó más bien se dejó caer en el césped. Sus miradas imploraban mi compasión, y se la concedí. Si antes pudo adormecer sus remordimietnos, aquel golpe los había despertado, y conocía que semejante culpa no es una carga leve para un hombre

que tenga conciencia.—No puedo resolverme, dijo, á renunciar la mano de la señorita B***, á quien amo con toda la fuerza de mi alma, y sin embargo, soy bastante honrado para deplorar la suerte de María. Si pudiera remediar su infortunio cediéndole la mitad de cuanto poseo....

—Aun cuando la cubriérais de oro y diamantes, no borraríais con ello su ignominia.

—¡Pero es imposible casarme con ella!

—Es imposible que no lo hagáis á menos que despreciéis el temor de Dios. El no os pone á elegir entre dos caminos: sólo uno os señala, y ya os agrade ó no, tenéis que seguirlo. ¡Ya no amáis á María!.... Creedme: la dulzura de su reconocimiento, su tierna solicitud por agradaros, resucitarán vuestros afectos antiguos. ¿Amáis á la señorita de B***? Ese es el Isaac que debéis sacrificar en el Calvario. ¿A quién no se han impuesto tales holocaustos en esta vida? Alegraos, señor, de que éste os parezca duro; porque vuestro casamiento con María no hubiera bastado á lavaros ante Dios de la culpa que contrajísteis al seducirla. Ella podía tener excusa: su candor fué una venda que ocultó el peligro á sus ojos. ¿Pero qué excusa podrá paliar la torpeza de vuestra acción?

—¡No he sido pérfido! exclamó. Se detuvo, y continuó ruborizándose. Acabo de mentir.... ¡Ay! es demasiado cierto que

en mi corazón se abrigaba el perjurio, cuando mis labios juraban á la infeliz que sería mi esposa.

Lloró. Eran las primeras lágrimas que salían de sus ojos. Le abrí mis brazos: se levantó, y vino á echarse en ellos. Le estreché tiernamente á mi seno, y no pude contener el llanto.

—¿Qué resolvéis? le dije.

—¡Por una parte, el deber; por otra, la dicha! exclamó con voz sofocada.

—¡La dicha! respondí; ¡oh! no la esperéis en el camino de la injusticia. Dios no permite que haya goces verdaderos en el delito, y sí derrama un bálsamo celestial en los padecimientos de la virtud. Haréis una acción virtuosa casandoos con María, y habrá consuelo y dulzura en la tristeza misma que os cause. Vuestro casamiento con la señorita de B*** sería criminal, y sólo os produciría frutos de dolor y engaño. Entregado á la inquietud de vuestra conciencia, al fin os reprenderíais aun el amar á vuestra esposa, conjurando entre vos y ella la imagen de la pobre María, á quien volveríais á amar, porque la compasión resucita los afectos amorosos. La idea de sus padecimientos atormentaría vuestra alma; y sobre todo, ¡qué sentiríais recordando á su hijo!.... Creeríais oírlo suspirar, cuando se acariciasen los hijos que os diera vuestra esposa; veríais su tristeza en el júbilo, su pobreza en la opulencia de

ellos. No, señor, el interés de vuestro reposo está de acuerdo con el de María. No os aseguro que séais perfectamente feliz casándoos con ella; pero sí os afirmo que seréis el hombre más infeliz si os casáis con otra.

No fueron éstas las únicas palabras que dije á Don Manuel; mas aun cuando nada le hubiese dicho, este lugar era sobrado elocuente. La escena que había pasado aquí el día anterior, le afectaba más que todas mis exhortaciones.

Estaba confundido. ¿Cómo antes de incurrir en semejante falta, no reflexionó sus consecuencias? ¿Cómo no se dijo: Voy á comprometer la paz de toda una familia, la reputación de una pobre muchacha, que es su única fortuna, la mía propia; y todo por no triunfar de un capricho pasajero? Tales eran las ideas que le atormentaban. Insistía sin cesar en las virtudes y gracias de la señorita de B*** y repetía mil veces que la idolatraba. A medida que alimentaba su corazón con tales quejas, advertí que le iba pareciendo más leve el infortunio de María. Me acerqué á la cruz, alcé la mano hacia el Cristo y dí á mi voz un tono solemne:

—En nombre de ese Dios, le dije, respondedme: ¿sois cristiano?

—Lo soy, respondió.

—Fácil es decirlo, ¡pero cuánto cuesta probarlo! Algún día, proseguí, se os pre-

guntara si vestísteis al pobre, cuando estaba desnudo; si le alimentásteis, viéndolo hambriento. Habrá tal vez un pobre á quien no hayáis vestido ni alimentado. Y ¿quién será? Vuestro hijo; el de la desdichada María.

—¡Ah! mi mayor deseo es....

—¡Tirarle algún socorro!.... Antes que lo reciba, su madre mendigará para mantenerle.

—¡Cielo! exclamó; ¿cómo salir de tantas dudas?....

—También se os preguntará, continué, si habéis observado esta ley: "Haz á otros lo que quieras que te hagan." ¿Quisiérais, pues, que os colmasen de ignominia, que atropellasen vuestro honor, que teniendo en la mano el remedio de vuestras heridas, se contentaran con decir: ¡Cuánto padece! y pasaran de largo?

—¡Qué cruel sois!

—Acusad á Jesucristo, porque mi labio no es más que un órgano suyo.

Estas palabras le hicieron una impresión terrible. Se figuró citado ante el tribunal de la justicia divina, y creyó ver llegar á su hijo diciéndole: ¡Me abandonaste! y á la madre de su hijo, diciéndole también: ¡Me abandonaste!.... Se dejó caer de rodillas, y exclamó fuera de sí:—¡Perdón, Dios mío, perdón para este pecador!....

—¡Reparación, reparación para su delito! exclamé.

Pronunciaba luego el nombre de su novia, y repetía:—¡Qué sacrificio! ¡qué sacrificio!

—Mucho menos costoso que el de la conciencia, le respondí.

Por fin se levantó.—Ya veo, me dijo, por lo que sufro ahora, que el infortunio de María envenenará el resto de mi existencia. Mucho cuesta ser hombre de bien; pero cuesta más dejar de serlo. Estoy decidido: me casaré con esa pobre muchacha.

—¡Oh! ¡excelente joven! le dije abrazándole; ¡cuántas gracias doy á Dios por tal victoria!.... ¡Cada día le pediré que os prodigue sus bendiciones!....

Me hallaba tan enternecido, que no pude proseguir. El se sonrió, como para probarme que ya empezaba á disfrutar el premio de su buena resolución, y que renacía la tranquilidad en su espíritu.

—No dejemos para mañana esta restitución de felicidad á una familia, me dijo; vamos luego á ver al padre de María, y á pedirle su mano.

Volví á abrazarle con la emoción más tierna de júbilo y agradecimiento. ¿No le debía yo mucho, cuando me proporcionaba la gloria de restituirle á Dios y á la virtud?

Llegamos á la granja. Aun no se levantaba el anciano, pero le había bajado un poco la calentura.

María estaba junto á él, hablándole y acariciándole; pero apenas vió á Don Ma-

nuel, dió un grito agudo, vaciló y cayó en los brazos de su madre. Don Manuel se conmovió excesivamente con aquel espectáculo. El viejo no le conocía: le preguntó su nombre con aspereza, y yo se lo dije.

—Ya no quiero su granja, exclamó; se engaña el miserable, si cree que he de respetar su riqueza.

—¿Cómo?.... le dije.

No me permitió acabar.—¡Callad! continuó furioso. No le perdonaré como á ella.

Al decir esto, buscó un puñal en la cabecera de su cama. La pobre María había vuelto en sí, y se precipitó hacia su padre, que la repelió indignado. Aquella cólera era justa y no pude menos de admirarla. D. Manuel me expresó con una mirada que le sucedió lo mismo.

—No os engañáis, dijo al anciano; tenéis delante al autor de todos los males que han abrumado á esta familia. Pero....

—¡Qué! prorrumpió el viejo, apretando los dientes y empuñando su arma.

—No soy bastnte vil.... continuaba el joven.

—¡Bastante vil!.... ¡Y abusó de mi ausencia! ¡de la consideración que le debía mi hija como propietario de esta granja!..... Y abusó.... ¿De qué no abusó el miserable?....

—Por eso, dijo D. Manuel, viene á im-

plorar perdón ante el padre de la familia ofendida con su exceso.

Y se arrodilló junto al lecho del anciano, que se irritó más.—Estáis en vuestra casa, dijo, y no tengo derecho para lanzaros de ella.... ¡Ayudadme á levantar de esta cama!.... Está escrito: No matarás; y yo ofendería al Cielo vengándome de vos, como pensé hacerlo al principio.... y arrojó su puñal.... ¿No he dicho que me ayudéis á á levantarme?.... Ven, hija, dame la ropa.... Prefiero morir á la inclemencia que en una casa que pertenece á tu seductor.

Pugnaba por apearse, y yo le detuve.—El señor D. Manuel, le dije, no se contenta con deplorar su falta: desea repararla y viene á pediros la mano de María.

El viejo me miró fijamente y se quedó inmóvil.—Sí, repuso D. Manuel, si aun me creeis digno de obtenerla, os pido la mano de María.

Esta, al oír estas palabras, ocultó el rostro en el seno de su madre, que exclamaba:

—¿Es posible? ¿es posible?

Al fin respondió el viejo:—Os felicito, porque volvéis á ser hombre de bien.

—Pues bendecid á vuestros hijos le dije: y tomando á María por la mano, la puse junto á D. Manuel, sobre el cual no osaba levantar sus ojos. Ella se puso también de rodillas, y su padre enternecido profirió estas palabras:—¡Dios mío, perdónales el do-

lor que me causaron, pues ya me hacen dichoso!

A los pocos días tuve la dicha de bendecir su unión, y acaso sabréis con gusto que sucedió á D. Manuel lo que yo le había predicho. Halló en María tanta dulzura, tanto anhelo por agradarle, que presto olvidó á la señorita de B*** y cada día tomó más afecto á su hechicera esposa. Fué imposible ocultar la flaqueza en que ésta incurrió; pero su caridad y sus otras virtudes han hecho que nadie la mencione."

Calló el buen cura, y yo no le dirigí los elogios que tanto merecía, y de que en su sencillez evangélica estaba lejos de reputarse digno. Habría contristado su conciencia; porque temiera haber cedido á un movimiento de orgullo comunicándome este tierno episodio de su vida pastoral. Pero todos mis lectores le tributarán sin duda su admiración y dirán: El hombre que procede así, ¿no es un ángel en la tierra?

Ricardo y Laura.

NOVELA MEXICANA.

En una de las calles del Reloj de la ciudad de México, vivía por los años de 1818, una excelente madre de familia, ocupada exclusivamente de la educación de sus dos jóvenes hijas y de un varón que á pesar de no haber cumplido todavía veinte y cuatro años, daba las más lisonjeras esperanzas, tanto por su apreciable genio ,como por su ilustración no común. Apenas acababa de recibirse de abogado, cuando sus maestros mismos y aun sus compañeros le encargaban las causas más difíciles, viendo los felices triunfos que adquiría con frecuencia en los tribunales; pero su respeto y amor filial excedían todavía á sus demás bellas cualidades. Cuando doña Isabel lo fe-

licitaba por el buen éxito que había logrado en alguna causa,—"A vd. lo debo todo, le contestaba, sin la educación doméstica que formó mi corazón y mi alma, y sin los sacrificios que ha erogado en mi ilustración literaria, mis conocimientos jamás habrían pasado de superficiales y de muy vulgar mi carrera."

Doña Isabel vertía dulces lágrimas al escuchar á su hijo querido. Viuda hacía largo tiempo aunque en edad temprana, había consagrado su juventud á la dulce tarea de perfeccionar su propia educación á la vez que de trasmitirla á sus hijos. Un corto montepío, que le había dejado al teniente coronel su marido, no podía proporcionarle lo bastante para los gastos que exigía en aquel tiempo en México una esmerada enseñanza; pero trabajaba día y noche con asíduo empeño en hacer curiosos bordados y bien imitadas flores artificiales, con cuyo auxilio podía pagar los maestros de música, dibujo y pintura, únicos artes cuyo estudio entraba en la instrucción secundaria más esmerada de las niñas de aquella época. Lucía, la mayor de sus hijas, comenzaba á pintar ya, copiando del natural, y Guadalupe, la segunda, poesía regularmente el solfeo y ejecutaba con facilidad en el piano. La reciente posición de Ricardo proporcionaba todos los días nuevas comodidades domésticas á toda la familia. Criado en la severa escuela de la adversidad,

su carácter estaba muy distante de aquella frívola ligereza tan natural á los jóvenes, de aquel orgullo tan común á los favorecidos de la fortuna y de aquella pedantería tan general á los que se educaban entonces en nuestros colegios. Era grave, serio y reflexivo, y carecía sobre todo de aquella apatía y de aquel apego á los placeres y á la ociosidad tan generalizada por desgracia en nuestro país; pero esa gravedad prematura, si se quiere, en sus cortos años, nada influía en la dulzura de su genio, ni en la urbanidad de sus modales: su figura era interesante, sus ojos negros y llenos de espíritu, su nariz á la griega y su boca tan pequeña como agraciada. El sombrío tinte de melancolía tan bien pronunciada sobre todos sus rasgos, daba un nuevo realce á su agradable fisonomía: sus cualidades morales correspondían perfectamente á la belleza de su físico; era dulce, sensible y generoso: poseía una elocuencia seductora; usaba con facilidad el arte de tocar y de mover los corazones de un modo maravilloso....; sin embargo, Ricardo no era feliz: alimentaba en su pecho una pena secreta, que era un misterio para todos, aun para su tierna madre.

Amaba hacía dos años, y el objeto de su afecto el más íntimo, no podía pertenecerle.... era demasiado rica, y sus padres exigían de su futuro yerno mayor ó igual for-

tuna á la que debía disfrutar la única heredera de dos hermanos ricos capitalistas.

Ricardo había conocido á Laura y un pariente de esta joven había fomentado sus tiernos sentimientos tanto en su parienta como en Ricardo.

Joven, viva, inconsiderada, la madre de Laura no podía fijar largo tiempo sus pensamientos sobre cosas tristes y penosas, y así siempre presagiaba á los jóvenes amantes un dulce porvenir, que aseguraba á cada uno de ellos en sus conversaciones particulares; porque jamás Ricardo y Laura le habían hablado de su amor, sin embargo la madre había arreglado el matrimonio en su cabeza y fomentaba los esfuerzos de la mutua ternura de los amantes. ¡Cruel ligereza que destruyó la paz de su vida! Así pasaron dos años. Ricardo era demasiado prudente para quejarse, y Laura rehusaba con frecuencia las solicitudes de los que aspiraban á su mano. Estas dos víctimas del amor sufrían en silencio el peso todo de los obstáculos que las separaban. La madre de Laura afligida por la desgracia de aquellas dos personas, á quienes tanto amaba y cuya felicidad deseaba con ahinco, no podía sin embargo adelantar un paso en los proyectos que emprendía para realizar su unión, mientras que su esposo y los demás parientes sostenían irrevocable su resolución de no casar á Laura sino con un hombre tanto ó más rico que ella.

Ricardo, poseedor únicamente de su talento y de mil ó dos mil pesos, no se podía atrever á declararse, su repulsa no sólo era segura, sino que había sido recibida con el mayor desdén, con el más alto menosprecio. No perteneciendo á una familia distinguida y de un nombre poco conocido, carecía también de aquel barniz, con que suele cubrirse la pobreza ya bajo el velo de un alto nacimiento, ó ya con la capa de títulos pomposos, que aunque vacíos de mérito, solían ejercer demasiada influencia en aquella época.

Lo único que poseía Ricardo era una alma grande, talentos reconocidos y distinguidos, un excelente carácter y las más preciosas cualidades del corazón; pero todas estas ventajas nada pesan en el platillo de una balanza, cuando se encuentra el oro en el otro. Un comerciante acaudalado ó un propietario de ricas posesiones, es lo único que llenaría la ambición de los parientes de Laura: todo lo demás era á sus ojos quimera y locura, y á cualquiera indicación irreflexiva, la joven se veía expuesta á los sarcasmos más duros.

Ricardo estudiaba sus menores acciones, para impedir que nadie sospechase su doloroso secreto; pero la vida había perdido para él todos sus encantos.

Laura le convenía bajo todos aspectos. El lujo y la opulencia no la habían enorgullecido, permanecía modesta, sensible y ge-

nerosa; su corazón accesible á la piedad buscaba á los desgraciados, y los socorría no sólo con su bolsillo, sino con su asistencia y sus consejos. Dotada de una figura encantadora, no era vana, ni frívola, ni presumida; toda ella era, en fin, digna de Ricardo.

El tiempo trascurría lentamente, aunque con el triste aspecto de la mar en calma; pero doña Isabel no pudiendo ya disimular el sentimiento que le causaba la distracción y la extremada tristeza de su hijo, le instó una vez con la mayor viveza para que le confesase las causas de un abatimiento tan notable, le hizo presente su feliz situación actual y las fundadas esperanzas de un porvenir más próspero.

Ricardo, conmovido, no sabe qué responder: suspira y calla: un peso cruel oprime su respiración....

Inquieta cada vez más, doña Isabel insiste con más fuerza; pero todo es en vano y tristemente se resuelve á tomar el partido de callar, aunque con el dolor de ignorar el motivo que así podía turbar la paz interior de Ricardo. Este, no pudiendo sostener por más tiempo su serenidad aparente, absorto más que nunca en sus penosas meditaciones; sus ojos no podían ya ocultar la tristeza de su alma y casi habían perdido toda su vivacidad.

Alarmada doña Isabel y no pudiendo resistir á su dolor, resolvió ir á consultar á

una parienta que vivia en Guadalajara, quien la amaba tanto á ella como á sus hijos; pero con quien, por la falta de comunicaciones producida por la interceptación de los caminos á causa de la insurrección, había algún tiempo interrumpido sus relaciones, y de quien acababa de recibir una carta en que le participaba había muerto su marido.

Tal motivo disculpaba su resolución para emprender de pronto su marcha. No bien se presenta á su prima, pálida, abatida, y enteramente despojada de aquel apreciable personal que había conservado tan bien hasta el año anterior. Admirada la viuda de una transformación tan repentina.—¿Qué tienes, le dice, mi cara prima, qué emoción tan dolorosa ha podido así variar tus hermosas facciones? ¿Están acaso enfermos tus hijos? ¿Les ha acaecido alguna desgracia?

Doña Isabel en vano se esforzaba para ocultar sus lágrimas, oprimida por ellas, le fué necesario pasase algún tiempo antes de poder referir á su prima la causa de su tristeza motivada por la gran melancolía de Ricardo, á quien nada era capaz de distraer, la variación de su carácter y lo inconcebible de sus penas.

Vivamente alarmada la joven viuda, hizo los esfuerzos más expresivos para calmarla, y con las palabras más dulces y más tiernas la ofreció que vería á Ricardo y que

infaliblemente le arrancaría su penoso secreto.—"Veinticuatro años, agregó poniéndose la mano en la frente, una hermosa figura, un mérito reconocido.... El amor sin duda es el misterio que os oculta tan cuidadosamente."

Justamente conmovida doña Isabel al observar un interés tan sincero como tiernamente expresado en favor de su hijo, veía en su prima un ángel de consuelo dotado de una magia tan expresiva, que cual las sombras nocturnas á los primeros rayos de la aurora, disipaba la obscura sombra de sus negros tormentos. Insensiblemente, á la serenidad sucedió la confianza en las promesas de Quirina, y la esperanza más halagiieña ocupó el lugar en su pecho que destrozaba hacía poco la horrible desesperación.

El desinterés con que doña Isabel se había conducido siempre para con su prima, no obstante la enorme diferencia de sus respectivas fortunas, era un nuevo motivo que estimulaba á Quirina para manifestar á su parienta más cercana la generosidad con que estaba resuelta á emplear en su favor los recursos todos de que podía disponer en su nueva posición social, y en consecuencia, dispuso con la mayor celeridad acompañar á México á doña Isabel, aprovechando tan bella oportunidad para arreglar ciertos asuntos de la testamentaría que tenía pendientes.

Llegan á la ciudad muy pronto, y después de las dulces emociones que excita en doña Isabel el tierno reconocimiento de sus hijas, de quienes se había separado por la primera vez en su vida, pregunta por Ricardo, quien no se hallaba en casa, pero que llega á pocos momentos, y un torrente de lágrimas da á conocer á su amable madre que á pesar de toda la fuerza que ejerce por disimular su triste situación, Ricardo ha llegado al estado en que nada puede calmar la viveza de su arraigada melancolía.

Laura, aconsejada de su madre, le había escrito una carta tan tierna como triste, dándole la nueva más fatal. No pudiendo resistir á los deseos de su familia, se veía precisada á casarse muy pronto: sin un motivo tan grande, jamás se habría resuelto á escribirle; pero deseosa de endulzar un golpe tan terrible, había cedido á los impulsos de su corazón y obedeciendo á sus inspiraciones.—"Tú has adivinado mi corazón, Ricardo, le decía, y has comprendido el secreto de mi amor; sin embargo, debemos separarnos. Un destino cruel se burla de nuestra ternura y nos condena á la suerte más penosa y amarga. Al darte mi último adiós, yo dejo correr mi pluma á la voluntad de mis pensamientos. He resistido hasta donde me fué posible, me he resistido dos años; pero mi padre se muestra tan irritado, que debo obedecerle sin remedio. ¡Ay! jamás podremos unirnos.

Los despreciables bienes de fortuna nos separan, y en medio del horror que ellos me inspiran, porque su posesión es la causa de mi desgracia, ¿lo creerías? desearía ser verdaderamente rica, es decir, poseer libremente un caudal inmenso, para que, disponiendo de él en tu favor, cesase de una vez esa diferencia que impide nuestra unión. Yo me he arrojado á los piés de mi padre y olvidando mi timidez, le he confesado nuestro amor, pero todo en vano. Mi tierna madre ha recibido, al par que su hija, los más fuertes reproches, las reconvenciones más amargas, las expresiones más duras. La paz de su vida sería destruida sin remedio, si yo no cediese. Yo estaba resuelta á sufrir hasta lo imposible por conservarme libre; pero mi madre, Ricardo, querido Ricardo, ¿debía yo sacrificarla?... No puedo concluir ya.... Las fuerzas me faltan.... concédeme una gracia.... una gracia sola. No intentes volver á verme.... Muy pronto nudos indisolubles nos separarán para siempre.... Debemos respetarlos y humillarnos á los decretos de la Providencia. Ricardo no se atreverá á duplicar mis tormentos. ¿Es verdad?"

Esta carta estaba toda manchada de lágrimas. ¡Cuánto habrá sufrido Laura al escribirla!

Ricardo había experimentado al leerla, un trastorno general.—¡Todo se ha perdido! exclamó en el momento que pudo arti-

cular una palabra. Un muro de bronce va á levantarse entre nosotros.

Hasta entonces había sufrido inquietudes demasiado vivas; los obstáculos que le separaban de Laura le parecían difíciles de vencer; pero en medio de su pena y sus angustias, todavía le sostenía un esperanza fugitiva. Su imaginación viva y ardiente no dejaba de pintarle alguna vez un porvenir halagüeño; mas desvanecidas estas lisonjeras esperanzas tan absolutamente, su alma había recibido un golpe decisivo.

Ricardo se había puesto á la mesa por no alarmar á su madre; pero le era imposible tomar ningún alimento. Vanas eran las instancias de ésta y de sus hermanas para que tomase de algún plato, que ellas mismas habían condimentado. Su posición era tan violenta, que no pudo sostenerla por más tiempo; se levanta de la mesa y sale con violencia del comedor. Su madre se apresura para seguirle, pero se lo impide una insinuación de la súplica más expresiva que le dirige de rodillas.

Ricardo necesitaba de la soledad, huye al jardín, y en medio de las más amargas reflexiones, se entrega á toda la agonía que sufre su corazón, y la firmeza de su alma le abandona enteramente.

Su madre, no pudiendo soportar una ausencia tan prolongada, después de mil pesquisas, lo encuentra en el lugar de su retiro absorto en su único y contínuo pensa-

miento: el universo entero había desaparecido para él. ¿El cruel anuncio del matrimonio de Laura no era bastante para elevar sus penas hasta el extremo? Pues aún le faltaba que padecer. Al ver llegar á su madre se enrojece y se pone pálido alternativamente.... ¿Qué le dirá? ¿Podrá continuar su reserva, guardar más tiempo su silencio? Su pena está adivinada, ¿cómo ocultarla bajo el velo del misterio? El corazón de una madre no se deja engañar tan fácilmente. Ella se aproxima á Ricardo y con el tono más dulce é insinuante y con las palabras más adecuadas á su posición, le suplica le confiese sus penas.

En vano intentaba ocultar de nuevo la causa de su trastorno, cual una deshecha tempestad había destruido las habitudes todas de su vida pacífica, y de la calma común de su genio moderado. No puede resistirse más, se lo confiesa todo y le muestra la terrible carta, que había producido una crísis tan peligrosa.

No pudiendo, á pesar de su ternura extrema, cicatrizar la madre una llaga tan cruel, acompaña á Ricardo en su aflicción y le ofrece este consuelo dulce y penetrante, único que encuentra siempre el camino del corazón; le reconviene por su larga reserva, y llora largo tiempo con Ricardo; pero al fin reflexiona; deja de pronto á su hijo y se dirige de prisa á donde está su prima y le dá los detalles de todo lo que aca-

baba de saber. Una íntima esperanza la anima, y confía en que la intervención de Quirina con los padres de Laura, podrá acaso variar su resolución.

Doña Quirina al momento se dispone á ir á casa del padre de Laura y á pedir ella misma su mano para Ricardo.

Admirado el rico comerciante de una visita tan intempestiva y con objeto tan desagradable para él, la acogió con demasiada frialdad: irritado de la resistencia que le había opuesto su hija, ó más bien, de las tiernas plegarias que le había dirigido, sus facciones, descompuestas en medio de la dureza y la severidad, indicaban muy al vivo toda la turbación de su alma.

Doña Quirina, sin desanimarse por el mal aspecto de una entrada tan desagradable, varió la conversación á asuntos diferentes: como hablaba con facilidad y con gracia, el padre de Laura la escuchaba con atención, y la serenidad volvió á presentarse en su rostro.

¿Pero cómo llegar al punto principal? ¿Cómo tocar aquella cuerda tan delicada, mas sin embargo tan esencial como urgente, y que era el único objeto de su visita? Se resuelve por fin y le habla del matrimonio de Laura, preguntándole si estaba muy próximo. El corazón del padre estaba ulcerado y se encontraba en uno de aquellos momentos en que el alma tiene necesidad de esplayarse y en que llega á ser

indispensable un confidente, cualquiera que sea. Manifestó en términos muy expresos á doña Quirina lo decidido que estaba á no contrariar la voluntad de su hija ni causar su desgracia, uniéndola á un esposo que no fuese de su gusto; pero que no opinaban de este modo sus hermanos, quienes acaso, únicamente en su obsequio, habían permanecido solteros con el fin de dejarla de heredera de sus cuantiosos bienes; por lo que estaba resuelto á contrariar de todos modos la indicación que le proponía y aun á valerse de todos los recursos que le proporcionaba su autoridad paterna para impedirlo.

No es facil explicar la desagradable emoción que sufrió Ricardo al saber por su tía el triste resultado de sus pretensiones; sin embargo, los principios de su educación, el afecto á su familia y el mismo amor á Laura, le hicieron tomar la pronta resolución de abandonar á México é irse á radicar á Guadalajara, en donde doña Quirina necesitaba de los auxilios de su profesión, para terminar algunos pleitos pendientes en su testamentaría, á fin de dejar saneado un caudal que ella misma ignoraba su cuantía, hasta que á virtud de los esfuerzos de Ricardo y de su inteligencia en las leyes del país, aclarados mil puntos complicados, resultó que pasaba de cien mil pesos.

Ricardo, entre tanto, supo: que si bien

su repulsa había opuesto un dique inexpugnable á sus pretensiones, sin embargo, Laura había conseguido de su padre y sus tíos la oferta solemne de que no la obligarían á que diese su mano á persona que no fuese de su agrado, y un ligero vislumbre de esperanza, alimentado en lo más íntimo de su corazón, no dejaba de alentar alguna vez, presagiándole que con el tiempo acaso volverían á renovarse las relaciones que por entonces, en consideración á la misma tranquilidad de Laura, se había visto obligado á romper absolutamente. Tanto esta debil esperanza, como los importantes sucesos de la época de la independencia, en que el amor á su patria y su posición social le hicieron tomar una parte muy activa en los negocios públicos, servían de algún lenitivo á su constante amor con toda fuerza contrariado.

Lograda la independencia de México en el año de 1821, los tíos de Laura resolvieron trasladarse á España, su patria, no pudiendo soportar las nuevas ideas de libertad, que circulaban por todo el continente, y que no podían soportar ya en su edad, educados y acostumbrados á las ideas más exageradas de aristocracia y servilismo.

Realizaron, por consiguiente, la mayor parte de sus bienes, y abandonaron un país en que sólo veían la inmoralidad y la irreligión entronizadas. El padre de Laura, aunque pensaba con corta diferencia lo mismo

que sus hermanos, no podía resolverse á sufrir una pérdida tan considerable en su capital, como exigiría indispensablemente una pronta realización de fincas rústicas y de efectos de comercio en aquellas circunstancias; así les ofreció seguirlos á la madre patria dentro de uno ó dos años, tiempo que calculó suficiente para poder vender sus propiedades con menos detrimento, pues calculaba que la pérdida que sufriese en su realización, podría indemnizarle con usura, empleando su producto en efectos del país como grana y añil, que podría expender con mucho aprecio en Cádiz. Así lo dispuso y así lo verificó, y antes del tiempo que había calculado, se encontraba en Veracruz con un cuantioso cargamento, en cuya compra había invertido el producto de sus bienes.

Ricardo, que ocupaba un lugar distinguido en la sociedad y uno de los destinos principales en Guadalajara, debido tanto á su conocido mérito como á los importantes servicios que había prestado á la emancipación de su país, supo con el mayor sentimiento la resolución de los parientes de Laura y la próxima marcha de ésta. A pesar del influjo de sus amigos en México, no pudo lograr que su padre variase de determinación. Mal sofocado su amor y creyendo para siempre perdida á Laura si llegaba á salir del país, se resuelve á marchar á México y á multiplicar por sí mis-

mo sus esfuerzos para impedir aquella marcha; pero ni las atenciones de su empleo, ni las de las negociaciones que había emprendido de resultas de la muerte de doña Quirina, quien lo había dejado de heredero de todos sus bienes, le permitieron salir de Guadalajara con la prontitud que deseaba. Al llegar á la capital supo con el mayor sentimiento, que dos semanas antes habían salido para Veracruz Laura y su padre. Su impaciencia se aumenta con este contratiempo y nada le detiene, esperando que al menos podría verla antes de embarcarse en Veracruz. En efecto, toma la posta, y sin omitir gasto ni diligencia alguna, llega á aquel puerto, donde al punto recibe la cruel noticia de que el buque en que su amante Laura marchaba á la Península, acababa de hacerse á la vela.

Un golpe tan mortal estuvo á punto de terminar con su existencia ó al menos de perturbar su razón. Aun no acababa de oír tan cruel noticia, cuando con precipitada carrera se dirige á la costa, por si podía divisar todavía el frágil leño que le robaba su vida y el uso de todos sus sentidos. Pero sus esfuerzos son en vano; desolado recorre las playas y cualquier punto que divisa en el horizonte se le figura un buque, y su imaginación acalorada le hace escuchar en cualquier ruido el eco de la voz de su amada. La noche se aproximaba, el crepúsculo de la tarde apenas permitía ya divi-

sar los objetos. Una caminata por más de dos horas y á pie, en aquellas arenosas playas, agotó muy pronto sus fuerzas. Exánime y sin poder sostenerse, cae de rodillas dirigiendo sus plegarias al cielo, á quien pide lo auxilie contra el genio de la desesperación y contra la idea del suicidio, que á cada paso le combaten y que iban ya á precipitarlo en lo más profundo de aquel mar proceloso, si un esfuerzo sobrenatural no le hubiese recordado en aquel momento toda la fuerza de los sentimientos religiosos que habían grabado en su alma los principios de su educación y de su moralidad. Pero tan fuertes contrastes eran muy superiores á la resistencia de su ser físico.... No pudiendo sostenerse ya, cae desmayado sobre la arena privado de sentido. Permanecería acaso hasta el día siguiente, si una horrorosa tempestad, con sus aterradores truenos, y si las encrespadas olas que llegaban hasta él no le hubiesen sacado de aquel desmayo ó estupor. Al principio pensó permanecer quieto sin emprender ningún esfuerzo, hasta que un golpe de mar, arrebatándolo á la profundidad, pusiese término á su odiosa existencia; pero el aparato mismo de aquel magnífico é imponente fenómeno de la naturaleza, le hizo recordar los deberes que lo unían á la vida, y despertaron en su alma aquel sentimiento íntimo, que obliga á las criaturas animadas á huir naturalmente del riesgo que amena-

za su existencia. Un relámpago que pareció iluminar la tierra acaso con más brillo que el sol, le recuerda el resplandor de la divinidad y la existencia de su omnipotente autor. Se reanima, procura adquirir vigor, cobra aliento, y logrando ponerse en pie, escapaba despavorido de la fatal orilla donde su muerte habría sido inevitable, si hubiese permanecido por más tiempo, privado del uso de sus sentidos.

A la luz de los relámpagos pudo alejarse del lugar donde estaba y separarse lo bastante de la costa; pero la horrible obscuridad que sucedió poco después, le impidieron absolutamente continuar su marcha hacia el puerto, y temeroso de extraviarse más y más, esperó tranquilo hasta que la aurora, disipando las sombras de la noche, le hizo reconocer lo inminente del riesgo de que la Providencia acababa de salvarle.

Pocas horas después logró desde la altura de un médano divisar la ciudad de Veracruz y á poco rato encontrar á sus criados, que en vano le habían buscado toda la noche. Uno de ellos volvió corriendo al puerto, donde consiguió una volanta para conducirlo con un facultativo, pronto á prestarle los auxilios que exigía tan imperiosamente la situación de sus desfallecidas fuerzas. Apenas llegaron á su habitación, y aun no acababa de recibir los primeros recursos del arte, cuando el facultativo, que estaba á su cabecera, recibió una carta

á cuya lectura se levantó de pronto dirigiendo á Ricardo sus excusas por la precisión en que se veía de retirarse tan pronto, pues se le llamaba con la mayor urgencia á prestar sus auxilios á algunos náufragos que acababan de salvarse, habiendo hecho pedazos el fiero norte contra los escollos, el buque que los conducía: de pronto ocurrió á Ricardo.... la idea más triste y más desoladora. Pregunta el nombre del buque que ha naufragado, y al saber era el "Aquiles," el mismo en que se habían embarcado Laura y su padre, como por un prodigio, recuperando instantáneamente sus fuerzas, se levanta y sigue al médico que iba á prestar sus auxilios nada menos que á Laura y á su padre. Por fortuna, la salud de éstos poco había resentido, y la de Laura recibió un bálsamo de salud milagrosa á la vista de su nunca olvidado Ricardo. Sin embargo, escapados en el bote del buque, un cuarto de hora antes de que éste hubiese ido á pique, habían perdido absolutamente todos sus bienes, y la presencia de Ricardo, en tales circunstancias, si fué la más consoladora para Laura, no pudo menos de ser grata para su padre.

El esmero y los cuidadosos afanes de Ricardo, lograron dentro de muy pocos días el completo restablecimiento del anciano y de la joven; pero el decaimiento de aquel y su profunda melancolía, visiblemente anonadaban sus fuerzas á cada momento.

Aprovechando Ricardo la oportuna ocasión de oír de boca de él reflexiones de conformidad y de resignación.—"Nada habéis perdido, le dijo: vuestra situación no ha cambiado. Poseedor de cuantiosos bienes, vos los disfrutaréis, y si insistís en marchar á España, podéis disponer de cuarenta ó cincuenta mil pesos, que dentro de pocos días podré poner aquí mismo á vuestra disposición. Mis hermanas, habiéndose casado ventajosamente, no necesitan de mis auxilios; y mi madre, merced á un cuantioso legado que le dejó su hermana, disfruta de una suerte independiente en la que nada tiene que apetecer. Por mi parte, mi posición social me ha proporcionado un destino, cuya renta de cuatro mil pesos, sería bastante á mi ambición, aun cuando no me quedase todavía mayor cantidad de la que os ofrezco."

Un largo rato de silencio siguió á esta oferta generosa. Estupefacto el padre de Laura, conoció en ella la grandeza de alma de aquel joven, á quien sólo las preocupaciones le impedían darle el dulce nombre de hijo; pero la presencia inesperada de Laura en este crítico momento, acabó de lograr un triunfo que ya estaba tan adelantado. Repitió á su hija en breves palabras las generosas ofertas de Ricardo, y concluyó diciéndole: que en el último tercio de sus días, no podía aspirar á otra felicidad que á la que hiciese la de su hija, y que por

consiguiente á ella sola tocaba el decidir de su suerte.

Fácil es concebir el desenlace de esta escena, así como el de toda la historia: el padre de Laura, en vez de marchar á España, se dirigió con sus hijos á Guadalajara. Las preocupaciones de los años anteriores habían perdido casi toda su fuerza, y aun cuando así no hubiera sido, la conducta de Ricardo se había sobrepuesto á ellas en el ánimo del anciano. El enlace apetecido de Laura y Ricardo y la vejez más venturosa de sus padres, fueron el feliz resultado del proceder honroso de ambos jóvenes, sostenido por la constancia; la prudencia y la virtud supieron vencer, así la contrariedad de la suerte, como el influjo de las preocupaciones.

UN RASGO DE LA VIDA DE TRUJILLO.

I.

Una noche del año de 1812, daba las ocho en Valladolid (1) el reloj de su catedral, interrumpido por unos momentos el silencio profundo que reinaba en la ciudad, casi despoblada por la violencia de la revolución, y por el bárbaro despotismo de los jefes militares que la gobernaban.

En medio de un cuartito pobre se veía una mesilla de madera, encima de la cual, en un candelabro de barro, ardía, próxima á extinguirse, una vela que iluminaba escasamente las paredes ennegrecidas por el

1 Hoy Morelia [N. del E.]

humo. Un hombre y una mujer, con los codos apoyados en la mesa, la mano en la mejilla y los ojos fijos en el suelo, parecían entregados á profundas meditaciones; y un perro echado en el suelo, con la cabeza apoyada entre sus manos, contemplaba aquel cuadro grave y melancólico. Ya hacía algún tiempo que nuestros personajes estaban en la situación que hemos descrito, cuando el galope de un caballo, que hizo parar precipitadamente al perro y ladrar con fuerza, vino á distraerlos de sus consideraciones.

—¡Oye, María! dijo Pérez señalando con el dedo la calle, y escuchando con atención el ruido, que iba disminuyendo poco á poco hasta que se perdió á lo lejos.

—Sí, debe de ser algún correo de los que están llegando á cada instante.

—Si supieras la inquietud que me agita..... ¡Ah, María! Dios tenga piedad de nosotros.

—¡Cómo! ¿Qué peligro temes?

—¡Y me lo preguntas! ¿No sabes que todos los americanos estamos expuestos á perecer á cualquiera hora, á la menor señal de nuestros opresores? ¿Ignoras que la "delación," ese mónstruo del infierno, espía nuestros más ligeros movimientos, y escucha nuestras palabras más insignificantes, para contarlo todo á ese hombre abominable, á Trujillo?.... ¡Ah, María! Una delación....

—¡Dios mío! ¿Te has expresado con in-

discreción delante de alguno? ¿Qué has hecho?

—No, de nada me acusa mi conciencia. Es cierto que amo á mi patria como el mejor ciudadano, que su independencia es para mi corazón el bien más precioso; pero ya sabes que la enfermedad de mi padre, nuestro reciente matrimonio y otras mil razones, me han estorbado abrazar la causa de la patria, y correr á alistarme en las filas de nuestros valientes. Nadie conoce mis sentimientos más que tú; mas si algunas expresiones mías, interpretadas maliciosamente; si algún enemigo oculto..... entonces, ¿qué sería de mí?

—¿Y qué pruebas podrían dar entonces contra tí?

—¡Pruebas! ¿Cuáles necesita la arbitrariedad? ¿Cuáles han sido menester para levantar tantos cadalsos y empapar este suelo en la sangre de nuestros hermanos?

—¡Ah! es cierto; nadie está seguro de estos hombres inícuos. Vámonos, pues, de aquí, á otro lugar gobernado por déspotas menos crueles. El poco tiempo que llevamos de casados, ha pasado entre lágrimas y desolación; ni un momento de dicha ha endulzado la amargura de nuestra existencia. ¡Qué desgraciados somos! ¿No es verdad?

Y María enlazó suavemente con sus brazos el cuello de su esposo, dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

—Tienes razón, respondió Pérez con voz ahogada por el dolor, tienes razón; pero ya le he escrito á mi hermano, contándole nuestros infortunios, y no dudes que nos socorrerá en cuanto le fuere dable. Nos iremos á otra parte, donde seremos quizá menos desgraciados, si es que pueden tener alivio nuestras penas. ¡Ah, María! Si no fuera por tí, ya me hubiera matado la desesperación: sí, tú eres el único sér que me ama en la tierra.

Pérez apretó contra su corazon á su esposa; y volviendo entonces el perro, puso su cabeza sobre las rodillas de Pérez, comenzó á mover la cola y á morderle suavemente un brazo, como diciéndole: "Ingrato, te olvidabas de un amigo que es capaz de derramar por tí su sangre; aquí le tienes."

II.

En el palacio episcopal, edificio situado hacia la parte septentrional de Valladolid, estaba entonces la comandancia de la plaza. En la sala del despacho había dos mesas cargadas de papeles, y dos sillas cerca de las mesas, un reloj, y un candil que iluminaba con luz clara y apacible, aquel aposento donde se fraguaban los más espantosos crímenes. Se paseaban por él, con paso mesurado, dos hombres; jóven el uno, y el otro de edad avanzada.

—¡Cuanto tarda! Si no le habrán dejado llegar las guerrillas de insurgentes que plagan los caminos: dijo el joven deteniéndose repentinamente, y dando en el suelo una patada; á lo que contestó el otro con un gesto de duda.

Prosiguieron andando, y consultaban frecuentemente el reloj que estaba encima de una mesa, y fruncían las cejas en señal de impaciencia. Las fisonomías de ambos personajes indicaban perfectamente el carácter de cada uno: el joven no tendría arriba de veintinueve á treinta años; era de cuerpo más bien chico que grande, pelo castaño, nariz aguileña y de tamaño regular; sus ojos garzos brillaban con suma viveza en su rostro algo pálido y lanzaban miradas altivas y penetrantes, trasunto fiel de una índole violenta, y que no toleraba la más leve contradicción. Traía una chaqueta de paño guarnecida con piel de nutria, unos pantalones ajustados, cubiertos hasta la rodilla por unas botas fuertes, y en la cabeza una gorra, inclinada á un lado con gracia. Era D. Torcuato Trujillo, comandante de la plaza.

El que le acompañaba, hombre entrado en años, como llevo dicho, mostraba en su mirar torvo la crueldad; y en su rostro encendido, que se entregaba á los excesos de la embriaguez. Era Don Manuel Concha, comandante del escuadrón de "Patriotas" de Valladolid; viejo astuto, que conociendo

el carácter de Trujillo y la protección ciega que recibía del virrey que entonces gobernaba la Nueva-España, sabía arrancarle, cuando lo creía conveniente, las providencias más infames.

Se percibió cerca del palacio un tropel de caballos, y á poco se presentó al comandante un correo cubierto de lodo, con la balija de la correspondencia.

—¿Por qué habías dilatado tanto? le dice Trujillo encarándosele. Si otra vez traes tan tarde la correspondencia, corre peligro tu pescuezo.

—Señor: no había podido llegar por lo mucho que ha llovido, y por la necesidad que tuve de detenerme en varios puntos, para no encontrar á las partidas de insurgentes que inundan los caminos. Como á dos leguas de aquí estuve á punto de caer en manos de Sánchez, que manda una partida considerable, á la que no hubiera podido resistir el corto número de soldados que me acompañaba.

—Está bien; véte. Malvados! ¡Si me fuera dado ahogar en un sólo momento esos gritos insensatos con que piden independencia!

—Una horca hará callar al más gritón, contestó Concha sonriendo con ferocidad.

Salió el correo, y habiendo abierto Trujillo la balija, conmenzó á ver con Concha todas las cartas dirigidas á los particulares de la ciudad, violando así con mano sacrí-

lega un secreto verdaderamente sagrado. Examinaban con ojos ávidos carta por carta, queriendo encontrar en cada palabra un misterio, en cada frase el indicio de alguna oculta maquinación; y repasaban lo que habían leído, y se miraban mútuamente un buen espacio, como para reunir sus dos inteligencias y adivinar así algún secreto que pudiera haberse escapado á la penetración de uno sólo. Llegaron por fin á una carta rotulada á D. N. Pérez, que decía:

"Hermano: He sabido tus infortunios, y se ha llenado mi alma de amargura: bien conoces cuánto te amo. Apuraré mis recursos para sacarte de esa ciudad: muy pronto te mandaré los dos caballos y las "armas" que me pediste, para que puedas ponerte en camino."

Al llegar aquí, miró Concha á Trujillo con ojos centellantes.

—"Las armas," coronel, oye vd., "las armas:" hemos logrado descubrir un enemigo.

—Cierto: eso me infunde sospechas vivísimas; es necesario aprehender al sujeto á quien viene dirigida esta carta, para averiguar de ese modo si en efecto es culpable.

—¿Y qué duda puede quedarnos de su crimen, en vista de este papel? Ha pedido armas y caballos, para salir de la ciudad, para ir á reunirse con los sublevados: es necesario castigarle, y pronto.

—Sin embargo, quisiera....

—¿Qué, ya se le olvidó á vd. el odio mortal que nos tienen esos "criollos" infames? ¿Ya se apagó en el corazón de vd. aquel celo ardiente por la buena causa, que le ha granjeado la estimación del virrey? ¿Ya, en fin....?

—Dice vd. bien; á su cargo dejo este negocio: haga lo que mejor le parezca.

Y Concha salió inmediatamente, dejando á Trujillo entretenido en leer las demás cartas que aun no habían sido examinadas.

III.

Epesas nubes entoldaban el cielo, y comenzaban á caer ya gruesas gotas de lluva, que azotaba el viento contra las paredes de las casas. De cuando en cuando resonaban, entre el profundo silencio en que dormía la ciudad, el "alerta" de los centinelas y las vibraciones de la campana del reloj, que arrebatadas por el viento, se percibían confusamente como el ¡ay! que un moribundo exhala con trabajosa respiración.

Pérez y su esposa dormían profundamente, cuando los despertó el ruido de recios golpes en la puerta de la casa, á los cuales respondía el leal perro con ladridos estrepitosos.

—¡María! ¡María! ¿Quién llamará de ese modo? ¿Qué deberé hacer. . .?

—¡Dios mío, qué será de nosotros! ¿No oyes un ruido como de armas? ¡Ah! Si fuera posible huir; pero, ¿por dónde?

—¡Es imposible, María! Adiós: abrázame, querida mía, porque presagio. . . .

—Siento que me muero. . . . ¡Señor! ¡Señor! tened misericordia de nosotros. . . .

En aquel momento redoblaron los golpes con tal fuerza, que rompiéndose la cerradura, se abrió la puerta y entraron seis soldados, llevando uno de ellos una tea ardiendo en una mano, y en la otra la espada desenvainada. El perro se lanzó furioso contra el último, quien lo atravesó de parte á parte. El pobre animal, herido mortalmente, se dirigió con paso vacilante hacia el lugar donde estaban sus amos, y cayó muerto, víctima de su fidelidad. Se precipitaron inmediatamente contra Pérez, clamando con infernal algaraza:

—Vamos, insurgente maldito, hasta que caíste en nuestras manos.

La pobre María, apretando fuertemente entre sus brazos á su esposo, clamaba con voz ahogada por los sollozos, que su marido era inocente; suplicaba por la Reina de los Angeles, que tuvieran compasión de una mujer que moriría de dolor; pero se le contestó tomándola por los cabellos con brutal ferocidad, rozándola contra la pared con tal fuerza, que se hirió la cabeza, y de-

jándola tendida en el suelo, privada de sentido.

IV.

Al día siguiente, en la plazuela de San Juan, varias personas formando un círculo, examinaban atentamente un objeto que llamaba su atención en gran manera: María se había informado por todas partes del paradero de su esposo, sin poder averiguarlo: en la comandancia había esperado inútilmente, pues no logró ver á Trujillo, y ninguno de los soldados supo darle razón de lo que preguntaba. Iba á preguntar á un amigo de su marido que vivia en aquella plazuela, cuando excitándole la curiosidad aquella gente, que silenciosa y despavorida observaba en el suelo alguna cosa, se acercó, y vió al cadáver de Pérez, el cual había sido fusilado la noche anterior en aquel sitio. Exhaló un ¡ay! ahogado, su rostro se puso tan pálido como el cadáver, y sus ojos permanecieron fijos algún tiempo, y giraron luego desencajados sin fijarse en nada: se fué por fin de allí paso á paso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados, y sin proferir una queja ni derramar una sola lágrima.

Un año después, resonaba en la misma plazuela la algaraza ruidosa que formaban los muchachos, siguiendo á una mujer des-

greñada, andrajosa, macilenta, que con risa convulsiva y extendiendo su brazo descarnado, señalaba una piedra que conservaba todavía una mancha de sangre. Los muchachos reían, y arrojándole lodo, gritaban á una voz: "¡Loca!" "¡loca!"

FIN.

INDICE.

JOSE JOAQUIN PESADO:

El Inquisidor de México.... 3
El Amor frustrado.. 47

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN:

La Hija del Oidor.... 91
Manolito el Pisaverde. 115
La Procesión.... 157
Tras un mal nos vienen ciento.... 213

JOSE MARIA LAFRAGUA:

Netzula.... 265

MARIANO NAVARRO:

Angela.... 309

J. R. PACHECO:

El Criollo.... 339

ANONIMOS:

Don Juan de Escobar.... 365
El Visitador.... 413
La Cruz Rústica.... 435
Ricardo y Laura.... 467
Un Rasgo de la Vida de Trujillo.... 489

LS.C
N9375

400638

Novelas cortas de varios autores. Vol.1.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED